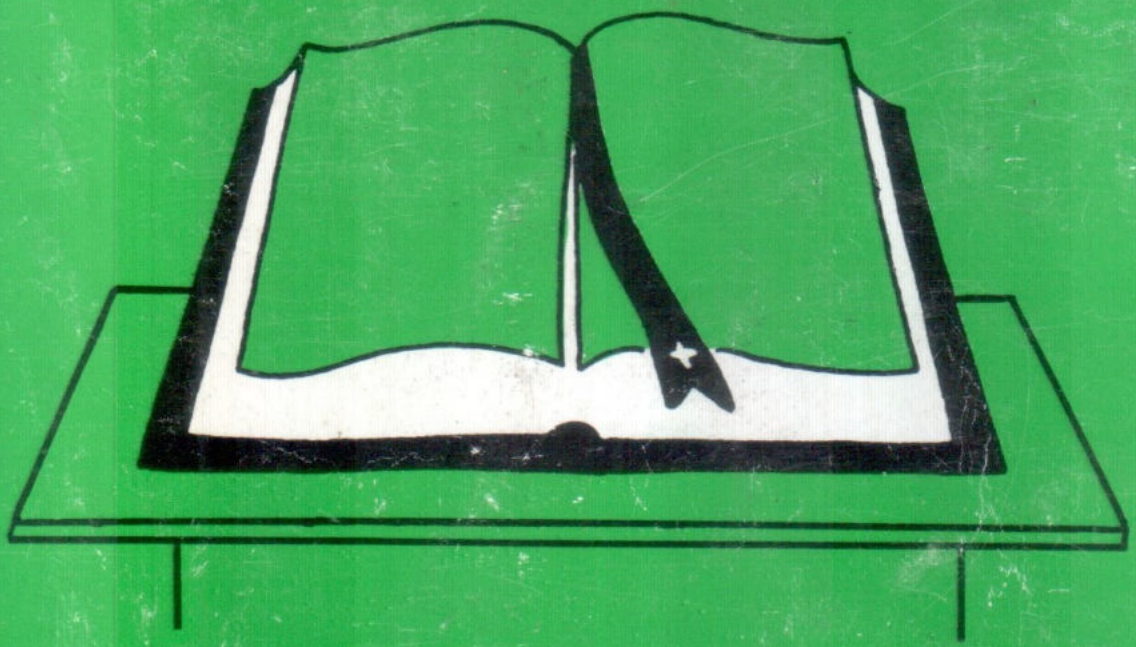

tratado sobre la predicación

JUAN A. BROADUS

Tratado sobre la Predicación

por

JUAN A. BROADUS

Traducido
por
ERNESTO BAROCIO

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES
Apartado 4255, El Paso, TX 79914 EE. UU. de A.

Agencias de Distribución
ARGENTINA: Rivadavia 3464, 1203 Buenos Aires
BRASIL: Rua Silva Vale 781, Rio de Janeiro
BOLIVIA: Casilla 2516, Santa Cruz
COLOMBIA: Apartado Aéreo 55294, Bogotá 2 D. E.
COSTA RICA: Apartado 285, San Pedro
CHILE: Casilla 1253, Santiago
ECUADOR: Casilla 3236, Guayaquil
EL SALVADOR: 10 Calle Pte. 124, San Salvador
ESPAÑA: Padre Méndez #142-B, 46900 - Torrente, Valencia
ESTADOS UNIDOS: 7000 Alabama; El Paso, TX 79904
Teléfono (915) 566-9656
PEDIDOS: 1 (800) 755-5958
Fax: (915) 562-6502
GUATEMALA: 12 Calle 9-54, Zona 1,
01001 Guatemala
HONDURAS: 4 Calle 9 Avenida, Tegucigalpa
MEXICO: Vizcaínas 16 Ote.
06080 México, D. F.
José Rivera No. 145-1
Col. Moctezuma 1ª Sección
15500, México, D. F.
Superavenida Lomas Verdes 640 - Local 62
Col. Lomas Verdes, Nauc., Edo. de México
Calle 62 #452x53, 97200 Mérida, Yucatán
Matamoros 344 Pte.
Torreón, Coahuila, México
16 de Septiembre 703 Ote.,
Cd. Juárez, Chih., México
NICARAGUA: Apartado 5776, Managua
PANAMA: Apartado 5363, Panamá 5
PARAGUAY: Pettirossi 595, Asunción
PERU: Apartado 3177, Lima
REPUBLICA DOMINICANA: Apartado 880, Santo Domingo
URUGUAY: Casilla 14052, Montevideo
VENEZUELA: Apartado 3653, Valencia, Edo. Carabobo

Publicado originalmente en 1870 en inglés bajo el título *A Treatise on the Preparation and Delivery of Sermons*. Es propiedad de la Casa Bautista de Publicaciones. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción literaria total o parcial.

Ediciones: 1925, 1951, 1955, 1958, 1966,
1971, 1976, 1979, 1981, 1985, 1989
Duodécima edición: 1993

Clasificación Decimal Dewey: 251

Tema: Predicación

ISBN: 0-311-42034-6
C.B.P. Art. No. 42034

2 M 4 93

Printed in U.S.A.

JUAN A. BROADUS

(Extractado de "Efigies Bautistas")

Juan Alberto Broadus vió la luz primera el 24 de enero de 1827, en el Condado de Culpeper, Estado de Virginia, E. U. A. Sus padres lo fueron el comandante Edmundo Broadus y la Sra. Nancy Simms Broadus, personas de alto relieve en el Condado de Culpeper, y sinceros cristianos. El comandante Broadus era hombre de gran energía de carácter, persistente en sus empresas, abnegado en las causas justas, hombre amante de su hogar y padre tierno y cariñoso. Sabía unir a la energía la ternura. En cuanto a la madre de nuestro biografiado, poco se sabe de ella. Era pequeña de estatura (en lo cual se le parecía su hijo Juan), gentil y quieta en su manera de ser, pero de gran firmeza en el gobierno de su casa y la educación de sus hijos. "Como el comandante Broadus a menudo se encontraba ausente, en propagandas políticas, ella era la encargada de dirigir todos los trabajos de la finca en que vivían. Y demostró tanta industria, tacto y habilidad, que mereció las palabras que el sabio pronunció con respecto a la mujer virtuosa." Jamás castigó a sus hijos, y sin embargo, éstos la amaban y respetaban profundamente, lo que se explica por el hecho de que a la inflexibilidad de sus mandatos, unía la ternura de su amor. Era, en fin, una

de esas mujeres que saben gobernar bien sus casas, sin perder el cariño de sus hijos, y sin dejar de amar a éstos.

En este hogar, tan tranquilo, tan ordenado, tan piadoso, nació Broadus, el que después había de brillar tanto, no solamente en su patria, sino también en el resto del mundo. Se le pusieron los nombres de dos de sus tíos maternos: Juan, por el Dr. Juan Simms, y Alberto por Alberto Simms, el maestro que tanto influenció su vida. Los primeros años los pasó en la casa solariega, en medio del campo, a través del cual correteaba en sus juegos, y en el que disfrutaba de la vida a plenos pulmones. Tanto creía Broadus en los beneficios del nacimiento en sitio rural, que después acostumbraba a decir que "todos deberían nacer en el campo."

En aquella época se dificultaba mucho en el Sur de los Estados Unidos, el aprendizaje de las primeras letras, porque había una gran escasez de escuelas. "Pero Juan A. Broadus tuvo grandes oportunidades educativas en su infancia. En su casa había muchos libros y gran número de periódicos, y muchas visitas, y todos en la familia se ocupaban en el estudio del lenguaje. Tuvo además, en sus primeros años, un buen maestro en la escuela rural, en la persona del Sr. Alberto Tutt; y después de haber cumplido los diez años, uno de los mejores maestros de enseñanza superior, en su tío el Sr. Alberto G. Simms." En 1837 el comandante Broadus se trasladó con su familia de Culpeper a Edge Hill, donde, en beneficio de sus hijos, abrió una escuela, en la que enseñó hasta el año 1839. Juan tenía entonces unos trece años de edad y estaba en condiciones de asistir a la escuela que dirigía su tío Alberto, a unas seis millas de distancia de donde vivía nuestro biografiado, quien estaba toda la semana con su tío, y los viernes caminaba esas seis millas para venir a pasar el sábado y el domingo con sus padres y hermanos. En esta escuela progresó mucho Juan, al extremo de que podía leer el latín correctamente, siendo las matemáticas en lo que más sobresalió. Durante el año 1841 Juan ayudó mucho a su tío en el colegio, enseñando a sus condiscípulos. Un día, en el año 1843, Juan regresó a su casa, trayendo su baúl; y su padre creyó que había sido expulsado por causa de alguna travesura propia de la edad. Pero cuando trató de averiguar la causa de su venida, Juan le contestó, diciendo: "Tío dice que no puede hacer nada más por mí." No satisfecho con esta breve respuesta, el comandante fué a ver a su cuñado, a fin de averiguar por qué había sido expulsado Juan del colegio; pero el Sr. Simms se rió a carcajadas al oírle, y le dijo que Juan no había sido expulsado sino enviado a casa, porque ya él no podía enseñarle nada, puesto que el discípulo sabía tanto como el maestro.

En el último año de estancia en el colegio de su tío, los Pbros. Carlos A. Lewis y Barnett Grimsley celebraron una serie de cultos de avivamiento en la iglesia Mount Poney, en las cercanías, durante los cuales nuestro ilustre biografiado fue convertido. De este acontecimiento dice el Sr. Santiago G. Fields, uno de sus amigos de la infancia: "En mayo de 1843, en unos cultos de avivamiento, celebrados principalmente por el Pbro. Carlos Lewis en la iglesia Mount Poney, en Culpeper, ambos profesamos nuestra conversión, nos unimos a la iglesia el mismo día y fuimos

juntos bautizados por el Rdo. Cumberland George, en el arroyo Mountain Run, poco más arriba del puente que lo atraviesa. No permaneció mucho tiempo en la iglesia Mount Poney, sino que trasladó su carta a la iglesia New Salem, a la que pertenecía su familia." El pastor de New Salem, Rdo. Grimsely, tuvo un gran ascendiente sobre el joven Broadus, y fue el elegido por Dios para hacer que éste pensara en dedicarse a la predicación del Evangelio.

A mediados del año 1846 pudo entrar en la Universidad de Virginia. En esta universidad, Broadus estudió intensamente por espacio de cuatro años, sobresaliendo como uno de los mejores estudiantes. Muchos de los que eran sus condiscípulos en la universidad luego llegaron a ser grandes hombres en las letras, en el foro, en la magistratura, en las ciencias, en la teología. Pero entre todos ellos Broadus ocupaba uno de los primeros lugares, como estudiante respetuoso, activo, inteligente, que asombrosamente asimilaba los conocimientos que sus maestros trataban de impartirle. Tan buen estudiante era, que algunos de sus maestros llegaron a ser amigos suyos durante toda su vida.

Pero, no obstante haberse entregado tan completamente a los más serios estudios, Broadus realizaba un activo trabajo religioso, desempeñando una importante parte en los servicios de oración de los estudiantes, en las clases bíblicas, en la escuela dominical. Aquí tuvo su primera experiencia en el trabajo misionero; y por causa de esta experiencia, acostumbraba decir después que "no se encontraba en condiciones de ir como misionero a China, aquel que

no quisiera trabajar entre los necesitados de su propio país."

En el año 1848 encontramos a Broadus como uno de los oradores más denodados de la causa de la temperancia. El año anterior se había unido a "Los Hijos de la Temperancia," orden universitaria que se había formado con el propósito de arrancar a los jóvenes de las garras del vicio; y ahora, unos cuantos meses después, era conocido a través de todo el Estado como uno de los defensores más tenaces de este ideal. De todas partes recibía invitaciones para hablar en público a favor de la causa que defendían los "Hijos de la Temperancia."

El día 4 de junio de 1849 predicó Broadus su primer sermón. Su texto fue Salmo 62:8: "Dios es el refugio para nosotros;" y algunas personas que lo oyeron testimoniaron que era un gran sermón, un sermón que auguraba lo que había de llegar a ser en el futuro como predicador.

Terminada su carrera universitaria, Broadus regresó a su colegio rural en la casa del General Cooke, en Bremo, Condado de Fluvanna, prefiriendo este lugar tranquilo, donde podía dedicarse al estudio y a la meditación, a los puestos de importancia que se le ofrecían. Uno de los grandes deseos de Broadus por esta época, era el obtener una debida preparación teológica; y como no había cerca ningún seminario, se dedicó afanosa y tesoneramente a esta clase de estudios, en los que más tarde había de brillar tanto. Pero no obstante sus labores de maestro de escuela, y los profundos y sistemáticos estudios que estaba realizando, nuestro biografiado encontraba tiempo que dedicar a la predicación.

En los primeros días de agosto, Broadus fué al Condado de Culpeper a visitar a sus familiares y amigos. Durante su estancia allí, parece que celebró una serie de cultos de avivamiento en la iglesia a que antiguamente había pertenecido. Habiendo la congregación de New Salem acordado su ordenación en la junta de julio, el día 12 del referido mes de agosto se formó un concilio ordenador en esta iglesia, con el propósito de separar formalmente a este siervo de Dios para la obra del ministerio. El sermón de ordenación fue predicado por el Rdo. H. W. Dodge; fueron miembros del concilio los Rdos. Barnett Grimsley y Cumberland George; y su hermano carnal J. M. Broadus actuó de secretario. Después de la ordenación nuestro biografiado regresó a su puesto de maestro rural en Bremo, donde, por espacio de unos meses, dividía su tiempo entre sus clases, sus estudios y sus epístolas amorosas a la elegida de su corazón.

Por esta época se había extendido tanto la fama que de elocuente y consagrado predicador y de profesor hábil tenía Broadus, que eran muchas las iglesias que lo llamaban a su pastorado, y muchas las universidades que le ofrecieron alguna de sus cátedras. Pero nuestro biografiado declinó todos estos nombramientos. Por fin, en el mes de septiembre del año 1851, Broadus aceptó la plaza de catedrático auxiliar de lenguas antiguas en la Universidad de Virginia, así como el pastorado de la iglesia bautista de Charlottesville, que por la misma fecha le fué ofrecido por la unanimidad de votos de sus miembros. De esta manera podía efectuar ambos trabajos, enseñando y predicando, ya que la universidad y Charlottesville se encontraban muy cerca una de la otra. "El Dr. Broadus era ahora pastor de la iglesia a la cual no había querido servir cuando era estudiante, y se hallaba de profesor en la gran universidad de entre cuyas paredes hacía tan poco tiempo que había salido."

Por espacio de ocho años estuvo el Dr. Broadus desempeñando estos dos importantes puestos, trabajando con gran entusiasmo y eficiencia, progresando en habilidad, y haciendo que su renombre fuera mayor cada día y sus labores fueran profundamente intensas.

En mayo de 1859, Broadus asistió a la Convención que se celebró en Greenville, Carolina del Sur. Esta Convención estableció formalmente esa magnífica institución que tanto bien ha hecho, y de la que han salido tantos ministros eminentes para esparcirse por la faz de la tierra, predicando la palabra de Vida, el Seminario Teológico Bautista del Sur; siendo nombrados como sus profesores las siguientes personas; J. P. Boyce, J. A. Broadus, Basilio Manly, hijo y E. T. Winkler. Nuestro biografiado declinó este puesto de tanto honor y de tanta responsabilidad, no deseando abandonar su buena iglesia de Charlottesville.

Sus amigos y familiares continuaban insistiendo en que aceptara el nombramiento de profesor en el seminario, y al efecto era enorme el número de cartas que le escribían. Y tanto exhortaron y aconsejaron, que por fin Broadus, al contestar al Dr. Boyce que en el mismo sentido le había escrito, aceptó dicho nombramiento, con fecha 21 de abril de 1859. Así entró nuestro ilustre biografiado a la obra que había de ocuparlo durante todo el resto de su vida,

esa obra tan eficiente que de manera admirable efectuó por espacio de treinta y seis años, durante los cuales ejerció una tremenda influencia sobre los centenares de estudiantes que a sus pies se preparaban dignamente para enfrentarse con un mundo de pecado, a predicarle la salvación por medio de la sangre de Cristo. Con su ingreso en la facultad del seminario, comienza la fase más activa, más brillante, más fructífera de la vida de ese gran hombre que se llama Juan Alberto Broadus, de ese gran hombre que fué uno de los teólogos más eminentes del Sur de los Estados Unidos. Su cátedra fué la de Homilética e Interpretación Bíblica.

Siendo este seminario una institución nueva, fue necesario hacer una intensa propaganda a su favor, a fin de adquirir alumnos y de destruír los prejuicios que existían en algunas partes en contra de planteles de esta naturaleza. A este trabajo tan ímprobo, tan difícil, tan desagradable, dedicó Broadus una gran parte de su tiempo, ya escribiendo, ya viajando por los estados del Sur. En esta obra nuestro biografiado recibió la cooperación de todos los otros profesores; pero es justo decir que una gran parte del éxito obtenido en estos primeros años de la vida del seminario, se debió al profesor de Homilética. Por esta época Broadus era uno de los oradores religiosos más elocuentes de su país, uno de los hombres de quien más se hablaba, y a quien continuamente se estaba solicitando para los puestos más honoríficos; y toda esta elocuencia, toda esta influencia, la usó para el progreso de la institución a que se había decidido a servir con todas sus energías y entusiasmo. Es por esto que puede decirse, sin temor a equivocación, que el nombre de Broadus va indisolublemente unido al del Seminario Teológico Bautista del Sur, de manera que es imposible hablar del seminario sin recordar el nombre de J. A. Broadus; porque una gran parte de lo que es ese seminario, se debe a los esfuerzos y a los trabajos de este gran hombre.

Los dos años que mediaron entre la apertura del seminario y la guerra de secesión, fueron años muy difíciles para esta institución, por las razones que arriba hemos apuntado, a saber: los prejuicios existentes en muchos lugares del sur contra los seminarios, y la necesidad de procurarle vida a esta institución que comenzaba sin propiedades, sin fondos de reserva y sin alumnos suficientes para pagar los gastos de tal plantel. Pero todos los catedráticos se pusieron a la obra, con especialidad Broadus, tratando de ganar simpatías y obtener donaciones para el seminario. Por eso los vemos, durante estos años, viajando continuamente, hablando en público sin cesar, escribiendo sin interrupción, hasta que a principios del año 1861 el horizonte del seminario se presentaba más despejado, siendo muy fundadas las esperanzas que se tenían del éxito de esa institución.

Pero cuando más halagüeñas eran estas esperanzas de éxito, surgió la terrible guerra que paralizó todas las actividades, que suspendió todas las operaciones, que trajo la inseguridad, la inquietud en todas las cosas. Y naturalmente, el seminario sufrió terriblemente a consecuencia de este estado de cosas. Por algún tiempo trataron sus amigos de sostenerlo abierto, en actividad de enseñanza; pero el hecho de que los estudiantes de teología no eran exceptuados de la obligación de tomar las armas, hizo necesario clau-

surarlo. En consecuencia, en el otoño del año 1862, el Seminario Teológico Bautista del Sur cerró sus puertas por encontrarse sus aulas completamente vacías, y no haber esperanza de llenarlas en el inmediato futuro.

Como es natural, habiendo cerrado el seminario sus puertas, los profesores que ocupaban sus cátedras tuvieron que buscar otras ocupaciones en que pudieran ganar el sustento. En noviembre, Broadus fué nombrado pastor de las iglesias de Cedar Grove y Williamston, al mismo tiempo que predicaba como sustituto en otras iglesias. Por esta época nuestro ilustre biografiado se encontraba activamente ocupado en la preparación de su "Comentario sobre Mateo." Desempeñó también, por espacio de unos meses, el puesto de capellán en el ejército del Gen. Lee, ganándose la simpatía y la confianza de soldados y oficiales. En 1864 era pastor de cuatro iglesias a la vez; y desde 1863 a 1866 ocupó el puesto de Secretario Corresponsal de la Junta de Escuelas Dominicales de la Convención Bautista del Sur, Junta que debió su creación a las gestiones de Broadus y del Dr. Manly. Aunque entonces esta Junta no hacía, ni con mucho, la labor que efectúa en la actualidad, no dejaba de realizar algún trabajo en lo que respecta a la publicación de folletos y periódicos. Es admirable, por tanto, el cúmulo de obligaciones que pesaban sobre el Dr. Broadus, y el enorme trabajo que tenía que realizar para cumplir con estas obligaciones.

A la terminación de la guerra, el horizonte del seminario se presentaba más negro que nunca; llegando todos a pensar que sería imposible volver a abrir sus puertas, ni sostenerse. Sin embargo, en la reu-

nión que para tratar sobre el particular tuvieron los profesores, después de haber estudiado el asunto bajo todos sus aspectos, el Dr. Broadus dijo a sus compañeros: "Supongamos que tranquilamente decidamos que el seminario muera, pero que nosotros muramos antes." Y los cuatro profesores llegaron a esta decisión, de morir antes de que el seminario muriese. En consecuencia, las puertas del seminario fueron abiertas nuevamente el día 1o. de noviembre de ese mismo año (1865), contando solamente con siete estudiantes. A este respecto dice el Dr. Robertson: "En Homilética el Dr. Broadus sólo tenía un estudiante, y era ciego. Pero era muy natural del Dr. Broadus el dar a este estudiante la mejor enseñanza posible. La cuidadosa preparación de un curso de estudio para este estudiante ciego, lo llevó a escribir este Tratado Sobre la Predicación."

El resto de su vida, hasta el momento de su muerte, fué tremendamente atareada. Sus viajes continuos en demanda de contribuciones para el seminario, o para pronunciar conferencias y discursos para el seminario, o para pronunciar conferencias y discursos en los principales planteles de instrucción, entre ellos los más afamados seminarios; sus predicaciones en gran número de iglesias que le invitaban al efecto; sus numerosos artículos para los distintos periódicos; sus trabajos literarios en la preparación de libros y folletos; sus labores en el seminario; la copiosa correspondencia a que tenía que atender—todo ello apenas si le permitía ni aun el descanso natural. Sin embargo, Broadus efectuada todo este trabajo, lo efectuó por espacio de largos años, no obstante que su salud no era todo lo buena que hubie-

ra sido de desear, en realidad, es casi incomprensible cómo un solo hombre, máxime si no disfrutaba de la mejor salud, pudo hacer todo el enorme trabajo que llevó a cabo Broadus.

En 1889, a la muerte del Dr. Boyce, el Dr. Broadus fué electo para sustituírlo en la presidencia del seminario, cuyo importante puesto desempeñó por espacio de seis años, hasta el día de su muerte, con el beneplácito de todos, demostrando sus grandes dotes. Por esta época las iglesias más afamadas de la Unión, tanto del Sur como del Norte, le llamaban, unas suplicándole que aceptara su pastorado, y otras pidiéndole que viniera a predicar en ellas; los grandes seminarios y las universidades, continuamente le invitaban a hablar en sus aulas; era obligado conferencista en los institutos bíblicos de verano—de todas partes era llamado. Por todo ello puede decirse que Juan A. Broadus fué, durante los últimos veinte años de su vida, uno de los hombres más eminentes en el mundo evangélico de los Estados Unidos. Muy pocos tenían los conocimientos personales que él tenía en el seno de las iglesias y seminarios y universidades; muy pocos ejercieron una influencia tan grande y tan benéfica como él, sobre todo en el campo comprendido por la Convención Bautista del Sur.

Como predicador, el Dr. Broadus brilló desde el primer momento, llegando a ser una de las figuras más prominentes del púlpito americano, de ese púlpito que tantos predicadores eminentes ha producido. Una demostración de lo que hemos dicho la encontramos en el hecho de que las más afamadas iglesias le suplicaran que ocupara su púlpito. El Dr. Wilkinson ha dicho que si Broadus se hubiera dedicado

con el mismo exclusivismo que el Dr. MacLaren a la predicación, hubiera llegado a ser un predicador más eminente que el famoso escocés. Y esto, tratándose de MacLaren, que fue uno de los predicadores más célebres de su día.

Que nuestro biografiado fué un escritor profundo y prolífico, lo prueban sus diversas obras. Su "Comentario sobre Mateo," obra en 8o. mayor, con 600 páginas en tipo de 8 puntos, es uno de los mejores comentarios que sobre el primer Evangelio existen en el idioma Inglés, no obstante lo rico que es el referido idioma en obras de esta naturaleza. Su libro "Tratado Sobre la Predicación" es una magnífica obra sobre Homilética, en la que une a la sencillez del estilo, la profundidad del pensamiento. Esta obra adquirió una fama tal, que ha pasado por varias ediciones en los Estados Unidos y en Inglaterra, ha sido traducida a varios idiomas, y es usada como libro de texto en multitud de seminarios teológicos, entre los que se cuentan muchos que no pertenecen a nuestra denominación. Además, publicó las siguientes obras: "Una Historia de la Predicación;" "Armonía de los Evangelios;" "Sermones y Conferencias;" "Memoria de J. P. Boyce;" "Jesús de Nazaret;" y un gran número de tratados de menor tamaño, como "Tres Cuestiones con Respecto a la Biblia," "Autoridad de la Biblia," etc. A todo esto hay que agregar el número casi infinito de artículos, científicos y religiosos, que publicó en distintas revistas de su país y del extranjero.

También dedicó Broadus mucho tiempo al trabajo en el Comité nombrado al efecto, en la revisión de la Biblia, trabajo por el cual fue calurosamente

felicitado muchas veces, y en el que era una garantía de la corrección de esa revisión.

Y un hombre que había comenzado su carrera ministerial enseñando una clase de Escuela Dominical, no podía dejar de sentir gran simpatía por esta institución que tanto ayuda a la labor de las iglesias y que tanto beneficio ha producido en el mundo. Y su simpatía se demostró en obras. A este respecto dice el Dr. Spilman, de la Junta de Escuelas Dominicales: "El Dr. Juan A. Broadus, profesor del Seminario Teológico Bautista del Sur, fue electo miembro del Comité (de lecciones internacionales) en 1878 y a él prestó sus servicios hasta su muerte. Desde el mismo comienzo, su sola presencia sirvió de ayuda y de estímulo. El informe del Comité de Lecciones, presentado en 1896, dice con respecto a la obra que efectuó: 'El amable y cariñoso Dr. Juan A. Broadus ya no existe... Por cerca de diez y siete años trabajó a nuestro lado, de una manera tan modesta, que nos dió a todos la convicción de que éramos hermanos, y de una manera tan grande que nos hizo reconocer que era un príncipe y un gran hombre en Israel'." El Comité Internacional de Lecciones jamás ha tenido un mejor amigo que él. Era un sabio de los de primer orden, y jamás tuvo dificultad alguna en preparar lo necesario para la escuela dominical ordinaria. Habiendo sido la mayor parte de su vida maestro en un seminario teológico, y en momentos de su muerte presidente de una institución a la cual asistía el mayor número de estudiantes de teología que jamás haya asistido a seminario teológico alguno en el mundo, no tenía, sin embargo, la idea de que la escuela dominical ordinaria pudiese convertirse en un seminario teológico. Poseyendo un gran ideal con respecto a lo que un estudiante de la Biblia debía ser, tuvo la suficiente sabiduría para preparar para la escuela dominical el trabajo que ésta podía hacer.

El Dr. Juan Alberto Broadus, el hombre eminente en todos sentidos, el sabio profundo, el predicador elocuente, el escritor prolífico, el profesor hábil, el hombre que dedicó sus energías a toda causa noble, falleció el sábado 16 de marzo de 1895, dejando tras de sí una estela de luz y bendición. Por lo que fué y por lo que hizo, su nombre aparece escrito en letras brillantes en la historia de la denominación bautista, y su recuerdo perdurará, por años y años, en la mente y en el corazón de millares de millares de cristianos.

El día de su muerte, uno de los periódicos de mayor importancia de la ciudad de Louisville (donde falleció), escribió lo siguiente: "El Dr. Broadus, el primer ciudadano de Louisville, ha pasado de entre nosotros. Por su mente y por su carácter, fué la principal influencia personal de esta comunidad." Y otro periódico de no menor importancia, dijo también: "No existe hombre alguno en los Estados Unidos cuya muerte pudiera ocasionar una tristeza más general que la que ha causado la muerte del Dr. Broadus."

Juan A. Broadus falleció; hace ya muchos años que se separó de entre los humanos, habiendo terminado su labor, para ir a estar con el Señor, lo que es mucho mejor. Su cuerpo material ya no existe para sus familiares y amigos, y discípulos; pero en Asia, en Africa, en Europa, en América... en todo el ancho mundo, en muchos colegios y seminarios, y en multitud de púlpitos, su grandísima influencia per-

dura y se hace sentir para bien y mejoramiento de los individuos. Como todos los hombres verdaderamente grandes, él no ha muerto, sino que vive en sus obras, vive en el recuerdo de los que a sus pies han estudiado, vive en las brillantes e imperecederas páginas de la Historia.

Tratado Sobre la Predicación

TRATADO SOBRE LA PREDICACION

Introducción

1. Importancia de la predicación, y dificultad de predicar bien. 2. Naturaleza de la elocuencia. 3. Requisitos para la predicación efectiva. 4. Peligros de los estudios retóricos.

La predicación es especialidad del cristianismo. Ninguna religión falsa la ha tenido. El judaísmo tuvo algo semejante por medio de los profetas, y más tarde en los oradores de las sinagogas; pero el judaísmo era una religión verdadera y relacionada con el cristianismo.

1. La predicación es el principal medio de difusión del evangelio. La imprenta ha contribuído a ello poderosamente, y es medio que los cristianos deben emplear; pero jamás podrá ésta ocupar el lugar de la predicación viva de la palabra. El trabajo pastoral es de inmensa importancia, y todo predicador debe darle el lugar que merece; pero tampoco puede substituir a la predicación, ni compensar la falta de poder en el púlpito. Las ceremonias religiosas pueden instruír e impresionar; mucho se usaron en la antigua

dispensación; y aun el cristianismo tiene dos símbolos simples pero impresivos. Mas éstos son meros cuadros para ilustrar, simples ayudas para ganar la atención de los hombres para la predicación de las verdades de la religión.

La predicación es, pues, una necesidad, y la buena predicación un gran poder; pero ¡cuán difícil es predicar bien! Pocos de los sermones que se predican cada semana en el mundo son realmente buenos, pero esto no nos excusa ni debe desanimarnos; debemos predicar lo mejor que nos sea posible, esforzándonos para llegar a la excelencia.

2. La elocuencia no consiste sólo en convencer la mente, avivar la imaginación y mover los sentimientos, sino en dar un impulso poderoso a la voluntad. Puede haber instrucción y convicción sin elocuencia; la imaginación puede ser encantada por un poema o una novela, pero esto no es elocuencia. Los sentimientos pueden ser conmovidos por una historia patética; pero como ésta no se propone producir acción alguna, no la llamamos elocuencia. Debe darse un impulso poderoso a la voluntad. La elocuencia es cosa práctica; si no se propone obtener resultados reales y prácticos, es espuria. La elocuencia es cosa seria, y por lo mismo no puede decirse que un discurso sea a la vez divertido y elocuente.

3. Los principales requisitos para que la predicación sea efectiva son:

(1) Piedad. Algunas veces ha habido hombres que han predicado bien, y al cabo han demostrado ser impíos. Dios puede tornar el mal en bien, pero tales cosas son excepcionales. Debe el predicador tener sincera piedad, con lo cual ganará la simpatía y el respeto de sus oyentes. Este es requisito fundamental.

(2) Dotes naturales. Raciocinio claro, fuertes sentimientos y vigorosa imaginación, como también capacidad para expresarse y poder de enunciación. Hay otras muchas dotes que contribuirán a su utilidad, pero éstas son indispensables, y si se cultivan cuidadosamente, son susceptibles de gran desarrollo, aun en los que no tenían conciencia de poseerlos; pero deben existir naturalmente.

(3) Conocimientos. El predicador debe conocer la verdad religiosa, ante todo la bíblica y las cosas que la iluminan, y por otra parte, la vida humana en sus actuales condiciones. Decía Cicerón que el orador debe saberlo todo. No hay conocimiento que no pueda utilizar; y debe procurar tener más y mejores conocimientos que la gran mayoría de sus oyentes.

La piedad es el poder motor; las dotes naturales cultivadas proporcionan los medios; el conocimiento da el material, y sólo necesitamos, además,

(4) La habilidad. Esta no se refiere sólo al estilo y la enunciación, sino también a la colección, selección y arreglo de los materiales. La habilidad se consigue a costa de mucho trabajo. La diferencia entre la habilidad y la falta de ella en la predicación es casi tan grande como en el manejo de herramienta de carpintería u otro oficio. Los estudios retóricos tienen por objeto la adquisición de habilidad; pero debemos cuidarnos de los peligros que ofrecen.

4. Los peligros del estudio de la retórica son:

(1) Pensar más en la forma que en el asunto. La retórica trata del uso del material, su elección, adap-

tación; arreglo y presentación; pero después de todo, el material mismo es más importante. Las cosas en que más debe pensar el predicador son la piedad, el conocimiento y la bendición de Dios; la habilidad es de menor importancia que éstas, y hay peligro de olvidarla.

(2) La imitación. Todos imitamos a sabiendas o inconscientemente. Se imitan con más facilidad los defectos que las buenas cualidades, porque aquéllos son más notables que éstas. Hay que cuidarse de este peligro, pues puede echar a perder nuestro trabajo.

(3) La artificialidad. Hay artificialidad que no debe llamarse afectación. Los móviles del orador son buenos; sólo que a veces yerra en el juicio y el buen gusto. En toda oratoria, y especialmente en la predicación, debe haber naturalidad y sencillez, lo que vale más que el mayor artificio. Debemos aprender a ser naturales. Lo conseguiremos esforzándonos por no incurrir en los defectos comunes entre predicadores, para lo cual debemos observar los de otros, y no conformarnos con los nuestros.

PARTE I.

Materiales de la Predicación

CAPITULO I.

El Texto.—Su Elección.

1. Sentido del término. 2. Ventajas de tener un texto. 3. Reglas para la elección del texto.

1. La palabra *texto,* del latín *textus,* tejido, denota la trama de un discurso. Por esto hablamos del texto de la escritura, el texto griego, el texto sagrado, en contraste con los comentarios o traducciones. La historia del término muestra el hecho de que la predicación era originalmente expositiva.

Los primeros predicadores hablaban sobre pasajes bastante largos; sus discursos eran exposiciones. Con frecuencia, no obtante, hallaban pasajes cortos tan ricos en doctrina que limitaban a la consideración de ellos su discurso. Pero poco a poco se fue dando la preferencia a textos más cortos; y en Inglaterra, en el siglo XVII, era cosa frecuente predicar muchos sermones sobre un pasaje breve. John Howe tiene catorce sermones sobre una parte de Rom. 8:24, "en esperanza somos salvos;" diez y siete sobre 1 Juan 4:20; y diez y ocho sobre Juan 3:6. El objeto era presentar una discusión completa de algún gran asunto,

relacionando todos los discursos mediante un mismo texto. Esta práctica contraría nuestro natural gusto por la variedad, y es mejor escoger para cada discurso un texto distinto que presente el aspecto del asunto que tratamos de considerar y satisfaga nuestros propósitos, sin fijarnos en su tamaño.

2. El tener un texto da al discurso cierta autoridad desde el principio, pero además muestra a todos que tratamos sólo de enseñar la palabra de Dios, cosa que debemos siempre considerar nuestra tarea distintiva. El discurso es un desarrollo del texto, una explicación, ilustración y aplicación de sus enseñanzas.

Hay varias ventajas en tomar un texto: (1) Hace a todos recordar, como ya lo dijimos, que nuestro objeto no es guiar al pueblo por nuestra sabiduría, sino impartirles las enseñanzas de Dios; podemos así hablar con confianza, y el pueblo reconocerá la autoridad de lo que digamos. (2) Si el texto ha sido bien elegido, despertará desde el principio el interés. (3) Ayuda al oyente a recordar el hilo del discurso, lo que siempre sucede cuando el sermón es en realidad el desarrollo del texto. (4) Proporciona la oportunidad de explicar en un solo pasaje de la escritura y de hacerlo impresivo. (5) Nos impide divagar tratando asuntos ajenos a la Escritura. (6) Conseguiremos dar mayor variedad a nuestros sermones, pues aun los textos que se refieren al mismo asunto, lo presentan en aspectos diferentes.

Se han presentado algunas objeciones contra el uso de textos, fundadas en dos o tres causas. El grave descuido de muchos en cuanto a la interpretación correcta del texto, ha hecho que algunos consideren su uso como perjudicial e inútil. Otros, que tienen poca

reverencia por la Biblia, hablan del texto como si fuera una restricción para el pensamiento o un dique a la elocuencia. Otros, que quisieran que cada sermón fuese una discusión filosófica de algún asunto, y a quienes no agrada la predicación expositiva, también consideran el texto como una restricción.

No es impropio en ocasiones tener dos o más textos. Así Heb. 9:22 puede usarse con 1 Juan 1:7; Isa. 6:3 con Sal. 72:19. Spurgeon tiene un sermón sobre las palabras "He pecado," que ocurren siete veces en la Biblia, y presenta ideas interesantes acerca de las diferentes circunstancias y estados mentales de los que las pronunciaron.

3. La elección propia de texto es cuestión de grande importancia. Una elección feliz animará al predicador en su preparación y en la predicación de su sermón, y le ayudará a ganar la atención de sus oyentes. En pocas cosas se observa tanta diferencia de talento y habilidad entre los predicadores como en la elección de textos. El ministro o estudiante para el ministerio debe tener un libro en blanco para listas de textos. Al leer la Biblia, libros de teología, sermones, hallaremos pasajes que puedan servirnos de texto en otra ocasión. Y no dejemos de anotar, aunque sea brevemente, el plan del discurso que se nos ocurra, o cualquiera idea o ilustración que quizá jamás vuelva a presentarse a la mente.

En la elección del texto pueden sernos útiles las siguientes reglas:

(1) El texto no debe ser obscuro. Por regla general debe mostrar su sentido con claridad. Un texto obscuro, o no llamará la atención, o sólo despertará cu-

riosidad. Hay, sin embargo, excepciones. Cuando el predicador esté seguro de poder explicar un texto obscuro, y sacar de él verdades importantes, úselo. Si saben que muchos tienen interés en aquel texto, y es capaz de explicarlo, hágalo en buena hora; pero en todo caso, que sea siempre para sacar de él lecciones de verdadera utilidad para el pueblo.

(2) Debemos tener cuidado en cuanto al uso de textos señalados por su grandeza de expresión. Un gran texto es promesa de un magnífico sermón, y es difícil cumplir las esperanzas excitadas por él. Pero no debemos tener por regla el evitarlos, pues de esta manera nos privaríamos de muchos de los pasajes más nobles e impresivos de la Biblia. Cuando usemos un texto de esta clase, anunciémoslo con modestia, o manifestemos sin afectación cuán pequeños nos sentimos ante él.

(3) Debemos evitar la elección de textos que puedan parecer chistosos. El humor en la predicación debe ser cosa incidental. Puede ser útil, pero no hay cosa más seria que la predicación. El esfuerzo por divertir, y los chistes calculados, son incompatibles con la solemnidad. Hay algunas expresiones de la Escriatura que parecen curiosas, y que sin embargo pueden emplearse provechosamente, como Ose. 7:8; pero todo esfuerzo por divertir, todo chiste calculado, es incompatible con la seriedad de la predicación.

(4) No evitéis un texto porque sea familiar. Es una equivocación desechar pasajes tan ricos como Juan 3:16; 1 Tim. 1:15, etc. Siempre hallaremos algo bueno que decir sobre ellos. Los grandes predicadores predican mucho sobre grandes textos y grandes asuntos. Esta práctica desarrollará nuestra fuerza y habilidad.

(5) No se descuide habitualmente ninguna porción de las Escrituras. Algunos descuidan el Antiguo Testamento, y pierden sus ricas enseñanzas acerca del carácter de Dios y los métodos de su providencia, como también sus tipos y predicaciones del Salvador, y sus innumerables ilustraciones de la vida humana y del deber. Otros predican casi exclusivamente del Antiguo Testamento. Son personas que no se deleitan en las doctrinas de la gracia, o son afectos a alegorizar las narraciones bíblicas, y prefieren sus fantásticas interpretaciones del Antiguo Testamento a la enseñanza clara de Cristo y sus apóstoles.

(6) Los dichos de hombres no inspirados que contiene la Escritura no deben usarse como textos, a menos que sepamos por otras enseñanzas de la Biblia que son verdaderos, o que nos propongamos sacar instrucción del hecho de que tales hombres hayan hablado tales cosas. Hay muchas expresiones de esta clase que son enteramente falsas, y la inspiración solamente responde por el hecho de que fueron dichas. Ejemplo: el discurso de Rabasces en 2 Reyes 18. La pregunta de los escribas en Mar. 2:7, aunque dicha por hombres no inspirados, encierra una verdad, como también las palabras de Juan 7:46.

(7) En el trabajo pastoral deben considerarse varias cosas para la elección propia de textos. Una es la condición presente de la congregación; otra, el carácter de los textos sobre los cuales se haya predicado recientemente, pues debe evitarse la monotonía y procurarse que los sermones sean oportunos y de buen

efecto. Otra consideración es que debemos elegir textos y asuntos en los cuales nosotros mismos estemos interesados, pues sólo así serán nuestros sermones interesantes para los demás.

CAPITULO II.

El Texto.—Su Interpretación

1. Obligación de interpretar con cuidado y exactitud. 2. Causas principales de error en la interpretación de textos. 3. Ejemplos de textos mal aplicados. 4. Breves reglas para interpretar.

1. Interpretar y aplicar el texto de acuerdo con su significado, es uno de los más sagrados deberes del predicador. Al anunciar su texto, da a entender que de él sacará su sermón. Si no lo ha de hacer así, vale más que predique sin texto, pues el usarlo nos obliga a exponer correctamente su significado.

Se viola a menudo este principio, unas veces por ignorancia, otras por descuido o por la inclinación a espiritualizar las más claras palabras, o por tratar de acomodar frases de la Escritura a asuntos que no estaban en la mente del escritor. Tal proceder no tiene excusa alguna.

No siempre es tarea fácil la de interpretar el texto correctamente. Aparte de las falsas nociones y prejuicios que a veces impiden entender el sentido correcto de un texto, puede éste presentar dificultades intrínsecas, para vencer las cuales se requiere esfuerzo concienzudo. A ello está solemnemente obligado el predicador.

2. Las principales causas de error en la interpretación de textos son las siguientes:

(1) La difícil inteligencia de la fraseología del tex-

to mismo. Son frecuentemente causas de dificultad las elipsis, las construcciones incompletas y las palabras de significado no bien definido que frecuentemente encontramos en la Biblia; y si la mente está preocupada de antemano, fácil es que atribuyamos a algunas de sus expresiones un sentido que no tienen. El lenguaje de la Biblia no es científico, sino familiar, lo cual en verdad lo hace interesante para todos; pero ofrece por lo mismo la dificultad natural a tal estilo para precisar a veces su sentido.

Además, la mayor parte de nosotros tenemos que interpretar la Biblia de una traducción, y la mejor de las traducciones es imperfecta. Es raro que dos palabras de diferentes idiomas tengan precisamente la misma extensión de sentido en la misma forma y sugieran las mismas ideas. Las diferencias idiomáticas de construcción hacen a veces ambiguo lo que en el original sólo era general. Los casos en que nuestro idioma deja de indicar el énfasis que en el Hebreo o el Griego están distintamente marcados son especialmente frecuentes. Con todo esto, nada hay que deba desanimar al predicador en sus esfuerzos por descubrir el verdadero sentido del texto, ni nada que lo disculpe si no lo hace. La lectura constante y devota de las Escrituras, que le hará familiarizarse con sus modos peculiares de pensamiento y expresión, el estudio atento de la relación general de su texto, la comparación que de él haga con otros pasajes en que se trate el mismo o semejante asunto, y la consulta que haga de las obras de expositores juiciosos y sabios, le capacitará para la interpretación correcta de la Palabra de Dios en las versiones que puede leer. Andrés Fuller no tenía prácticamente ningún conocimiento de los idiomas originales, y sin embargo sus interpretaciones de las Escrituras son claras y correctas en un grado raras veces excedido.

Si por otra parte, se usan los idiomas originales en la interpretación, hay el peligro de dejarse descaminar por un conocimiento superficial o un examen ligero. Para determinar el sentido *exacto* de las palabras o frases en esos idiomas, se requiere un conocimiento sólido de ellos. En los pasajes de difícil interpretación, tal conocimiento nos servirá para juzgar con mayor confianza y seguridad cuál es la más acertada de varias interpretaciones, y en cuanto a la mayor parte de las Escrituras, aun un conocimiento ligero de dichos idiomas nos será útil, poniéndonos en contacto intelectual con los escritores sagrados.

Si con todo, no podemos estudiar estos idiomas, debemos hacer lo posible por familiarizarnos con el tono general de las Escrituras, y aun con el particular de cada escritor, cosa que en cierto grado todos hemos logrado mediante la lectura general de la Biblia, pero en la que debemos empeñarnos aun más, si queremos ser buenos intérpretes de ella.

En el lenguaje de la Biblia hay cierto número de palabras que podemos llamar capitales, cuyo sentido, una vez determinado, viene a ser la clave de toda la Biblia. Si nos limitamos a la significación usual de los términos que para traducir estas palabras se han empleado, estamos expuestos a cometer serios errores. Tales son las palabras *carne, alma, corazón, temor, fe, entendimiento, insensato, luz, tinieblas, justo, injusto, salvación, gracia, bueno, malo.* El traductor ha traducido las palabras; vosotros tendréis que traducir las ideas. La observación general que hagamos

en la lectura, y especialmente la comparación de estos términos, con el auxilio de una Concordancia, en los diferentes lugares en donde se emplean, nos enseñará su sentido.

Recuérdese también que el lenguaje de la Escritura no es filosófico, sino popular; no científico, sino poético; no analítico (con distinciones minuciosas y exactas), sino más bien sintético, abundante en términos concretos, representantes no de abstracciones sino de hechos. Esto produce algunas formas peculiares de expresión, que abundan en la Biblia, y son importantes para la interpretación de textos.

Todo lenguaje poético, es decir, de un pueblo de temperamento poético, se deleita en disminuir y aumentar alternativamente la idea, a fin de que la imaginación del oyente se ejercite en añadir o restar. Ejemplos: 1 Juan 3:9; Lucas 16:15; Lucas 14:26; Efesios 5:11.

Se complace también a veces en hacer absoluto lo que es relativo y relativo lo que es absoluto. Ejemplos de lo primero: Lucas 14:12, en donde hallamos la prohibición *absoluta* de invitar parientes y amigos, y el mandato de invitar exclusivamente la otra clase. Bien sabemos que no se deben interpretar así las palabras del Maestro. En Prov. 8:10 hallamos primero la forma absoluta de expresión, y luego, en la frase paralela, la forma relativa. Véanse también Gén. 45:8; Jer. 7:22, 23; Mat. 9:13 con Oseas 6:6; 1 Ped. 3:3. Un ejemplo del uso de lo relativo por lo absoluto se halla en Luc. 18:14, donde se nos quiere decir que el publicano fue justificado, mientras que el fariseo en realidad no lo fue.

Se generaliza a veces lo que es particular, y se particulariza lo que es general. Ej.: Ex. 20:16. Se complace en el uso de sinónimos y paralelismos. Ej: Sal. 118:105. Clasifica sin objeto científico, como en Sal. 51:12. A veces se usan series de substantivos o adjetivos que no deben tomarse como base de divisiones en el sermón, como en 1 Ped. 4:18; 2 Ped. 1:5-7.

(2) Es también causa frecuente de error en la interpretación el no tomar en cuenta el enlace del texto. Algunos casos, tomando una frase aparte de su conexión, dará un sentido a todas luces falso. Ej.: 2 Cor. 12:16. En otros resultará ambiguo o de vago sentido. En casi todo caso será preciso examinar la trabazón para averiguar el sentido completo. Esto es verdad aun en aquellas porciones de los Proverbios en las que varias frases parecen enteramente desconectadas; pero en donde será útil observar lo que parece ser la clave general de asuntos que el escritor tiene en la mente. En los Salmos siempre hay una corriente general de ideas que puede guiarnos; y en las narraciones, tratados poéticos, dicursos, argumentos epistolares, etc., que constituyen la mayor parte de la Biblia, la conexión es a todas luces importante.

Se viola, aun a sabiendas, este principio en la interpretación, unas veces por el afán de alegorizar —de que hablaremos después—y que hace a muchos pensar que el lenguaje de la Escritura es tan diferente de todo otro, que no debemos ajustarlo a los principios que ordinariamente rigen en toda interpretación. Otras veces se descuida la conexión por la costumbre de usar exclusivamente textos cortos, los que interpretados a la luz de su conexión no proporcionan al predicador de capacidad ordinaria material suficiente para un sermón, por lo que se ve ten-

tado a hacer de sus palabras aplicaciones adicionales no justificadas por el contexto, o a darle una aplicación enteramente nueva y novedosa.

Hay aun otra causa. Hace unos seis siglos que se inició la división de la Biblia en capítulos, y unos tres siglos la subdivisión en versículos. Ambas cosas se hicieron para la mayor conveniencia en las referencias, lo mismo que se ha hecho con autores griegos y latinos; pero la costumbre de imprimir cada versículo como párrafo distinto para la mayor facilidad en encontrarlos, junto con el hecho de que la división de capítulos y versículos fue hecha sin cuidado ni atención escrupulosa a la conexión, ha dado por resultado que, tanto predicadores como oyentes, piensen que cada capítulo y cada versículo es un todo separado. Raras veces se lee en público el fin de un capítulo y el principio del siguiente, como también es raro que se tomen por texto de un sermón las palabras finales de un versículo junto con las primeras del siguiente.

Todo predicador que desee ser fiel a la Palabra de Dios, deberá hacerse el propósito de no interpretar jamás un texto sin observar cuidadosamente su conexión. Pero en cierta dirección esta idea de fidelidad en la interpretación puede llevarse demasiado lejos. Verdad es que por regla general, es preferible siempre confinar el sermón al asunto preciso, o aspecto del asunto presentado por el texto en su conexión; pero no estamos necesariamente reducidos a esto. Cierto principio puede estar presentado por el texto en una aplicación, y con entera propiedad podemos hacer de él otras aplicaciones. Esto no será violar la conexión, pues el texto enseña realmente

el principio, y las nuevas aplicaciones son hechas bajo nuestra responsabilidad, dirigidos por las enseñanzas generales de la Escritura. El apóstol Pablo frecuentemente presenta principios amplísimos en su relación con alguna cuestión particular de verdad o deber. Ej.: Gál 6:7, con referencia especial al deber de contribuir para el sostén de los enseñadores de religión, pero que admite muchas otras aplicaciones. En Rom. 14:12 el pensamiento principal es que cada uno de nosotros dará razón de *sí*, y que por lo mismo no debemos juzgar a los demás, pero presenta el asunto general de la responsabilidad. Muchos ejemplos semejantes pueden hallarse en la Biblia. En otros casos podemos partir del punto preciso presentado por el texto, y de allí extendernos a otras verdades relacionadas con él. En Amós 4:12 el profeta amonesta con referencia al juicio inminente que vendría sobre la nación, y los exhorta a prepararse para encontra a Dios en él; pero es cosa legítima, después de señalar esto, mostrar que si continuamos en el pecado todos tendremos que encontrar a Dios, no sólo en los juicios temporales, sino en la venganza del gran día, por lo cual los oyentes son llamados a prepararse para la eternidad. Esto no es descuidar la conexión ni interpretar mal el texto, sino simplemente extender más allá la idea en la misma dirección, sin afirmar ni dar a entender que el escritor sagrado se refería a todos los asuntos que nuestro discurso incluye.

Oportuno es añadir la observación de que cuando un texto considerado en su conexión admita más de un sentido, lo mejor será evitarlo por demasiado ambiguo para nuestro objeto, o indicar que vamos a re-

ferirnos a su sentido más probable, y concretarnos a sus enseñanzas que así proporciona. El plan de considerar en sucesión diferentes sentidos, y hacer aplicaciones prácticas de cada uno, no puede aprobarse.

(3) Una tercera causa de error en la interpretación de textos es el espiritualizarlos impropiamente.

No tenemos manera alguna de representar las cosas espirituales sino por medio de metáforas derivadas de las cosas temporales, y nuestros mismos conceptos del mundo invisible dependen de imágenes proporcionadas por el mundo en que vivimos. Swedenborg enseñó en la "doctrina de las correspondencias," en conformidad con la cual afirma que fueron escritos los libros sagrados, que cada objeto y relación en el mundo material tiene su correspondiente en la esfera espiritual. Para aceptar esto como un hecho universal bien pudiéramos exigir pruebas mejores que las visiones del barón sueco; pero es ir al extremo opuesto imaginar que la relación entre el mundo material y el espiritual es simplemente cuestión de metáforas. Las Escrituras parecen enseñar que hay realmente mucha relación íntima entre estas dos grandes esferas de existencia, y el estilo alegórico en el amplio sentido de este término se emplea frecuentemente y de varias maneras en la Biblia. Los numerosos sacrificios y purificaciones ordenados por la ley, representaban la obra de Cristo y de su Espíritu. Los profetas frecuentemente emplearon objetos o acontecimientos cercanos para representar las realidades de la era mesiánica. La historia de Israel tuvo una relación típica, por una parte con la vida de Cristo, y por la otra con el destino de su Iglesia; y Sión, la capital y representante de Israel, proporcio-

na una figura profética favorita para pintar el futuro del Israel espiritual. Personajes individuales de la historia, como Melquisedec, Moisés, Josué, David, Ciro, tuvieron indudablemente una semejanza designada divinamente con el Mesías. La relación entre esposo y esposa proporcionó una figura de uso frecuentísimo para representar la relación entre Cristo y su Iglesia. Aun la enemistad de Sara y Agar representó la oposición entre la esclavitud bajo la ley y la libertad en el evangelio.

Debido a todo esto, no es extraño que siempre haya habido de parte de algunos la tendencia a dar interpretación espiritual, sin restricción ninguna al lenguaje de las Escrituras. Se habla de Orígenes como el progenitor de este modo de interpretación; pero otros lo usaron antes que él, y él mismo sólo siguió, en lo que hace al Antiguo Testamento, el ejemplo de Filón. Muchos de los Padres adolecen de este vicio; y en el tiempo presente no pocos de los predicadores más devotos y sabios de la Iglesia Anglicana y entre los luteranos, siguen el mismo ejemplo. Entre los bautistas la influencia de Fuller y Hall, y la difusión de la educación ministerial, han remediado mucho este mal; pero hay aún mucha ignorancia que vencer, y muchos honorables ministros continúan sancionando con su ejemplo la antigua práctica de alegorizarlo todo. Tal predicación no es frecuentemente sino levantar castillos en el aire.

El peligro de errar en esta dirección se acrecienta por el hecho de que es imposible marcar el límite entre lo propio y lo impropio en cuanto a la interpretación alegórica. No hay cuestión alguna con respecto a los pasajes del Antiguo Testamento que los

escritores del Nuevo interpretan así, y muchos sostienen que son los únicos que deben interpretarse de tal modo. Teóricamente esto parece demasiado estricto, pues no sería justo negar que otros sucesos u objetos en todo similares a los que el Nuevo Testamento interpreta espiritualmente, tengan semejante sentido; pero prácticamente, en cuanto al uso de textos, nunca podremos sentirnos seguros apartándonos de esta regla.

Conviene añadir que hay pasajes de la Escritura que no pueden ser interpretados como teniendo un sentido espiritual, pero que pueden ser usados de varias maneras para inculcar verdades espirituales. Pueden incluir principios capaces de aplicación a las cosas espirituales, aunque tal aplicación debe hacerla el predicador bajo su propia responsabilidad y recibirla el pueblo discretamente, y no como parte de la Escritura. Otros pasajes pueden proporcionar ilustraciones de verdades espirituales semejantes a las que derivamos de la naturaleza, la historia o la vida diaria.

Obsérvese también que en el caso de pasajes figurados que realmente tienen sentido espiritual, hay peligro de forzar demasiado la figura e imaginar sentido espiritual en algunos de sus detalles que no fueron dados con tal objeto por el escritor. Cuando el Señor dice: "Tomad mi yugo," no tenemos derecho de imaginar que todos los detalles en relación con los yugos y los bueyes tienen su paralelo. Cuando dice: "Sed prudentes como serpientes," y "os haré pescadores de hombres," lo mismo que en otra multitud de pasajes, hay que tener en cuenta dicho principio. Debemos averiguar lo que el escritor sagrado se proponía representar por la figura; eso es lo que significa y nada más. Muy comunes son los errores de esta clase en la interpretación de las parábolas de Cristo. Como todas las ilustraciones que empleamos, algunas se fundan en una semejanza o analogía más remota que otras; unas corren paralelas al asunto comparado, por gran distancia, otras apenas lo tocan en un punto. Cuando se dice que Cristo vendrá como ladrón en la noche, la semejanza es sólo en lo inesperado del caso; y cuando dice que "el reino de los cielos es como la levadura, etc.", no hay para qué empeñarnos en hallar alguna verdad espiritual representada por el número *tres,* ni razón para decir que la *mujer* representa a la iglesia. Al interpretar una parábola debemos averiguar por el contexto cuál era el asunto que el Señor se proponía ilustrar, observar luego la luz que la parábola en general arroja sobre ese asunto, o los aspectos de él que presenta, y finalmente inquirir hasta qué punto los detalles de la narración tienen significación separada.

3. Ejemplos de textos que a menudo se aplican mal.

Los ejemplos que se dan aquí están arreglados según el orden de las tres causas de error en la interpretación que se han discutido en el párrafo anterior, aunque a veces estas causas se combinan en el uso de algunos textos.

(1) Por no entender la fraseología del texto mismo.

Jer. 3:4. "Padre mío, guiador de mi juventud." Se usa a menudo para predicar a los jóvenes, presentándose la idea de que los jóvenes deben buscar la dirección del Padre Celestial; lo cual es equivocar el sentido de la frase bíblica, "guiador de mi juventud,"

y a la vez no prestar atención a la conexión del pasaje. Prov. 2:17 muestra que "guiador de su juventud" (o más bien, compañero, asociado) denota al esposo. Jeremías usa la misma palabra hebrea, reprochando a la nación como esposa adúltera que merece el repudio, pero no obstante la invita a volver a él. (Comp. Jer. 2:2; Ose. 2:15). El término "padre" es una forma respetuosa que la esposa emplea para hablar a su marido, semejante a su uso en 2 Rey. 5:13.

Prov. 8:17. "Me hallan los que madrugando me buscan." Esto no quiere decir en los primeros años de la vida. Los traductores, siguiendo la Vulgata, entendieron la palabra hebrea como significado temprano en la mañana, siendo la idea expresada semejante a la de Jer. 7:13. Comentadores recientes suponen que simplemente significa buscar, o buscar celosamente. El pasaje no tiene referencia a los jóvenes.

Salmo 23:4. "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré ningún mal." No tiene ninguna referencia a la proximidad de la muerte. La expresión es empleada para designar la más densa obscuridad, (Véanse Amós 5:8; Sal. 107:10; Jer. 2:7; Isa. 9:2), ya sea literal o figurada, pero sin que en ningún lugar tenga referencia a la muerte. En el Salmo 23 la figura es la de un rebaño conducido por un valle hondo, estrecho y muy obscuro, en donde las ovejas temerían si no se viesen protegidas por el pastor, y sugiere cualquier experiencia o época de la vida en que el creyente sentiría naturalmente angustia y temor, a no ser por la presencia y protección de su Pastor.

Heb. 7:25. "Puede también salvar eternamente a

los que por él se allegan a Dios," es un texto favorito para mostrar que Cristo puede salvar a los peores pecadores. El sentido del texto es que puede salvar plenamente, en la completa significación del término. No transmite su oficio a sucesores encargados de terminar la obra que empezó, sino que vive para interceder por los que por él vienen a Dios. No sólo comenzará su salvación, sino que la proseguirá en vida y en muerte hasta completarla en la eternidad.

(2) Por descuidar la conexión.

Col. 2:21. "No manejes, ni gustes, ni aun toques." Estas palabras han sido usadas multitud de veces como un precepto bíblico en contra del uso de bebidas embriagantes. Un ligero examen de la conexión mostrará que no fueron escritas con referencia a tal asunto, y en segundo lugar, que son dadas por el apóstol como ejemplo de preceptos ascéticos a que no debemos conformarnos. Muchos pasajes enseñan la templanza pero no éste.

Heb. 6:1. "Vamos adelante a la perfección," es texto favorito de los que sostienen que la perfección es posible en esta vida. Pero el escritor sagrado está hablando de conocimientos y exhorta al progreso, hacia la madurez en ellos.

1 Cor. 2:9. "Cosas que ojo no vió, ni oreja oyó, etc." se cita con frecuencia como si se refiriera a la gloria del cielo; pero la conexión no deja duda de que el apóstol se refiere a la profunda sabiduría del plan de la salvación, que ninguna mente humana podría haber concebido ni percibido, pero que "Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu."

Mar. 9:8. "Jesús solo." Tomar estas palabras como texto y discurrir acerca de Jesús como el único Pro-

feta, Sacerdote, Rey, etc., es un ejemplo extremo de descuido del contexto. Después de la transfiguración, "Como miraron, ni vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo."

Isa. 1:5, 6. "Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa ilesa, etc." Frecuentemente se usa como texto, y a veces como texto de prueba de la total depravación humana; pero observando la conexión, se ve que el profeta habla de los castigos que había recibido la nación, hasta semejarse a los que eran azotados, quedando con todo su cuerpo cubierto de heridas. Y el profeta dice: ¿Para qué azotaros más? Ya lo habéis sido desde la cabeza hasta los pies, sin que el castigo os haga mejores. Sería texto excelente para mostrar cómo naciones, comunidades e individuos rehusan a menudo humillarse por las aflicciones y persisten en su maldad; pero la figura no es para designar la depravación, sino un castigo severo.

Isa. 63:1-3. "Quién es éste que viene de Edom, de Bosra con vestidos bermejos?" etc. Con frecuencia se usa este texto como representando al Salvador derramando su sangre y sufriendo solo por nosotros. Pero es claro que aquí se habla de un conquistador manchado con la sangre de sus enemigos y combatiendo solo. El que habla es el conquistador de Edom y libertador de Israel. Si se interpreta con referencia al Mesías, ha de ser como conquistando a los enemigos de su pueblo, y poderoso para salvar en este sentido. En Rev. 19:11-16 se emplea semejante figura describiendo al Verbo de Dios también como conquistador.

(3) Por espiritualizar impropiamente.

Amós 6:1. "Ay de los reposados en Sión." Aquí Sión es la iglesia, los reposados en ella, los miembros perezosos, etc. Pero el profeta añade: "y de los confiados en el monte de Samaria." ¿Cuál es el sentido espiritual de esto? Los jefes de Judá confiaban en las fortificaciones de Jerusalem, y los del reino del norte, en Samaria, y por lo mismo no se alarmaban por las amonestaciones del profeta que anunciaba que los enemigos destruirían esas capitales como lo habían hecho con otras grandes ciudades. Ay de ellos si confiando tranquilamente en Jerusalem y en Samaria, no se arrepentían de sus pecados ni confiaban en Dios. Pudiera el texto aplicarse a toda confianza en meras agencias humanas, en vez de la ayuda divina.

Exo. 2:9. "Lleva este niño, y críamelo, y yo te lo pagaré." Usan muchos este texto para predicar a los padres y maestros. "Dios os dice, tomad este niño," etc. Pero él no dice tal cosa. Sólo nos dice que la hija de Faraón dijo esto a la madre de Moisés. No hay razón para encontrar aquí sentido espiritual.

Jon. 1:6. "¿Qué tienes, dormilón? Levántate y clama a tu Dios." ¿Cómo puede un predicador decir que este texto se refiere a los pecadores dormidos espiritualmente? Jonás, cansado de su viaje, y sintiéndose ahora seguro a bordo, dormía, y el capitán, alarmado e impaciente, le dice: "Levántate y clama a tu Dios," como lo están haciendo los demás. Son palabras del capitán, no de Dios, y no hay razón para atribuirles sentido alegórico.

Prov. 18:24. "Amigo hay más conjunto que el hermano." No hay razón para interpretar estas palabras

como refiriéndose a Cristo. Es una afirmación general con respecto a la amistad. Puede tomarse este texto para hablar de las amistades íntimas y fieles, y por analogía, y bajo la responsabilidad del mismo predicador, hablar de Cristo como amigo; pero esto no es afirmar que el pasaje se refiera a Cristo.

4. Breves reglas para interpretar.

(1) Interprétese gramaticalmente. Hágase lo posible por determinar el sentido preciso de cada palabra y frase usada en el texto. Averígüese si alguna de ellas tiene un sentido peculiar en las Escrituras, y si tal sentido tiene en el texto. Si hay palabras de especial importancia, examínense, con la ayuda de una Concordancia, otros pasajes en donde se emplea la misma palabra. Es preferible hacer esto en el original, porque nuestras versiones tienen a veces la misma palabra cuando en el hebreo y el griego se usan palabras diferentes, y otras veces la misma palabra original se traduce de diferente manera en distintos lugares. Conviene consultar diferentes traducciones, pues a menudo textos familiares asumen un nuevo sentido o sugieren nuevos pensamientos cuando los leemos en diferente versión. Y consúltense los mejores comentarios accesibles, prefiriendo los que se ocupen principalmente de explicar el sentido exacto del texto.

Este examen gramatical debe ser minucioso. Whatley decía: "Antes de escribir tu sermón, mira tu texto con un microscopio." Todo esfuerzo que se haga por obtener un buen texto y por descubrir su sentido y extensión verdaderos, contribuirá a hacer más fácil y fructuoso el trabajo de construcción y composición del sermón.

(2) Interprétese lógicamente. La conexión de pensamiento en que se halle un texto, arrojará luz sobre su sentido, y es generalmente indispensable para entenderlo. La conexión lógica será a veces todo el libro a que pertenece el texto. Pocas frases hay en Hebreos, o en los primeros once capítulos de los Romanos, que puedan entenderse bien sin tener en cuenta el argumento todo de la epístola. Importa que el estudiante de las Escrituras se acostumbre a estudiar sus libros con referencia a toda su conexión, pues así podrá examinar cada texto en particular con un conocimiento correcto de su posición y relaciones generales. En un sentido más estricto, habrá siempre un contexto que comprenderá desde unos cuantos versículos hasta varios capítulos, de los que el predicador debe hacer un estudio especial, debiendo cuidarse del error común de pensar que el contexto comienza y termina con el capítulo en que se halla el texto. En muchos casos hay alguna conexión verbal interesante entre el texto y alguna frase antes o después, conexión que a veces se halla obscurecida por la versión. Puede añadirse que además de la importancia del estudio de la conexión lógica, para buena inteligencia del texto, una exposición del contexto forma frecuentemente una buena y a veces necesaria introducción del sermón.

(3) Interprétese históricamente. Muchas veces se deriva importante ayuda del conocimiento histórico general. En las narraciones que constituyen parte tan importante de las Escrituras, necesitamos a cada paso observar ciertos hechos geográficos que darán luz al texto. Lo mismo puede decirse con respecto a las costumbres y prácticas de los judíos y de otras na-

ciones que aparecen en la historia sagrada. Mucho también se aprenderá tomando en cuenta las opiniones y estado mental de las personas a quienes se dirigieron las palabras del texto. Hay que tomar en consideración las relaciones entre el que habla o escribe y las personas a quienes se dirige. Para esto es preciso no sólo conocer las relaciones previas de las partes, sino, como en el caso de las epístolas de Pablo, averiguar qué errores o males existían entre ellos, que el escritor quiere corregir. En el caso de las enseñanzas de nuestro Señor, mucho se aprende de los evangelios y de los escritos judaicos acerca de las falsas nociones y malas prácticas que existían entre los judíos, y a las que hacen referencia directa las palabras del Señor. Así es con respecto al divorcio, el juramento, el sábado, el pago de tributos, etc. Los comentarios dan informes sobre estos puntos.

(4) Interprétese figuradamente, cuando para ello haya suficiente razón. Siempre que sea claro por la misma naturaleza del caso, por la conexión o por hallarse expresiones precisamente semejantes en otros pasajes, que no debe tomarse el sentido literal, entiéndase figuradamente. En el lenguaje bíblico, lo mismo que en todo otro, la presunción es en favor del sentido literal, y explicar como figurado lo que está en conflicto con prejuicios doctrinales o con nociones caprichosas y sentimientos morbosos en cuanto a estética y ética, o con inferencias de hechos científicos imperfectamente establecidos, es jugar con lo que reconocemos como revelación autoritativa. Pero hay mucho en la Escritura que es sin disputa figurado, y mucho más que bien pudiera entenderse, a la luz de otros pasajes bíblicos, como figurado, por lo que debemos tener cuidado en no fundar teorías importantes sobre su sentido literal. Esto es particularmente cierto con respecto a profecías de cosas venideras, en las que es necesariamente difícil distinguir de antemano entre lo literal y lo figurado, si bien el cumplimiento lo aclarará algún día. Y recuérdese que el lenguaje puede ser altamente figurado sin ser ficticio. Determínese lo que las figuras bíblicas se proponían expresar, y téngase por cierto que ese sentido es tan verdadero como si hubiera sido expresado en términos llanos. Así "fuego que nunca se apaga" puede entenderse como una figura; pero no hay duda de que significa que en el infierno habrá algo tan terrible como el fuego, tan torturador como él lo es para el cuerpo—y en verdad, no hay duda de que la realidad del infierno como la del cielo excede en mucho a toda figura que las cosas terrenas puedan proporcionar.

(5) Interprétese alegóricamente, cuando esto sea propio fuera de toda duda. Todo lo que el Nuevo Testamento así interpreta es ciertamente alegórico. Más allá no tenemos derecho de ir. Podemos derivar ilustraciones de cosas espirituales, quizá de cada porción de la historia, profecía y proverbios bíblicos, como también de la historia profana y de la naturaleza; pero no tenemos derecho de presentar tales ilustraciones como interpretación. José proporciona en muchos respectos una buena ilustración de Cristo, como también el ateniense que, levantando su brazo mutilado ante el pueblo, intercedía por su hermano. Pero ¿por qué hemos de decir que José fue un *tipo* de Cristo? De que *algunas cosas* en los ritos levíticos, la historia de Josué, la de David, la de Ciro, en los Proverbios de Salomón, o el libro de Isaías, tienen en adición

a su sentido literal otro alegórico, no se sigue que *todo* lo referente a esas personas o libros deba entenderse así.

(6) Interprétese de acuerdo con las enseñanzas generales de las Escrituras, y no en contradicción con ellas. Estas enseñanzas son armoniosas, y pueden combinarse en un todo simétrico. Si un pasaje puede tener dos sentidos, debido a la ambigüedad de una palabra o construcción, o a la duda de que alguna expresión sea o no figurada, debemos preferir el que está de acuerdo con lo que la Biblia enseña en lo general. Para aplicar con propiedad este principio, es necesario que no nos formemos ideas estrechas y superficiales de la enseñanza bíblica, sino las que resultan del estudio amplio, cuidadoso y devoto de la Teología Bíblica.

El examen cuidadoso de las referencias bíblicas al estudiar un texto es de suma importancia. Estas ayudarán con frecuencia en la interpretación gramatical, pues mostrarán cómo se usan las mismas palabras o frases en otros lugares, y en la interpretación histórica, mostrando cómo se presentó el asunto en circunstancias diferentes, o cuál era el estado de cosas cuando el texto fue usado. Además, las referencias nos proporcionarán material para el cuerpo del sermón, sugiriendo nuevos aspectos, pruebas, ilustraciones o aplicaciones del asunto que se trata. Muchos hombres y mujeres han llegado a ser poderosos en las Escrituras mediante el uso diligente de las referencias en su lectura diaria.

CAPITULO III.

Asuntos.—Su Clasificación.

I. Asuntos doctrinales. II. Asuntos morales. III. Asuntos históricos. IV. Asuntos experimentales. V. Sermones ocasionales.

Depende de las circunstancias el que se escoja primero el asunto o el texto del sermón. Si se tienen en cuenta las necesidades de la congregación, o se piensa en los sermones que se han predicado recientemente, lo más probable es que nos decidamos por determinado *asunto,* para el desarrollo del cual debemos luego buscar un texto. Pero en la lectura de la Biblia, o repasando su larga lista de textos, el predicador se fijará naturalmente en algún *texto* que le interese y del cual procederá a desarrollar el asunto. Cada uno de estos planes debe seguirse, adoptándose uno u otro de preferencia, según las inclinaciones particulares del predicador. Cuando se escoja primero el asunto, búsquese cuidadosamente un texto que presente tal asunto lo más exactamente posible; y si el texto se escoge primero, procúrese desarrollar de él un asunto definido, pues es importante, aun en los sermones de texto y los expositivos, que haya unidad de asunto. Los asuntos tratados en el púlpito pueden clasificarse en doctrinales, morales, históricos, experimentales y ocasionales. Toda clasificación es necesariamente imperfecta, pues las clases se mezclan en muchas ocasiones; pero la costumbre de referir cada asunto a una clase será útil, pues contribuirá a la

unidad y consistencia del discurso, y a dar mayor variedad a los asuntos. Por otra parte, la discusión de estas clases da ocasión para hacer sugestiones prácticas sobre puntos de no escasa importancia.

I. Asuntos Doctrinales

La frase "sermón doctrinal" se usa por muchos para denotar sermones sobre puntos de controversia denominacional. Tal limitación, que da a entender que éstas son las únicas doctrinas, o que no podemos discutir doctrina más que en polémica, es un grave error que debe evitarse y corregirse.

Doctrina, esto es, enseñanza, es el principal trabajo del predicador. La verdad es la sangre de la piedad, pues sin ella es imposible mantener su vitalidad ni sostener su actividad. Enseñar a los cristianos la verdad, y poner en acción en ellos lo que ya conocen, es el gran medio que tiene el predicador para hacer bien. Los hechos y verdades que contiene la Biblia con respecto al pecado, la Providencia y la Redención constituyen el elemento de toda predicación bíblica. La enseñanza completa de la Escritura con referencia a un asunto particular, coleccionada y arreglada sistemáticamente, es lo que se llama la *doctrina* bíblica sobre ese asunto, y en este sentido debemos predicar las doctrinas de la Biblia sin cesar. Importa tanto que el predicador tenga conceptos sanos en cuanto a la doctrina como que los inculque en su congregación. El predicador que logre hacer la enseñanza doctrinal interesante, a la vez que inteligible a su congregación, guiándola de esta manera a un conocimiento sólido de las doctrinas de la Biblia, le hará un servicio inestimable.

Prediquemos especialmente sobre las *grandes* doctrinas. Es verdad que son familiares, pero los sermones sobre ellas no necesitan ser rutinarios. La luz del sol nunca se hace vieja; el amor y el dolor conmueven los corazones lo mismo hoy que hace siglos, y así las grandes doctrinas del evangelio serán siempre nuevas para el que tiene ojos para ver y un corazón sensible. Es nuestra tarea, como amantes de estas verdades, enseñar a otros a amarlas.

Conviene, no obstante, recordar que por lo general, y particularmente tratándose de pastores establecidos, no es prudente tratar de incluir en un solo sermón todo lo que se puede decir sobre una doctrina. Es una ilusión común entre oradores y escritores inexpertos pensar que tomando un asunto amplio tendrán bastante que decir. Es por lo regular preferible tomar un solo aspecto de un gran asunto, pues así tendrá oportunidad el orador de decir algo nuevo, y le será más fácil lograr que sus oyentes se interesen en el asunto.

En todo lo que se relaciona con la predicación doctrinal, es preciso que no perdamos de vista la distinción que debe hacerse entre un tratado teológico y un sermón popular. El análisis científico y la lógica estricta del uno, raras veces son cosas que convengan al otro. Las partes de un asunto que demandan más atención y excitan mayor interés en el estudiante de teología, pueden ser las menos apropiadas para el sermón, y viceversa. La congregación no tiene el conocimiento que se presupone en un maestro de teología. Debemos considerar qué aspectos de una doctrina pueden despertar el interés de la mente popu-

lar, sin dejar por esto de dar a nuestros oyentes enseñanza completa sobre el asunto.

Podemos a veces considerar el aspecto de una doctrina presentado por un texto particular. Así, al tratar sobre el Arrepentimiento, podemos predicar sobre su naturaleza, sus resultados, etc., buscando un texto adecuado para cada sermón; o se puede empezar por escoger entre los textos que tratan del arrepentimiento. Por ejemplo, Marcos 6:12 sugiere el deber general de arrepentirse; Actos 5:31 presenta el arrepentimiento como don de Cristo; Actos 20:21, la relación entre el arrepentimiento y la fe; y Mateo 3:11, la relación entre el arrepentimiento y el bautismo. En Rom. 2:4; Act. 3:16; Luc. 13:3; Actos 17:30, 31 y Luc. 15:10 se presentan varios motivos distintos e impresivos para el arrepentimiento.

Además de los asuntos propiamente doctrinales, o sea didácticos, hay asuntos apologéticos y de polémica.

La Apología, o sea la presentación de las pruebas de la verdad del Cristianismo en contra de sus opositores, es cosa que no requiere a menudo ser tratada formalmente en nuestra predicación ordinaria; pero incidentalmente podemos hacer frecuente y provechoso uso de las pruebas de la verdad cristiana. Sin tratar de presentar todas las pruebas de la verdad del Cristianismo, ni de refutar todas las objeciones que puedan presentarse, podemos, en el curso de nuestros sermones ordinarios, introducir alguna división subordinada u observación oportuna que de una manera viva presente alguna o refute alguna objeción particular. Si mencionamos alguna forma de error u objeción plausible contra la verdad, debemos presentar la completa réfutación, pues el error fácilmente permanece en la mente cuando se olvida la imperfecta refutación.

Puede predicarse con provecho sobre las pruebas internas y experimentales del Cristianismo. La hermosa armonía de los libros sagrados, los efectos del Cristianismo sobre la civilización, la adaptación del evangelio a las necesidades de las conciencias despiertas, el testimonio de los creyentes fundado en su experiencia, y los benditos resultados de la piedad, son asuntos que pueden tratarse extensa y libremente.

La polémica, o sea controversia con otros cristianos, presenta asuntos que requieren un tratamiento fiel y cuidadoso. La caridad espuria que pide que no se ataquen los errores de nuestros compañeros cristianos, y la indiferencia por la verdad, que es cosa tan común y que pretende que lo que un hombre cree es de poca monta si es intelectual, amable, moral o devoto, hacen a muchos abstenerse de predicar sobre asuntos de controversia, y especialmente sobre los errores de otras denominaciones evangélicas. Por otra parte, el amor natural al combate, que aun en los predicadores es a veces tan fuerte, el interés que los infieles muestran por toda lucha entre cristianos, y la alabanza y sostén que recibe un hombre de los de su partido—todo esto contribuye a fomentar en otros un gusto exagerado por la controversia. ¿No hay acaso un medio justo? Puede ser una buena regla que un predicador jamás debe dejar su camino en busca de controversia ni para evitar la controversia. El que se sienta inclinado a evadir el conflicto, debe pensar en su deber de ser fiel; el que sea por naturaleza be-

licoso, cultive la tolerancia y la cortesía. Cuando el texto o el asunto naturalmente nos lleve a hacer observaciones con respecto a puntos de controversia, no debemos, sino en casos excepcionales, evitarlo, aunque estén presentes personas estimables que difieran de nuestro sentir. Debemos ocuparnos de preferencia con la presentación de la verdad positiva, pero la idea de que un hombre puede siempre hablar de lo que él mismo cree, sin cuidarse de las opiniones de otros, es impracticable, si no impropia. En muchos casos no podemos definir la verdad sin contrastarla con el error, y puesto que los errores creídos y mantenidos por hombres buenos son los que más influencia para daño pueden tener, no estamos menos obligados a refutarlos que cuando los defienden hombres malos. Pablo empleó términos de suma severidad, como su Maestro, al denunciar errores ruinosos que se enseñaban con perversas intenciones; pero también, y en presencia de todos, resistió a su amado pero errado compañero en el apostolado, usando contra él duros argumentos pero suaves palabras.

No pocas veces lo mejor que puede hacerse con respecto a ciertas formas de errores es no prestarles atención. No hay para qué mencionar herejías o errores que son para nuestra congregación desconocidos; y mencionar un error sin refutarlo plenamente puede ser contraproducente. Hay algunas denominaciones religiosas pequeñas cuya vida es la controversia, y que morirán irremisiblemente si nadie se ocupa de ellas.

II. Asuntos Morales.

Algunas veces se reprueban por hombres piadosos

los sermones morales, debido a que con frecuencia, especialmente por los Unitarios, se predican sermones sobre moral sin relación ninguna con la obra expiatoria de Cristo y la regeneración del Espíritu Santo. Pero las enseñanzas de nuestro Señor consistieron principalmente de moralidad; y Pablo y Pedro, a la vez que desarrollan las grandes doctrinas de la salvación por la gracia mediante la fe, no sólo insisten en la necesidad general de una vida santa, sino que han dado muchos preceptos con referencia a deberes particulares, de los más pequeños a veces. Nadie se opondrá a que constantemente se exhorte a los creyentes a mostrar su fe por sus obras, y a ser santos en todo proceder; pero por la razón mencionada, algunos se abstienen de predicar sobre cuestiones particulares de deber moral. Nada tiene que ver el predicador con la moral aparte del evangelio. Puede presentar motivos que no sean estrictamente evangélicos; pero subordinándolos manifiestamente al gran motivo del amor a Cristo y la consagración a su servicio. Debemos exhortar a los hombres a guardar la ley de Dios, porque así podrán ser traídos a Cristo; pero incitar a los no regenerados a llevar una vida moral por razones de propio interés, o consideración por el bienestar de la sociedad, o aun por amor de sus hijos, no es propio del predicador sino en casos muy especiales. Antes que nada, debe llamar, como embajador de Cristo, a los hombres para que se reconcilien con Dios, e insistir en la necesidad de que sean regenerados por el Espíritu Santo; y luego, dirigiéndose a los que han sido regenerados, debe, con todo su poder, inducirlos a una moralidad alta y verdadera, como su solemne deber para con su Salva-

dor. Bien puede descender a detalles, como lo hicieron el Señor y sus apóstoles, estimandolos y animándolos al indicarles su deber en cuestiones prácticas, a cultivar la verdadera santidad.

Conviene conservarnos dentro de ciertos límites. No conviene, por ejemplo, empeñarnos en la discusión formal de asuntos pequeños, como el aseo, la cortesía, etc., que si bien se pueden tocar en el curso de un sermón, no conviene tomarlos como tema de todo un sermón. En segundo lugar, la enseñanza de la moralidad no debe consumir la mayor parte de nuestro tiempo, pues es nuestro primer deber exhortar a los hombres a reconciliarse con Dios. Y por fin, no debemos entregarnos a la discusión de cuestiones particulares de moralidad, de tal modo que hagamos la predicación del evangelio tributaria de intereses seculares.

La predicación sobre *política* ha sido asunto de vehementes discusiones en los Estados Unidos, y presenta cuestiones de gran importancia. El gobierno no se entromete en religión, ni apoya a ninguna; pero no obstante, a menudo ciertas medidas políticas envuelven grandes cuestiones morales. Que los hombres piadosos lleven su religión al terreno de la política, y dejen que los principios religiosos determinen su proceder en todas las cuestiones políticas que tengan carácter moral, es un deber incuestionable. El predicador debe exhortarlos a hacerlo así, especialmente en tiempos de grande excitación política, cuando tan fácilmente es que los hombres buenos se desvíen. La gran dificultad es que es casi imposible para el predicador cumplir con este deber sin inclinarse a algún lado. El ministro debe tener sus opi-

niones, como hombre bien informado de los asuntos de su país, y puede expresarlas en conversación privada con mayor o menor reserva según las circunstancias. En el púlpito debe exhortar y conjurar a sus oyentes cristianos a dirigirse en su acción política por los principios cristianos; pero descender a detalles y sugerir cómo deben votar es altamente impropio, pues quizá sólo debe hacerlo en casos muy peculiares y extraordinarios.

Hay otros asuntos de moralidad particular muy importantes y difíciles, como la temperancia y la cuestión de las diversiones. El ministro debe evitar la exageración. Hay cosas que en sí mismas no son malas, pero de las que conviene abstenerse porque fácilmente conducen al pecado. Con respecto a ellas puede haber diferencia de opinión. No porque se abuse generalmente de una cosa, debe precisamente evitarse; y si a nosotros nos parece claro que debe hacerse en un caso dado, otro puede opinar diferentemente. Además, no sólo debemos condenar el mal, sino exhortar al bien. La censura severa es a veces necesaria, pero la exhortación a la práctica de lo bueno siempre es oportuna, y a menudo mucho más eficaz. "Redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina." Y por fin, generalmente es mejor tratar estos asuntos en el curso de nuestra predicación ordinaria, que predicar sermones especiales sobre ellos. Los argumentos y exhortaciones presentados de vez en cuando, según los sugiera el asunto o la ocasión, producirán buena impresión, y la perseverancia gradualmente ganará a los que es posible traer a la buena senda.

III. Asuntos Históricos.

La historia está llena de atractivos para todo lector, y de variada instrucción para los que la leen atentamente. No hay historia más instructiva que la de la Biblia. Un eminente escritor ha dicho que no es posible construir ninguna filosofía de la historia sino reconociendo que un propósito providencial rige en todos los acontecimientos y los liga. En la Biblia no se dejan los designios de la Providencia para ser juzgados por nuestra sagacidad, sino que son a menudo revelados, mostrándosenos el sentido de cosas obscuras y la real coordinación de cosas aparentemente antagónicas. Así las historias bíblicas nos enseñan cómo han de resolverse otros problemas que presenta la historia general del mundo.

Por otra parte, nada nos interesa tanto como una persona. Ningún objeto inanimado, ni proposición general hará gran impresión en la mente humana si no está personificado o revestido de algún interés personal. Una empresa benévola raras veces se apodera de la mente popular, si no está asociada con algún hombre honorable, su encarnación y representante. La Biblia consiste en gran parte de historia, y la mayor parte de su historia es realmente biografía, presentando los más variados e instructivos ejemplos de carácter, tanto buenos como malos, de uno y otro sexo y de todas las condiciones de vida. En este gran cuadro histórico se agrupan todas las figuras en torno de una Persona, a quien unos miran en el futuro con deseo, otros en el pasado con amor, y con quien sus mismos enemigos se hallan involuntariamente relacionados.

Esto nos hace pensar que debieran emplearse con mayor frecuencia los asuntos históricos en la predicación. Hay varias cosas que han contribuído a que sean comparativamente descuidados. Muchos ministros devotos pasan por alto los elementos humanos en la historia bíblica. Buscan en todas partes "tipos de Cristo," cuidándose poco de las personas o eventos que no pueden ser considerados como tales, o no estudian estas historias como historia. No marcan el progreso de la historia de Israel como de las de otras naciones; no analizan el carácter y los motivos de los hombres inspirados, como "de semejantes pasiones que nosotros;" se abstienen de contemplar la *humanidad* genuina aunque inmaculada de la Persona central, que la hace tan valiosa como ejemplo para nosotros. Aparte de esto, pocos ministros adquieren el conocimiento minucioso y familiar de la Geografía bíblica, de las costumbres y usanzas de los judíos y de otros pueblos con ellos relacionados, y de la historia profana relacionada con los sucesos bíblicos, que les haría capaces de reproducirlos con vivos colores, cautivando la imaginación de sus oyentes; ni cultivan, como debe hacerlo todo predicador, el poder de descripción.

Hay algunos que sólo emplean los asuntos históricos para exhibir sus facultades descriptivas, o sus conocimientos arqueológicos, sin enseñar ninguna lección útil. Otros que saben o suponen que no tienen ningún talento para la descripción, están expuestos a olvidar que uno de los principales beneficios de la predicación histórica se deriva del análisis del carácter y motivos de los personajes bíblicos.

La historia del cristianismo fuera de la Biblia,

desde los tiempos primitivos hasta los nuestros, proporciona abundante material instructivo e interesante para la predicación, pero no sería propio sacar el asunto de un sermón de tal fuente. Un sermón sobre la vida y carácter de Agustín, Calvino, Wesley, Fuller, Hall o Judson sería provechoso, pero se formaría la propensión a uno de los abusos del Romanismo: hacer los panegíricos de los santos en vez de predicar la Palabra de Dios.

IV. Asuntos Experimentales.

Los asuntos históricos necesariamente incluyen elementos doctrinales y morales; pero tienen, no obstante, un carácter distinto. Así los asuntos experimentales participan de lo doctrinal, lo moral y lo histórico, pero son tan distintos y de tal importancia que merecen ser clasificados aparte. Hay que delinear las experiencias de los hombres al recibir el evangelio y vivir de acuerdo con él. Materia de esta clase entrará frecuentemente en la formación de sermones cuyo asunto es doctrinal, moral o histórico; pero las principales fases de la experiencia religiosa merecen ser tratadas como asunto especial y discutidas cuidadosamente. Hallaremos material para este fin en la Biblia, en tratados sobre el asunto, en biografías, y en nuestra propia experiencia y la de los cristianos experimentados que tengamos el privilegio de tratar.

Muy útil será sin duda en ocasiones pintar la vida de un hombre irreligioso en su proceder, tanto entre semana como los domingos, en los negocios, en la sociedad y en su hogar, cuidando de no incurrir en exageraciones, y sin pasar desapercibidos los mejores

impulsos, afectos e intenciones del hombre. Es común describir la "Convicción de Pecado," los medios por los cuales se produce y lo que la debilita y la hace desvanecer. Lo mismo en cuanto a la conversión. Los relatos de la conversión de personas de distinto temperamento y educación religiosa, cuidando de distinguir lo particular de lo general, siempre serán provechosos. Otro tanto puede decirse de las variedades de experiencia en la vida cristiana en sus conflictos, caídas, progreso, desalientos y consuelos, discutidos a menudo en todo púlpito evangélico.

Hablar de nuestra propia experiencia, es cosa que requiere oración especial en demanda de humildad y tino, para no perjudicar nuestro propio carácter ni fastidiar a ciertos oyentes. Mas estamos dispuestos a evadir el cumplimiento de este deber. Pablo hablaba frecuentemente de su conversión, pruebas, conflictos y consuelos, como también de sus propósitos y esperanzas. Los Salmos son principalmente relatos de experiencias.

Conviene recordar una cosa, y es que no todas las experiencias son idénticas. Si nuestra conversión fue repentina, nos sentiremos inclinados a representar la conversión como siempre, repentina; lo mismo en cuanto a otros asuntos. Las experiencias humanas son tan variadas como los rostros humanos, aunque sus rasgos generalmente sean siempre los mismos.

V. Sermones Ocasionales.

Juzgamos conveniente hacer algunas indicaciones con referencia a los sermones que se predican en ocasiones particulares o a clases especiales de personas.

Los sermones fúnebres tienen tanta demanda, y

son de uso tan general, que los esfuerzos de algunos por abolirlos siempre han fracasado. Cuando experimentamos la aflicción que causa la muerte de un ser querido, sentimos necesidad especial de la misericordia y gracia del Señor, y el predicador debe aprovechar la oportunidad de recomendar el evangelio de consolación, y de llamar la atención a la necesidad de la piedad personal, a fin de estar listos para morir. Generalmente en estas ocasiones habrá presentes personas que raras veces o nunca concurren a los servicios regulares, y tendremos oportunidad de anunciarles el evangelio. Por esto mismo es importante que los sermones fúnebres indiquen claramente el camino de la salvación, y hagan invitación a los pecadores. Además, generalmente se desea y se espera en estas ocasiones oír algún elogio del finado, y si bien esto coloca a veces al ministro en situación difícil, es una señal de su influencia y le da ocasión de usarla para bien. Recuerde, sin embargo, que no está allí para elogiar al muerto, sino para predicar el evangelio, y tenga cuidado de que cuanto diga con respecto al finado ha de ser escrupulosamente cierto. Si el finado era cristiano, hable principalmente de este hecho, mencionando algo de su carácter o vida que sea digno de mención o imitación. Si no era cristiano, puede decir algo de lo que lo hacía amado por los suyos; pero dígalo sin exageración, y tenga cuidado de que nadie entienda que las cualidades que adornaban su carácter constituyen fundamento alguno de esperanza para la eternidad. Decir: "No hizo profesión religiosa ninguna, pero era etc., etc., y lo encomendamos a la misericordia de Dios;" o "nunca pretendió ser cristiano, pero estaba

enteramente conforme con morir"—como si esto probara algo,—es falta en que nunca debe incurrir un predicador del evangelio. Si no dio evidencias de regeneración, no digamos nada absolutamente acerca de su destino futuro; no sea que alentemos en alguno falsas esperanzas. Téngase cuidado también de no hacer estos servicios demasiado largos.

Los *sermones académicos*, o sean sermones que se predican en instituciones de educación, o en ocasiones de interés literario, deben ser netamente evangélicos. Piensan algunos que es necesario en ellos mostrar mucha erudición y discutir profundas cuestiones metafísicas; pero debe recordarse que la ciencia y la erudición son la ocupación diaria de aquellos profesores y estudiantes, y ellos mismo desean algo diferente. Convendrá, quizá, que el sermón tenga ciertas peculiaridades de ilustración, estilo y aplicación, pero debe estar lleno de Cristo.

Cosa semejante puede decirse de los *sermones convencionales*, o sean los que se predican en la apertura de asambleas religiosas, y que nunca son tan aceptables a los corazones devotos como cuando están llenos de la esencia del evangelio.

Debemos hacer mención especial de los *sermones para niños*. Bien sabido es cuán pocos predicadores tienen verdaderamente buen éxito en ellos; pero muchos tienen mucho más poder en este sentido que lo que se imaginan; pero no han dado al asunto la atención que merece, ni han tratado de desarrollar sus capacidades para este trabajo.

Muchas veces se ha dicho que en el niño pequeño predomina la imaginación; en el de diez a doce años, la memoria, y no es sino cuando están casi en-

teramente desarrollados cuando muestran actividad los poderes de abstracción y razonamiento. Es por lo mismo necesario evitar los términos abstractos y razonamientos laboriosos. En vez de razonamientos, preséntenseles hechos y verdades con el aire quieto de autoridad a que están tan acostumbrados. Y hágase esto hiriendo la imaginación. Las ilustraciones deben ser generalmente en forma de narraciones, y las historias y descripciones pintorescas, a grandes rasgos, haciendo resaltar lo prominente.

Deben darse cuenta los niños de que están aprendiendo algo, y de que tratamos de hacerles bien. Por descuidado, voluble, o apasionado que sea un niño, su conciencia es activa, y todo niño reconoce cuán propio es que tratemos de inducirlo a amar y servir al Señor.

La variedad es indispensable al hablar a los niños. Si una persona les habla por largo rato, preciso es que tenga gran variedad de material, sentimientos y expresión. Nadapatético, ni aun solemne, ocupará largo tiempo su atención sino en circunstancias extraordinarias; y es conveniente hacer uso frecuente de la reacción natural entre lo patético y lo festivo. Pocos lograrán buen éxito en sus sermones a los niños, si no les dan algunos toques humorísticos. Algunos han caído en el extremo de abusar de los chistes, cosa que debe evitarse, pues no tratamos sólo de divertirlos, y cualquier historia o chiste que se usa debe tener por fin algo útil y serio.

Refiéranseles, pues, hechos interesantes e instructivos y verdades en términos concretos y familiares, sin argumentación formal, procesos analíticos ni ideas abstractas. Háblese a la imaginación, el corazón y la conciencia del niño, haciendo que prevalezca la seriedad, y animados por el deseo de hacerles bien.

No es por demás añadir que es preciso hablar a los niños no como si ya fueran piadosos, sino necesitando serlo; y enseñándoles que tienen que hacerse cristianos lo mismo que los adultos, mediante el arrepentimiento y la fe por la renovación del Espíritu Santo.

CAPITULO IV.

Materiales Generales del Sermón—Originalidad, Copia y Plagio.

I. Materiales que se poseen de antemano. II. Materiales recogidos al tiempo de la preparación. III. Materiales originales. IV. Materiales prestados y plagio.

I. Materiales que se Poseen de Antemano

Los principales materiales de un sermón no son, en la gran mayoría de los casos, inventados al tiempo de la preparación, sino el resultado de adquisición y reflexión previas. Esto es verdad aun acerca de mucho que al mismo predicador le parece que por primera vez se presenta a su mente, y que no es más que el despertamiento de algo olvidado o el desarrollo de lo que ya se conocía. Por esto es tan importante que además del cultivo de la piedad personal, el predicador se esfuerce continuamente por adquirir nuevos y abundantes materiales generales para la predicación, pues de lo contrario, no sólo él, sino sus mismos oyentes advertirán el rápido agotamiento de su caudal.

El predicador recogerá sus materiales de toda clase de fuentes. Ningún conocimiento le será enteramente inútil, y la reflexión sobre cualquier asunto le dejará siempre algo que podrá aprovechar en lo futuro. Bueno es, sin embargo, mencionar algunas de las fuentes principales de que deriva sus materiales.

Las Escrituras mismas deben ser el principal estudio en toda la vida del predicador. Es el primer libro que debemos dar al joven que se siente llamado a predicar. Y no importa tanto al principio el profundo estudio de epístolas doctrinales o libros proféticos, como el conocimiento exacto de los hechos históricos, el análisis de caracteres bíblicos, la memorización de porciones devocionales y de preceptos, y la adquisición de familiaridad con el contenido de libros particulares y de toda la sagrada colección. Estúdiese la Biblia en los idiomas originales si es posible, y si no, en nuestras versiones; léanse a veces rápidamente grandes porciones; estúdiese detenidamente otras veces un libro entero; otras, examínense minuciosamente pasajes particulares, y aun a veces léanse frases aisladas aquí y allá al volver las hojas. Léase unas veces en compañía con otros, otras veces a solas con Dios; adoptando nuevos métodos, pero a la vez manteniendo los antiguos; cuando nos agrada su lectura, por placer, y cuando al principio no nos agrada, por deber; de todas maneras y en todo tiempo, conservemos, renovemos y aumentemos nuestros conocimientos de la preciosa palabra de Dios. Todo conocimiento que ganemos debe conducirnos a un nuevo examen de lo que es para nosotros el centro de todo conocimiento, y las varias experiencias de la vida deben guiarnos a encontrar nueva significación, fuerza y consuelo en la palabra de Dios. No caigamos en el hábito de leer la Biblia sólo por deber profesional; leámosla con devoción, con el deseo de obtener beneficio personal, y con la oración constante porque Dios nos bendiga tanto al aprender como al enseñar, de

modo que nos salvemos a nosotros mismos, y a los que nos oyen.

La Teología Sistemática es de la mayor importancia para el predicador, e indispensable si quiere instruir a sus oyentes y ejercer sobre ellos influencia permanente. Este estudio le capacitará para hablar con el atrevimiento de la convicción, haciéndole sentirse confiado en el gran sistema de verdad inspirada que ninguna crítica puede conmover. Estará preparado para predicar una doctrina o desarrollar un texto sin temor de faltar y ofender a otra—falta común en muchos ministros jóvenes. Podrá también discutir diferentes aspectos de una doctrina en sermones diferentes, impartiendo así gradualmente un buen conocimiento de la doctrina como un todo. Por otra parte, la posesión manifiesta de un conocimiento sistemático de la verdad revelada le da autoridad entre el pueblo. La gente escucha de buena voluntad al que tiene opiniones definidas, positivas y bien consideradas; y ningún hombre, ni aún el de mayor genio, tiene tanto derecho de expresarse con autoridad, como el humilde predicador que habla con un conocimiento pleno y sistemático de la palabra de Dios. El predicador debiera casi siempre tener a la mano un buen tratado de teología, nuevo o viejo, y estudiarlo con regularidad, o hacer de algún asunto doctrinal objeto especial de lectura y meditación.

Sólo breve mención haremos de otras lecturas consideradas como fuente importante de materiales para la predicación. La Historia Eclesiástica no recibe generalmente de parte de los predicadores la atención que merece. La Historia de las doctrinas especialmente facilita la inteligencia de la verdad, haciéndonos comprender las objeciones y erróneas tendencias que en una u otra forma se reproducen en todos los siglos. Cada denominación religiosa tiene ciertas características o doctrinas favoritas a las que se da prominencia especial en sus obras; por lo que, aparte del estudio de la teología cristiana, conviene estudiar las opiniones peculiares de las diferentes denominaciones; y el estudio de sermones ajenos no sólo nos perfeccionará en el arte de prepararnos, sino que nos dará preciosos materiales con tal que sepamos asimilárnoslos por la reflexión. El análisis cuidadoso y el examen repetido de unos cuantos sermones ricos e impresivos, es mucho mejor que la lectura superficial de muchos.

Y esto es aplicable a todo lo que leemos. Se necesita recomendar a los jóvenes, no tanto que lean más, sino que lean mejor. Es por demás querer leerlo todo. Conviene tener un campo limitado de estudios, y cultivarlo con el mayor cuidado. Hay que buscar los mejores libros sobre cada asunto, y limitarnos a ellos casi por completo. Es una buena costumbre tomar notas, hacer extractos y referencias a lo que leemos, pues de esta manera lo recordaremos fácilmente.

Aparte de los libros, hay otras fuentes de materiales para la predicación. El conocimiento que el predicador tenga de la naturaleza humana, y su conocimiento del mundo con su experiencia de la vida, y en particular de la vida religiosa, su conversación con los que le rodean sobre temas generales o religiosos, y su reflexión continua sobre todo lo que siente, observa y oye; y todo esto le proporcionará una gran parte de sus materiales más valiosos. Sus sermones anteriores, si ha sido juicioso, lo habrán enriquecido

para hacer frente a demandas futuras. El que se conforma con recoger unos cuantos pensamientos en torno de un asunto para hacer así un sermón, descubrirá que cada sermón lo deja más pobre; pero si tiene la costumbre de estudiar a fondo su asunto hasta dominarlo, cada sermón lo dejará más rico.

II. Materiales Recogidos al Tiempo de la Preparación.

Entre éstos se incluye la interpretación del texto y la elección de asunto, cosas de que ya hemos tratado. El modo preciso de expresar un asunto no puede en muchos casos fijarse antes de haber recogido gran parte de los materiales generales que hemos de emplear al desarrollarlo. Si el tratamiento ha de ser textual o expositivo, una gran parte de los materiales serán derivados del estudio del texto mismo; y si ha de ser de asunto, el texto y su contexto no dejarán de proporcionarnos mucho que será útil en la discusión del tema. Fijando luego la mente en el asunto, el predicador debe hacer el análisis completo y el copioso desarrollo de todos los puntos incluídos en él, y coleccionar todos los materiales relacionados con él que pudieran serle útiles.

Kidder da buenas sugestiones prácticas con respecto a la invención, en forma de reglas:

1. Dirigid la mente a la invención o producción de pensamientos, no de palabras. Pueden emplearse palabras, pero sólo como auxiliares.

2. Anotad cualesquier pensamientos importantes que vuestra mente pueda llamar en su ayuda, sin reparar en su orden.

3. Al principio no seáis demasiado escrupulosos en

cuanto a la pertinencia de los pensamientos. Acoged todo pensamiento aparentemente bueno. Probadlo, llevadlo a sus conclusiones. Quizá, si no es útil, os guía a otros que lo sean.

4. Procurad la producción de pensamientos en todas circunstancias, tanto en el estudio como fuera de él. Haced de ello una ocupación especial y continuada. Aun los sueños pueden utilizarse con este fin.

5. Elegid vuestros asuntos temprano (en la semana) para asegurar las ventajas de la acción repetida e incidental de los poderes inventivos.

6. Usad de vuestros estudios y preparaciones previas como auxiliares más bien que como substitutos de la producción.

Más adelante mencionaremos la parte importante que la imaginación juega en la invención de materiales, así como la reacción del arreglo o plan sobre la invención.

III. Materiales Originales.

Ya sea que los materiales se tengan de antemano, o que sean recogidos al tiempo de la preparación, es obvio que puedan ser originales o prestados. Los consideraremos ahora bajo esta división.

1. La originalidad puede ser absoluta o relativa. Por lo primero queremos decir la producción de pensamientos que el mundo nunca había conocido antes, y jamás se habían presentado a la mente humana. En el mundo físico, constantemente se están presentando nuevos hechos y originándose nuevos inventos; pero en el mundo de las ideas es muy difícil ser absolutamente original. "Los antiguos han hurtado to-

das nuestras mejores ideas," ha dicho un escritor; y ya Confucio, seis siglos antes de nuestra era, no pretendía ser más que un estudiante de la antigüedad. Sin embargo, aun en este sentido absoluto es posible la originalidad, y no debemos desesperar.

Pero relativamente, cualquier hombre puede ser original, y en cierto sentido todos lo somos. Producimos pensamientos que no derivamos de otra mente, aunque otros, en tiempos ignorados por nosotros, también los hayan producido. Las mismas faces de la naturaleza y experiencias de la vida despiertan en nosotros las mismas reflexiones que despertaron en muchos otros. Mucho del avivamiento mental, del vigor y la confianza que resultan de la originalidad absoluta, pueden ser producidos en nosotros por pensamientos relativamente originales. Por supuesto que no podremos menos de reconocer que otros deben de haber tenido los mismos pensamientos, y no debemos caer en la ridícula presunción de imaginar ni expresarnos de tal modo que se piense por otros que nuestras ideas son absolutamente originales.

La base de la predicación no puede ser original, pues debe hallarse en las Escrituras; pero el predicador puede ser original de varias maneras. Puede tener opiniones originales acerca del sentido de las Escrituras. Es muy posible que cualquiera de nosotros logre conceptos sobre el sentido de un pasaje o ciertos aspectos de una doctrina que nunca han estado en otra mente. Examinar por nosotros mismos es nuestro privilegio y deber. No tenemos derecho de dar por sentado que lo que dicen los comentadores y teólogos es correcto; y en verdad que los desacuerdos y conflictos teológicos, con todos sus males, tienen

esta ventaja, que obligan a los más confiados y perezosos de nosotros a pensar por sí mismos. El estudiante de la ciencia física tiene que estudiar la naturaleza por sí mismo; y así en la teología, debemos abrir nuestros ojos para observar y contemplar las enseñanzas de la Palabra de Dios. Por otra parte, la combinación de las enseñanzas de la Escritura con los hechos y verdades que derivamos de la naturaleza, la providencia y la vida humana proporcionan amplio campo para la originalidad. La mente puede esparcirse en todas direcciones, y relacionar todas las cosas con la Palabra de Dios. En la elección de asuntos, la construcción del discurso, la ilustración y aplicación de la verdad, puede el predicador continuamente encontrar cosas que en algunos respectos sean nuevas, y relativamente originales.

A veces se trata de obtener la originalidad por caminos indignos, o se la convierte en afectación. Algunos hombres de cierto carácter inventan una *herejía,* sólo para hacer alarde de su independencia de las opiniones antiguas. Puede emplearse la *paradoja,* como lo han hecho muchos maestros y predicadores eminentes, y como lo hizo nuestro Señor; pero hay quienes usan de ella como si demostrara originalidad. La *extravagancia* en las ideas, expresiones o ademanes no son más que la caricatura de la originalidad.

2. ¿Por qué es tan deseable la originalidad? Contestamos: primero, porque el pensamiento independiente, más que ninguna otra cosa desarrolla, disciplina y vigoriza la mente. Para el mejoramiento mental, no debe olvidarse que el camino más duro es el más fácil, y el más lento es el más rápido, así como para la salud física aprovecha más andar a pie por

una semana que viajar cómodamente en ferrocarril.

Recuérdese además, que la originalidad hace el discurso mucho más atractivo e impresivo. El pensamiento original interesa más al mismo orador: es su prole, es su posesión. Por otra parte, interesará más a su auditorio: satisface su natural deseo de novedad; y si se dan cuenta de que el pensamiento es original, despertará admiración por él y mayor respeto por lo que dice. Y todo esto les hará participar de los mismos sentimientos del orador. No es fácil interesar a otros por lo que no nos interesa a nosotros mismos.

Debemos pensar por nosotros mismos aun sobre los asuntos más familiares, y presentarlos a nuestro modo. Feliz el predicador que puede dar a temas familiares, pero trascendentales, algún mayor interés y nuevo atractivo. Es importante también, que aún las ideas prestadas sean de tal modo reconsideradas que lleguen a formar parte de nuestro propio pensamiento, pues de lo contrario no lograrán su objeto, ni en nosotros ni en nuestros oyentes. Así como el gobierno frecuentemente recoge monedas extranjeras para reacuñarlas, los pensamientos derivados de otros deben recibir la marca de nuestra propia mente, lo que les dará novedad de aspecto, valor pleno y fácil aceptación.

3. Obstáculos a la originalidad. Son muchos y poderosos, como se comprenderá si se recuerda cuán deseable es, y cuán raramente se halla en alto grado.

Falsas ideas acerca de la naturaleza de la originalidad impiden a muchos lograrla. Unos imaginan que no merece llamarse original sino lo que es en lo obsoluto; y como esto raras veces se halla, desesperan, y se conforman con ideas de segunda mano. Pero ya hemos visto que hay originalidad relativa que puede aumentar en mucho el poder de un predicador. Algunos se abstienen de leer, pensando así fomentar la originalidad; pero en realidad condenándose a gran esterilidad mental. Cosa tan prudente como ésa sería el evitar la conversación, pues ¿quién no sabe cuánto poder tiene para avivar la mente y hacerla fructificar cuando nos ocupamos de un asunto que nos interesa con un amigo inteligente? Aunque no tomemos ideas ajenas, se nos sugieren nuevos pensamientos, y llegamos a ver con claridad lo que antes nos parecía obscuro. El mismo efecto puede ser producido por la lectura. Conviene que meditemos atenta y pacientemente sobre el asunto, antes de leer o conversar acerca de él; pero después de esto la lectura y la conversación resultarán estimulantes y sugestivas. Otros, equivocando la excentricidad por la originalidad, pervierten sus aspiraciones y poder, y jamás logran lo que podrían. No siempre se da a quien corresponde el crédito de la originalidad, pues algunos que piensan por sí, y presentan ideas propias, lo hacen con tal claridad y sencillez que la gente cree que a cualquiera se le podría ocurrir lo mismo; mientras que otros que no presentan más que sombras informes de pensamiento, pero usando un lenguaje oscuro, rebuscado, peculiar y apasionado, pasan por maravillosamente originales. Por eso es que algunos buscan la originalidad en la afectación de estilo más bien que en ideas genuinas y claras.

Otro obstáculo se halla en la indolencia natural. La originalidad es cosa difícil, laboriosa, y generalmente lenta. No hay que admirarse de que se recurra

al préstamo y aún al desvergonzado hurto de ideas.

Un tercer obstáculo es la vasta extensión de la literatura y las formas atractivas que asumen los periódicos y libros, seduciéndonos con su encanto. La lectura, acompañada de la reflexión, promueve la originalidad, pero nos sentimos inclinados a gastar el tiempo en lecturas que no requieren reflexión ni dejan lugar para ella. Aun entre los libros sobre asuntos religiosos, muchos de los más atractivos no contienen nada que estimule o provoque la meditación como los libros antiguos de los cuales se derivan en su mayor parte.

El mismo carácter del siglo es en muchos respectos desfavorable a la profundidad de pensamiento. Se demandan procedimientos rápidos, resultados "prácticos." El resultado inevitable es la tendencia hacia la superficialidad, en el pueblo y en sus instructores, a desplegar una variedad prodigiosa de conocimientos superficiales. Pero el verdadero conocimiento tiene tres dimensiones: longitud, amplitud y profundidad.

Haremos dos observaciones en conclusión. Una es que el predicador no debe desear originar ninguna parte del material fundamental de su predicación. Debe someterse, y someterse gustosamente a tomar éste de la Palabra de Dios. Demasiados predicadores están tratando de ser originales y novedosos olvidando las Escrituras. La otra observación es que no debemos aspirar a la originalidad con el espíritu de orgullo y ambición egoísta, sino como un medio de hacer bien a los hombres y glorificar al Redentor.

IV. Materiales Prestados y Plagio.

Plagiario era entre los romanos el que se apoderaba de hombres libres para convertirlos en esclavos; y por analogía se ha aplicado el título a los culpables de hurto literario. El plagio siempre ha sido censurado y satirizado, y nadie trata de defenderlo; pero ¿qué es lo que lo constituye y cuál es el uso legítimo de ideas ajenas? Algunos incurren en plagio cuando sólo tratan de usar prestadas ideas ajenas, mientras otros, por temor de caer en tal falta, se privan aún de lo que es inocente y provechoso. Hay que considerar, pues, cuál es el uso propio de ideas ajenas, y cuál el propio reconocimiento de tal uso.

1. ¿Qué uso es propio hacer, en la preparación de sermones, de ideas derivadas de otros? Lo mismo se refiere la cuestión a lo que hemos leído que a lo que hemos oído, aunque muchas personas usan con gran libertad lo que han oído en el púlpito, el salón de conferencias o la conversación, y son mucho más estrictos en cuanto a lo que leen. Pero la pregunta puede, para fines prácticos, subdividirse:

(1) ¿Qué uso haremos de lo que hemos aprendido previamente?

Nunca debemos apropiarnos el plan completo de un discurso. Parece que muchas personas de nuestro país consideran esto perfectamente legítimo. El delito en el hurto no depende de ser descubierto, como lo enseñaban a sus hijos los espartanos, y ¿acaso el cristiano, en el desempeño de solemnes deberes, hará lo que se avergonzaría de confesar? Si alguien hiciera el experimento de anunciar que el plan de su sermón es ajeno, vería desde luego cómo disminuía

el interés de los oyentes. La gente viene no sólo para oír un discurso, sino a un hombre vivo que les comunique sus pensamientos y sentimientos fervorosos; y si las ideas principales de un sermón son de otro predicador, a la congregación le parecerá que está oyendo a un muerto.

Los libros de esqueletos o bosquejos de sermones que se publican tan a menudo, y tienen tanta demanda, son un grave mal y una vergüenza para el ministerio evangélico. Si alguien quiere estudiar buenos sermones que le sirvan de modelo, léalos y analícelos por sí mismo, lo que será de mayor provecho que el examen del bosquejo.

Pero si no debemos apropiarnos ni un discurso entero ni el bosquejo de él, sí podemos legítimamente emplear como materiales de nuestros discursos pensamientos que hemos leído u oído, con tal que lo hagamos de cierta manera y con el debido reconocimiento de su origen, cosas de que hablaremos más tarde.

(2) Después de escoger el texto y el asunto, ¿conviene que leamos algo acerca de ellos?

Si el texto no es perfectamente claro, es indispensable que en un período temprano de la preparación consulte los mejores comentarios *explicativos* que le ayudarán a comprenderlo.

Otros libros, tales como tratados teológicos, sermones sobre el mismo texto o sobre asuntos semejantes, y comentarios que desarrollen las enseñanzas del texto, pueden ser leídos con gran provecho, aun cuando no se tome nada de ellos, pues ayudarán a fijar la mente en el asunto, y a menudo sugerirán pensamientos, que serán nuestros en verdad, pero

que no se nos habrían ocurrido sin la lectura.

Pero ¿podremos tomar prestado? Ciertamente que *podemos* y algunas veces *debemos* hacerlo. Hay dos extremos. Algunos, en su deseo errado de originalidad e independencia, se abstienen de leer cosa alguna sobre su texto o asunto. Pero se engañan a sí mismos, pues muchos de los pensamientos que les proporciona su mente fueron originalmente derivados de la lectura o de lo oído por ellos; y aparte de esto, se privan de lo que podría serles de gran valor para el estudio de todas las faces del asunto y para presentarlo con eficacia. El otro extremo es leer en vez de pensar, llenando así la mente de ideas ajenas y construyendo con ellas el discurso.

Pero hay un curso medio. Podemos pensar y leer. Pensad mucho y laboriosamente sobre cada texto o asunto antes de leer (excepto los comentarios que expliquen el texto.) Anotad por escrito vuestros principales pensamientos y discurrid el plan del discurso. Después, leed cuanto se relacione con el asunto, en cuanto tengáis tiempo y ocasión, y al leer, seguid reflexionando, pensando cuidadosamente lo que dice el autor, y siguiendo cualquier encadenamiento de ideas que sugiera a vuestra propia mente. En cuanto a algunos asuntos sobre los que carecemos de información, convendrá leer bastante antes de construir el plan del discurso. Si durante la lectura hallamos alguna idea, o recordamos alguna que pueda fácilmente acomodarse en el plan del discurso, haciéndolo más instructivo, interesante e impresivo, usémosla, reconociendo, por supuesto, su procedencia. No sólo ideas menores, ilustraciones, etc., pueden ser empleadas de esta manera, sino, en casos raros, una de las

divisiones del discurso, siendo nuestras las demás.

Todo lo que así tomemos de otros ha de ser perfectamente asimilado, y encaja naturalmente en el sermón como parte suya. El discurso es una estructura, y todo material extraño que no se le adapte bien causará disgusto y daño, por admirable que sea en sí mismo.

3. ¿En qué casos y de qué manera hemos de reconocer el uso que hacemos de ideas ajenas?

Si la observación es obvia, o pertenece al caudal común de ideas religiosos, de modo que podría habérsenos ocurrido a nosotros, es comúnmente innecesario confesar que la tomamos de otro. Pero si la idea es notable, y los oyentes pudieran atribuirnos crédito especial por ella, hay que indicar de alguna manera que fué derivada de otro.

¿En qué casos conviene mencionar su origen preciso? Debe hacerse cuando el nombre del autor pueda añadirle algún interés, como Bunyan, Bacon, Spurgeon, etc. También cuando mencionándolo podamos inducir a algún oyente a leer el libro mencionado. Generalmente, cuando tal mención pueda ser de algún provecho. Bueno es asegurarnos de que podemos pronunciar el nombre del autor correctamente, pues de lo contrario es mejor callarlo.

En los demás casos es suficiente indicar que el pensamiento fue derivado de fuente extraña. No hay que hacer alarde de honradez; como tampoco de vastos conocimientos y erudición. Que el reconocimiento que hagamos no interrumpa la corriente del pensamiento, ni venga a disminuir el interés que la idea misma pueda producir. Para todo esto se necesita

buen sentido y gusto. Sin formalidad ni frases estudiadas, con graciosa sencillez declárese, indíquese, o simplemente dése a entender que la idea fué derivada de otra persona.

CAPITULO V.

Materiales Especiales: Explanación.

I. Explanación de textos, incluyendo Exégesis, Narración y Descripción. II. Explanación de asuntos, incluyendo Definición, División, Ejemplificación y Comparación.

Los materiales de la predicación son ilimitados. Recogerlos mediante la observación, la lectura y la reflexión, y luego seleccionarlos y adaptarlos al designio especial de cada discurso, es la gran tarea del predicador. Y no sólo el carácter de los materiales, sino también el método de manejarlos cambiará de acuerdo con el designio del sermón. Sin embargo, hay ciertas clases especiales de materiales, de tal importancia, y de manejo tan difícil, que conviene considerarlos por separado. Las clases de que así trataremos en capítulos sucesivos son los materiales de Explanación, Prueba, Ilustración y Aplicación. No pretendemos que ésta sea una clasificación científica de los materiales, pues no los abarca todos, y a veces una de estas clases se mezcla con otra. Así la ilustración puede ser empleada para explicar, probar o producir impresión; la aplicación puede comprender explanación, prueba y persuasión; y ciertos procesos que son siempre clasificados bajo el título de explanación, como la narración y la descripción, son frecuentemente usados al mismo tiempo con fines que no son explanatorios. Pero creemos que esta clasificación será práctica.

Frecuentemente se necesita en la predicación la Explanación. Numerosos pasajes de la Escritura no son entendidos o lo son mal, por nuestros oyentes; y muchos se han acostumbrado a no parar en ellos su atención, por lo que ya no tienen idea de que presenten alguna dificultad. Algunas de las doctrinas más importantes de la Biblia son en general muy imperfectamente comprobadas; los que las reciben necesitan obtener ideas más claras de lo que profesan creer, y los que se oponen a ellas, en realidad se oponen a algo muy diferente de la doctrina real. Constantemente habrá nuevas ocasiones de contestar la pregunta: "¿Qué debo hacer para ser salvo?", y mil cuestiones sobre lo que es verdadero y justo en la vida confunden las mentes devotas y demandan explicación. La predicación no debe ser meramente convincente y persuasiva, sino eminentemente instructiva. Con frecuencia abrumamos a los hombres con nuestros argumentos e instancias, cuando lo que más necesitan son explicaciones sencillas y claras acerca de lo que deben hacer y cómo hacerlo. Si algunas personas presentes no han oído explicar ciertos puntos importantes, no debemos olvidar que hay otros, niños que están creciendo, extraños que han venido, creyentes nuevos, para quienes serán buenas las explicaciones y en alto grado necesarias.

Conviene hacer algunas sencillas advertencias al predicador sin experiencia. Una es que no debe tratar de explicar *lo que no sea perfectamente cierto.* A veces se tiene gran dificultad para explicar un hecho a principio, simplemente porque no es realmente verdadero. Tampoco debe tratar de explicar *lo que él mismo no entiende.* No hay cosa más aburrida que

oír a un hombre que hace tal cosa. Y sin embargo, es cosa frecuentísima, y más que ridícula, lamentable. No se trate de explicar *lo que no tiene explicación.* Hay cosas enseñadas en la Biblia que son por su misma naturaleza incomprensibles; como por ejemplo, la naturaleza de la Trinidad, o la coexistencia de la predestinación divina absoluta con la libertad y responsabilidad humanas. En tales cosas es muy importante explicar tan sólo lo que las Escrituras enseñan sobre el asunto, a fin de corregir falsos conceptos; y algunas veces será útil presentar analogías remotas en otras esferas de existencia, a fin de disminuir la indisposición del oyente para recibir la doctrina; pero todo esfuerzo por explicar la dificultad esencial fracasará, y tal fracaso no hará sino que la duda y oposición se fortalezcan. Tampoco se gaste tiempo en explicar *lo que no necesita explicación.* Un caso conspicuo es la naturaleza de la fe. Los hombres se quejan frecuentemente de que no entienden lo que es creer, y los predicadores se afanan continuamente por explicarlo. Pero la queja es en muchos casos una mera excusa, y la verdadera dificultad es que falta la voluntad de creer. Las explicaciones elaboradas no hacen más que fortalecer su excusa, y quizá hacer que el que sinceramente busca la verdad, piense que hay algo misterioso en cuanto a la fe, cuando es cosa tan sencilla que no admite ni explicación. Nuestro deber es decir al pueblo qué debe creer y por qué.

I. Explanación de Textos.

Explicar las Escrituras es una de las funciones primarias del predicador. Habrá constante ocasión

de hacerlo, no sólo tratándose del texto del sermón, sino de otros pasajes que se introduzcan en la discusión. El poder de hacer tales explicaciones, atractivas a la vez que claras, dependerá principalmente de la conformación mental del predicador; pero el de mejores dones para esta importante tarea debe procurar continuo mejoramiento, y los que para ello experimenten gran dificultad, deben diligentemente esforzarse por vencerla. ¿Qué obra más noble que la de "abrir" las Escrituras como Pablo lo hizo en Tesalónica? (Act. 17:3).

La Exégesis del texto, con referencia al proceso mediante el cual el predicador llega a entenderlo, ha sido ya tratada; pero la exégesis o exposición en el púlpito es en ciertos respectos cosa muy diferente. Salvo casos excepcionales, tenemos que presentar en el púlpito los resultados sin el procedimiento. Tendremos que omitir varias materias que quizá nos hayan interesado grandemente, porque no interesarían a nuestros oyentes, o porque no tienen relación con el objeto del discurso. Tales explicaciones destruirían la unidad del discurso y distraerían la atención. No hay que hacer alarde de conocimientos de los idiomas originales, pero tampoco tener miedo de que se nos atribuya tal jactancia. Pueden mencionarse los comentarios si la gente sabe algo acerca de ellos, o si deseamos llamar la atención a buenos autores populares. Repetir listas de nombres extraños y altisonantes que favorecen esta o aquella interpretación, es inútil, y lamentable exhibición de erudición barata. Bastará decir que es la opinión de los mejores escritores o comentaristas. Lo que importa es que, examinando los resultados de la más cuidadosa investi-

gación, se seleccione lo más apropiado, y se presente brevemente y con claridad, dándosele el mayor interés posible. Algunas veces bastarán para la explicación unas pocas palabras; pero estas palabras no vendrán de por sí, sino que serán el resultado de cuidadoso estudio y atinada elección de expresiones. Algunas veces puede introducirse un pasaje en tal conexión que, sin una palabra de explicación, reciba nueva significación y valor.

La Narración tiene carácter peculiar en la predicación. El predicador narra como orador, y su narración trata principalmente de historia bíblica. Y debe subordinar su narración al objeto de su discurso, a la convicción o persuasión que desea producir. No debe extenderse en la narración simplemente porque sea en sí interesante, ni seguir la historia paso a paso según sus propias leyes. En discursos demostrativos la narración no debe ser continua sino fragmentaria, pues se mencionarán tan sólo los hechos relacionados con el discurso, y cuando éstos sean bien conocidos, bastará hacer breve referencia a ellos, sin detalles ningunos, para que los oyentes los recuerden.

Cuando predicamos sobre personajes menores y poco conocidos de las Escrituras, es conveniente narrar todos los hechos relacionados con ellos; pero tratándose de uno de los grandes caracteres, habrá que escoger entre dos caminos: Podemos fijarnos en los puntos salientes o característicos de su historia, y narrarlos exhibiendo las principales lecciones de tal historia, introduciendo para ello los detalles que vengan al caso, y omitiendo rigurosamente todos los demás. Así pueden tratarse las historias de José, de Job, de Juan el Bautista. En tal caso cada orador

mencionará o se extenderá sobre diferentes partes de la historia, según su propósito particular, así como el discurso de Esteban y el de Pablo en Antioquía de Pisidia, bosquejan de manera diferente la historia de Israel, y como Pablo en los dos discursos en que cuenta la historia de su conversión, se extiende en cada uno de ellos sobre ciertas materias que en el otro apenas son tocadas, adaptando su narración al carácter y necesidades de su auditorio. Pero es generalmente mejor escoger algún acontecimiento de la historia de un hombre, o algún rasgo de su carácter, y narrar sólo lo que con ellos se relaciona. Predicando sobre la mansedumbre de Moisés, habrá ocasión para mencionar brevemente las circunstancias de su educación y carrera, que fueron especialmente desfavorables al desarrollo de la mansedumbre, y luego narrar con toques vivos los casos notables en que se manifestó su mansedumbre, así como aquellos en que temporalmente fracasó, terminando el discurso con una aplicación algo extensa de todo lo dicho.

Generalmente se dará la narración en la introducción del sermón. Téngase cuidado de que no sea demasiado larga, de no deslizarse a partes de la historia que no tienen que ver con el designio del discurso, y de no detenerse, sino en raros casos, para hacer observaciones sobre asuntos extraños a los que sugiere la narración. Hay aquí peligro especial de violar las leyes de unidad y proporción.

Aparte de los casos en que la historia bíblica sea nuestro tema, habrá ocasiones constantes de derivar ilustraciones de ella, y se requiere habilidad para la narración breve e interesante de los acontecimientos empleados con tal fin. Feliz el predicador que pue-

da de esta manera conservar siempre frescas en la mente de sus oyentes aquellas hermosas y sagradas historias, que son no sólo siempre dulces al corazón de los niños e instructivas para los jóvenes, sino que asumen nuevo interés y significación en cada época de la vida.

Falta común es la de narrar en estilo declamatorio. Excitado el predicador, refiere un hecho sencillo o una historia ordinaria con tal vehemencia que resulta en extremo inconveniente.

La Descripción es por lo regular una parte necesaria de la narración, siendo ya en parte descritas diferentes escenas de la narrativa. Hay también ocasión frecuente de describir escenas bíblicas aparte de su relación con la narración, como en la introducción de sermones y en el empleo de ilustraciones históricas tomadas de la Biblia. Y si bien hablamos aquí de la narración y la descripción sólo con referencia a sucesos y escenas bíblicos, es obvio que se necesita la misma habilidad en el manejo de la gran variedad de materia ilustrativa de diversa procedencia, que será preciso narrar o describir para que produzca impresión.

El poder de descripción es por supuesto en parte un don natural; pero muchos hombres inteligentes se maravillan y lamentan de no poder describir, cuando realmente jamás han probado hacerlo, ni han cuidado de adiestrarse para ello. Saben que no es posible construir un argumento sin reflexión previa, pero no se dan cuenta de que se requiere un trabajo semejante para presentar una buena descripción.

Para la descripción es indispensable haber *visto algo;* no necesariamente con el ojo material, sino

con la mente. Debe, pues, principiarse por obtener una información correcta sobre la escena u objeto, con los detalles posibles. Con respecto a escenas bíblicas, hay a menudo necesidad de familiarizarse con la Geografía bíblica y con los usos y costumbres de los judíos. Y al estar recogiendo tal información, hay que conservar la mente fija en la escena, hasta que la imaginación pueda reproducirla; debe verla primero en conjunto, examinando luego los detalles más interesantes, cambiando luego el punto de vista, hasta que toda la escena se presenta clara y viva al ojo de la mente; sólo entonces estará preparado para describirla.

Recuérdese que el orador no ha de describir como el que escribe un poema, un romance o un libro de viajes; sino que su descripción ha de ser breve y subordinada al objeto de su discurso. Los rasgos de su pintura han de ser trazados rápidamente, y no importa que sean rudos con tal que sean distintos. Debe presentar luego ciertos puntos prominentes o característicos de la escena, añadiendo algunos de los detalles más sugestivos que avivarán la imaginación del oyente para que él mismo complete el cuadro. En esto se halla el gran arte de la descripción: estimular la imaginación de los oyentes para ver por sí mismos. Hay a veces unos cuantos detalles tan característicos que basta un ligero bosquejo para hacer la pintura; así como en una caricatura, uno o dos rasgos peculiares algo exagerados, y unas cuantas líneas adicionales serán más divertidos que una pintura acabada, por ser más sugestivos.

Evítese la descripción elaborada. Se espera que el predicador esté siempre tan preocupado por el fin

práctico, que no tendrá tiempo para hacer pinturas acabadas. No se haga alarde del poder de descripción, pero cultívese éste, a fin de usar para el mayor bien posible las porciones históricas de la Escritura.

II. Explicación de Asuntos.

Aquí también deben incluírse no sólo el asunto general del discurso, sino cualquiera otra idea que entre en la discusión. Tanto aquél como ésta requerirá a menudo explanación. Muchos puntos de verdad y deber son obscuros, y sin ayuda, prácticamente ininteligibles para la mente popular. Contestar preguntas, aclarar dificultades, y hacer tan claro como fuere posible el camino del deber y la verdad, es una parte importante de la tarea del predicador.

Un medio de explicar asuntos es la Definición. La definición es la demarcación de los límites de una idea. Enseña de qué elementos la idea en su totalidad está compuesta, y lo hace reuniendo muchas ideas generales, de las que una está limitada por las otras. Cuando la idea, por decirlo así, está fortificada y atrincherada, de manera que por todos lados repele toda idea extraña que trate de mezclarse con ella, está definida. La definición tan sólo verifica la idea; el juicio expresa una relación. La definición nos hace conocer; el juicio nos enseña a apreciar. Sin embargo, a menudo la definición aprecia y envuelve juicio, y el juicio es equivalente a una definición parcial. Pero no hay que confundir con la definición aquellos juicios que dan fuerza a un rasgo característico de un objeto, tratando de excitar con respecto a él determinado sentimiento. Ejemplos:

"Los ríos son caminos que se mueven y nos llevan a donde deseamos ir."

"La hispocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud."

"El tiempo es el tesoro del pobre."

"El amor es el cumplimiento de la ley."

Cuando la noción del atributo no agota la del sujeto, y no pueden ponerse el uno en lugar del otro indiferentemente, no habrá definición, sino juicio.

Impropiamente se ha dicho que es una definición de la fe la declaración de Heb. 11:1: "Es pues, la fe la substancia de las cosas que se esperan, la demostración de las cosas que no se ven." Pueden expresarse otros juicios con respecto a la fe aparte de éste.

Algunas veces se facilitará la definición de una idea relacionándola con otra, ya sea por vía de distinción o de comparación. Otras veces, en lugar de la definición o en adición a ella, es bueno emplear la ejemplificación.

La definición es no sólo un medio de lograr la perspicuidad, un elemento de instrucción, y la base de la argumentación; es a menudo el principio de la prueba. A lo menos la demostración será firme y segura en proporción con la exactitud y claridad de la definición. Todos han observado cuán importante es al principio de una controversia, pública o privada, que la cuestión se defina exactamente; de lo contrario, es inevitable la confusión de ideas. Pero es igualmente importante, cuando un asunto es discutido por uno solo, que éste defina para sí mismo la idea de un modo claro. En realidad, es más importante hacerlo en este caso, pues la controversia tarde o temprano obligará a las partes a percibir que no han entendido

claramente la cuestión, o que la han entendido del mismo modo, mientras que el pensador solitario o el orador a quien nadie contesta, pueden quedar permanentemente envueltos en la confusión o error producidos por su falta de bien definidos conceptos al principiar. La misma cosa es aplicable a la definición de *términos* capitales. Pero si bien siempre debemos definirlos para nosotros mismos, no siempre es necesario hacerlo para el auditorio. La proposición del asunto, si es feliz, puede a menudo ser por sí sola perspicua y precisa; o podemos tener cuidado de que la discusión misma dé conceptos claros y definidos del asunto. Y al presentar las definiciones, evitemos toda formalidad y hagamos distinciones y clasificaciones tan sutiles que demanden un gran hábito de abstracción y conocimientos exacto del lenguaje de parte de nuestros oyentes.

Un segundo medio de explanar las ideas es la División. Pero los métodos de devidir un asunto y de presentar las divisiones serán más convenientemente examinados cuando tratemos del arreglo del discurso.

La Ejemplificación es a menudo necesaria, y casi siempre útil, en la obra de la explanación. La mente ordinaria no comprende con facilidad las definiciones generales, expresadas en términos abstractos; y aun para los pensadores más cultos, una idea adquirirá viveza e interés mayores cuando a una definición precisa se añaden ejemplos oportunos. Difícil sería presentar a un auditorio popular, mediante definición, la distinción entre el orgullo y la vanidad; pero suponiendo ciertas circunstancias, y mostrando cómo obraría en ellas el orgulloso y cómo el vanidoso, o tomando en consideración alguna acción particular

de un carácter bien conocido, y averiguando si su móvil fue el orgullo o la vanidad, es fácil hacer clara la diferencia. Así, en vez de explicar la fe, podemos describir un creyente; o en adición a la exposición, en términos generales, de lo que hace feliz a un cristiano, puede darse un retrato ideal de un cristiano feliz. Más útiles aun son los ejemplos tomados de la vida real, y cada predicador aprovechará para presentarlos su experiencia y observación. Pero además de lo que personalmente hayamos observado, tenemos a nuestra disposición los amplios campos de la historia, y especialmente de la historia bíblica, de la que podemos derivar ejemplos. Al escogerlos, hay que tomar en cuenta no sólo cuáles serán más oportunos, sino también más inteligibles e interesantes para los que nos han de oír, y cuáles podemos manejar más fácilmente. Algunos ejemplos históricos que conmoverían a una congregación, apenas producirán impresión en otra no familiarizada con ellos. En esto, como en casi todo, los ejemplos de la historia bíblica son los mejores: son más generalmente conocidos, y si se tiene que gastar algún tiempo en presentarlos de una manera viva a los oyentes, es tiempo bien empleado, pues promueve el conocimiento general de las Escrituras.

Entre los más comunes y útiles medios de explicación se halla la Comparación. Con ésta pueden mencionarse el contraste y la analogía, lo cual depende de una semejanza, no entre los objetos mismos, sino entre sus respectivas relaciones con otros objetos. Sin embargo, la analogía se emplea más frecuentemente con el objeto de probar, y la consideraremos en el siguiente capítulo. No hay necesidad de hacer

observaciones ningunas con respecto al contraste.

La gran mayoría de las parábolas de Cristo son comparaciones. "El reino de los cielos es *semejante* . . ." "¿A qué compararé esta generación?" Algunas asumen la formación de narraciones; pero otras son meras declaraciones de comparación, y usa muchas comparaciones notables que no son llamadas parábolas. La comparación de su venida con la de un ladrón es un ejemplo instructivo del hecho de que la comparación es tanto más notable cuando presentamos un punto de semejanza entre dos objetos o sucesos que son en otros respectos muy diferentes. Varias de las parábolas son más bien casos de ejemplificación que de comparación; como por ejemplo, la del rico avariento, la del Fariseo y el Publicano, la del Buen Samaritano. Algunas son introducidas con otros fines además del de explicar. Nos demuestran así la importancia de la explicación, y el valor de la comparación como medio de efectuarla, a la vez que nos recuerdan cuán deseable es derivar nuestras comparaciones de cosas familiares a nuestros oyentes.

CAPITULO VI.

Argumento.

Importancia del argumento en la predicación. I. Preliminares del argumento—La carga de la prueba, etc. II. Variedades principales de argumentos: A. *A priori*. B. De Testimonio. C. Inducción. D. De Analogía. E. Deducción de verdades establecidas. F. Ciertas formas de argumentos. III. Refutación. IV. Orden de los argumentos. V. Sugestiones generales con respecto al argumento.

El argumento en el sentido lógico y a la vez popular del término, constituye un importante departamento de los materiales de la predicación. Verdad es que hay predicadores que parecen pensar que no tienen ocasión para razonar, y que todo lo lograrán mediante aseveraciones autoritarias e instancias apasionadas, noción que no es nueva, pues ya Aristóteles se quejaba de que los anteriores escritores de Retórica sólo se habían ocupado de los medios de persuasión, interesando los sentimientos y prejuicios. Pero los predicadores tienen que emplear a cada paso argumentos. Hay que convencer a los que dudan o se oponen, mientras que los sentimientos y actividad religiosos de otros recibirán estímulo si podemos demostrarles de modo impresivo que estas cosas son así. Además, hay en los países cristianos muchos que dicen que creen simplemente porque no descreen, y cuyas mentes permanecen en un estado negativo con respecto al evangelio, lo que a veces es la forma más fatal de incredulidad. El argumento para demostrar

la verdad y valor de las declaraciones evangélicas en cuanto al peligro y culpa de su posición, es uno de los medios de que podemos valernos, mediante la bendición del Espíritu, para traerlos a una fe real y activa. Y el argumento es útil para despertar los sentimientos. La mente se interesa en una verdad que es capaz de prueba clara, y los predicadores más poderosos como medios para producir conversión inmediata, son a menudo severamente argumentativos al principio.

Los hombres se deleitan en el argumento—no en sus formas, sino en su realidad. Aun los rostros de los rústicos brillan cuando se les presenta un argumento derivado de las cosas que se hallan dentro del radio de su pensamiento y adaptado a su gusto, en términos tan claros, tan vigorosos e interesantes, que lo comprenden con facilidad y sienten toda su fuerza. Ciertas formas de error que exaltan lo intelectual a expensas de lo espiritual, llegan a tener mucha aceptación por el ropaje argumentativo en que aparecen. Los maestros de tales errores se presentan a los hombres acostumbrados a aceptar pasivamente verdades que nunca han oído discutir vigorosamente, emplean para persuadirlos sus poderes de argumentación, y los ganan. Aun muchos que mantienen doctrina sana, la sostienen a veces con razonamiento tan defectuoso, que dejan abierta la puerta para que algún opositor astuto desbarate sus argumentos y así aparezca como si hubiese demolido la doctrina.

Cada predicador debe, pues, cultivar y disciplinar sus poderes de argumentación. Si no tiene gusto en ello, debe obligarse a practicarlo; y si es demasiado inclinado en ese sentido, debe recordar el serio peligro de engañarse y engañar a otros con falsos argumentos. Debe estudiar un buen tratado de Lógica, pues esto adiestrará su mente para distinguir toda falacia, tanto en otros como en sí mismo, y lo afirmará en el hábito de razonar correctamente. Es útil como disciplina en este respecto, la participación en bien dirigidas sociedades para debates, como también la argumentación prolongada por algún amigo en conversación privada y a veces las discusiones por la prensa. Recuérdese, no obstante, que siempre se debe argüir por la verdad más que por la victoria, y por regla general nunca se debe mantener una proposición que no se cree cierta.

No hay que obrar como si todo hubiera de necesitar prueba en la predicación. Hay cosas que no pueden probarse; otras que no lo necesitan, y otras que ya han sido suficientemente probadas con anterioridad y deben darse por sentadas. Argumento laborioso que nadie demanda, no hará más que despertar duda o producir cansancio y disgusto. Generalmente podemos asumir la verdad de la Escritura; y en cuanto a todo lo que la Escritura claramente enseña, si a veces debemos argüir, a menudo, como Spurgeon dijo, hay que "dogmatizar." Todos escuchan con agrado el acento de autoridad. Nos sentimos inclinados en favor de quienes en este mundo de incertidumbre y perplejidad, se expresan con aplomo y autoridad sobre un asunto grave. La persona del predicador no es nada, su mensaje lo es todo, y demanda respeto, no para su persona, sino para su mensaje. Pero el derecho de hablar con tal autoridad le será reconocido al predicador, sólo cuando se muestre capaz de pro-

bar, en toda ocasión debida, cuanto afirma y mantiene.

El argumento en la predicación tiene una peculiaridad: Existe una gran autoridad, la Palabra de Dios, cuyas simples declaraciones sobre cualquiera cuestión deben ser tenidas por el predicador como decisivas y finales; pero esto no nos libra de la necesidad de argumentar. A veces tenemos que probar que las Escrituras son la norma infalible; y la demostración de lo que las Escrituras enseñan sobre algún asunto demanda a menudo no sólo exposición, sino argumento. Muchas verdades tienen que ser establecidas en parte por argumentos construídos sobre otras bases, reforzados y confirmados por enseñanzas indirectas de la Biblia; y es agradable a los creyentes y demandado por los incrédulos que, siempre que sea posible, se muestre la concurrencia de la razón y la experiencia con las enseñanzas de la revelación. Tenemos, pues, continua necesidad de argumentos; pero en todo nuestro razonamiento hay que cuidar de tratar la autoridad de la Escritura como suprema, y cuando sus declaraciones sean claras y terminantes, como decisivas.

I. Preliminares del Argumento.

Hay varias cuestiones que requieren ser consideradas al iniciarse un argumento:

(1) ¿Conviene anunciar la proposición desde el principio? Esta debe, por supuesto, ser muy clara en la mente del orador, pues argüir sobre no sabemos qué, es por demás y hasta perjudicial. Por regla general debemos anunciarla claramente al auditorio. Si es demasiado difícil para que la mente ordinaria la comprenda, será mejor presentarla en partes, y dar primero los varios argumentos que elucidarán, a la vez que establecerán la proposición, y reservar la declaración de ésta hasta el fin. Lo mismo convendrá hacer si sabemos que hay poca disposición para oír la discusión del asunto, u oposición marcada contra la proposición que vamos a establecer. Sin embargo, algunas veces será mejor, aun en este caso, hablar franca y valientemente.

Al anunciar la proposición o alguna parte de ella, lo mismo que en todo el proceso de la argumentación, debe tenerse gran cuidado de evitar los términos ambiguos, o si es preciso usarlos, limitar su significación por la conexión, o definirlos distintamente. Todos habrán observado cuán importante es en toda discusión privada o pública entre dos partes, que ambas entiendan los términos principales de la cuestión del mismo modo. Largas disputas ha habido que no eran más que cuestión de palabras. El mismo peligro existe cuando un hombre ha de argüir sin que haya quien le replique. Los siguientes términos, por ejemplo, ocurren frecuentemente en argumentos religiosos, y descaminan y embarazan por su ambigüedad: necesario, posible, imposible, razón, justo, justicia, bueno y malo, ley, naturaleza, persona, iglesia.

(2) La carga de la prueba. Es de la mayor importancia al principio de toda discusión, que se perciba claramente, y lo comprendan los oyentes, sobre qué lado pesa el *onus probandi*, esto es, la carga de la prueba. Es un principio generalmente reconocido y evidentemente correcto, que *nadie está bajo obligación de probar una negativa*. Las razones son manifiestas: toda proposición que depende de prueba, sólo parece

como verdadera cuando ha sido probada, pues hasta entonces depende de nada y carece de sostén. ¿Por qué exigir de uno que eche abajo lo que no ha sido establecido? Por otra parte, para probar una negativa se necesitaría a menudo tener un conocimiento imposible. John Foster nos ha hecho observar que el ateo que no solamente niega que haya un Dios, sino que afirma que no hay Dios, necesita tener un conocimiento infinito para poder estar seguro de su aserto, pues de lo contrario, más allá de los límites de su conocimiento pudiera existir la prueba de que hay un Dios; en otras palabras, en cuanto a conocimiento, él mismo necesitaría ser Dios. Probar una negativa es pues, a menudo imposible, y nunca se exige con justicia. El que alega debe probar; y el énfasis debe ponerse sobre el *hecho* de la alegación o afirmación, no sobre la *forma* de la proposición misma, ya sea ésta afirmativa o negativa. Si el alegato está en forma negativa, esto no libra de la carga de la prueba.

Pesa la prueba, pues, sobre el que alega; y mientras no pruebe su aserto, nada tiene que hacer su contrincante. Cuando se presenta alguna prueba, éste examina hasta qué punto es válida y concluyente, obrando aún a la defensiva. Si en adición presenta alguna *objeción,* debe (excepto cuando sea perfectamente evidente) demostrar que la objeción es real y aplicable; en este punto alega, y debe probar. El principio se sostiene inalterable y universal: el que alega debe probar; nadie está obligado a probar una negativa.

Whatley y otros, sin embargo, introducen la palabra *presunción* (forense, conjetura, suposición, —

sospecha basada en indicios; no en pruebas), y afirman que la carga de la prueba pesa siempre sobre el lado opuesto al que tiene la presunción en su favor. Definen la palabra presunción como, no una preponderancia de probabilidad en favor de una suposición, sino cierta *preocupación* del terreno que nos indica que debe considerarse buena mientras no se presente prueba suficiente en su contra; en otras palabras, que la carga de la prueba pesa sobre el que la quiera combatir. Pero con esta definición se asume lo que debería probarse. Una presunción en favor de una proposición es, en términos generales, algo que nos inclina a creerla verdadera antes de examinar la prueba, o independientemente de ella. Tal presunción puede ser ligera o fuerte. Puede haber una fuerte presunción en favor de alguna acusación, como la de que Nerón incendió a Roma, producida por el conocimiento del carácter de la persona acusada; pero esto no echa sobre ella la carga de la prueba; ésta pesa aun sobre el que acusa, si bien tal presunción refuerza su prueba, y aun puede hacerse parte de ella. La presunción puede favorecer a cualquier lado, o a ninguno, sin que esto altere la carga de la prueba.

Hay, sin embargo, ciertos usos del término presunción en que parece a primera vista que existe esta correlación. Es un bien conocido principio en Jurisprudencia que se ha de presumir la inocencia de toda persona (incluso el preso sujeto a juicio), mientras no se compruebe su delito. Esto no significa que ha de darse por sentado que es inocente, pues si tal fuera el caso, debería ser puesto inmediatamente en libertad; tampoco quiere decir que sea más probable su inocencia que su culpa. Sólo quiere decir que la

carga de la prueba pesa sobre los acusadores;—que no se le debe exigir que pruebe su inocencia, ni tratársele como criminal hasta que esto se haya probado. Los jueces tienen que limitarse a la consideración de la evidencia, y examinar las pruebas sin prejuicios, y sin ser afectados por ninguna presunción (en el sentido ordinario del término) en favor ni en contra del preso. La ley no admite más que una presunción: la de que el hombre es inocente mientras no haya *prueba* en su contra. Así es que el hecho de que en este uso legal la presunción y la carga de la prueba se hallen en lados opuestos, no es porque la relación general entre ambas cosas así lo determíne, sino porque la ley reduce a prueba toda decisión, y por lo mismo excluye toda presunción excepto la de inocencia.

Existe una restricción técnica semejante cuando decimos que hay legalmente una presunción en favor de los que tienen en su *posesión* una propiedad. Quiere esto decir que a nadie se debe molestar en sus posesiones mientras no se justifique alguna reclamación en su contra. La carga de la prueba pesa sobre el reclamante. Aparte de las disposiciones legales, la posesión, en la mayoría de los casos, proporciona una presunción lógica, antecedente a toda prueba, en favor del derecho del poseedor. Pero la ley por conveniencia, y para promover el orden y la seguridad, declara que la presunción *legal* siempre estará en favor del que posee. La presunción lógica puede algunas veces estar en favor del reclamante, sobre quien pesa la carga de la prueba, pero la presunción legal siempre estará en contra suya. Más aún, la ley declara que la posesión por determinado número de años es-

tablece el derecho, sin que pueda después ser disputada; lo cual es sin duda lo más acertado como regla general, aunque algunas veces sea ocasión de grandes injusticias. En este caso, como en el anterior, la presunción y la carga de la prueba se hallan en lados contrarios, no a causa de la relación general entre ellas, sino por el carácter peculiar y disposiciones legales.

Hay también, dice Whatley, una presunción en favor de una institución existente. Muchas de éstas serán sin duda susceptibles de ser mejoradas; pero la carga de la prueba pesa sobre el que propone la alteración. Nadie es llamado a defender una institución existente mientras no se presenten argumentos en su contra.

Pero, como en los casos anteriores se confunden la presunción legal y la lógica, así aquí hay una confusión entre la presunción lógica y la que pudiéramos llamar *práctica*. Es prácticamente lo mejor retener las instituciones existentes mientras no se pruebe que son inconvenientes y se muestre la posibilidad de un cambio ventajoso. Pero esta aversión al cambio y preferencia práctica por las cosas tal como se hallan, aun hasta el grado de que se soporten males manifiestos hasta que se vea la manera de corregirlos, es cosa muy distinta de la presunción lógica de que los arreglos existentes sean justos y buenos.

Hay dos cuestiones que considerar cuando se arguye con respecto a una institución existente. La primera es si tal institución es justa y buena. La presunción puede ser en un sentido o en el otro; la carga de la prueba pesa sobre el que alega que *es* justa y buena. Hay comúnmente una base de presunción

en favor de una institución existente, y especialmente cuando ésta ha sido de larga duración, y es que los hombres deben de haber tenido buenas razones para establecerla y mantenerla. Pero a menudo la debilita mucho el hecho de la bien conocida necedad y egoísmo de la humanidad, o la destruye por completo o la cambia en sentido contrario el hecho obvio de que los hombres sólo se habían sometido a lo que eran incapaces de evitar. Cualquiera que sea la presunción en favor o en contra, la carga de la prueba, al discutirse la excelencia de la institución, se halla sobre el que afirma su excelencia. Puede negarse a discutir la cuestión, exponiéndose a que se le acuse de temer la luz; pero si consiente en argüir, suya es la carga de la prueba.

La segunda cuestión es si tal institución existente debe ser mantenida. Si la primera cuestión ha sido resuelta por la afirmativa, aun quedará por averiguarse si no hay alguna otra cosa igualmente justa y *mejor* en sus resultados. Y si la institución (por ejemplo, una forma de gobierno, una organización de beneficencia, o una costumbre social) no es del todo buena, ni verdaderamente justa, puede ser, no obstante, conveniente retenerla, a lo menos por lo presente, mientras no se halla algo más satisfactorio. Las dos cuestiones son enteramente distintas y no deben confundirse. Y lo que llamamos arriba una presunción práctica, se ve que es realmente una presunción lógica, pero con referencia a una cuestión distinta y directamente práctica.

Un ejemplo instructivo en cuanto a la carga de la prueba es el que proporciona el argumento de los romanistas. Dicen que Cristo prometió a su iglesia

existencia continua; que la Iglesia de Roma ha tenido existencia continua; que por lo tanto es la Iglesia de Cristo. En este caso, la carga de la prueba se halla sobre el romanista, obligado a probar que *ninguna otra* iglesia ha tenido existencia continua: debe probar que la Iglesia Griega, la de Inglaterra, las reformadas, las bautistas, etc., *no* han existido continuamente desde el principio. Con esto no exigimos que se pruebe una negativa, sino señalamos el hecho de que el mismo argumento del romanista lo obliga a ello, sin lo cual pierde todo su valor. Los demás le dicen: Pruébanos que no hemos tenido tal continuidad. Pero si alguno de ellos mantiene, en argumento semejante o con cualquier otro fin, que ha tenido existencia continua, estará obligado a probarlo.

(3). Prueba indirecta.

En vez de presentar prueba directa de que una proposición es verdadera, adoptamos a veces el método indirecto, esto es, mostramos que la suposición contraria conduciría a algo manifiestamente absurdo (reductio ad absurdum). Este plan se sigue frecuentemente en geometría cuando sólo otra u otras dos suposiciones serían posibles. Pero en el razonamiento moral esto no es muy frecuente, por lo cual la reducción al absurdo sólo tiene para nosotros su importancia principal en la Refutación.

II. Principales variedades de argumentos.

No nos proponemos comenzar haciendo un análisis y clasificación formales de los argumentos; queremos sólo explicar la naturaleza y uso de las principales variedades. Será fácil después indicar el lu-

gar que les corresponda en una clasificación completa.

A. Argumentos *a priori.*

Argüir *a priori* es literalmente, argüir de algo anterior a algo posterior; un movimiento en dirección opuesta se denota como *a posteriori.*

1. La expresión era usada por escritores de Lógica, y se usa aún, para denotar un argumento *de causa a efecto.* Es aplicable, pues, a todo caso de causas físicas, pero se aplica principalmente al argumento fundado en un principio necesario. Se empleaba a cada paso en la determinación de fenómenos y leyes físicas. Se establecía un principio, considerado como necesario y universal, y se argüía en consecuencia que los hechos reales deberían ser así y así. Pero la ciencia moderna, fundada en la observación, ha demostrado que algunos de los supuestos principios necesarios no eran verdaderos o no eran universales. No quiere decir esto que debamos rechazar todo argumento de principios necesarios, sino que debemos ser cautos en su uso.

La conclusión de un argumento *a priori,* lógicamente manejado, será cierta sólo si, por una parte la causa supuesta es real, y si no hay nada que intervenga en su operación. Pero si la realidad de la causa es cuestionable, o sus operaciones susceptibles de intervención, la conclusión será más o menos probable. Hay un argumento *a priori* en favor de la existencia de Dios, que comienza así: "La existencia positiva es posible, porque no envuelve contradicción ninguna." Aquí el primer principio que se da por sentado es que lo que no envuelve contradicción alguna es posible. Después de indicar luego que la existencia posible tiene que ser necesaria o contingente, se toma la posición de que cierta existencia es necesaria, porque de lo contrario toda existencia sería imposible. Se llega luego, mediante una serie de argumentos abstractos, a la conclusión de que hay un sér necesariamente existente, causa de toda otra existencia aparte de la suya, y que es eterno, infinito, etc. Ahora bien, suponiendo que los pasos sucesivos de este argumento sean lógicos, la conclusión será cierta sólo si el principio de que se partió es cierto. Cuando se quiere probar que tenemos una revelación, se arguye primero *a priori* del carácter de Dios y la condición del hombre que una revelación *era de esperarse;* pero éste es sólo un argumento probable, porque aparte de la revelación, no entendemos suficientemente el carácter de Dios para inferir con certidumbre que le haría dar una revelación a criaturas en tal condición.

2. El uso de la frase se ha extendido gradualmente hasta incluir argumentos fundados en lo que nos parece un principio general—no asentado como principio necesario, sino como aceptado por cierto en todos los casos. En esta dirección se lleva a veces demasiado lejos el uso de la frase. Los hombres quieren dignificar como argumento *a priori* lo que en realidad no es sino un argumento fundado en prejuicios, conceptos ya formados, teorías fantásticas o meras opiniones propias. Y algunos parece que piensan que todo argumento que parece general o abstracto puede ser llamado argumento *a priori.*

3. Se ha intentado dar a la expresión otra aplicación distinta, y es a los argumentos que proceden de

la substancia a sus atributos. Ej.: Juan es un hombre; luego posee inteligencia, voluntad, conciencia, etc. Sería argumento *a priori* decir: Juan es un hombre, luego obrará conscientemente; pues esto sería razonar de causa a efecto—aunque la conclusión sólo sería probable, pues otras causas intervienen a menudo en la operación de la conciencia del hombre. Pero decir: Juan es un hombre; luego tiene conciencia, es sólo un argumento de lo general a lo particular, en el que se llama la atención a uno de los particulares que constituyen lo general. No es argumento de algo anterior, pues ser hombre no es anterior a tener conciencia, sino que lo incluye. El argumento, Juan es mortal, porque es hombre, es algo ambiguo. Tomado estrictamente, infiere el atributo de la mortalidad, y es una deducción de lo general a lo particular. Pero si se entiende que Juan morirá porque es hombre, se tendrá un argumento *a priori*, de causa a efecto—hay en el hombre algo que le causará la muerte.

Así, pues, inferir el atributo de la substancia no es argumento *a priori*. En los casos en que parece serlo, existe realmente una inferencia de la constitución al resultado, lo que es *de* causa a efecto. Bueno es añadir que debe tenerse mucho cuidado en el empleo de argumento *a priori*, cuando se refiere a la naturaleza de Dios. Dios siempre obrará de acuerdo con su naturaleza, y podrían por lo mismo sacarse conclusiones ciertas, si no fuera por el hecho de que es tan imperfecto nuestro conocimiento de la naturaleza de Dios y de las relaciones que tienen con ella determinadas líneas de conducta. "Dios es justo, luego dará a todos los hombres iguales oportunidades de salvación," "Dios es bueno, luego salvará a todos los hombres," son conclusiones que el mismo ángel Gabriel no se atrevería a sacar, creyéndose demasiado ignorante para ello.

4. Se ha mostrado, pues, que un argumento *a priori*, en todos los usos legítimos de la frase, es uno de causa a efecto; ya sea de una causa física propia, o de algo en la naturaleza general de las cosas que requiere cierto resultado, o de alguna cosa en la naturaleza de un objeto o persona particular que tiende a producir cierto resultado.

Con referencia al empleo de argumentos, ya sean o no *a priori*, que tienen que ver con las relaciones de causa y efecto, hay ambigüedades en el uso familiar del lenguaje que hacen necesarias dos distinciones. Primero: debemos distinguir entre la consecuencia lógica y la física. Ej.: "De muchos de ellos no se agradó Dios; porque fueron derribados en el desierto." El hecho de que Dios no se agradó de ellos es la consecuencia lógica de haber sido derribados, pues con esto se prueba; pero es, por decirlo así, el antecedente físico o causa de ello. Se confunden a menudo estas dos clases de consecuencias, las cuales pueden coincidir, o ser opuestas una a la otra, o existir separadamente. Segundo: es importante distinguir entre causa y ocasión. El ebrio dice al cantinero: "Tú eres la causa de mi embriaguez," cuando no fue sino la ocasión, siendo la causa su apetito. Quitar las ocasiones de alguna clase de vicio, hará disminuir el mal probablemente, pero eso no será quitar la causa, ni así debe imaginarse.

B. De Testimonio.

Convendría que las palabras *testimonio* y *autori-*

dad se conservasen enteramente distintas en su significado, aplicándose la primera a lo referente sólo a hechos, y la segunda sólo a asuntos de juicio y opinión. Sin embargo, el uso común confunde estos términos a veces, lo mismo que muchos confunden los hechos con sus propios juicios acerca de ellos. Debemos acostumbrarnos, y educar al pueblo a distinguir más cuidadosamente entre el testimonio que se refiere a hechos, y meros juicios, opiniones e hipótesis propuestos para su explicación.

(1) En el testimonio con respecto a hechos, los puntos que deben tomarse en consideración son, por una parte, el carácter y número de los testigos, y por otra, el carácter de las cosas atestiguadas.

En cuanto al *carácter* de los testigos, primero que nada consideramos su veracidad, pero también su inteligencia, y sus oportunidades de conocer los hechos. Un gran *número* de testigos hará más fuerte la prueba, con tal que hable cada uno de su propio conocimiento, y no lo que de otros ha oído. Cuando hay varios testigos independientes, su testimonio diferiría en puntos de detalle. Si los detalles son numerosos, no se puede esperar que nadie los recuerde y declare todos: cada uno mencionará lo que tuvo oportunidad de observar, lo que produjo mayor impresión en su mente, o lo que ha tenido ocasión de recordar con más frecuencia o le sugiere la asociación natural de las ideas. Si todos concordaran en los detalles de una extensa declaración, sospecharíamos que habían tomado sus informes unos de otros, o de una fuente común a todos. Las discrepancias entre las narraciones de los diferentes evangelistas, ya que no envuelven una verdadera contradicción, sólo demuestran

que los testigos eran independientes y fortalecen su testimonio combinado de los hechos substanciales. La prueba recibe mayor fuerza también de las coincidencias manifiestamente no intencionadas.

El testimonio no intencional de los adversarios es frecuentemente de gran valor. Así los enemigos del cristianismo en los primeros siglos, tanto entre paganos como entre judíos, al tratar de explicar los milagros de nuestro Señor como obrados por magia, demuestran que consideraban imposible negar la realidad de los sucesos.

Hay que considerar, por otra parte, el carácter de las *cosas atestiguadas*. Cosas improbables en sí, requieren más testimonio para que las creamos. Tal es el caso con los milagros. Los que sostienen que los milagros son imposibles, dan por sentado lo que se disputa, y sólo siendo omniscientes podrían estar seguros de que su posición era correcta. Pero los milagros sí son sumamente improbables. Que una fuerza espiritual intervenga en la operación de grandes fuerzas físicas, impidiendo por un tiempo sus resultados uniformes, es cosa que naturalmente somos tardos en creer. Esta improbabilidad, no obstante, disminuye en mucho cuando vemos que existe ocasión importante para tal interferencia, como cuando los milagros son obrados para autenticar una revelación. Los milagros cristianos tienen además de ésta, otra ventaja. El carácter y enseñanzas de Cristo están inseparablemente asociados con los milagros. Quien niega los milagros niega el origen sobrenatural de su carácter y enseñanzas, cosas que debe explicar como meramente humanas y naturales, lo cual no han logrado los más hábiles e ingeniosos de los incrédu-

los. Así la cuestión *a priori*—de probabilidad antecedente—se reduce a esto: qué es más improbable, que se hayan obrado milagros en ocasión como la introducción del cristianismo, o que el carácter y enseñanzas de Cristo fueran meramente humanos y de origen natural. La improbabilidad de los milagros disminuye, pues, mucho por lo adecuado de la ocasión, y es más que equilibrada por una improbabilidad mucho mayor.

Además, el testimonio de otros a los milagros de nuestro Señor no sólo es poderoso e incuestionable en sí mismo, sino que tiene la única e invencible confirmación del propio testimonio del Señor. Jesús pretendió obrar milagros; no existe la posibilidad de que se haya engañado en cuanto al asunto; por lo tanto, obró los milagros o era un hombre malo. Contra su carácter se estrellan todas las objeciones a los milagros como la ola contra la roca. La negación de los milagros lleva necesariamente a conclusiones más improbables que los milagros mismos.

No debe menospreciarse la evidencia que proporciona la experiencia cristiana. El creyente observa un cambio en sí mismo que demuestra la realidad y poder del cristianismo, y da a otros su testimonio de que el cambio que observa en él ha sido obrado en conexión con su fe.

(2) Cuestiones de opinión en distinción de cuestiones de hecho, pudieran convenientemente designarse por el término *autoridad*. Pero este término es a veces aplicado al testimonio en cuestiones de hecho, particularmente cuando tal testimonio es singularmente fuerte y convincente, y también se usa para denotar alguna combinación de testimonio en cuanto a hecho, y juicio u opinión dignos de confianza.

La llamada autoridad de los Padres debe considerarse de diferente valor en casos diferentes. Con respecto a la cuestión de cuáles libros fueron de origen apostólico nos dan su testimonio—aunque con excepción de los más antiguos, no es testimonio original, sino transmitido,—y también la autoridad de su juicio con respecto al peso de la prueba entera que les era conocida, y de la que sólo nos transmiten una parte. Con respecto a tales cuestiones sabemos que eran muy escrupulosos, y podemos atribuir gran valor tanto a su testimonio como a su autoridad. Pero en cuanto a la interpretación de los libros sagrados, sólo tenemos su autoridad, su juicio. Los más de ellos usaban de demasiada libertad en esto, y fueron influenciados por opiniones filosóficas, prejuicios de varias clases, y con raras excepciones, por una extremada afición a la alegoría. Exceptuando, pues, los casos en que su familiaridad con el griego o con las costumbres antiguas y cosas por el estilo, dan valor especial a las opiniones de un padre, su autoridad en cuanto al sentido de las Escrituras no es grande, y ni aun siquiera igual a la de algunos escritores más recientes.

Las mismas Escrituras son ciertamente autoridad. Todo lo que testifican como hechos queda por lo mismo plenamente comprobado, y cuanto enseñan como verdadero y justo es incuestionable y obligatorio. Hay algunos asuntos en cuanto a los cuales la Biblia es la única autoridad, como la Trinidad, la justificación por la fe, las condiciones de la vida futura, y las ordenanzas positivas del Cristianismo, esto es, el bautismo y la cena del Señor. El razonador cristiano debe

saber apreciar plenamente esta autoridad sin paralelo, y observar cuidadosamente su relación propia con todos los demás medios de prueba.

Las opiniones generalmente recibidas de la humanidad, y los proverbios y máximas que expresan el juicio colectivo de muchos, tienen mayor o menor autoridad según la naturaleza del caso. Las que, por ejemplo, deben naturalmente atribuírse a las supersticiones o egoísmo humanos, poco valor tendrán. Los refranes populares no son a menudo más que la expresión de una media verdad, o el resultado de generalizaciones hechas a la ligera.

Con respecto a todo el asunto de la evidencia y la fe, es importante no olvidar la relación entre la fe y la incredulidad. Con respecto a muchas verdades del Cristianismo, quien no las cree, se ve obligado a creer algo en su lugar. Quien vacila a causa de las dificultades, reales o supuestas, inherentes a las pruebas cristianas, no debe olvidarse de las dificultades de la incredulidad. Tenemos que creer algo con respecto a los problemas de la religión, y si dejamos a Cristo "¿a quién iremos?"

C. Inducción.

Este término ha sido definido sencillamente como el proceso de sacar una regla general de un número suficiente de casos particulares. Si descubrimos que algo es cierto con respecto a ciertos objetos individuales, concluímos que la misma cosa es verdad acerca de toda la clase a que pertenecen tales individuos, y luego probamos que es verdad también de un nuevo objeto, mostrando simplemente que pertenece a la misma clase. La inducción es en el uso

popular la forma más común de argumento, y la que más frecuentemente envuelve error. Los hombres en general no arguyen de principios generales o verdades previamente establecidas, tanto como de ejemplos. Estos ejemplos son observados indolentemente y sin la comparación extensa y el cuidadoso escrutinio debido, y los hombres infieren ligeramente que lo que cierta persona hizo es bueno para ellos, y que lo que es verdad de ciertos individuos, o de todos los que han observado, lo es de toda la clase. Cuando tienen poderosos motivos para desear que sea así, e interesados su apetito, sus intereses o prejuicios, combinándose así algún poderoso sentimiento con la indolencia, no es maravilloso, aunque sea deplorable, que el resultado sea una inducción prematura. En agricultura y en medicina doméstica se siguen toda clase de reglas, fundándose la gente en observaciones imperfectas. En libros de viajes se hacen a menudo declaraciones universales con respecto a las opiniones, usos y carácter de un pueblo, fundadas en inducciones hechas con ligereza y estimuladas por prejuicios. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta la saciedad.

La cuestión de cuál es "un número suficiente de casos" que nos autorice para deducir una regla general, depende de la naturaleza del caso de que se trate. Con respecto a hechos físicos un solo ejemplo bastará a veces. Un químico que se hubiera asegurado, por su experiencia en un solo caso, de que el oro es capaz de combinarse con el mercurio, no juzgaría necesario repetir el experimento, sino que desde luego asentaría como universal y cierta tal relación entre dichos metales. Pero esto no puede decirse de

hechos sociales o de verdades morales y religiosas. La observación de un hombre por muchos años; y aun de todo el mundo civilizado por siglos, ha conducido a menudo a falsas conclusiones en cuanto a los fenómenos físicos o cuestiones de buen gobierno y bienestar social. Para que la inducción sea correcta, no basta agregar cierto número de casos; es preciso compararlos y analizarlos, a fin de eliminar lo que es sólo incidental, y determinar las "circunstancias materiales" en cada caso. Mientras más claramente se pueda discernir una relación causal que explique el elemento común, menor número de casos bastará para establecer la regla. Pero es preciso que la causa lo sea en realidad, y no una mera hipótesis, no algo sin conexión real con el resultado en cuestión, ni una circunstancia incidental. Como ejemplo de esto último, frecuentemente se infiere que algo cierto en varios casos de conversión, lo será en todos los casos; pero la cuestión es si es algo fundado en los principios del temperamento particular, la educación, etc.

Cuando sea posible presentar una inducción segura, será bueno hacerlo; pero tales casos son raros. Sin embargo, después de haber probado con argumentos de otras clases nuestra proposición, podemos presentar ejemplos, casos, que no sólo ilustren nuestro punto, sino que refuercen la prueba con una inducción probable cuando menos. Pero es de la mayor importancia que sepamos cómo corregir las innumerables inducciones erróneas que se presentan, ya en los argumentos de otros oradores, ya en los periódicos o la conversación, o en nuestra propia mente, y que pudieran descaminar a nuestros oyentes.

D. Argumentos de Analogía.

Muy a menudo se confunden la analogía y la semejanza, a pesar de los esfuerzos de muchos escritores por limitar el término a su sentido original y propio. El sentido primario de la palabra es *proporción,* y sólo en este sentido se emplea en matemáticas. Denota no una semejanza entre los objetos mismos, sino una correspondencia entre sus razones o relaciones con otros objetos. La pata de una mesa no se parece mucho a la pierna de un animal, pero son cosas análogas, pues la primera sostiene con la mesa en varios respectos la misma relación que la segunda con el animal. No se parecen un huevo y una semilla, pero sostienen una relación semejante, el primero con el ave progenitora y su futura descendencia, y la segunda con la planta vieja y la joven. Los objetos análogos son a veces también semejantes, y este hecho ha contribuído a obscurecer en la mente la distinción, atribuyéndose a veces a la semejanza lo que en realidad es debido a la analogía. Por otra parte, será a menudo una analogía más notable cuando exista entre objetos que en otros respectos son enteramente desemejantes. Así es que no percibiendo algunos la diferencia entre la analogía y la semejanza, y observando además que el primer término se emplea a veces cuando hay en algunos respectos una gran desemejanza, muchas personas han adquirido la costumbre de llamar anólogos objetos que son semejantes en algunos respectos, pero notablemente diferentes en otros. Un argumento sacado de una mera semejanza parcial entre dos o más objetos carece de valor; pero muy diferente puede ser el caso cuando

hay parecido (a veces aun identidad) en la relación que dos objetos guardan con un tercero o con otros dos respectivamente. Entiéndase la analogía en este sentido estricto y propio, y el argumento de analogía tendrá gran fuerza. Debe, pues, tenerse cuidado de no decir que existe analogía entre ciertos objetos, a menos que haya correspondencia (identidad) en sus relaciones con alguna otra cosa, ya sea que los mismos objetos tengan o no parecido.

Síguese que debemos evitar cuidadosamente el error de concluir que las cosas en cuestión son iguales porque son análogas; y que es una injusticia, cuando alguien ha fundado un argumento en la analogía de dos objetos, acusarlo de haberlos representado como similares. Además, la correspondencia entre las relaciones de objetos análogos no debe pensarse que comprenda *todas* sus relaciones. Así, porque se ha discernido una justa analogía entre la metrópoli de un país y el corazón de un animal, se ha argüido que el aumento de su tamaño es una enfermedad,—que puede impedir algunas de sus más importantes funciones, o aun ser la causa de su disolución. La cuestión es *en qué* respectos son semejantes las relaciones entre los objetos.

Una gran porción de las metáforas que empleamos se fundan no en semejanzas, sino en analogías. Ejemplos: "Es el pilar del estado;" "París es el corazón de Francia." Todos los estados u operaciones mentales y espirituales son expresados por términos derivados, por analogía, de lo físico; todo lo que sabemos de la vida futura está expresado en términos derivados de objetos o relaciones análogas en esta vida. El sentido de tales expresiones metafóricas ha

sido en muchos casos fijado y definido por el uso, de modo que en su uso común no pueden ser causa de equivocación; pero cuando vayamos a fundar razonamientos sobre ellas debemos cuidar de no extender la analogía a cosas no comprendidas realmente en ellas. Así es con los términos que usamos para describir los atributos de Dios y sus relaciones con sus criaturas. Llamamos a Dios Padre, y en ciertos respectos Cristo razona basado en esta analogía. Pero si inferimos que porque un padre perdona a su hijo sin más condición que el arrepentimiento de éste, que nuestro Padre Celestial perdonará de la misma manera, sin demandar una expiación, estaremos extendiendo la analogía más de lo justo. Dios es un Padre, pero es también un Rey, y su gobierno no es un sistema de expedientes imperfectos, sino de absoluta justicia.

¿Tiene el argumento de analogía fuerza *positiva*? No hay duda de que proporcionará una prueba *probable* de verdad positiva. Cuando se observa que dos objetos son análogos en muchos respectos importantes, es ciertamente más o menos probable que también sean análogos en otros respectos no observados. Pero es de dudar que esto pueda constituir en algún caso una prueba absoluta. Muchos resultados de la inducción, como ya lo hemos visto, son sólo probables en alto grado; y aparecen ciertos sólo cuando aparte de observarse que los casos examinados son todos similares en cierto respecto, podemos discernir alguna *causa* de tal similaridad, que obrará igualmente en los casos no examinados. Lo mismo es en los casos de analogía. Si dos objetos correspondieran en todas sus relaciones con ciertos otros objetos hasta

donde puede llegar nuestro examen, y si pudiéramos discernir alguna *causa* de la correspondencia, de tal naturaleza que tendría necesariamente que producir semejante correspondencia en otras relaciones no examinadas, podríamos inferir con certidumbre que en todas estas otras relaciones corresponden. En muchos casos de inducción una causa, o a lo menos, una explicación del elemento común puede descubrirse. No nos atrevemos a afirmar que lo mismo pueda hacerse en casos de analogía; pero de todos modos, un argumento de analogía aumentará la fuerza de otras pruebas, y mostrará la mayor o menor probabilidad de un resultado cuando no existan otras pruebas.

Para propósitos negativos, en la refutación de objeciones, el argumento de analogía tiene su principal valor y es de gran utilidad, como las armas, que si no matan al enemigo, desvían sus golpes. Si los hombres dicen que sería injusto que Dios castigase a los hombres por violar su ley, ignorando o no creyendo que fuese su ley, podemos señalar el hecho de que quien toma veneno muere, aunque no haya sabido ni creído que era veneno. Si hacen objeciones a la doctrina del pecado original, como incompatible con la bondad de Dios señalamos las enfermedades hereditarias, inclinaciones hereditarias hacia el vicio y la deshonra hereditaria. Lo mismo en cuanto a la elección. Si se objeta que es inconsistente con la justicia divina el hacer tal distinción, podemos refutar la objeción señalando las inmensas distinciones que hace en esta vida.

Cuando se *inventan* ejemplos para proporcionar argumentos (y no sólo explicación o adorno), deben ser siempre argumentos de analogía. Basta que el

caso supuesto sea sólo *probable*. La inducción fundada en ejemplos imaginarios sería sin valor; pero casos meramente probables pueden proporcionar una analogía que será en alto grado convincente.

E. Deducción de verdad ya establecida.

Toda clase de argumento supone una deducción. Pero hay muchas deducciones que no pertenecen a ninguna de las variedades que acabamos de considerar—las que se derivan de una verdad general que ha sido ya de algún modo establecida. Lo que hacemos entonces es demostrar que esta verdad incluye alguna otra, o por su combinación con otras verdades ya establecidas también nos conduce a otra. Este proceso puede repetirse formando una serie. Mucho de nuestro razonamiento es de esta clase. No nos detenemos en la verdad proporcionada por causa, testimonio o ejemplo, sino que procedemos a desarrollar su contenido, o combinarla con otras verdades y mostrar el resultado. Aparte de lo que en esto tienen de común con otros hombres, los predicadores poseen un abundante elemento de esta clase en sus deducciones o inferencias constantes de las enseñanzas de las Escrituras.

Debe tenerse sumo cuidado al hacer semejantes deducciones, pues pudieran resultar nuestras deducciones mucho menos ciertas que las verdades de que las sacamos. La deducción debe ser estrictamente lógica. Pero aun más: Se ha visto en Economía Política que es preciso a cada paso comparar con los hechos los resultados obtenidos por el razonamiento abstracto, pues de lo contrario pronto estarán muy lejos de la verdad. Lo mismo es en el razonamiento

religioso. Pocas veces podemos tomar una verdad general y hacer de ella una serie de deducciones, como en geometría, seguros de no equivocarnos. Necesitamos constantemente compararlas con los hechos de la existencia y con las enseñanzas de las Escrituras. La idea de establecer alguna verdad religiosa por "una perfecta demostración," es comúnmente ilusoria. Debemos conformarnos con las verdades prácticas a que las condiciones de la existencia nos permiten llegar; y a la vez que sacamos inferencias, en lo cual hacemos bien, debemos de buena gana compararlas con los hechos y con las Escrituras, para estar seguros de que sean correctas.

F. Ciertas *formas* de argumento.

Hasta aquí hemos considerado las principales variedades de argumentos en cuanto a su naturaleza esencial; pero conviene mencionar y explicar varias *formas* que asumen a menudo, sean cuales fueren su material y carácter.

El argumento *a fortiori* (de más fuertes fundamentos), demuestra que algo es verdadero en un caso menos probable, real o supuesto, y luego insiste en que debe considerarse como mucho más cierto en un caso más probable. Esta forma de argumento es favorito entre los oradores, y se halla frecuentemente en las enseñanzas de Cristo y de los apóstoles. "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial . . ." "Si la yerba del campo, que hoy es y mañana es echada en el honro, Dios la viste así ¿no hará mucho más a vosotros hombres de poca fe?" "Si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco qué se hará?" "El

que aun a su propio Hijo no perdonó, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Véanse también Heb. 2:2-4; 1 Ped. 4:17, 18, etc.

El *dilema* presenta dos supuestos, de tal carácter que uno u otro han de ser necesariamente ciertos, debiendo seguirse en cualquier caso el resultado propuesto. Tal fue el argumento de Gamaliel (Act. 5:38, 39): "Si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis deshacer." Es, o de los hombres o de Dios, pero en todo caso la conclusión sería: "Dejaos de estos hombres y dejadlos." El dilema se emplea más comúnmente, aunque no exclusivamente en la refutación.

De una manera semejante la *reducción al absurdo* se emplea para la refutación más que otra cosa. Cuando se arguye que no deberíamos enviar el evangelio a los paganos, porque si lo rechazan su culpa y condenación serán mayores, contestamos que según ese principio tampoco debería predicarse el evangelio en nuestra propia patria, ni a nadie, y que es una desgracia que exista un evangelio. El principio que necesariamente conduce a tal absurdo tiene que ser falso.

El argumento *ex concesso,* de algo concedido por el antagonista, o admitido por las personas a quienes nos dirigimos, puede ser empleado no sólo para refutación, sino también para establecer la verdad positiva, cuando estamos satisfechos de que la cosa admitida es realmente cierta.

El argumento *ad hominem* sólo es empleado legítimamente en la refutación, y de él trataremos después.

A veces se combinan en un argumento complejo argumentos de distinta naturaleza o forma.

Diferentes oradores preferirán una u otra especie de argumentos de acuerdo con su constitución mental y otras circunstancias, y generalmente será para cada uno más fácil el manejo de los que así prefieren. Pero esta preferencia nunca debe ser exclusiva, pues hará parcial a la mente. Es, por otra parte, necesario considerar qué clase de argumentos se adaptarán mejor a la constitución mental, inteligencia y gusto del auditorio. Debemos, pues, buscar argumentos de fuentes variadas y ponerlos en formas diferentes.

III. Refutación.

(1) Basta frecuentemente, para refutar un error, demostrar la verdad contraria; cosa que debe preferirse en todo caso posible, pues de este modo el error queda destruído sin necesidad de mencionarlo siquiera, y nadie vuelve a pensar en él. Pero no siempre será esto suficiente, sino que habrá necesidad de combatir los argumentos de los adversarios, y destruir las objeciones que se hagan a la verdad. En sermones de controversia, aunque no tengamos antagonista, habrá, sin embargo, que refutar argumentos bien conocidos a favor de la doctrina opuesta, de manera de "convencer a los que contradijeren; porque hay muchos contumaces, habladores de vanidades y engañadores ... a los cuales es preciso tapar la boca." (Tito 1:9-11). Tarea penosa, pero necesaria. Sin embargo, a todos nos agrada el conflicto. Somos más inclinados a refutar que a probar; a destruir que a edificar. Es más fácil y más de acuerdo con nuestras

pasiones naturales. Todos son elocuentes en la ira, mientras que el amor y la paz raras veces hacen elocuentes a los hombres. Los oyentes, por su parte, también se interesan al momento. No hay quien no corra para ver un pleito; y el que asume el carácter de temerario defensor de doctrinas impopulares, o de mártir, fácilmente gana, de parte del vulgo, cierta simpatía y admiración. Por esto debemos guardarnos de la tentación de atacar a otro, si no es absolutamente necesario. Debemos subordinar la refutación a nuestro trabajo de establecer la verdad.

Pero aparte de la controversia, y aun no habiendo antagonista real, frecuentemente tendremos ocasión, al predicar, de refutar objeciones hechas a la verdad que defendemos. Es conveniente tratar estas objeciones como si procedieran de parte de un honrado investigador y no de un sofista. En vez de asaltar al que hace la objeción para conquistarlo, acerquémonos a él con bondad, y procuremos ganarlo para la verdad.

(2) No siempre es posible en el razonamiento moral, como en la geometría, refutar completamente todas las objeciones. Son a veces demasiado débiles para ser refutadas. Tan fácil sería destruirlas como herir una sombra. Lo absurdo de la objeción salta a la vista, y quien no lo nota jamás podrá ser persuadido. Otras veces se puede desde luego percibir que la objeción es sólo un pretexto de parte de hombres que por razones que no expresan se oponen a la verdad.

Hay, además, objeciones contra todo. La razón para creer una proposición referente a una verdad moral consiste de los argumentos en su favor menos las objeciones, refutadas en lo posible. La objeción

puede ser incontestable, y sin embargo la proposición permanecerá en pie si se puede mostrar que hay objeciones más numerosas y graves contra toda otra suposición. Bueno es recordar esto al estudiar las evidencias de la religión. Pídase al que las rechaza que en vez de limitarse a preguntarnos cómo contestamos esto o cómo explicamos aquello, presente una hipótesis consistente que explique la introducción del Cristianismo por medios humanos, y que considere luego si hay más o menos dificultades en su hipótesis que en la nuestra.

Se sigue que no debemos perder tiempo en la refutación de objeciones fútiles, ni mencionar objeciones que jamás turbarán la mente de nuestros oyentes, y que no proporcionan razón suficiente para dudar de la verdad. Tampoco intentemos refutar una objeción, si no estamos seguros de hacerlo satisfactoriamente. Vale más decir: "Concedo que esto es una objeción a mi proposición; pero no obstante, la proposición debe ser verdadera, como lo demuestran los argumentos en su favor."

(3) Cuando se discutan objeciones, deben presentarse en toda su fuerza. Es justo, y a la vez conveniente. Debemos presentarlas tal como creamos que se hallan en la mente de los oyentes, de modo que puedan decir: "Esa es precisamente mi objeción, y quisiera saber cómo la resuelve el predicador."

(4) La refutación, ya sea de una proposición errónea o de una objeción a la verdad, se hará mostrando que los términos son ambiguos, o falsas las premisas, o torcido el razonamiento, o injustificada la conclusión. Algunas veces lo que se presenta como objeción puede ser verdad, pero sin estar en conflicto con la proposición que consideramos.

Siempre que parezca necesario, debemos dividir la dificultad, con lo que se hace ordinariamente más fácil la refutación. Raras veces una réplica sola puede destruir de un golpe el error en todas sus partes. Y, por otra parte, el oyente que os vea vencer muchas veces en sucesión, percibirá que hay muchos errores del lado contrario y muchas verdades del vuestro.

Debemos saber cómo tomar la ofensiva, y si es posible convertir en prueba la objeción. Una defensa prolongada nos debilita; y para defendernos con ventaja es menester atacar. Los grandes predicadores siempre han observado esta regla.

(5) A veces se fortalece la refutación de un error mostrando cómo se originó. Un opositor del bautismo infantil, después de refutar los argumentos que en favor de tal práctica se hayan presentado, basados en pasajes del Nuevo Testamento, puede destruir la fuerza de todo argumento basado en la antigüedad de esta práctica, mostrando cómo pudo originarse en el siglo segundo o tercero.

(6) Podemos a veces recurrir con ventaja a la refutación indirecta. El modo principal de hacerlo es por la reducción al absurdo. El argumento *ad hominem,* 'al hombre,' difícilmente podrá usarse para establecer una verdad positiva; pero en la refutación es eminentemente propio y puede ser de mucho efecto. Consiste en apelar a las opiniones peculiares, posición o modo de razonar del oyente para hacerle creer algo. Tal es el argumento del Señor en Mat. 12:27: "Si por Beelzebub echo fuera los demonios, ¿vuestros hijos por quién los echan?" No afirma que

los discípulos de los fariseos echaban fuera demonios: simplemente los hace callar por medio de un argumento *ad hominem*. También lo es el de 1 Cor. 15:29: "De otro modo ¿qué harán los que son bautizados por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, son bautizados por los muertos?" El apóstol hace callar a los que negaban la resurrección, aludiendo a la práctica supersticiosa que ellos aprobaban, de bautizar vivos en lugar de los que habían muerto sin bautismo,—práctica que sabemos existió en el siglo siguiente. No presenta esto como argumento para probar la doctrina de la resurrección; es sólo argumento *ad hominem* para hacer callar a sus irrazonables contrincantes. No era preciso que a la vez condenase aquella práctica supersticiosa, pues esto ya se sabía en Corinto. Y de esto debemos tener sumo cuidado cuando usemos esta clase de argumentos, para no aparecer como si aprobáramos la posición o práctica a que apelamos.

A veces es conveniente mostrar la falsedad de una premisa demostrando que "prueba demasiado," esto es, que además de probar la conclusión que de ella se deduce, prueba otra que es manifiestamente absurda.

La ironía, como medio de ridiculizar el error de nuestro contrario, es ciertamente permisible en un discurso serio. Tenemos un ejemplo famoso de esto en el discurso de Elías a los sacerdotes de Baal. Por supuesto que hay que tener cuidado de no parecer irreverentes; por lo cual es necesario que las porciones irónicas de un sermón sean breves.

(7) Una refutación demasiado elaborada y vehemente puede resultar contraproducente, pues puede despertar preocupaciones muy arriesgadas, y provocar cierta resistencia en algunas personas para reconocer que la opinión que habían mantenido es tan falsa como se trata de representarla.

(8) Una feliz refutación ganará las simpatías de los oyentes, pues los hombres generalmente simpatizan con el que ha obtenido una victoria. Influenciados por este sentimiento, están en peligro de exagerar el valor de la refutación. Pueden haber sido refutados todos los argumentos presentados en favor de una proposición, y sin embargo ser ésta verdadera por razones que no se han mencionado. Si los defensores de cierta opinión son entendidos, es natural suponer que no habrán omitido los argumentos más convincentes en su favor, por lo que no hay mucho peligro de errar en este sentido. Pero hay aun otro peligro. Cuando el antagonista ha refutado de una manera abrumadora algunos de los argumentos presentados, y luego con altivo menosprecio declara que de un modo semejante podrían ser refutados todos los demás, si esto valiera la pena, lo creerá la mayoría y lo declarará victorioso. Por esto es de la mayor importancia no emplear pruebas dudosas, y al presentar las que sólo proporcionan una probabilidad o presunción, bueno es indicar que tal es el caso. De lo contrario el contrincante refutará los puntos débiles, o demostrará que lo probable no establece nada, y hará que se crea que nuestras otras pruebas son del mismo carácter.

Esto ha sucedido en cuanto a la doctrina de la Divinidad de Cristo. Los Socinianos pueden mostrar que muchos de los pasajes que se citan en prueba de

dicha doctrina son muy dudosos, mientras otros pueden ser entendidos en otro sentido, haciendo creer a algunos que han destruído por completo el argumento o cuando menos lo han reducido a unos cuantos pasajes. Es preferible comenzar demostrando que un gran número de pasajes parecen envolver la doctrina, que muchos otros la hacen en extremo probable, y por fin que otros la presentan de un modo concluyente. Mejor aun, especialmente en sermones, es presentar unas cuantas pruebas fuertes, y luego señalar en general el hecho de que esta doctrina se encuentra manifiesta en todas partes del Nuevo Testamento, de modo que el lector ordinario no puede menos que observarlo; y que forma la trama de toda la enseñanza del Nuevo Testamento, que quedaría reducida a fragmentos si tratáramos de excluirla. Lo mismo debe hacerse en todo discurso sobre asuntos sujetos a mucha controversia; no se ocupe un terreno que no se puede defender. Distínganse claramente las pruebas que proporcionan una presunción de las que consideremos concluyentes. Una prueba falsa o insuficiente hace que se sospeche de todo el discurso; hace que nuestros oyentes nos menosprecien a nosotros y nuestra doctrina, y frecuentemente es la única parte que recuerdan de todo nuestro discurso.

La ignorancia, la pereza, los prejuicios y la tan frecuente falsedad de los hombres hacen que el razonamiento humano abunde en falacias. Debemos aprender a evitarlas en nosotros mismos, y a descubrirlas y señalarlas en los demás. Por esto es conveniente estudiar sistemas de lógica, a fin de educar a la mente en la distinción entre los razonamientos correctos y los falsos. Es penoso percibir que hay algo falso en un argumento, y no saber qué es; o verlo y no poder explicarlo a otros.

IV. Orden de los Argumentos.

No es menos importante el orden de los argumentos que su fuerza individual. Un ejército disciplinado es superior a una turba sin orden. Por buenos que sean los argumentos en sí mismos, no producirán todo el efecto posible mientras no se ordenen convenientemente. Pueden ser útiles las siguientes sugestiones:

(1) Consérvense separados los argumentos distintos. No es raro que oradores sin experiencia reúnan porciones de dos argumentos diferentes, y separen con materia extraña dos partes de un mismo argumento.

(2) La principal consideración que ha de determinar el orden de los argumentos es la de la relación natural de éstos entre sí. Unas pruebas explican a otras, por lo que es importante presentarlas primero; unas pruebas dependen de otras; algunas serán de gran peso yendo precedidas de otras, mientras que solas serían de muy poco valor.

(3) Las pruebas que proceden de la misma naturaleza de la proposición deben comúnmente presentarse primero, pues la exhibición de ellas comprenderá una plena explicación de la proposición, y podrán apreciarse mejor las que vengan después.

(4) Los argumentos *a priori* deben generalmente preceder a los otros, pues preparan la mente para recibir los *a posteriori*. Hay casos sin embargo, en que es mejor presentar primero una prueba más tangible y popular de una proposición, y mostrar luego

que esto no debe sorprendernos si tomamos en cuenta ciertas consideraciones *a prori.*

(5) Generalmente conviene, cuando nada lo impida, presentar primero los argumentos más débiles, y concluir con los más fuertes, formando así un clímax (punto de grado sumo) cuyo poder es fácil apreciar.

(6) Conviene a veces dejar el orden natural de los argumentos para seguir el que nos impone la condición de nuestros oyentes. Si no favorecen nuestras opiniones, será bueno comenzar con uno o más argumentos fuertes que se adapten a sus mentes y aseguren su respeto y atención. Podemos luego, según el precepto de los antiguos retóricos, introducir el material menos importante para terminar con el argumento más poderoso de todos; o comenzando con los argumentos más fuertes, y añadiendo luego consideraciones confirmatorias menos importantes, podemos concluir recapitulando en orden inverso, y formando así un clímax breve y eficaz.

(7) ¿Qué posición deben ocupar los argumentos derivados de las Escrituras en relación con los de otras fuentes? Comenzar, como se hace frecuentemente, con pruebas claras sacadas de la Biblia, y añadir luego otras de la razón, la historia o la experiencia, parece práctica derogatoria de la autoridad de la Palabra de Dios. Cuando se ha probado algo con ella, la cuestión está decidida para el predicador; no puede admitir, ni debe parecer como si admitiera, que hay necesidad de otros argumentos. De esto se deduce que las pruebas bíblicas deben regularmente seguir a las otras. Habrá, sin embargo, casos en que

esto parezca desagradable; además, para algunos de los oyentes las pruebas de la razón pueden parecer más convincentes, o las de la experiencia más impresivas que las simples declaraciones de la Biblia. En atención a esto, podemos comenzar con las enseñanzas bíblicas, y hacer notar luego que tanto en ese punto como en todo lo demás, la razón y la experiencia armonizan con la Biblia, procediendo a presentar los argumentos de tales fuentes. De este modo nos adaptamos a la mente y sentimientos de los oyentes, concluyendo con el argumento que producirá en ellos la más profunda impresión, sin que nosotros abandonemos nuestra posición con respecto a la supremacía de las Escrituras.

(8) ¿En qué parte del discurso debe hacerse la refutación de las objeciones? Si una objeción se refiere a un punto particular del sermón, conviene sin duda refutarla con la mayor brevedad posible al tratar ese punto y antes de pasar a otro. Si las objeciones son contra la enseñanza general del sermón y pueden refutarse independientemente de la discusión y en pocas palabras, es ventajoso barrerlas del camino antes de entrar en nuestra argumentación. Cuando la refutación dependa de nuestro argumento, o haya de ocupar mucho tiempo, debe dejarse para el fin; en cuyo caso podemos, al presentarse la objeción en el curso del sermón, anunciar que la refutaremos al concluir.

(9) Cuando se defienda alguna posición controvertida, puede obtenerse alguna ventaja presentando, antes de entrar de lleno en la prueba, una o dos de las más fuertes objeciones contra la opinión contra-

ria. De este modo los que no estén de acuerdo con nosotros, verán que de su parte hay dificultades en que no habían pensado, y pueden ser inducidos a escuchar con candor los argumentos en favor de nuestra posición.

En una discusión pública formal es común artificio de los que hablan primero insistir en que su antagonista siga el orden de puntos fijados por él. Así lo intentó Esquines en la famosa discusión acerca de la corona; y tan importante le pareció a Demóstenes tal pretensión, que comienza su discurso apelando solemnemente a los jueces para que en cumplimiento de su voto de imparcialidad, permitan a cada uno de los disputantes que siga el orden que prefiera.

V. Sugestiones generales acerca del argumento

Presentamos a continuación algunas de carácter práctico, reuniéndolas bajo este título, aunque varias de ellas se hallan comprendidas en lo que queda dicho arriba.

(1) No pretendáis probar nada si no estáis persuadidos que es verdad, y seguros de poder probarlo.

(2) Haced que vuestro argumento comience con algo que las personas a quienes habláis admitan plenamente. Punto importantísimo, pero descuidado a menudo.

(3) Usad argumentos inteligibles a vuestros oyentes y propios para impresionar sus mentes.

(4) Por lo regular, depended principalmente de argumentos bíblicos, prefiriendo los que sean más claros e incuestionables.

(5) No tratéis de decirlo todo; elegid, más bien,

un número conveniente de los argumentos más eficaces.

(6) Evítese el formalismo. Téngase la realidad del argumento, pero lo menos posible de sus formas y frases meramente técnicas.

(7) En cuanto al estilo del argumento, los más importantes requisitos son la claridad, la precisión, y la fuerza. Una sencilla elegancia es compatible con ellas, y cuando el asunto es elevado e inspirador, y el alma del orador está llena de fuego, pueden sus rayos de argumentación brillar con esplendor meridiano.

CAPITULO VII.

Ilustración.

I. Varios usos de la Ilustración. II. Fuentes de Ilustración: la Observación, la Intervención Pura, la Ciencia, la Historia, la Literatura y el Arte, las Escrituras. III Precauciones en el Empleo de Ilustraciones.

I. Varios Usos de la Ilustración.

Ilustrar, según la etimología de la palabra, es arrojar luz (o lustre) sobre un asunto; por lo que, estrictamente hablando, sólo incluye la explicación y el ornamento. Pero lo que sirve para explicar puede a la vez contener una prueba por analogía; y lo que adorna un asunto puede al mismo tiempo poner en relación con él ideas de naturaleza patética. De modo que lo que llamamos ilustraciones se usan para explicar, para probar, para adornar y para imprimir las ideas.

Hablando en rigor, no debería considerarse la ilustración como una clase distinta de materiales del discurso. Como medio de explicar, probar o emocionar, podría tratarse de ella al hablar de la Explicación, el Argumento y la Aplicación; como medio de ornato correspondería a la elegancia de estilo; pero como la misma ilustración sirve a menudo para diferentes fines; y como el manejo propio de las ilustraciones es cuestión de gran importancia práctica, parece mejor discutir este asunto por separado.

(1) Quizá el uso principal de las ilustraciones es para *explicar*. Lo hacen, ya presentando un ejemplo de la materia de que se trata, o algo similar o análogo que vendrá a hacer claro el asunto.

(2) Las ilustraciones son muy a menudo empleadas para *probar*. Esto se hace en casos raros presentando un ejemplo que autoriza una inducción; pero comúnmente es un argumento de analogía. En Romanos caps. 6 y 7, introduce el apóstol tres ilustraciones, mostrando el absurdo de suponer que la justificación por la fe dará estímulo al pecado: los creyentes están *muertos* para el pecado, y han resucitado a nueva vida; han cesado de ser esclavos del pecado y han venido a ser esclavos (por decirlo así) de la santidad, de Dios; han dejado de estar *casados* con la ley, y ahora lo están con un nuevo marido, Cristo, para quien deben ahora producir fruto. Cada una de estas ilustraciones es no sólo explanatoria, sino que implica un argumento de analogía. Lo mismo es en cuanto a la oliva del cap. 11.

El hecho de que una ilustración pueda proporcionar prueba, al mismo tiempo que servir de explicación, adorno, etc., demanda atención especial. Una ilustración puede de tal manera servir para adornar, divertir o conmover, que nos haga pasar por alto el hecho de que tiene también fuerza argumentativa; o alguna comparación puede ser tan hermosa como adorno, que se le atribuya fuerza en calidad de prueba, cuando en realidad no es más que un símil fundado en mera semejanza, sin que exista verdadera analogía, siendo por lo mismo sin valor como argumento. Examinemos atentamente las ilustraciones

empleadas para otros fines, y veamos si no contienen también argumento.

(3) Las ilustraciones son valiosas como ornato. Su uso para este fin debe ser gobernado por los principios generales que pertenecen a la elegancia de estilo. Los que se sienten demasiado inclinados al uso de ilustraciones de ornato deben refrenarse rigurosamente, y cultivar de tal manera su gusto que los haga desechar todo lo que no sea genuinamente bello. Los de estilo árido, desprovisto de tal ornamento, deben procurarlo no prendiendo a su discurso flores marchitas y artificiales, sino haciendo que el mismo asunto florezca si esto es conforme con su naturaleza.

(4) Finalmente, las ilustraciones sirven para hacer que el asunto cause impresión, excitando alguna emoción correspondiente o preparatoria. Así en la parábola del hijo pródigo, el sentimiento natural de la misma historia toca el corazón y lo prepara para recibir una impresión más profunda del pensamiento de la disposición de Dios para recibir al pecador que vuelve a casa. Los más de los predicadores usan numerosas ilustraciones con este fin. La historia o descripción puede tener algún valor como explicación, prueba u ornamento; pero el objeto principal de su empleo es excitar los sentimientos. Esto es útil y legítimo con tal de que se aproveche la ocasión para plantar en la tierra así suavizada las simientes de la verdad divina. Pero a veces oímos cuentos cuya relación ocupa bastante tiempo, que pretenden ser ilustraciones de la verdad sagrada, pero que no tienen más afecto, y al parecer tampoco más objeto que excitar una emoción pasajera e inútil.

La importancia de la ilustración en la predicación sobrepuja a toda ponderación. En numerosos casos es el mejor medio de explicar la verdad religiosa, y a menudo el único medio de probarla a la mente popular. Como ornamento tienen también su lugar legítimo en la predicación, y todo cuanto nos ayude a mover los corazones endurecidos es indeciblemente valioso. Y sea cual fuere el propósito con el cual se emplee la ilustración, hace muchísimas veces que la verdad sea recordada. A veces, aunque su fuerza como explicación o prueba no sea apreciada desde luego, la ilustración, especialmente cuando tiene el carácter de narración, se conserva en la mente hasta que la instrucción o la experiencia subsecuentes hacen aparecer su significación. Tal fué frecuentemente el caso con las parábolas de nuestro Señor. Al predicar a los niños y a la gran masa de adultos, la ilustración es simplemente indispensable si queremos interesarlos, instruírlos o impresionarlos; mientras que las buenas ilustraciones son siempre aceptables y útiles, aun para los de mayor talento y cultura. El ejemplo de nuestro Señor decide toda la cuestión; y las ilustraciones que de tal modo abundan en la historia de su predicación, debieran ser estudiadas cuidadosamente por cada predicador, considerando su origen, su objeto, su estilo, y su relación con otros elementos de su enseñanza. Entre los predicadores cristianos de diferentes siglos que han sido más notables por la afluencia y felicidad de sus ilustraciones pueden mencionarse Crisóstomo, Jeremías Taylor, Christmas Evans, Chalmers, Spurgeon y Beecher.

II. Fuentes de Ilustración.

Pueden sacarse ilustraciones de la verdad religiosa de todas las cosas creadas y todos los dominios de la imaginación. Podría parecer ocioso intentar hacer clasificación alguna de las fuentes, pero hay dos razones para ello. El predicador puede sentirse estimulado a buscar materiales de esta especie en direcciones que antes ha descuidado, y la tentativa de clasificación dará ocasión para algunas observaciones prácticas que haremos de paso.

(1) La observación. Es de la mayor importancia que el maestro de religión sea observador atento; en parte para que pueda adaptar la instrucción religiosa al carácter real de sus oyentes y las condiciones actuales de su vida; pero también para sacar de esa inagotable fuente las ilustraciones que en todas partes hallará el que tiene ojos para ver y oídos para oír.

La naturaleza está llena de analogías de la verdad moral; y no sólo debemos aceptar las que se imponen a nuestra atención por sí mismas, sino que debemos buscarlas continuamente. Además de las analogías que hallan expresión en nuestras metáforas familiares, hay otras, casi innumerables, que cualquier observador percibirá por sí; y recuérdese que en esto, como en todo lo demás, lo que es aun relativamente original, tendrá por esto mismo mayor poder. Varias de las ilustraciones de nuestro Señor que más impresionan, fueron derivadas de su observación de la naturaleza (el lirio, la semilla de mostaza, las aves, etc.). Obsérvese que aunque son en sí mismas hermosas, él las emplea no como adorno sino para explicar y probar. Lección importante que deben aprender los predicadores.

Campo aun más rico, si esto es posible, es la *vida humana* con todas sus relaciones sociales y distintas vocaciones, trabajos, costumbres, etc., y con sus múltiples experiencias. El que observa real y atentamente la vida que se extiende en su derredor, y a la vez el mundo que hay dentro de sí mismo, nunca carecerá de ilustraciones. Crisóstomo, a pesar de su ascetismo, abunda en alusiones a la vida real. Beecher, que vivió por años en medio de un continente y una nación condensados en unas cuantas millas cuadradas, muestra haber practicado la enseñanza de Ruskin de mantener los ojos y oídos abiertos. Este es el secreto de la infinita variedad y novedad de sus ilustraciones, y el principal elemento de su poder en el púlpito. Spurgeon es también ejemplo notable de lo mismo.

No debe olvidarse que muchas de las mejores ilustraciones se derivan de las ocupaciones más comunes y de las más familiares experiencias de la vida. La mayor parte de las ilustraciones de nuestro Señor fueron sacadas de la vida humana ordinaria: de los trabajos del campo, de los asuntos domésticos, de los negocios, de las relaciones sociales, de sucesos políticos.

La observación de los niños es particularmente provechosa para el maestro y el predicador. Revelan mucho de la naturaleza humana, y sus palabras y modos de ser interesan generalmente a los adultos. Pero nunca repitamos sus chistes o agudezas en presencia de ellos mismos, ni los adulemos en modo alguno, como a veces lo hacen los predicadores.

La relación de *experiencias* de la vida religiosa, ya sean de la nuestra o de la de otros, es generalmente interesante, y a menudo proporciona ilustración admirable. Los grandes evangelistas tienen generalmente una multitud de tales relaciones recogidas por su observación en otros lugares, las usan con mucho efecto. Este es un secreto del poder que poseen algunos predicadores comparativamente ignorantes.

(2) La invención pura. Es perfectamente legítimo inventar ilustraciones, aun en forma de cuentos, con tal que sean verosímiles y que manifestemos que son imaginarias, y que no hagamos que dependa nada de la idea de que son reales. Es casi seguro que algunas de las parábolas de nuestro Señor son de esta naturaleza. Cuando usemos ilustraciones imaginadas como argumento, debe tenerse gran cuidado de que sean justas, y jamás suponer lo inadmisible o inverosímil.

(3) La ciencia. Aparte de lo que derivamos de nuestra propia observación de la naturaleza y de la vida humana, hay un inmenso caudal de ilustración en la ciencia, la que recogiendo los resultados de observaciones mucho más extensas, los clasifica y trata de explicarlos. Se puede comprender la gran importancia de sacar ilustraciones de esta fuente, teniendo en cuenta el gran desarrollo que las ciencias físicas han alcanzado en nuestros días, y el hecho de que por este medio se podrán contrarrestar eficazmente los esfuerzos de algunos científicos incrédulos que se empeñan en hacer aparecer el cristianismo como en pugna con la ciencia. Por esta y otras razones conviene que el predicador se familiarice con uno o algunos departamentos de la ciencia física, más bien que adquirir conocimientos superficiales de muchos.

Se presentan dos dificultades en el uso de ilustraciones científicas. Ha sido tan común el valerse de la astronomía, la geología, etc., como ocasión de maravillosos vuelos de pretendida elocuencia, que muchos evitan toda mención de estos asuntos, lo cual es pasar de un extremo al otro. Podemos emplear tales ilustraciones sin alarde alguno, y si alguna vez avivan la imaginación y excitan las emociones, el efecto será bueno siendo natural. La otra dificultad es que muchas de las mejores ilustraciones científicas demandan más conocimiento de la ciencia que el que posee la mayoría de los oyentes. Podemos usar alguna ilustración que sea particularmente aceptable y provechosa para algunos diciendo al introducirla, no que lo ignora la mayoría, sino que las personas que se hayan fijado en tal o cual cosa recordarán que . . . etc. En ocasiones convendrá dar la información necesaria para que se pueda apreciar la ilustración, con tal de que lo logremos en pocas palabras y sin alarde alguno, pues los sermones jamás deben convertirse en conferencias científicas.

Otras ramas de la ciencia proporcionarán también buenas ilustraciones: la zoología, la botánica, la medicina, la psicología, la sociología y la legislación.

(4) La historia. Los predicadores han hecho siempre gran uso de ilustraciones sacadas de la historia. El campo es ilimitado, pero la falta de extensos conocimientos populares de ella lo reduce mucho. Como en el caso de la ciencia, podemos introducir lo que no sea familiar, dando sin ostentación y de un modo

interesante la información necesaria. La historia por sus narraciones y descripciones y por su interés humano, posee encantos incomparables. En algunos casos esto es especialmente cierto con respecto a la biografía, tanto general como religiosa. Los hechos biográficos pueden regularmente ser presentados con mayor facilidad que los de la historia general. Los predicadores antiguos sacaban casi todas sus ilustraciones históricas de la historia antigua. Heródoto, Plutarco y Josefo pueden ser usados con mucha ventaja. Pero hay en la actualidad mayor demanda de fuentes más modernas, y los autores antiguos son ahora comparativamente ignorados, por lo que podemos hallar en ellos abundantes ilustraciones que parecerán nuevas.

Todos los predicadores derivan ilustraciones de las noticias de actualidad. Algunos abusan, pudiendo decirse de ellos que "toman de la Biblia el texto y el sermón de los periódicos." Pero sería un grave error desechar una fuente de ilustración tan fresca en interés y mucho más familiar a los oyentes que la ciencia o la historia.

Las anécdotas, cuyo término se aplica a historias de lo que uno ha observado, o que ha derivado de fuentes orales, pero que a veces incluye también incidentes sueltos publicados, son un medio valioso de ilustración que algunos predicadores emplean con exceso y mal gusto; pero que otros debieran usar con mayor frecuencia. El que imagine que su estilo se degradaría si refiriese una anécdota, debiera preguntarse también si no será demasiado monótono en su sostenida elevación para llenar el objeto de un discurso popular. Que las anécdotas sean verdaderas si

como tales las referimos, y cuéntense sin exageración ni adorno. Que no sean ridículas, si bien a veces conviene darles cierto humor; y que no sean triviales ni mucho menos fastidiosas. Como la ilustración es un elemento subordinado de la predicación, y lo subordinado rara vez debe hacerse prominente, conviene que el predicador evite que en un mismo sermón o en sermones sucesivos haya tal multiplicación de anécdotas que llamen en un modo especial la atención.

(5) La Literatura y el Arte. Aparte de la ciencia y de la historia, la literatura, tanto antigua como moderna, en prosa y en verso, abarca un inmenso campo y ofrece gran abundancia de material ilustrativo. Pueden citarse expresiones notables y hacerse alusión a obras o caracteres literarios bien conocidos, siempre que esto contribuya a dar interés al discurso y hacerlo útil. Las citas poéticas de que algunos abusan, son empleadas por otros con efecto admirable; y es bueno que los ministros acostumbren aprender de memoria y citar con alguna frecuencia pasajes poéticos adecuados. Puede hacerse esto con los himnos familiares; Spurgeon lo hacía con mucho efecto. "El Peregrino" es riquísimo en ilustraciones selectas que todo predicador debe poder usar. Las fábulas son continuamente citadas en la conversación, y pueden con frecuencia usarse provechosamente en la predicación.

Los refranes son un medio notablemente valioso para presentar la verdad de modo que cause impresión. Verdad es que por lo regular presentan sólo generalizaciones imperfectas, y casi cada proverbio tiene su opuesto; pero al presentar aspectos particu-

lares de la verdad, o al dar énfasis a puntos especiales, tienen gran poder, principalmente en la mente popular. Los grandes predicadores populares han empleado siempre los proverbios con frecuencia. Nuestro Señor hizo uso expresamente de un proverbio en cierta ocasión, y frecuentemente empleaba expresiones que parecen haber sido proverbiales. Fue éste uno de los varios medios por los cuales él procuró llamar la atención de la mente popular e interesar el corazón. Nuestro idioma abunda en refranes que podemos emplear; pero también es bueno usar los de idiomas extraños, si podemos hacerlos inteligibles y agudos. Los tienen todas las naciones, y es bueno leer despacio listas de proverbios considerando qué verdades religiosas pueden ilustrar. A veces son humorísticos, y si bien conviene evitar los que sean toscos o ridículos, no hay que mostrarnos demasiado sensibles en este respecto. Vale más que un sermón tenga sal que no que esté desabrido. Además de los refranes podemos usar máximas de sabios y dichos de buenos autores.

Se derivan también ilustraciones de las obras de arte, especialmente de pinturas. Frecuentemente las encontramos en los libros bajo el título de ilustraciones, y cuando son buenas nunca dejan de interesar a los lectores. De un modo semejante puede emplearse la descripción de pinturas en un sermón, teniéndose cuidado de que la descripción sea breve y sin pretensiones.

(6) Las Escrituras. Estas ofrecen material ilustrativo propio para todo tema legítimo de predicación, y que pertenece a casi todas las clases ya mencionadas. Varias causas se combinan para hacer que ésta sea la mejor de todas las fuentes de ilustración. El material es en mayor o menor grado familiar a todos y la ilustración resulta inteligible. Por otra parte, este material producirá mucha más impresión que ningún otro por su carácter sagrado y su relación conocida y sentida con nosotros mismos; y el uso frecuente de ilustraciones bíblicas sirve para avivar y extender el conocimiento de las Escrituras. Todo predicador debe acudir diligentemente a esta fuente, y además del estudio profundo que haga de alguna porción de la Biblia, debe tener la costumbre de leer atentamente en ella para que sus dichos y hechos se conserven siempre frescos en su memoria, y listos para ser usados.

III. Precauciones en el Empleo de Ilustraciones.

(1) No uséis todas las ilustraciones que se os ocurran, ni las busquéis por interés de ellas mismas. La cuestión es si tal o cual ilustración realmente conduce a los objetos del discurso, si realmente explica o prueba lo que se discute o si lo hace más interesante y que produzca más honda impresión. Tienen algunos la idea de que la ilustración es una cosa buena, y que es su deber emplearla, y con mucho trabajo logran presentar alguna llamada ilustración que en realidad no tiene efecto alguno, y no es más que paja inútil. Otros, que tienen fecunda imaginación o bien provista memoria, careciendo de cultura genuina y buen gusto, multiplican excesivamente sus ilustraciones o les dan demasiado extensión. Olvidan que lo mismo con respecto a las palabras que a las ilustra-

ciones, se requiere no sólo copiosa producción sino juiciosa selección y adaptación feliz.

(2) Por regla general es mejor no decir que vamos a ilustrar algo, sino simplemente presentar la ilustración. Si podéis arrojar alguna luz viva sobre vuestro asunto, raras veces será necesario decir de antemano que vais a hacerlo.

(3) Tened sumo cuidado de no apartar la atención del asunto ilustrado para fijarla en la ilustración misma. Grave falta, pero muy común. Hay tantos oyentes que sólo buscan algún entretenimiento, que es cosa triste distraer sus mentes de algún asunto que debieran considerar para hacer un examen del mero aparato mediante el cual arrojamos luz sobre él.

Es evidente, por lo que ya hemos dicho, que el predicador debe estar continuamente acumulando materiales de ilustración; ya sea que anote cuanto se le ocurra y tenga un libro de recortes, o que se fíe principalmente de su memoria, lo cual dependerá de su constitución y hábitos mentales, pero sin que ningún método sea empleado descuidando completamente el otro.

CAPITULO VIII.

La Aplicación.

La aplicación en un sermón no es un mero apéndice a la discusión o parte subordinada de ella, sino la cosa principal. Spurgeon dice: "Donde la aplicación comienza principia el sermón." No vamos a hablar delante del pueblo, sino al pueblo, y debemos procurar con todas nuestras fuerzas hacerles recibir lo que les decimos.

Los sermones de Jonatán Edwards, con todo su poder, tienen el defecto de presentar siempre una aplicación regular, anunciada formalmente. Es preferible por lo regular, hacer una aplicación breve e informal. También, no pocas veces es mejor no reservar la aplicación para la última parte del discurso, sino aplicar cada pensamiento según se van presentando, con tal que estas aplicaciones sucesivas tiendan a un resultado común.

El término aplicación se emplea en un sentido algo amplio con referencia a la predicación, pues designa no sólo la parte del sermón en la cual mostramos al oyente de qué modo las verdades que se han expuesto le son aplicables, sino también lo que denotamos por los términos "persuasión" y "exhortación."

La aplicación propiamente dicha, se efectúa a menudo mediante "inferencias" u "observaciones." Aquéllas no deben ser deducciones teóricas o gene-

rales de las verdades presentadas, sino que deben dar a tales verdades un giro práctico. Y las observaciones no deben divergir en varias direcciones, sino tener un fin común y producir una impresión combinada. En sermones sobre temas históricos es legítimo presentar varias lecciones distintas, pero conviene que éstas tengan íntima conexión. Es obvio que si algunos asuntos pueden aplicarse a la congregación en su totalidad, otros sólo serán aplicables a clases particulares, o deberán ser aplicados a clases distintas por separado, a convertirdos e inconversos, a viejos y jóvenes, etc. Pero no es necesario, como lo suponen algunos predicadores, hacer siempre cierta aplicación a los inconversos u observación dirigida a ellos en la conclusión. Un sermón dirigido a los piadosos producirá a menudo impresión en los inconversos; y lo que los hombres se aplican a sí mismos sin sentir que a ellos iba dirigido, es lo que puede hacerles mayor efecto. No es prudente hacer una aplicación a un individuo en particular, y muy raras veces a una clase pequeña y bien definida.

Para presentar sugestiones prácticas buenas se requiere experiencia y cuidadosa observación, y a veces tacto delicado, pero cuando esto se hace propiamente es parte importantísima del trabajo del predicador. Cuando se ha tratado de un deber general como el de la oración de familia o privada, la lectura de la Biblia, etc., es sumamente útil añadir indicaciones con respecto al cumplimiento actual de tal deber, haciéndolo aparecer como cosa práctica y practicable.

La parte principal de la aplicación es la *persuasión*. No basta convencer a los hombres, ni probarles que una verdad les es aplicable y practicable, sino que

debemos persuadirlos. Pablo no sólo argumentaba, sino que podía decir: "Os suplicamos de parte de Cristo, que os reconciliéis con Dios." Puede un hombre conocer su deber y no obstante descuidarlo; y mediante la persuasión hemos sido muchas veces inducidos a practicar algo, bueno o malo que antes rehuíamos. Es propio, pues, persuadir, exhortar y aun rogar.

Generalmente se logra mejor la persuasión, no sólo apelando a los sentimientos, sino presentando antes algún motivo o motivos para obrar según proponemos. Para esto no debemos extendernos en largas argumentaciones que estorbarían nuestro intento.

No debe el predicador apelar más que a motivos dignos. Los más importantes, que está en libertad de usar pueden clasificarse en tres grupos: de felicidad, de santidad y de amor.

Podemos legítimamente apelar al deseo de *felicidad*. Los filósofos que insisten en que debe el hombre hacer el bien sólo por el bien mismo, no son filósofos más que de nombre, o no conocen la naturaleza humana. No debe presentarse la felicidad como el móvil exclusivo, ni siquiera como el principal; debe subordinarse al deber y al amor, pero subordinado así es motivo legítimo y poderoso. Las Escrituras no sólo apelan a nuestro sentimiento de obligación moral, sino también a nuestras esperanzas y temores en el tiempo y para la eternidad.

Todos los hombres desean la *santidad*, a lo menos en cierto sentido del término, pues a menudo la desean junto con placeres pecaminosos. El peor hombre desea a veces ser bueno, y aun se persuade de que lo es en cierto modo; y muchos hay que se proponen reformarse después de pasar algún tiempo más go-

zando de sus pecados. Este es pues, un móvil poderoso al cual puede apelarse. Debemos mostrar a los hombres la belleza de la santidad, y educar a los regenerados en la práctica del bien por amor al bien mismo y no sólo por los premios que tiene. Hay que estimular y disciplinar ese odio a lo malo que es el natural complemento del amor a la santidad; y con respecto a la vida futura, mostrar a los hombres no sólo su felicidad, sino también su pureza.

El más poderoso de todos los móviles es el *amor*. En las relaciones de la vida presente, el amor es el gran antagonista del egoísmo. Los que no tienen parientes o familia a quien amar, tienen que interesar sus corazones en favor de los necesitados o afligidos, o hacerse cada día más mezquinos o egoístas. Debemos, pues, apelar al amor de los hombres por sus semejantes para inducirles a obrar el bien. Los padres pueden ser inducidos a obrar lo bueno y ser piadosos por amor a sus hijos, y del mismo modo otras clases de personas. El Evangelio apela a este motivo de un modo peculiar. Según él, debiéramos amar a Dios sobre todo; y tal amor supremo sería nuestro móvil principal para obrar lo recto y bueno. Pero el pecado nos ha apartado de Dios y no lo amamos. Cristo se presenta: el Hombre-Dios, el Redentor, con el objeto de ganar nuestro amor para él y para Dios. El amor de Cristo es el nuevo y poderoso móvil propuesto en el Evangelio, y debe apelar a él todo predicador.

Pero nuestra tarea no es sólo proponer móviles a los hombres para que obren fríamente de acuerdo con ellos. Las verdades de la religión son propias para mover los sentimientos y provocar intensas emocio-

nes. Hay que procurar, pues, hacerlo, para vencer la natural aversión del hombre a someterse a la voluntad de Dios. Algunos jamás tratan de excitar los sentimientos; pero debemos observar que por lo regular nuestros sentimientos religiosos son demasiado fríos. Los maestros inspirados, los profetas, nuestro Señor mismo y sus apóstoles, no sólo trataron de convencer a sus oyentes, sino que los excitaban a obrar, y a menudo sus palabras vibraban de emoción.

Tengamos, no obstante, cuidado de no excitar los sentimientos sin objeto, sino como medio de persuadir a nuestros oyentes a obrar de cierto modo. La emoción no es el fin, sino el medio, y no es buen predicador el que excita emociones pasajeras y estériles.

Nadie podrá conmover a otro sin estar él mismo conmovido. Demóstenes hablaba a veces con tal apasionamiento que sus oyentes lo llamaban loco. Cicerón dice que la pasión hace rey al orador, y que sus propios éxitos no eran debidos a su talento ni su habilidad, sino al fervor de su alma que lo dominaba por completo. Se dice de Ignacio de Loyola, el fundador de la orden de los Jesuítas, que predicaba con tal unción y emoción que aun los que entre sus oyentes no entendían el idioma en que se expresaba, se sentían conmovidos hasta el punto de verter lágrimas por el solo tono de su voz.

Es a menudo nuestra principal dificultad en la predicación el sentir tan intensamente como debiéramos. El fervor genuino no se produce a voluntad; tenemos que cultivar nuestra sensibilidad religiosa guardándonos en contacto constante con la verdad evangélica, y manteniendo mediante la oración y la actividad abnegada el amor a Dios y a los hombres,

que nos dará sin esfuerzo alguno verdadera pasión. Cuando el predicador siente profundamente, su simple exhortación conmueve, especialmente cuando es conocido como hombre devoto y posee las simpatías de su auditorio.

Nuestra propia emoción es, pues, lo más importante; pero debemos también presentar a nuestros oyentes consideraciones calculadas para producir emoción. Debe el predicador estudiar atentamente las pasiones humanas en cuanto a su naturaleza, y los mejores medios de excitarlas. Es preciso, además, que conozca también las circunstancias peculiares, preocupaciones, gusto, etc., de sus oyentes.

Para excitar las pasiones mediante la palabra necesitamos apelar a la *imaginación*. La sensación es lo que más poderosamente excita la pasión: la vista del peligro despierta el temor; el sentimiento de la ofensa y la presencia del ofensor encienden la ira. Pero después de la influencia de los sentidos, la de la memoria es la que tiene más poder sobre la pasión, y después de la memoria, la imaginación. Por la imaginación le parece al oyente ver lo que le describimos, y el efecto de esto sobre el sentimiento, se aproxima al efecto producido por la vista.

Para producir este efecto en la imaginación, generalmente necesitamos presentar detalles bien escogidos. Sin éstos es imposible que una narración o descripción produzca efecto; pero a veces los predicadores multiplican los detalles al grado de cansar a sus oyentes. Unos cuantos rasgos presentados con brevedad y genuina emoción producirán una impresión más profunda.

La *comparación* es a menudo muy eficaz como

medio para producir emoción. Sentirán los hombres más profundamente cuán vergonzosa es la ingratitud para con Dios, si se les presenta algún caso conmovedor de ingratitud hacia un benefactor humano. La emoción excitada por aquello que los hombres perciben y les afecta, es transferida al objeto comparado. El efecto del *clímax* que gradualmente intensifica los sentimientos hasta llevarlos a su más alto grado, puede ser también muy grande, como todos lo habrán podido observar.

No debemos tratar de mostrarnos conmovidos al tratar todos los asuntos, ni en todas las ocasiones, ni en todas las partes de un discurso. Generalmente es en la conclusión cuando debe apelarse a los sentimientos; pero algunas veces puede hacerse después de la discusión de cada punto, siempre que estemos seguros de poder renovar el interés excitado al principio, y aun aumentarlo gradualmente. Falta común es en predicadores sin experiencia usar desde el principio del sermón un lenguaje vehemente; la reacción viene inevitablemente, y el interés decae antes del final. Si ha de haber varios pasajes apasionados en el discurso, deben los primeros ser breves, seguidos por algo reposado y familiar. Importa también no agotar nuestra fuerza física antes de llegar a la parte del sermón que demanda mayor apasionamiento; y la exhortación final no debe prolongarse más allá del punto en que el predicador se siente aun en pleno vigor y los oyentes conservan todo su interés.

PARTE II.

El Arreglo del Sermón

CAPITULO I.

La Importancia del Arreglo.

En el arreglo propio de los materiales de un sermón no es menos importante el interés y la fuerza intrínseca de los mismos. Este es parte del trabajo del orador, y debe ser considerado y tratado como algo aparte de la invención por una parte y del estilo por la otra, aunque se halla íntimamente relacionado con ambas. La tarea requiere talento específico. Hay quienes demuestran desde el principio una capacidad para construir discursos fuera de toda proporción con sus capacidades generales; mientras que para otros no hay cosa tan difícil de adquirir o practicar como la habilidad en el arreglo.

En este respecto es el orador un arquitecto. Tiene que construir de los materiales acumulados una estructura, y una estructura adaptada a un fin específico. Los mismos, o casi los mismos materiales pueden ser usados para la construcción de una casa habitación, una cárcel, una fábrica o una iglesia. Pero ¡cuán diferente es el plan del edificio según el objeto a que se destina, y cuán importante que sea construído con referencia especial a su designio! De manera semejante, los mismos materiales pueden ser arreglados para formar una historia, un diálogo, un ensayo, o un discurso; y varios discursos sobre el mismo asunto, y conteniendo casi los mismos pensamientos, pueden producir una impresión muy diferente según su plan.

Puede también compararse la tarea del predicador con la de organizar un ejército, y luego la de concentrar sus varias divisiones sobre un objetivo determinado.

Dice Vinet: "No sabemos qué nombre dar a una composición sin orden. Es el arreglo, es el orden, lo que constituye el discurso. La diferencia entre un orador común y un hombre elocuente no es a menudo más que una diferencia en cuanto al arreglo. La disposición del discurso puede ser por sí elocuente, y si examinamos el punto atentamente, notaremos que la intervención por sí y aparte del arreglo es una fuerza intelectual comparativamente débil. "Los buenos pensamientos," dice Pascal, "abundan. El arte de organizarlos no es tan común... No quiero decir que un discurso sin orden es incapaz de producir impresión, porque no puedo decir que una fuerza indisciplinada es una absoluta nulidad. Hemos conocido discursos muy defectuosos en este respecto, que han producido grandes resultados. Pero podemos afirmar, en lo general, que siendo iguales otras cosas, el poder del discurso es proporcional al orden que reina en él, y que un discurso sin orden (y recuérdese que hay más de una clase de orden) es comparativamente débil. Tendrá un discurso todo el poder de que es susceptible, sólo cuando las partes que tienen un desig-

nio común, estén íntimamente unidas, ajustadas exactamente, cuando mutuamente se ayudan y sostienen, como las piedras de un mismo arco... Tan cierto es esto, y tan bien se comprende, que el desorden absoluto es casi imposible, aun para la mente menos activa. En proporción a la importancia del objeto que deseamos alcanzar, o a la dificultad de alcanzarlo, se halla nuestro sentimiento de la necesidad de orden."

(1) El arreglo es de gran importancia *para el mismo orador*. Reacciona sobre la invención. No se ha estudiado en realidad un asunto, sólo se ha pensado acerca de él de una manera inconexa, aunque la meditación haya sido vigorosa y continuada. El esfuerzo por arreglar los pensamientos sobre él, sugiere otros pensamientos y le proporciona una idea cabal del asunto como un todo. El buen arreglo ayuda en la determinación de los detalles, ya se haga esto mentalmente o por escrito. Cada pensamiento particular, cuando es visto en su propio lugar, se desarrolla según la situación y crece de acuerdo con su medio. Si se habla sin manuscrito, el arreglo ordenado del discurso ayudará mucho al orador para recordarlo. Una de las razones por qué algunos predicadores tienen tanta dificultad para hablar improvisadamente, es que no arreglan bien sus sermones. Y no sólo para la invención y la memoria, sino también para la emoción es importante el arreglo. Tanto en la preparación como en la predicación del sermón, los sentimientos del hombre fluirán natural y abundamente sólo cuando siente el estímulo, sostén y satisfacción que se derivan del orden consciente.

El orador que descuide el arreglo, en vez de mejorar su poder para construir y organizar un discurso, lo perderá rápidamente; y tendrá que depender para el efecto de sus sermones, de la impresión producida por notables pensamientos particulares, o de la posibilidad de que una gran excitación emocional produzca algo de orden. La pasión produce cierto orden propio de ella. "Nada es tan lógico, a su manera, como la pasión; y podemos depender de ella para la dirección de un discurso del cual sea la principal inspiración. Podemos estar seguros de que el principio será bueno, y el principio producirá el resto. Habrá repeticiones, retrocesos, disgresiones, pero lo hará todo con la gracia y felicidad que siempre la acompañan. Sería menos genuina y en consecuencia, menos elocuente, si fuera más lógica en el sentido ordinario del término. Halla naturalmente el orden que le conviene, y lo halla precisamente porque no lo busca. La rápida propagación de las ideas, su encadenamiento mediante transiciones vitales, que constituyen el movimiento del discurso, bastan para la elocuencia de la pasión." No pocas veces se observa este fenómeno en los mejores esfuerzos de hombres incultos, pero dotados, y muchos pastores lo han experimentado ocasionalmente cuando, obligados a predicar sin preparación adecuada, se han visto ayudados eficazmente por la emoción apasionada. Es bueno que el predicador se deje llevar de vez en cuando, en porciones cortas de su discurso, por las sugestiones de la pasión, arrastrado por la corriente de sus sentimientos; y en reuniones sociales puede hablar a veces sin preparación inmediata; si llega a sentirse profundamente conmovido, y gana las simpatías

de su auditorio, puede hablar con un orden espontáneo y poderoso efecto. Depender, no obstante, de esto habitualmente es proceder sin prudencia.

(2) Más importante aun es el buen arreglo en lo que respecta *al efecto sobre el auditorio*. Es necesario, primero, para que el discurso sea *inteligible*. Cuando el plan del predicador es defectuoso, generalmente los oyentes *sienten* la dificultad, aun cuando no se dan cuenta de dónde procede; y una de las razones por qué un hombre de mente verdaderamente filosófica es capaz de "hacer las cosas claras" aun para los oyentes incultos, es que presenta pensamientos claros en un orden propio. Muchas personas parece que piensan que la inteligibilidad es cuestión de estilo, cuando en realidad depende tanto del claro pensar y un buen arreglo como de expresión perspicua. Es triste pensar cuán grande es el número de los que en realidad nada comprenden de la mayor parte de los sermones que oyen; y esto es cierto no sólo de los que son comparativamente ignorantes o no prestan ninguna atención, sino que muchos sermones no son comprendidos ni por los de clase más culta. "Los oyentes," dice Coquerel, "no conservan nada del discurso; y al retirarse llevan consigo una masa indistinta de observaciones, asertos o exhortaciones que nada pueden coordinar en la memoria, y las impresiones recibidas pueden resumirse en la más triste crítica que una persona devota que vino a escuchar con atención puede hacer: 'No sé exactamente de qué trató el predicador.'" Y puede suceder algo peor; que su discurso sea mal entendido, y con deplorables resultados. Debemos procurar no sólo que

se nos entienda, sino que sea imposible que se nos entienda mal.

Y el buen arreglo contribuye con mucho a hacer el discurso *agradable*. "El orden es la primera ley del cielo." Aun los fenómenos de la naturaleza que parecen más irregulares, y las escenas que exhiben la más disímbola variedad están dispuestos según un orden sutil sin el cual no agradarían. El caos puede ser espantoso, pero nunca bello. Los discursos que agradan, pero que parecen carecer de plan, poseen realmente un orden propio, aunque discreto y peculiar. Un sermón mal arreglado puede, por supuesto, contener pasajes particulares agradables, pero aun éstos parecerían mejores como partes de un todo ordenado, y el efecto general de aquél todo sería incomparablemente mejor. Añádase a esto que un discurso bien arreglado mantendrá la atención del auditorio con mayor facilidad. Y esto no sólo porque será más inteligible y agradable, sino porque estando conforme con las leyes generales del pensamiento le será más fácil llevar consigo los pensamientos del oyente.

Además, el buen arreglo hace al discurso más *persuasivo*. Tanto al proponer los motivos, como al apelar a los sentimientos, el orden es de gran importancia. El que quiere romper una roca con su mazo no golpea en donde quiera, sino que multiplica sus golpes sobre un punto o sobre determinada línea. Lo mismo debe ser cuando se trata de mover la voluntad. Y los sentimientos del oyente serán excitados más poderosa y permanentemente, cuando se apele a ellos en un orden natural. "Mediante una palabra o acto aislado podemos dar un movimiento al alma, inclinándola inmediatamente hacia cierto objeto, o a

practicar un acto de la voluntad; pero este movimiento es sólo una sacudida. Podemos repetir, multiplicar estas sacudidas ... La elocuencia consiste en *mantener* el movimiento mediante el desarrollo de un pensamiento o prueba, en perpetuarlo así, según la frase de Cicerón: '¿Qué es la elocuencia, sino un continuo movimiento del alma?' "

Y finalmente, hace que el discurso sea *más fácilmente recordado.*

Por otra parte, puede verse la importancia del arreglo observando cuáles son los elementos principales de un buen arreglo. Son la unidad, el orden y la proporción. Casi innecesario es insistir en la importancia de la *unidad* en el discurso, pero a menudo es descuidada en la práctica, particularmente en sermones textuales y expositivos, que a veces constan de dos o tres sermones en sucesión. Ya sea que la unidad sea la de la proposición doctrinal, o de la persona histórica, o del designio práctico, es preciso que de algún modo haya unidad. Y también *orden.* Pueden todos los pensamientos que se expresen referirse a un mismo asunto, y sin embargo, no seguirse uno a otro de acuerdo con sus relaciones naturales o el designio del discurso. Y debe haber, además, *proporción,* lo que comprende dos cosas: las varias partes del discurso, ya sea que estén distintamente indicadas o no, deben ser tratadas de manera que formen un todo simétrico. No que se dedique a cada una de ellas el mismo tiempo, sino que se les dé la extensión proporcionada a sus relaciones mutuas y con el discurso entero. Y además de esta proporción de simetría natural, existe la de designio específico. Puede uno tratar substancialmente el mismo asunto, del

mismo modo esencial, y sin embargo variar grandemente la extensión de las partes particulares, y el énfasis sobre ellas de acuerdo con el objeto que uno se ponga.

Dice Coquerel que la ausencia de método es la falta más común en la predicación, y la más inexcusable por ser generalmente el resultado de trabajo insuficiente. "No puede un hombre hacer suyas todas las cualidades del orador; pero si tiene bastante cuidado, sí puede relacionar sus ideas y proceder con orden en la composición de su discurso." Sin talento específico para construir un discurso, será ésta tarea difícil, y quizá nunca se logre formar planes notablemente felices; pero está al alcance de todos un cierto grado de éxito en el arreglo de los discursos, con tal que se tenga voluntad de trabajar.

CAPITULO II.

Las Varias Partes de un Sermón.

I. La Introducción. II El Plan y las Divisiones. III. La Conclusión.

El análisis de un discurso, según lo han propuesto algunos escritores, es demasiado superficial. Algunas de las partes que señalan son comprendidas a menudo en otras y se mezclan con ellas. La exposición, por ejemplo, constituye a menudo la introducción, y en muchos casos ninguna exposición formal se necesita ni es conveniente. La proposición casi ni necesita ser tratada como parte distinta del discurso. El análisis más simple y natural es el que considera al discurso como formado de tres partes: la introducción, el plan (incluyendo las divisiones que se hagan), y la conclusión.

I. La Introducción

1. Los sermones deben tener generalmente una introducción; sentimos aversión por lo abrupto, y nos agrada un acercamiento gradual. Un edificio es raras veces agradable si no tiene un pórtico o algo semejante. La luz de la aurora aumenta gradualmente hasta que el día es perfecto. Una composición musical tiene siempre un preludio o notas introductorias; y en los poemas, historias, etc., se ve generalmente alguna introducción. Lo mismo es cierto con respecto a muchos libros de la Biblia.

La introducción tiene dos objetos principales: interesar a los oyentes en el asunto, y prepararlos para entenderlo. Generalmente el predicador puede contar con la buena voluntad de su congregación para oírlo: no son muchos los que vienen en actitud hostil; pero sí hay muchos del todo indiferentes. Una introducción interesante conseguirá una atención más viva. Mucho depende en todas las cosas, de las primeras impresiones, y con frecuencia el éxito de un sermón depende de la impresión producida por el exordio. Tratemos de excitar no sólo interés intelectual, sino también espiritual y práctico; hacer que nuestros oyentes simpaticen con nuestros sentimientos y se armonicen con el asunto que vamos a presentarles. A veces podemos suplicarles expresamente que nos presten su atención (Deut. 4:1; Isa. 28:14; Act. 7:2; Mat. 15:10); pero tal súplica, si se repite a menudo, perderá su fuerza y es mejor tratar de decir algo que por sí interese a los oyentes.

Preparar al auditorio para entender el asunto es cosa muy importante, y puede lograrse hasta cierto punto; pero debemos tener cuidado de no anticipar lo que propiamente pertenezca al cuerpo del discurso.

Los predicadores alemanes dan con frecuencia una introducción antes de anunciar su texto; pero esta práctica puede hacer que la introducción resulte demasiado general o poco precisa. Sin embargo, conviene seguir a veces esta práctica.

Hay casos en que conviene omitir la introducción y entrar de lleno en la discusión; por ejemplo, cuando el sermón ha de ser largo o cuando nada se nos

haya ocurrido que pueda ser una buena introducción. Tengamos una buena introducción, o ninguna.

2. Las fuentes de que puede el predicador derivar sus introducciones son numerosísimas y variadas. Pueden clasificarse como sigue:

(1) El texto. Cuando el sentido del texto requiere explicación, esta explicación puede por supuesto servir de introducción. También puede serlo la explicacinó del contexto cuando ésta arroje luz sobre el texto. A veces habrá ocasión de ilustrar el texto con conocimientos históricos y geográficos que hagan su sentido, si no más claro, sí más vivo e interesante. En otros casos se puede decir algo acerca del escritor del texto o de la condición de las personas particulares a quienes fue dirigido.

(2) El asunto que ha de discutirse, si el texto lo presenta con toda claridad o se anuncia desde el principio, puede proporcionarnos una introducción de varias maneras. Podemos hacer observaciones con respecto a su relación con algún otro asunto, v. g., al género del cual el asunto es una especie, o a un asunto opuesto o semejante, o a uno que sea su causa o su consecuencia. Cuando el sermón ha de ser explanatorio o práctico, será apropiada una introducción que trate de la importancia del asunto; cuando el sermón ha de establecer la verdad de una proposición o de exhibir su importancia, convendrá frecuentemente que la introducción explique la naturaleza del asunto en cuestión. El predicador puede mostrar las ventajas intelectuales que se derivarán de la discusión del tema. Puede mostrar las relaciones del asunto con otras verdades espirituales más prácticas, cuando sea de carácter doctrinal, y desvanecer la preocupación de que las doctrinas no tienen utilidad ni aplicación práctica inmediata. Puede, por fin hacer alguna alusión histórica relacionada con el tema.

(3) La ocasión. Si el sermón tiene referencia a una estación particular del año, o se practica en reunión religiosa, etc., podemos comenzar con algunas observaciones acerca de la ocasión. Podemos hacer alusiones al carácter de los sucesos recientes o a las circunstancias existentes, para mostrar por qué hemos elegido aquel texto o asunto; o mencionar algunas dudas que existen, o la hostilidad, o errores, o prácticas que se observan con respecto al asunto. Puede hacerse referencia al estado espiritual de la iglesia, o a las noticias recibidas de otras partes. Podemos referirnos a los asuntos discutidos antes, al himno que se acaba de cantar, al pasaje bíblico que se leyó. En casos raros puede el predicador comenzar hablando de sí mismo, de sus sentimientos como predicador, de su interés como pastor, o de alguna experiencia personal. Evite el predicador las apologías, pues a menudo lo hacen sospechoso de insinceridad. Cuando sea absolutamente indispensable decir algo que pudiera llamarse apología de sí mismo, que nunca proceda ni parezca proceder del temor del predicador por su reputación; y que sea cosa breve, quieta y de carácter incidental.

Con frecuencia será necesario decidir si estas observaciones con respecto a la ocasión deben hacerse en la introducción o en la conclusión. Hay que ver si una observación particular de esta clase no es más propia para despertar el interés en la discusión o para

hacer más profunda la impresión producida por la aplicación.

(4) Hay una inmensa variedad de otras fuentes que no admiten clasificación, y el genio inventivo del predicador debe ejercitarse continuamente buscando para cada sermón la introducción que más le convenga.

3. Consideremos ahora las cualidades de una buena introducción.

La introducción debe presentar algún pensamiento íntimamente relacionado con el tema del discurso, pero que sea a la vez distinto de la discusión. No debe anticiparse lo que corresponde al cuerpo del discurso; y por regla general, la introducción no debe tratar de dar instrucción separada y aparte de las enseñanzas del discurso. Su designio es preparatorio. A menudo se verá tentado el predicador a hacer observaciones de paso sobre puntos interesantes sugeridos por el contexto, pero que son extrañas a su objeto en la ocasión. Debe resistirse esta tentación; pues debemos mostrarnos determinados a conducir a la congregación a lo largo de cierta línea y para llegar a una conclusión definida. No hay para qué desviarnos en los primeros pasos, sino que desde luego debemos tomar la ruta escogida y caminar resueltamente en ella.

Debe generalmente consistir de un solo pensamiento. No hay para qué hacer un pórtico a otro pórtico.

Conviene evitar la práctica de comenzar con generalidades amplias o lugares comunes, como por ejemplo, la naturaleza humana, la vida, el universo,

el Ser Supremo. Habrá ocasiones en que esto convenga, pero algunos lo hacen práctica habitual.

La introducción no debe prometer demasiado, ni en sus pensamientos, ni en su estilo o declamación. Que excite el interés y provoque expectación con tal de que podamos satisfacerlos en el resto del discurso. No debe ser muy argumentativa, ni demasiado apasionada. Si el predicador está sumamente excitado desde el principio, recuerde que la congregación no lo está por lo regular, y debe contenerse. Evite parecer sensacional o pretensioso. Muestre modestia, no sólo personal, sino oficial, y reserve para una parte posterior de su sermón lo que sea menester anunciar con la autoridad de su oficio.

Una buena introducción será en lo general adaptable sólo a un discurso particular. En algunos casos, cierto pensamiento general podría propiamente introducir diferentes asuntos. Una relación de la historia de Pablo podría servir de introducción a sermones sobre varios pasajes de sus escritos; pero aun ésta debe variarse de algún modo para adaptarse a su objeto. Lo mismo sucede con la descripción de alguna localidad bíblica. Debemos evitar el uso de frases y formas estereotipadas de introducción, pues jamás producirán interés y curiosidad.

La introducción no debe ser demasiado larga. Quizá convenga en ocasiones hacerla más larga que de costumbre, y no es posilbe decir cuantas frases ha de contener; pero por cada sermón que peca por lo abrupto de su introducción hay cien que pecan por lo largo y cansado de su prefacio.

La introducción, aunque sencilla, ha de ser preparada cuidadosamente. Debe el predicador saber

de antemano lo que va a decir en la introducción, pero no recomendaríamos que la escribiese cuando no ha de escribir el resto de su discurso. A veces se nos ocurrirá la introducción desde el principio de la preparación; pero más comúnmente convendrá elegirla después de que se tengan los principales materiales del sermón.

II. El Plan y las Divisiones.

1. El cuerpo del discurso debe ser constituído de acuerdo con algún plan, o no será discurso. Aunque no haya divisiones ni arreglo formal alguno, los pensamientos deben sucederse de acuerdo con las leyes naturales del pensamiento. Los que confían en la facilidad de su palabra, vacilan generalmente y se extravían por carecer de dirección fija, y bien poco es lo que logran, a no ser cuando la pasión les hace encontrar algún orden propio.

El plan de un discurso abarca en realidad tanto la introducción como la conclusión, pero como éstas se discuten separadamente, podemos, por conveniencia, referirnos al plan aparte de ellas.

No conviene llamar *prueba* al cuerpo de un discurso, aunque algunos buenos escritores lo han hecho así. La discusión del asunto frecuentemente consiste de prueba, del todo o en parte, pero también a menudo, de explicación, o de la exhibición impresiva de un tema, sin proceso alguno de prueba. En los sermones hortatorios se presenta una serie de motivos, pero hacer que éstos obren sobre la voluntad no es lo mismo que probar.

Algunas veces se nos ocurrirá un plan al mismo tiempo que el asunto o tras breve reflexión. En otros

casos sólo obtenemos una variedad de pensamientos separados. Conviene en tal caso, anotarlos según ocurran, y tarde o temprano podremos formular el plan. El esfuerzo por arreglarlos nos sugerirá con frecuencia nuevos pensamientos, que de otra manera tal vez nunca se nos ocurrirían.

Y no sólo debemos formar un plan, sino el mejor posible. Hay planes enérgicos y ricos que abarcan y profundizan todo el asunto, mientras que otros nunca llegan al fondo, y sólo son superficiales. Es precisamente en esto, en la concepción de planes en lo que distinguimos los oradores que son capaces de lo bueno, de los que son capaces de lo mejor—de ese grado de excelencia que es la prueba decisiva del talento y del trabajo. No debemos conformarnos con el primer plan que se nos presente, a menos que no podamos encontrar otro mejor. El plan debe ser *simple,* no sólo en el sentido de que no debe tener obscuridad alguna, sino que no parezca en modo alguno forzado. Debe ser a la vez novedoso e interesante. Muchos sermones sólo siguen los caminos trillados, y desde el principio se puede prever cuanto seguirá; es difícil oírlos con atención. Sólo un plan que impresione será recordado. Hay que evitar, por supuesto, el parecer sensacionales, como también la excesiva formalidad. El plan no debe encadenarnos. El método, necesario para la instrucción, no es un fin, sino un instrumento.

2. El plan de un discurso regularmente comprenderá la *proposición* del asunto. A veces no será necesaria, pues el texto o la introducción habrán indicado el asunto claramente; pero por lo regular es preferible asentar con claridad el asunto. La proposición, en cuanto a su forma, puede ser lógica o retó-

rica. "La religión produce felicidad," será una proposición lógica. "Los placeres de la piedad", es una proposición retórica. Una proposición lógica demanda unidad, fuerza argumentativa y pensamiento consecutivo; una proposición retórica permite libertad y variedad, deja lugar para la prueba, para la aplicación y para cualquier modo de tratar el asunto según se prefiera. Deben emplearse ambas formas, y a veces conviene expresar la proposición de los dos modos. Cuando el asunto requiera discusión afirmativa y negativa, puede emplearse la forma interrogativa en la proposición. Ejemplo: en vez de "Evidencias de la piedad personal," convendrá proponer el asunto en esta forma: "¿Cuáles son las evidencias genuinas de la piedad?" Al contestar esta pregunta puédese en una forma didáctica negar la suficiencia de ciertas supuestas evidencias, o proponer varias cuestiones, tales como ¿es ésta o aquella cualidad o curso de conducta evidencia genuina? ¿lo es ésta otra?, etc.; y exhibir luego las verdaderas evidencias.

La proposición ha de ser completa; esto es, incluirá cuanto va a tratarse; y ha de ser simple y clara, breve y atractiva. A veces debe repetirse en forma diferente o en términos equivalentes.

3. Es cuestión de mucha importancia práctica si el plan de un discurso debe incluir divisiones, y en tal caso cuál debe ser su número, carácter, orden y disposición general.

(1) Dos cosas son necesarias para el buen éxito de un discurso: que se tenga un plan, y que haya movimiento; éste no debe ser irregular, como el de un ejército indisciplinado, y el orden en el plan no ha de entorpecer ni retardar el movimiento. Además, las li-

gaduras no deben ser demasiado prominentes, ni deben los miembros separados atraer demasiado la atención, sino que el discurso debe aparecer como un todo simétrico. Es falta común en la predicación moderna hacer las divisiones demasiado marcadas, y preocuparnos demasiado por la exposición analítica de los asuntos y por la argumentación laboriosa a costa de la sencillez y de la naturalidad. En cambio otros evitan el hacer divisiones, haciendo del sermón una plática informal, cosa común a muchos predicadores de la Iglesia Anglicana, siendo, no obstante de notarse que los dos predicadores de esa iglesia que se han hecho más notables y han sido más admirados, Robertson y Liddon, regularmente hacen divisiones, y por lo común las indican en el curso de su sermón.

¿Qué convendrá, pues, hacer? No es necesario tener divisiones marcadas, especialmente si el discurso puede desarrollarse sin ellas, pero aunque no necesarias, generalmente serán útiles, no sólo para que los oyentes puedan seguir el hilo del discurso, sino también para el mismo predicador, pues lo obligan a procurar la corrección lógica y a hacer preparación completa; y por otra parte, le servirán para recordarle los pensamientos al predicar. Lo mejor será, pues, hacer divisiones, ya sea que se marquen vaga o claramente y se indique o no la entrada a cada nueva división, cosas éstas que se decidirán según el caso. Cuando el asunto demande explicación y argumento, será ventajoso por lo común, tener divisiones claramente marcadas, y frecuentemente también subdivisiones; pero éstas no deben multiplicarse al grado de que impidan que el discurso sea visto como un organismo vivo, ni interrumpan su movimiento

progresivo hacia el fin práctico que se proponga.

(2) En cuanto al número de divisiones, importa procurar la sencillez, al mismo tiempo que la variedad y la viveza. En muchos casos bastarán dos divisiones; pero en otras ocasiones se necesitarán varias, pues difícilmente podrá haber la necesaria variedad en el arreglo en dos divisiones solamente. Sin embargo, cuando las divisiones llegan a cinco o seis, es necesario que se sigan en un orden muy natural a fin de que el oyente ordinario pueda retenerlas. Por esto es que los predicadores hábiles y juiciosos raras veces hacen más de cuatro divisiones.

Es fácil comprender por qué lo más frecuente es que ocurran tres divisiones. Algunos quizá las hagan más por costumbre que por demandarlo el asunto, pero aun esa costumbre debe tener un origen natural. Tres divisiones proporcionarán variedad sin distraer la atención ni sobrecargar la mente. Uno de los planes más comunes para un discurso será: ¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué? Esto es, explicar, probar y aplicar. Un silogismo consta de tres proposiciones. No puede haber clímax sin que se den a lo menos tres pasos. Tres da idea de lo completo—principio, medio y fin. Las Escrituras usan a menudo la repetición triple para dar énfasis: "Santo, santo, santo;" "Pedid . . . buscad . . . llamad . . ." Se combinan a veces razones lógicas y retóricas para fijar el número tres. Ejemplos: La resurrección del cuerpo es: (1) Posible; (2) Probable; (3) Cierta. La práctica de la religión es: (1) Posible; (2) Deseable; (3) Obligatoria. Por supuesto que no debemos por simple rutina usar tres divisiones; pero tampoco evitar este número sólo por no parecer rutinarios.

(3) El carácter de las divisiones debe ser determinado por su relación con el asunto y la que tengan entre sí. Claro es que ninguna división debe ser coextensiva con el asunto; pero es común entre predicadores sin experiencia esta falta. Más importante aun es la cuestión de si es preciso que las divisiones agoten el asunto. Esto depende de lo que entendemos por asunto. El asunto general que se trate, raras veces será en un solo sermón; pero el aspecto del asunto que se propone en el sermón, sí debe ser agotado por las divisiones. Esto no quiere decir que sea preciso un análisis lógico minucioso, sino que las divisiones deben cubrir todo el terreno de la proposición; pues es fácil multiplicar las subdivisiones sin un resultado verdaderamente práctico. El análisis completo y detallado será útil como parte de la preparación; pero la división oratórica es distinta, y a menudo muy diferente de aquél, especialmente en las subdivisiones.

La relación de las divisiones entre sí debe ser *distinta* y *simétrica*. Falta común es tener una división que incluya a otra, o parte de lo que corresponde a otra. Nos vemos tentados a desviarnos siguiendo un curso de ideas que llevan a otra división. En ocasiones es difícil decidir a qué división corresponde cierta idea. Otras veces se mencionan como divisiones ideas que nos son bastante distintas para ello, o que sólo debieran figurar como subdivisiones. Y deben ser las divisiones simétricas. Aun predicadores hábiles reúnen a veces materiales tan incongruentes como lo serían una cabeza humana, un pescuezo de caballo y un cuerpo compuesto de partes de diferente procedencia y cubierto con plumas de todas clases, y terminando en cola de pescado, según el decir de Ho-

racio. Las divisiones deben todas guardar la misma clase de relación con el asunto. Común es hacer tres divisiones, de las cuales una no está coordinada con las otras dos, sino con alguna otra proposición de la cual aquellas dos son sólo subdivisiones. La simetría no consiste en tener bajo cada división igual número de subdivisiones, ni en que cada división o subdivisión sea discutida con igual extensión. Debe ser más bien interna que externa.

(4) El *orden* de las divisiones ha de decidirse no sólo por consideraciones lógicas, sino prácticas. Generalmente, la instrucción y la convicción se subordinan al objeto práctico de mover los sentimientos y determinar la voluntad. Conviene que precedan las divisiones que contribuirán a hacer que se entiendan las demás; y comúnmente las consideraciones negativas deben preceder a las positivas. Debe estudiarse cuál será el arreglo de los pensamientos que más convenga adoptar para lograr el fin práctico que nos proponemos, avivando la imaginación y los sentimientos. Para esto lo abstracto debe preceder a lo concreto, lo general a lo particular, y la instrucción a la exhortación o súplica. A veces conviene dejar toda la exhortación para el fin del discurso; otras veces dar exhortaciones sucesivas después de cada división, cuando estemos seguros de poder intensificar gradualmente las emociones. El predicador que repita un sermón debe considerar si no es posible darle con ventaja un nuevo arreglo, o a lo menos mejorar su plan.

(5) La enunciación de las divisiones y subdivisiones, como la de la proposición, debe ser exacta, concisa, y hasta donde se pueda, sugestiva e interesante.

Conviene anunciarlas en forma semejante de expresión cuando esto pueda hacerse sin artificio. Esta semejanza en la forma de anunciarlas hace resaltar la simetría de las divisiones, haciéndolas más claras y más agradables.

(6) ¿Conviene anunciar las divisiones de antemano? Esta era antiguamente la práctica universal, y aun ahora es la de muchos predicadores. Anunciar minuciosamente las divisiones y subdivisiones, y aun repartirlas, es propio cuando se da una conferencia a una clase sobre un asunto difícil, y cuando nos proponemos no tanto persuadir como instruir y convencer. Pueden notarse tres casos cuando es conveniente anunciar las divisiones desde el principio en la predicación: (a) Cuando el curso del pensamiento es difícil y el anuncio puede ayudar para seguirlo. (b) Cuando es de desearse que no sólo la impresión práctica sea permanente, sino que se recuerde cada paso sucesivo de la exposición o argumento. (c) Cuando creemos que el anuncio despertará el interés y la atención en lugar de disminuirlos. Si no existe alguna de estas tres condiciones, será mejor no anunciar las divisiones. Shedd opina que generalmente es mejor recapitular que anunciar de antemano. Esto es verdad en muchos casos. En otros es mejor hacer esto último, y a veces conviene hacer ambas cosas.

4. La transición de una parte a otra del discurso es tanto más feliz cuanto menos notoria. Las divisiones deben adaptarse perfectamente una a otra, y proceder una de otra en desarrollo natural. Cuando la transición nos parece difícil, hay que sospechar que el arreglo sea defectuoso, pues en verdad la dificultad tiene casi siempre por causa el esfuerzo que ha-

cemos por introducir una idea o pasaje que no tiene un lugar natural en el curso del pensamiento. Esto pasa cuando tratamos de introducir ideas que hemos recogido en nuestras lecturas, y que a no ser que encajen perfectamente, deben omitirse. Como la savia en la planta y la sangre en el cuerpo, la corriente vital del pensamiento debe pasar por todo el discurso dándole animación, flexibilidad y fuerza.

Sin embargo, sucederá a veces que el objeto práctico de un sermón o las exigencias de la preparación nos harán reunir pensamientos que no se adaptan perfectamente el uno al otro. Conviene en tal caso intercalar una tercera idea relacionada con ambos y que facilite la transición. Tal idea no debe ser prominente ni atraer mucho la atención, y en muchos casos bastará para expresarla una sola frase. Manejar estas transiciones con sencillez, gracia y variedad es tarea delicada, pero la atención y la práctica capacitarán a cualquiera para desempeñrla con éxito.

Ya sea transición mediata o inmediata, las más de las veces conviene usar alguna expresión que, junto con el cambio natural de tono y actitud, hará observar al oyente que pasamos a otro pensamiento. A veces se hace esto numerando las divisiones y subdivisiones y mencionando el número de cada una al introducirla. Podemos hacerlo también empleando ciertos términos como *además, también, por otra parte, otro punto, no sólo esto, finalmente*, etc. Obsérvese la relación entre lo que precede y lo que sigue, e indíquese la transición como mejor convenga y en la forma más sencilla que sea posible.

Si el sermón es excepcionalmente largo, se puede, al hacer la transición a una de las últimas divisiones,

confesar el hecho, y aun ofrecer una ligera excusa; si alguna porción particular, por su dificultad o importancia, requiere especial atención, puede indicarse esto en la transición; y en casos raros puede introducirse alguna palabra que avive la atención cuando ésta se muestra floja. Todas estas observaciones y el modo de hacerlas, deben sujetarse siempre al buen sentido y al buen gusto.

III. La Conclusión.

Raras veces descuidan los predicadores la preparación de su introducción, pero con frecuencia descuidan la conclusión; y, sin embargo, ésta es más importante que aquélla. Todos los oradores célebres han dado mucha atención al asunto, comprendiendo que la conclusión es la lucha final que decide el éxito del conflicto. Debe ser, pues, nuestra regla el preparar cuidadosamente la conclusión.

Regularmente podremos determinar con precisión, al preparar el sermón, con qué pensamientos hemos de concluir, aunque el modo de hacerlo lo dejemos para que lo determinen los sentimientos o la inspiración del momento. En todo caso, debemos tener listo algo que sirva de buena conclusión, aun cuando al llegar el momento de presentarla las circunstancias nos hagan tomar otra dirección y elevarnos a nivel superior.

Un elemento de la conclusión del sermón será a menudo la recapitulación. Si el discurso ha consistido de explicación cuidadosa o de laborioso argumento, y si es de importancia que se recuerden sus varias divisiones, convendrá hacer recapitulación de éstas y aun de ciertas subdivisiones. Hay que hacerlo te-

niendo cuidado de no repetir el discurso, sino sólo avivar el recuerdo. Por lo general, no nos preocupamos por reproducir los varios pensamientos, y fijarlos separadamente en la mente de los que oyen, sino por reunirlos y concentrar su fuerza en un supremo esfuerzo de convicción o de persuasión. En tales casos, en vez de una recapitulación final, es preferible recordar el hilo del pensamiento o sus puntos principales, empleando formas diferentes para presentarlos. Es un resumen, más bien que recapitulación. Este término, como ya lo hemos indicado, se usa popularmente para designar una variedad de materiales, incluyendo la aplicación propiamente dicha, sugestiones prácticas y apelación persuasiva.

1. La aplicación, en sentido estricto, es la parte del discurso en que mostramos de qué modo se aplica el asunto a los oyentes, qué instrucción práctica les ofrece y qué obligaciones les impone. A veces se hace por medio de *observaciones*. Estas, en la conclusión del sermón deben ser muy prácticas. Sea cual fuere la verdad presentada por el sermón, debe conducir a un resultado práctico en cuanto a la determinación de la voluntad, el estado de los afectos o el curso de la acción. Muchos sermones concluyeron con observaciones inadecuadas o con pensamientos muy poco relacionados con el asunto, y para los que no se halló lugar en la discusión. Tales conclusiones son sumamente desgraciadas, pues derraman en vez de recoger, y alejan al oyente del asunto en vez de ponerlo en contacto personal con él. Cuando son de carácter práctico, y tienen íntima relación con el asunto y unas con otras, constituyen una buena conclusión.

La aplicación toma más frecuentemente la forma

de *inferencias*. Hace dos siglos que era común en Inglaterra presentar, al concluir el sermón, un gran número de inferencias—doce, veinte y aun cincuenta. Por supuesto que tal cosa destruía el efecto oratórico. Esta forma de aplicación debe limitarse cuidadosamente en dos sentidos. No debe presentarse como inferencia nada que no se deduzca lógica y directamente del asunto discutido; y no debe presentarse ninguna inferencia que no sea de importancia práctica. No es negocio del predicador exhibir todas las cosas que puedan inferirse de su discusión, como si estuviera empeñado en hacer ejercicios de lógica, sino sacar sólo las que sean de importancia. Y deben ser *prácticas*. En el cuerpo del discurso se ha dado ya instrucción y argumento; para concluir debemos limitarnos a lo que pueda mover los afectos y la voluntad. Shedd dice que las inferencias deben ser homogéneas y cumulativas; esto es, deben todas tener una relación semejante con el asunto, y cada inferencia debe ser capaz de producir un efecto superior al de la precedente. A esto conviene añadir que deben ser breves.

Otras veces la aplicación se presenta en forma de *lecciones*. Este término indica que las enseñanzas prácticas del asunto son presentadas de una manera más completa, y aplicadas de un modo más pleno que si se hiciera mediante simples observaciones. Tales lecciones deben ser, por supuesto, prácticas, y no demasiado formales, ni presentadas en tono magistral. No es el predicador un dignatario que habla *ex cátedra* a sus inferiores.

Hay aplicaciones que no sería propio designar con ninguno de los términos, observaciones, inferencias o

lecciones; ni es necesario ni conveniente que se usen con frecuecia estas frases formales. Al presentar las aplicaciones debe el predicador estudiar la naturalidad, la sencillez y la variedad.

2. Otra subdivisión de lo que llamamos aplicación consiste de sugestiones acerca de los mejores medios y métodos de practicar algún deber enseñado en el cuerpo del discurso. Después de hablar de la devoción secreta o familiar, del deber de trabajar por la conversión de otros, etc., es propio concluir mostrando el modo práctico de cumplir tales deberes. Alguno puede pensar que para él es impracticable tal deber, y hay que hacerle ver que no es así, mostrando que apreciamos sus dificultades, pero que hay manera de vencerlas. Pero estas explicaciones y sugestiones deben ser breves. En caso de que se crea que conviene hacerlas copiosas, será mejor darles lugar en el cuerpo del discurso.

3. La aplicación incluye con frecuencia también una apelación persuasiva. Después de haber instruído y convencido, es necesario persuadir a nuestros oyentes a obrar de acuerdo con su deber. Esto no quiere decir que cada sermón deba terminar con frases patéticas. A veces es mejor terminar tranquilamente, pero de un modo que impresione. Cualquiera que sea el asunto, no debe tratarse de hablar apasionadamente si no se siente verdadera emoción. Si se ha preparado una conclusión apasionada, y el orador comprende que sus propios sentimientos y los de sus oyentes no están en condición de ser excitados, mejor será omitir la conclusión que se ha preparado, o

modificar su tono de modo que no se intente más que lo que se puede lograr.

Toda exhortación final debe ser específica y tener íntima relación con el asunto que se ha tratado. Hay gran peligro de divagar haciendo exhortaciones generales que pudieran servir para cualquiera otro asunto u ocasión. Se acostumbraba antiguamente que el sermón fuese seguido por una exhortación de otro ministro o de algún cristiano particular. Tal práctica, si se tiene cuidado, puede ser en ocasiones muy útil. Pero toda alocución o exhortación debe estar bien ligada con el sermón y llevar su pensamiento más lejos en la misma dirección.

Cuando el sermón haya sido de amonestación o invitación, convendrá a veces concluir con algo de tendencia opuesta. El predicador juzgará en cada caso si tal combinación ahondará la impresión general, o si las dos cosas se neutralizarán en la mente de los oyentes. Puede añadirse que las amonestaciones, y todo lo que hay de alarmante en la verdad evangélica, debe presentarse, no como si nos deleitáramos en denunciar el mal o anunciar castigos, sino mostrando que hablamos así por fidelidad y amor.

El tamaño de la conclusión, como el de la introducción, depende de las circunstancias; pero hay gran peligro de prolongarla demasiado, especialmente cuando es de carácter hortatorio. Si el sermón ha sido largo, la conclusión debe ser breve. A veces la última división completa del todo el desarrollo del pensamiento, dándole un giro práctico, y no se necesitará conclusión separada. Una conclusión abrupta puede en ocasiones resultar muy provechosa. Dar indica-

ción de que vamos a concluir, y no hacerlo, es lo peor posible para el éxito de un sermón.

El carácter general de la conclusión debe ser determinado antes de comenzar la composición detallada del discurso; esto nos facilitará la sabia elección y desarrollo de los detalles. Puede ocurrírsenos, después de terminado el discurso, alguna conclusión mejor, y en tal caso no debemos vacilar en cambiarla. El problema no es hallar alguna conclusión, sino la que mejor se adapte al discurso y sea de más efecto.

Las palabras finales de la conclusión pueden ser una reafirmación comprensiva y enfática del asunto que se ha discutido. Otras veces el texto mismo puede ser citado para concluir, lo que conviene sobre todo cuando el discurso ha sido el verdadero desarrollo del texto y ha mostrado toda la riqueza de su significado. También podemos concluir con otro pasaje de la Escritura, o citando un himno, o con una invocación. Esto último es a veces natural e impresivo, pero no debe convertirse en costumbre regular. De todas maneras, la última frase debe ser apropiada, pero no de estilo elaborado y ambicioso. Es un momento solemne. No pienses en tu reputación, sino en tu responsabilidad, y en la salvación de tus oyentes.

CAPITULO III.

Diferentes Especies de Sermones

I. Sermones de Asunto. II. Sermones de Texto. III Sermones Expositivos.

Ya hemos mencionado los sermones de asunto, los de texto y los expositivos. Conviene tratar ahora de sus peculiaridades respectivas, y hacer sugestiones prácticas acerca de su manejo.

La distinción entre los sermones de asunto y los de texto se funda sólo en el plan del discurso, especialmente en lo que se refiere al origen de las divisiones. Sin embargo, la diferencia es de considerable importancia práctica. Son sermones de asunto, o tópicos, aquellos cuyas divisiones se derivan del asunto independiente del texto; sermones de texto, aquellos cuyas divisiones son tomadas del texto. En éstos, como en aquéllos, puede haber un asunto definido, distinta y aun formalmente expresado; pero el asunto no se divide según su propia naturaleza, sino que se presentan tan sólo las divisiones indicadas por el texto. Coincidirán a veces los dos planes. Habiendo escogido algún asunto, podemos hallar un texto tan apropiado que las divisiones lógicas del asunto se hallen todas contenidas en el texto; o habiendo elegido un texto, es posible enunciar su asunto en una forma de proposición tan feliz que las varias divisiones presentadas en el texto constituyan a la vez una división ló-

gica completa de la proposición. Tal cosa, empero, no será frecuente.

I. Sermones de Asunto

En éstos sacamos del texto cierto asunto presentándolo en forma de proposición. Aparte de esto, el texto nada tiene que ver con el sermón, pues el asunto se divide y trata según su propia naturaleza, como se haría aunque no se derivase de un texto.

Esta forma de discusión tiene importantes ventajas. Asegura la unidad indispensable para el mejor efecto del discurso; educa la mente del predicador en el análisis lógico, cosa que le será utilísima; es la forma más agradable y convincente para cierta clase de oyentes, en particular los educados, por ser el discurso de carácter más lógico y completo. Además, se presentarán con frecuencia ocasiones prácticas para discutir asuntos. Las necesidades de la congregación mostrarán a veces al predicador la conveniencia de presentar de un modo completo cierta doctrina, y no sólo los aspectos especiales de ella que aparecen en el texto. Las Escrituras no presentan la verdad en una sucesión lógica de proposiciones, así como tampoco los objetos de la naturaleza se hallan agrupados según la clasificación científica. Esto acuerda con el designio de la Biblia, libro para ser leído de todos, y conduce a una gran variedad en la predicación textual. Pero es con frecuencia conveniente y satisfactorio discutir algún asunto colectivo.

Generalmente conviene que el asunto no sea general, sino específico. Esto produce mayor variedad, y hace a cada asunto más fructífero. Si además de ser el tema específico en cuanto a su carácter lógico, es

también el tema específico del texto de que se deriva, no podrá objetarse que el texto no desempeña un papel importante en la predicación. A veces el texto no es más que el punto de partida con el cual el sermón no tiene conexión vital, y se convierte así en un simple lema; pero tal práctica es de dudosa propiedad. Por supuesto que de un texto que presenta un aspecto específico de un asunto, podemos legítimamente derivar el asunto general, o de un texto general sacar el asunto general pero limitarnos a la consideración de uno de sus aspectos; pero siempre será mucho mejor que el asunto sea el que el texto presente más naturalmente.

El asunto se dividirá según su naturaleza y nuestro designio práctico. Este designio nos llevará a la explicación, la prueba o la aplicación del asunto, y en muchos casos a una combinación de estas tres cosas. Los métodos diferentes de división son numerosos y variados, y el predicador tendrá amplio campo para usar sus facultades analíticas e imaginativas. Poco puede enseñarse con respecto a la manera de dividir los asuntos si no es por medio de ejemplos, y éstos se pueden estudiar mejor por el análisis crítico de sermones publicados, y una inspección repetida y cuidadosa de los planes que nosotros mismos hemos formado.

II. Sermones de Texto

Debemos aplicar a éstos los mismos principios generales que a los sermones de asunto. Deben siempre tener un plan, y por lo regular, divisiones, las que deben regirse por los principios mencionados en el capítulo anterior. Los sermones de texto incluyen

dos variedades distintas: los que presentan un solo asunto, y los que discuten varios.

1. Puede sacarse un solo asunto del texto, anunciarlo formal o informalmente, y discutirlo luego conforme a las divisiones que el texto proporcione. Ya hemos visto que pueden éstas coincidir con la división lógica completa del asunto; pero aun en tal caso, el sermón será de texto si las divisiones fueren derivadas de la consideración del texto. Por lo regular, los planes de estos sermones serán muy diferentes de los que sugeriría el análisis lógico del asunto.

Sin embargo, y aunque las divisiones no son un análisis completo del asunto, deben guardar tal relación con él y entre sí que formen una estructura, un todo simétrico. De lo contrario, el discurso parecerá incompleto y fragmentario.

Un buen sermón de texto tiene todas las ventajas de los sermones de asunto, y además, la de que se halla en contacto mucho más íntimo con el texto, del que deriva, no sólo el asunto que se trata, sino todos los principales pensamientos. Este método es, por lo mismo, muy extensamente adoptado, y proporciona oportunidades numerosas de variedad, novedad y originalidad. Necesita tacto el predicador para descubrir el oculto esqueleto, y este tacto lo adquirirá gradual y seguramente todo el que procure su propia cultura homilética. Es posible descubrir un nuevo plan para un sermón sobre un texto del que ya se ha predicado, haciendo una nueva sección del pasaje en una nueva dirección. Tómese, por ejemplo, la historia de la negación de Pedro. Se puede partir del hecho de la negación misma, considerándola en cuanto a sus causas, sus consecuencias, etc.; o del peligro

a que se expone el que se calienta junto con los mundanos; o del pensamiento de que en este mundo todo contribuye para hacer caer al discípulo; o del arrepentimiento de Pedro, que presupone a la vez amor y debilidad de amor; o del poder del amor de Jesús mostrado en su mirada a Pedro.

En estos sermones, lo mismo que en los de asunto, el predicador presenta con frecuencia sólo una serie de observaciones sobre el asunto, que apenas pueden llamarse divisiones. Quizá convenga a veces predicar en esta forma; pero no debemos acostumbrarnos a construir los sermones en forma tan poco sólida.

El predicador debe ejercer su propio juicio en cada discurso particular para determinar si es conveniente hacer una división textual del asunto, o tratarlo independientemente, según su propia naturaleza.

2. En otros sermones de texto no hay un asunto definido y comprensivo, sino que varios asuntos presentados por el texto son tratados sucesivamente. Estos, aunque no puedan combinarse en un solo asunto, deben tener íntimas relaciones mutuas que den unidad al discurso, lo cual se consigue haciendo que todas las ideas se refieran a una misma persona, suceso o lugar. Asuntos tan distintos como el suicidio, la avaricia, la ingratitud y el remordimiento pueden tratarse en un mismo sermón acerca de Judas, pues no sólo se refieren a una sola persona, sino que estuvieron, en su caso, íntimamente relacionadas, como se podrá apreciar presentándolos en un orden distinto—avaricia, ingratitud, remordimiento, suicidio. Conviene, no obstante, procurar que todas las partes

del discurso tengan entre sí las relaciones más íntimas posibles.

En ambas variedades de sermones de texto, pero especialmente en la segunda, pueden expresarse las divisiones en las mismas palabras del texto. Ejemplos: El joven cristiano encomendado a Dios (Judas 24): 1. Es poderoso para preservaros de caída; 2. Y para presentaros (a) irreprensibles, (b) delante de su gloria, (c) con alegría excesiva. Gál. 5:6: Lo que vale en Cristo: 1. No la circuncisión ni la incircuncisión; 2. Sino (a) la fe, (b) que obra, (c) por el amor. Puede variarse el orden de las cláusulas cuando se crea conveniente para el efecto oratórico. Luc. 24:43: 1. Estarás en el *Paraíso;* 2. Estarás *conmigo* en el Paraíso; 3. *Hoy* estarás conmigo en el Paraíso. Hay que tener cuidado al hacer tal disección del texto de no destruir su misma vida; pero cuando el texto está bien elegido y analizado, un sermón tal puede ser de mucho provecho.

Las divisiones pueden también expresarse en términos diferentes de los del texto, y en orden diferente, si así conviene. Eze. 11:19, 20: Religión Genuina: 1. Su Autor; 2. La disposición que produce; 3. La obediencia que demanda; 4. La bienaventuranza que asegura. Salmo 73:24, 26: Dios es el Todo para el Piadoso: 1. Su Guía en la vida; 2. Su Sostén en la muerte; 3. Su Porción para siempre. A veces no hay necesidad de emplear las palabras del texto. Rom. 5:1, 2: El Estado Feliz del Creyente: 1. Tiene paz con Dios; 2. Está firme en la gracia de Dios; 3. Se gloría en la esperanza de la gloria de Dios.

Muchas veces pueden presentarse los pensamientos del texto por medio de una serie de preguntas

cuyas contestaciones forman las divisiones del sermón.

Al tratar los detalles del sermón, no es necesario limitarnos estrictamente a las ideas presentadas por el texto. Todos los puntos pueden ser desarrollados y aplicados según su propia naturaleza o el designio específico del sermón. Sin embargo, siempre es agradable, cuando se hace sin artificio, que todas las líneas de desarrollo se conserven dentro de los límites del texto.

III. Sermones Expositivos.

El nombre de esta especie de sermones se deriva de una peculiaridad de sus materiales, esto es, el hecho de que se ocupan principalmente de la exposición de un pasaje bíblico. Estudiaremos su construcción y arreglo oratórico que deben distinguir a un sermón de esta clase de un comentario o ensayo exegético.

No hay predicador que no comprenda la importancia de estos sermones, pero no son muchos los que los predican por creer que carecen de talento para ello, cosa que debiera hacerlos trabajar por desarrollar este don.

1. No hay necesidad de discutir extensamente las ventajas y desventajas de la predicación expositiva. Las principales de sus ventajas son: (1) Este método corresponde mejor con la verdadera idea y designio de la predicación; (2) Es el método antiguo y primitivo; (3) Asegura un conocimiento mejor de las Escrituras, tanto en el predicador como en los oyentes; (4) Hace que los sermones contengan más verdades bíblicas puras y más opiniones bíblicas acerca de las

cosas; (5) Da ocasión de hacer observaciones sobre muchos pasajes de la Biblia que de otra manera nunca entrarían en nuestros sermones, y para dar importantes amonestaciones prácticas que, si se introdujeran en un sermón de asunto, parecerían demasiado personales y aun ofensivas; (6) Tal predicación disminuye la tentación de interpretar mal los textos, alegorizándolos.

Una de las objeciones que se presentan contra esta clase de sermones es que hay cierto prejuicio popular contra ellos por la frecuencia con que se predican sin la debida preparación. En domingos lluviosos, o entre semana, el predicador que no tiene sermón preparado, o que quiere reservar su trabajo para mejor ocasión, se conforma con leer un pasaje de la Escritura y hacer algunas observaciones, sin riesgo ninguno, pues, como dijo un predicador, si se le persigue en un versículo, huye al otro. Llega así la gente a creer que siempre que se toma un texto largo es para ahorrar trabajo.

Otra objeción se debe a la circunstancia lamentable de que nuestro pueblo raras veces acostumbra tener la Biblia a la mano durante el sermón, y por lo mismo, les es más difícil recordar el giro y la conexión de un texto largo que cuando se trata de uno corto. Debemos vencer esta dificultad.

Otros objetan que la exposición continua carece de variedad. Se cansan de oír al predicador anunciar domingo tras domingo el mismo libro, y quizá el mismo capítulo. *Otros alegan* que un sermón expositivo no puede presentar el encadenamiento de argumentos que tanto agrada a nuestra mente; pero en cambio puede trazar y desarrollar el argumento de un

escritor inspirado, lo cual vale mucho más. *Otros dicen* que en nuestro tiempo no es tan necesaria la predicación expositiva, porque las escuelas dominicales y las clases bíblicas han venido a substituirla; pero la verdad es que la escuela dominical prepara al pueblo para apreciar mejor la predicación expositiva. La dificultad para hacerla interesante no es el conocimiento de las Escrituras, sino la ignorancia de ellas.

2. Trataremos de dar algunas sugestiones prácticas acerca del manejo propio de la predicación expositiva. Las indicaciones que siguen han sido derivadas de la experiencia y la observación, de conversaciones con otros ministros, y del estudio de los mejores sermones de esta clase que se han podido obtener

Sermón expositivo es el que se ocupa principalmente de la exposición de las Escrituras. Esto no excluye el argumento y la exhortación con referencia a las doctrinas y lecciones que la exposición desarrolle. El pasaje puede ser largo o corto, y en ocasiones sólo una parte de una frase. Puede el sermón ser parte de una serie o estar solo. No hay línea bien marcada de división entre la predicación expositiva y los métodos comunes, y podemos pasar por graduación casi insensible de los sermones textuales a los expositivos. Muchas veces se predican sermones expositivos sin que se piense en darles tal nombre. La exposición puede ser de un pasaje doctrinal, o de uno histórico o devocional; pero siempre que el discurso no sea meramente una discusión de ciertos pensamientos sugeridos por una historia o escena bíblica, sino

que se dedique parte importante del tiempo a la presentación clara y vívida de los pensamientos, la escena o la historia del pasaje que consideramos, habrá verdadera exposición.

Hay uno o dos peligros que conviene evitar en la exposición de pasajes históricos. Uno de ellos es apresurarse a deducir del pasaje algún asunto o ciertas doctrinas o lecciones, y luego discutir éstos como si los hubiera sacado de cualquier otro versículo en Romanos o los Salmos, perdiendo de vista por completo la narración. Otro peligro es el de dar rienda suelta a la imaginación, sobrecargando la hermosa y sencilla narración bíblica con descripciones elaboradas, sin dejar tiempo para mostrar las lecciones que enseña la narración. Hay un curso medio. Sin gastar el tiempo en presentar nuestras propias lucubraciones, podemos arrojar luz sobre la narración bíblica, de modo que los que nos oyen puedan ver la escena clara y vívidamente, y aun indicar las lecciones, según avanzamos de un punto a otro, o agruparlas todas al final del discurso. Lo que importa es que adoptemos para la predicación sobre las porciones narrativas de las Escrituras un método propio de la narración, sin que deje de ser predicación.

(1) El primer requisito que se demanda en un sermón expositivo es la unidad. La unidad es necesaria en todo discurso para la instrucción, la convicción y la persuasión. Sin ella no pueden quedar satisfechos los oyentes cultos, y aun los ignorantes, aunque no se den cuenta de la causa, se sentirán poco impresionados. Hay muchos predicadores que raras veces la consiguen. Su idea del sermón expositivo es que ha de estar formado por una serie de observaciones

sin relación mutua, sobre los versículos sucesivos. No hay necesidad de que en un sermón expositivo aparezca esta falta. La dificultad que para lograr la unidad presenta esta clase de discursos no llega a la imposibilidad. No tomamos nuestro texto al acaso; el límite del texto es de antemano determinado con referencia a la unidad. En exposiciones continuas de un mismo libro puede a veces ser necesario tomar como texto un pasaje que no llene esta condición; pero aun entonces podremos sacar de él los pensamientos que sea posible organizar en un plan, y pasar por alto los demás, o hacer mención de ellos con mucha brevedad. Importa también que haya una estructura firme, pues la mente moderna se deleita en el análisis. El descuido práctico frecuente de estos dos requisitos es una de las causas principales del fracaso de muchos en esta clase de sermones.

(2) Cuando el predicador sin experiencia intenta predicar sus primeros sermones expositivos, generalmente piensa en una serie de discursos sobre algún libro de la Biblia; pero indudablemente es mejor para su propia disciplina, y para que su congregación se acostumbre a esta clase de sermones, presentar exposiciones de pasajes aislados. Ya tendrá tiempo de hacerlo en serie cuando haya adquirido más experiencia. No se hagan los primeros ensayos en el libro de los Salmos porque, con pocas excepciones, en los Salmos no hay unidad manifiesta, ni conexión distinta, y se requiere práctica para exponerlos con éxito. Será bueno a veces tomar un pasaje extenso y predicar un sermón textual sobre un texto largo, tomando de él varios pensamientos y formando nuestro plan como en los sermones comunes de texto. O puede anunciar-

se un texto corto y ocuparse el sermón de la discusión de todo el párrafo en que se encuentra.

(3) En cuanto a la exposición continua de un libro entero de la Biblia o de un pasaje largo, lo primero es hacer de antemano un estudio cuidadoso de todo el libro o pasaje a que se haya de referir la serie de sermones. Considerar el libro en su totalidad, formarnos idea de todo su contenido, y luego señalar el progreso de la narración o el argumento, es método de estudio bíblico que poco se practica, y es una de las ventajas de la predicación expositiva que obliga al predicador a estudiar la Biblia de esta manera. Nadie tendrá éxito en la predicación expositiva a menos que se deleite en el estudio exegético de la Biblia, y escudriñe el significado exacto de sus frases, cláusulas y palabras. El conocimiento de los idiomas originales de la Biblia es para esto muy provechoso, pero en ningún modo indispensable. Abundan los comentarios, y el que los usa con celo y prudencia, al mismo tiempo que piensa por sí mismo, como lo hará todo hombre que se respete, adquirirá conocimientos sólidos de las Escrituras. No es mala la idea de memorizar todo el libro o pasaje sobre el que se vaya a predicar la serie de sermones; pero a lo menos, hay que fijar bien en la mente todo el curso de su pensamiento, o serie de hechos que contiene. Conviene luego determinar en lo general el programa de los sermones que se han de predicar. Podremos así distribuir cuerdamente los diferentes temas del libro. En Romanos, por ejemplo, se indican en los primeros tres capítulos varios asuntos que después se tratan con mayor extensión. Deben, pues, discutirse brevemente en conexión con esos capítulos, y reservar la exposición general de ellos para más adelante, al considerar los pasajes en que ocurren de nuevo. No es prudente prometer desde el principio determinado número de sermones, ni aun anunciar una serie. Puede añadirse a esto que es indispensable que haya progreso manifiesto, y que no se vaya demasiado despacio; sin embargo, a veces convendrá detenerse a predicar un sermón sobre un solo versículo o frase cuando lo demande su importancia.

(4) Pero ahora tenemos que construir el discurso particular. El pasaje que tenemos para nuestra consideración tiene unidad, y anotamos sus diferentes divisiones como lo haríamos en un sermón textual. Así tendremos una estructura. Pero una de las principales dificultades es el manejo propio de los detalles. Si tomamos simplemente el asunto y los encabezados que el pasaje nos proporciona, y procedemos a su discusión según nuestro propio modo, dejará de ser un sermón expositivo para convertirse en textual. En un sermón expositivo no solamente han de exponerse las ideas principales del pasaje, sino explicarse apropiadamente sus detalles de manera que proporcionen el material del discurso. Para conseguirlo, debemos estudiarlos cuidadosamente hasta dominarlos, en vez de sentirnos embarazados con ellos. No hay necesidad de hacer observaciones acerca de todos los detalles del texto. Es preciso escoger los pensamientos prominentes, los detalles que darán vivacidad e interés al discurso, y que harán que el argumento aparezca en todas sus partes.

Un error que debe evitarse es la indebida multiplicación de citas largas de pasajes paralelos. Los detalles del texto, a veces numerosos por sí, se sobre-

cargan con los de otros pasajes, y el discurso se hace cansado y largo. Por supuesto que la cita juiciosa de otros pasajes de la Escritura es eminentemente apropiada y benéfica. Otro error frecuente ocurre en la manera de tratar los pasajes difíciles que ocurren en el texto. El empeño de explicar cada pasaje difícil ha arruinado a muchos sermones expositivos. Si el predicador es en realidad capaz de aclarar la dificultad, y lo puede hacer por medio de una explicación comparativamente breve y satisfactoria, el auditorio tendrá gusto de oírle. Si puede demostrar que el pasaje así explicado presenta algunas verdades interesantes y valiosas, todos quedarán complacidos. Pero esos casos son raros comparativamente, y la gente se cansa de largas discusiones sobre pasajes difíciles.

En el progreso de un discurso expositivo es de desearse que la conexión del texto esté siempre presente a la mente del auditorio. Consíguese esto haciendo de vez en cuando una revista de lo que ya hemos tratado. Nuestros oyentes no tienen comúnmente el texto sagrado a su vista durante el sermón, y tenemos que suplir esta deficiencia. Marcando distintamente los pensamientos principales del texto, seleccionando y agrupando cuidadosamente los detalles, revisando lo que se ha expuesto y señalando los puntos que seguirán, se habrá vencido hasta cierto punto la principal dificultad.

Debe tenerse mucho cuidado al señalar y aplicar las lecciones del texto. La gente necesita y desea que estas lecciones sean presentadas distintamente, pero hay que hacerlo a la vez brevemente, pues que se necesita la mayor parte del tiempo para la exposición. Pero cuando haya algún asunto de especial importancia práctica debe discutirse y presentarse con alguna extensión, aunque para esto haya que dejar sin explicación algunas porciones del texto. Debe siempre recordarse que el interés práctico es el principal en la predicación.

Si las sugestiones que hacemos están bien fundadas, se sigue que la predicación expositiva es una tarea difícil. Requiere mucho estudio de las Escrituras en general, y mucho estudio en particular del pasaje que ha de tratarse. No todos hallarán que el método expositivo se adapta a sus facultades mentales; pero cada uno debiera adquirir el poder de emplearlo con tino y buen éxito. No se necesita más que estudio diligente y práctico sobre los principios que se han indicado, para que los sermones expositivos lleguen a ser muy útiles a los oyentes y singularmente deliciosos para el mismo predicador.

PARTE III.

El Estilo

CAPITULO I.

Observaciones Generales con Respecto al Estilo.

I. Naturaleza e Importancia del Estilo. II. Medios de Mejorar el Estilo.

I. Naturaleza e Importancia del Estilo.

El estilo (stylus) era entre los romanos un instrumento agudo de hierro del cual se servían para escribir en sus tabletas enceradas; y Cicerón emplea el término en sentido figurado para denotar el modo de escribir o de expresar por escrito los pensamientos, y más tarde se empleó para designar también la manera de hablar. En la actualidad se aplica a otras muchas cosas, como las bellas artes, los vestidos, etc. El estilo de un hombre es, pues, su manera característica de expresar sus pensamientos, ya sea por escrito o de palabra.

Así como cada uno tiene su propia forma de letra, y aun cuando trate de imitar cierto modelo conservará su estilo propio, también, en un sentido más alto, todo hombre tiene su propio estilo que logrará modificar más o menos por la imitación, pero sin

que ésta llegue jamás a ser perfecta, pues su propio estilo se sobrepondrá siempre. "El estilo es el hombre," dijo Buffon.

Algunas veces se usa el término estilo incluyendo en su significado la idea del arreglo de un tratado o discurso; pero generalmente ésta no se incluye en el término. Por otra parte, a veces se distingue el estilo de la dicción, esto es, del vocabulario que se emplea, el carácter de las palabras y de las frases particulares; pero es mejor considerar la dicción como parte del estilo.

Se ve desde luego la gran importancia del estilo. No puede el estilo separarse de las ideas ni del carácter mental del hombre; el estilo no es sólo el vestido, sino la encarnación del pensamiento. Los oradores y escritores que han ejercido influencia permanente y extensa, lo han logrado en virtud de sus buenos pensamientos bien expresados. Es verdad que a veces la excelencia de estilo ha hecho que obras de poco mérito logren gran popularidad, como las Historias de Goldsmith y la Vida de Jesús por Renán; y también que se han popularizado algunas ciencias. Esto viene a demostrar que el estilo no es cosa de mero ornato: es el brillo y pulimento de la espada del guerrero, pero también su filo. El estilo puede hacer aceptable y aun atractivo lo mediocre, y dar a la fuerza, fuerza mayor; puede hacer seductivo el error, mientras que la verdad sea ignorada por carecer de su ayuda. No debemos, pues, descuidar tan poderoso medio de utilidad, pues si bien Pablo dice: "No mi palabra, ni mi predicación fué con palabras persuasivas de humana sabiduría," no quiere decir esto que dejara de expresarse según la filosofía y la retórica que

eran entonces populares. Pues su estilo es un modelo de apasionada energía, y en ocasiones se eleva hasta adquirir una belleza exquisita y sin artificio.

La idea es, por supuesto, la cosa esencial; pero también el estilo es importante. La experiencia de todos los tiempos y el testimonio de todos los maestros nos presentan como inseparables estas dos proposiciones: 1. Que no debemos jactarnos de poseer un buen estilo si carecemos de un caudal interesante de ideas; y 2. Que aun poseyendo un fondo interesante y substancial de ideas, no debemos imaginarnos que el estilo vendrá por sí mismo.

Dedúcese de lo anterior que todo escritor u orador debe dedicar gran atención al mejoramiento de su estilo. La suma excelencia de estilo es necesariamente rara, pues cada discurso, cada párrafo, y aun cada frase es realmente una obra de arte, y son raras las dotes artísticas de todas clases. Sin embargo, todo hombre que lo procure con dedicación y empeño, puede aprender a decir lo que quiere, a expresar con vigor lo que siente hondamente, y a revestir sus pensamientos de un modo atractivo aunque modesto. Algunos de los mejores escritores y oradores han tenido dificultad grande para adquirir un buen estilo, y su buen éxito debe animarnos.

II. Medios de Mejorar el Estilo.

El estilo oratórico es sólo uno entre muchas especies, y una variedad del estilo oratórico es el del púlpito. Sin embargo, el estilo característico de un hombre será esencialmente el mismo en toda clase de escritos y discursos; y la cultura mental jamás debe confinarse a la esfera de nuestra principal actividad mental. Consideremos, pues, los medios de mejorar el estilo en general y no sólo en lo que se refiere a la oratoria.

1. El estudio de las lenguas, y particularmente el de la nuestra, es en este respecto de sumo provecho. La *ciencia* del lenguaje, que en los últimos años ha progresado tanto, no puede considerarse inferior en interés ni provecho a ninguna otra. Pero lo más importante no es el estudio de la ciencia como tal, sino la adquisición práctica del lenguaje. Cuando se procura esto con sistema y bajo sanos principios, la atención se fija en la naturaleza del idioma en general, en la historia, cambios y capacidad de las palabras, y en la relación de las construcciones sintácticas con las diferentes formas y procesos de pensamiento. Se observarán también las peculiaridades de nuestro propio idioma, desapercibidas por otros. Hay ventaja peculiar para los que hablamos Español en el estudio del Francés, y particularmente del Latín y el Griego, por las relaciones que con éstos tiene nuestro idioma. El estudio cuidadoso de otros idiomas es útil, no sólo como parte de la educación en la juventud, sino en todo tiempo, y debe proseguirse, en cuanto sea posible, por toda la vida.

Pero ya sea que tengamos o no conocimiento de otros idiomas, debemos con dedicación estudiar el nuestro. Nuestro idioma es notable por su dulzura, su poder de expresión y su flexibilidad; es uno de los idiomas que se disputan el dominio universal, y en los países extranjeros se da cada día mayor importancia a su estudio. Si el mejor poeta que el mundo ha conocido fue inglés, el mejor novelista fue español, y son numerosas las obras de verdadero mérito

que se han escrito en nuestro idioma. Debe, pues, el predicador dar gran atención al estudio de la gramática. Esta le mostrará sus faltas, y le hará reflexionar sobre el modo de corregirlas. Con la costumbre de observar las reglas gramaticales, llegarán éstas a sernos innecesarias.

Bueno es añadir que debe el predicador emplear español puro según el uso común, sin aceptar las novedades callejeras o periodísticas, ni introducir los arcaísmos que le son familiares por la lectura de libros antiguos. Debe hablar el español de uso general, evitando por lo regular los provincialismos y peculiaridades locales. No debe tratar de inventar palabras. Madame de Stael dice: "No hay por lo regular mejor síntoma de la esterilidad de ideas que la invención de palabras." Sólo en casos peculiares convendrá que emplee palabras o frases de idiomas extraños. En un tiempo era común y se consideraba propio que los ministros citaran mucho latín y griego en sus sermones, y aun los de Wesley abundan en tales citas. Señal de que mejora el gusto es que tal cosa ha dejado de practicarse.

2. El estudio de la literatura contribuye al mejoramiento del estilo, quizá aun más que el estudio directo del idioma. Con la lectura ganamos mucho en el conocimiento del idioma, especialmente en cuanto a riqueza de vocabulario y plenitud de expresión. Más aún, mediante ella principalmente, es como formamos nuestro gusto literario, cosa de indecible importancia. Bañar nuestras mentes en literatura selecta hasta tenerlas imbuídas de principios correctos de estilo; alimentarlas en el estudio de buenos autores hasta adquirir un gusto sano y poder discernir

pronta y seguramente entre lo bueno y lo malo, es proceso de resultados altamente provechosos y satisfactorios.

Debemos cultivar la buena literatura, no sólo por sus beneficios positivos, sino también para contrarrestar ciertas malas influencias de gran poder. Pocos de nosotros hemos aprendido desde la niñez a hablar nuestro idioma con gracia y vigor, o siquiera con relativa corrección. De nuestros compañeros de infancia raras veces ganamos mucho en cuanto a corrección gramatical y buen gusto, y una parte tan considerable de lo que leemos en los periódicos u oímos en conversación adolece de tantos vicios de estilo, que inevitablemente sentimos el efecto. Tales influencias no sólo producen los errores de pronunciación y de sintaxis tan comunes en los oradores educados, sino que también dañan el gusto a tal grado que sólo la aplicación continuada al estudio de la mejor literatura, puede remediar el mal. Quien quiera formar un buen estilo, debe seleccionar sus periódicos tanto seculares como religiosos en relación con su propósito.

Es agradable pensar que hay tantos buenos autores tanto en español como en otros idiomas, y hará bien el predicador en estudiar tanto los autores clásicos de la literatura española como los sermones de los grandes predicadores franceses, ingleses y americanos, como Bossuet, Massillon, Fuller, Spurgeon, Maclaren, etc. Mucho podemos también aprender de los grandes oradores seculares, por supuesto sin considerar jamás a ninguno como impecable ni tomarlo como modelo exclusivo. No hay escritor ni orador en quien no puedan descubrirse faltas más o menos

notables de estilo. Las hay en Shakespeare, en Milton y en Cervantes; pero podemos aprender de ellos grandes cualidades.

Mucho beneficio derivará el predicador, en cuanto al estilo, de la lectura y estudio cuidadoso de su Biblia. La Biblia contiene casi todas las clases de estilo, y cada una con muchas variedades. La versión de Valera data del siglo de oro de la literatura española, y si puede ser superada en cuanto a exactitud, no lo será en la pureza de su lenguaje.

Debe añadirse que la conversación—especialmente con mujeres inteligentes—influirá grandemente para la adquisición de un estilo claro, variado y atractivo. También ayuda mucho la lectura y escritura de cartas. Las epístolas de Cicerón son mejores ejemplos de estilo que sus mismas oraciones.

3. El medio principal de mejorar el estilo es la práctica cuidadosa tanto en escribir como en hablar. Pero no se practique sin cuidado, pues que esto servirá para el desarrollo y la confirmación tanto de lo bueno como de lo malo.

En la composición escrita es cosa muy común descuidar los detalles. Si alguno comete faltas de ortografía, debe corregir tal defecto, para lo cual no se necesita más que algo de sistema y perseverancia. El cuidado que se tenga para lograrlo, reaccionará favorablemente sobre los hábitos mentales, y aumentará nuestro amor por el trabajo de la composición. También debemos tener cuidado con la puntuación, cosa a la que se da frecuentemente muy poca atención. La puntuación indica la relación que tienen entre sí las diferentes partes de un período; y la única dificultad real para la buena puntuación

es determinar la verdadera relación de las cláusulas entre sí. El que no marca los signos de puntuación, está propenso a descuidar más de lo que se figura la estructura de sus períodos. La mala puntuación o la falta de ella puede muchas veces cambiar el sentido de una frase o hacerla ininteligible.

Debe darse atención también a todos los demás detalles gramaticales. La corrección gramatical es objeto digno de nuestros esfuerzos. El predicador joven que se halle deficiente en este respecto, debe no sólo estudiar un buen tratado de gramática, sino también alguno sobre composición, escribiendo cuidadosamente todos los ejercicios.

Al fijarnos en los detalles de la composición, no debemos perder de vista ni por un momento el pensamiento; y si al principio se escriben composiciones por mero ejercicio, debemos poco a poco ir ocupándonos de asuntos de real interés y fin práctico. Debemos procurar primero penetrarnos bien del asunto, y escribir luego tan rápidamente como sea posible hacerlo, con expresión clara y vigorosa, dejando para después la corrección minuciosa. Pero nunca dejen de hacerse las correcciones necesarias. El pensamiento vaciado en un molde se endurece pronto, y es tarea difícil hacer luego alguna alteración considerable. Es a veces preciso arrojar de nuevo todo un párrafo en el horno de la mente, y refundirlo con el fin de corregir un solo defecto de una sola frase.

Un medio valioso para mejorar el estilo y dominar el idioma es el hacer traducciones al español de otros idiomas. Este trabajo prueba y desarrolla nuestro conocimiento del español. Cuando tratamos de expresar nuestros propios pensamientos tenemos al

principio la idea en nuestra mente en forma vaga, nebulosa, y al tratar de expresarla, podemos inconscientemente alterar la idea primitiva o cambiarla por otra para la cual hemos hallado adecuada expresión. Pero al traducir, no palabra por palabra como un muchacho de escuela, sino cogiendo la idea exacta y tratando de hallar para ella una expresión exacta en español, no es posible hacer tal substitución o cambio de la idea. El pensamiento está fijo en otro idioma, con la forma y colorido especial que éste le da, y tenemos que hallar palabras españolas que lo expresen, o reconocer que nuestro esfuerzo por conseguirlo ha sido inútil. De este modo la traducción cuidadosa es, en un respecto, mejor ejercicio que la composición original.

Además de escribir, es preciso observar asiduamente la práctica de hablar, a fin de formar el estilo. El que es hábil tanto en hablar como en escribir, puede imitar en la escritura el estilo en que habla, pero los dos son distintos, y en algunos respectos completamente diferentes. Hablemos con mucha frecuencia lo que hayamos preparado cuidadosamente, aunque sin escribirlo; y en algunas ocasiones hablemos sin preparación ninguna, dejándonos llevar del impulso del momento. Tengamos siempre un objeto práctico, no el de hacer un discurso, sino el de lograr un fin. Observemos a nuestros oyentes, y aprendamos a percibir cuándo nos entienden y se sienten impresionados. Así podremos juzgar cuándo nos conviene ser difusos, y cuándo rápidos, y adquiriremos la energía de expresión, la gracia sin afectación, la flexibilidad y la variedad que caracterizan el estilo oratórico.

Bueno es añadir que todo escritor u orador debe cultivar la *variedad* de estilo.

Nadie imagine, después de todo lo expuesto, que sólo necesita adquirir poder de expresión, sin que sea preciso dar atención al pensamiento. Algunos jóvenes incurren en esta equivocación siempre fatal. "Tened cuidado de las palabras," dice Quintiliano, "pero solicitud en cuanto a las cosas."

CAPITULO II.

De la Perspicuidad del Estilo.

La más importante propiedad del estilo es la perspicuidad. El estilo es excelente cuando, como la atmósfera, muestra el pensamiento sin dejarse ver. Sin embargo, esta comparación, y el término perspicuidad que de ella se derivó, son inadecuados, porque el buen estilo es como el estereoscopio, que mediante sus cristales transparentes da forma y cuerpo y rasgos distintos a lo que por ellos se mira.

Hay ciertos oyentes y lectores a quienes agrada la obscuridad grandilocuente en el estilo, que parece indicar vasto saber, gran originalidad o inmensa profundidad. No es cosa nueva tratar de esta manera los asuntos. Livio menciona un maestro que recomendaba a sus discípulos que obscureciesen la idea, y habla de los hombres que se creen talentosos sólo porque se necesita talento para entenderlos.

El predicador está más solemnemente obligado que nadie a usar de un lenguaje perspicuo. Si esto es importante al redactar una ley o formular una escritura o una receta, mucho más lo es cuando se proclama la palabra de Dios. Verdad es que el predicador tiene mayores dificultades que ningún otro orador para hacerse entender de todos sus oyentes, pues ningún otro habla a audencias tan heterogéneas, que incluyen personas de ambos sexos, de

todas las edades y todo grado de inteligencia y educación. Pero esta dificultad sólo debe estimularnos a hacer esfuerzos más diligentes y cuidadosos. Nos proponemos hacer bien con nuestra predicación, pero esto es imposible si no se nos entiende. La obscuridad en nuestro lenguaje puede excitar cierta admiración, pero no hacer bien alguno. Peor aún, podemos hacer daño, pues nos exponemos a ser mal entendidos y a ser causa de tropiezo y error para algunos. Debemos, pues, tener cuidado, no sólo de que sea posible que se nos entienda, sino de que sea imposible que no se nos entienda.

Podemos hacer aquí dos observaciones generales con respecto a la perspicuidad. Aun sin carecer de ella el estilo, puede el discurso ser de difícil comprensión, debido a que el asunto mismo sea difícil o inaceptable su enseñanza. Es cosa común llamar obscura la epístola a los Romanos, pero quizá en mucho se deba esta opinión al deseo de saber acerca de algunos asuntos, más de lo que enseña, o a la predisposición contra la verdad que en ella se enseña. Mientras más claras sean las verdades de un discurso, más obscuro parecerá éste cuando se trate de hacerlo significar algo diferente de su contenido positivo.

La otra observación es que la perspicuidad de estilo está íntimamente relacionada con la del pensamiento. Es verdad que hay quienes hablan obscuramente sobre un asunto por la simple razón de que les es familiar y olvidan que no lo es para los demás —error práctico en que los predicadores están siempre en peligro de incurrir—pero esto no contradice la proposición de que no puede haber claridad de ex-

presión sin claridad de pensamiento. Los esfuerzos por obtener conceptos claros y por presentarlos en expresiones perspicuas siempre irán juntos.

La perspicuidad de estilo depende principalmente de tres cosas, que son: la elección de los *términos*, la *construcción* de las frases, y el uso propio de la *brevedad* y *la prolijidad*.

1. La perspicuidad, en cuanto depende de los términos empleados, requiere la combinación de dos elementos.

(1) Debemos usar en cuanto sea posible, palabras y frases que sean inteligibles a nuestro auditorio. Cuando en él hay muchos comparativamente indoctos—y tal es el caso generalmente—debemos procurar que los términos les sean inteligibles. Ya sea que el predicador pueda llamarse lingüista o no, debe a lo menos, saber dos idiomas, el de los libros y el de la vida práctica. Cuando hemos aprendido una cosa en latín o en alemán, y tratamos de decirla al pueblo, es preciso, por supuesto, traducirla. Y lo mismo es con lo que estudiamos en obras eruditas, en las que se usa necesariamente el lenguaje técnico de la ciencia: en la predicación es preciso traducirlo al lenguaje popular. Verdad es que en toda predicación tendremos que hacer uso frecuente de ciertos términos, como regeneración, depravación, conversión, etc., que si los hubiéramos de explicar a cada paso, incurriríamos en cansados circunloquios; pero podemos aprovechar con frecuencia las ocasiones de explicarlos, o emplear algunas palabras de carácter popular en adición a ellos al introducirlos. Así evitaremos que algunos términos bíblicos sean empleados en sentido extraño a la Escritura.

(2) Debemos emplear palabras y frases que expresen exactamente nuestro pensamiento. Pueden ser los términos inteligibles para nuestro auditorio, y sin embargo, no darles idea de lo que queremos significar con ellos. Pueden ser ambiguos, dejando al oyente en duda acerca de su sentido. Aun en los escritos sagrados hallamos con frecuencia expresiones ambiguas como "el amor de Dios," que tanto en griego como en español puede denotar nuestro amor a Dios, o su amor a nosotros, siendo preciso determinar el sentido por la conexión del texto o por el uso general que el escritor hace de tal expresión. Juan la usa en ambos sentidos, mientras que Pablo casi invariablemente en el segundo. No sería natural un estilo enteramente libre de tales ambigüedades, pero deben evitarse en lo posible. A veces usamos un mismo término en diferentes sentidos en la misma conexión, o usamos términos generales sin indicar la idea específica que significamos; o términos indefinidos, y nadie sabe qué expresión les damos.

En general los términos deben ser precisos, cortados, por decirlo así, para adaptarse al significado, de modo que la expresión y la idea se correspondan exactamente, sin que contenga ninguna nada que no esté en la otra. Casi siempre es posible hallar tales términos, y debemos acostumbrarnos a buscarlos. Será en bien de los que nos oyen, y a la vez de gran provecho para nuestras mentes, pues sólo adquieren forma definida y rasgos distintos nuestros pensamientos según hallamos términos precisos que los expresen.

Otro medio importante de lograr la precisión es hacer distinción escrupulosa entre los llamados si-

nónimos. Estrictamente hablando, no hay sinónimos. El uso ha atribuído a las palabras diferentes aspectos de significación, o a lo menos diferente extensión de aplicación. Mientras más se cultive un idioma, más clara será la distinción que se haga entre sinónimos aparentes. Hay buenos diccionarios de sinónimos, cuya consulta frecuente nos enseñará a distinguir el sentido preciso de las palabras (N. del E.— Recomendamos el *Diccionario de Sinónimos Castellanos* por Crates, Editorial Sopena, Argentina, Bs. As.; y el *Diccionario de Sinónimos Castellanos,* de la Editora Pax-México, México.)

2. La perspicuidad depende también de la construcción de las frases y períodos. No discutiremos largamente este asunto por ser preciso ilustrarlo con numerosos ejemplos, y sólo es posible obtener la corección deseada en este sentido, mediante ejercicios escritos. Creemos pertinentes, no obstante, las siguientes observaciones:

Es claro que una frase corta será más perspicua que una larga. Sin embargo, una sucesión de frases cortas resultará deficiente, no sólo en cuanto a la armonía y la energía propias del clímax, sino que será también desfavorable a la claridad. Los períodos son un agregado de pensamientos que hay que comprender y retener; y si estos haces son, por decirlo así, de convenientes dimensiones, el pensamiento será fácilmente comprendido y retenido. La variedad demanda la combinación de frases cortas con frases largas. Aun una frase larga puede ser clara con tal que el sentido no se interrumpa antes del fin. En lo general es mejor que las cláusulas calificativas de una frase precedan a las calificadas, con

el fin de que cuando lleguemos a un concepto concreto, no haya ya necesidad de ninguna adición ni corrección subsecuente. Pero tanto el número de las cláusulas calificativas, como la extensión de las mismas, no deben sobrepasar ciertos límites, más allá de los cuales más se pierde que se gana. A estos límites se llega mucho más pronto cuando se oye que cuando se lee; y la dificultad es mucho mayor para las mentes incultas que cuanto se imaginan los educados. Debe procurarse cierta simplicidad en la estructura de los períodos, no haciéndolos largos, intrincados ni complejos. Hay que recordar que la mayoría del pueblo no está habituado a la lectura y al estudio. Mientras más se asemeje nuestro lenguaje al de la conversación, más familiar les será y más comprensible. En esto es un modelo excelente el estilo de las Escrituras.

Por grande que sea la dificultad para aprender a construir bien los períodos, todos comprenden que es cosa importante lograrlo. Los escritores y oradores sin experiencia no siempre comprenden la importancia del párrafo. No es raro encontrar personas de considerable habilidad, que al escribir un discurso o ensayo no hacen ninguna división de párrafos, aunque, si analizamos sus escritos, vemos que sería posible cortarlos en trozos más o menos toscos. Peor es lo que otros hacen, pues indican párrafos al acaso, separando a menudo lo que debería estar unido. Ahora bien, en algunos respectos la construcción propia de los párrafos es más importante que la de las frases, pues si una frase está mal arreglada, podrá de todas maneras el lector u oyente percibir con mayor o menor esfuerzo, la relación de las ideas expresadas;

pero cuando se descuidan los párrafos, se necesita un examen amplio de toda la conexión de los mismos en el discurso para suplir el defecto; y si en la lectura esto es posible, pues podemos volver atrás y leer de nuevo, cuando se oye un discurso es imposible.

El principal requisito que debe llenar un párrafo es el de la unidad. Debe haber un solo pensamiento o un grupo de pensamientos relacionados entre sí en todo el párrafo. Las digresiones, en caso de que las haya, deben constituir párrafos separados. El pensamiento capital debe ser comúnmente presentado en la primera frase; o puede presentarse el primero de una serie o grupo de pensamientos, de modo que indique el carácter y propósito común a todos. A veces, no obstante, la primera frase puede ser preparatoria, quizá: repitiendo lo que la ha precedido para facilitar la transición. Otro requisito es que cada frase sucesiva sea originada por la anterior, o esté de tal modo unida a ella mediante alguna partícula, que el párrafo sea en realidad un todo. No hay regla en cuanto al tamaño de los párrafos, y lo que importa es que muestren una variedad natural y fácil.

Tanto en la formación de los párrafos como en la de las frases, debe prestarse mucha atención a las conjunciones. Lo que los gramáticos llaman *partículas,* o sea partes pequeñas del discurso, no son menos importantes que las mayores, pues establecen una relación entre éstas, convirtiendo el material tosco en estructura. La feliz elección de una preposición o conjunción, o el manejo propio de un pronombre relativo, contribuirá a menudo inmensamente a la perspicuidad de una frase o párrafo.

En la composición no escrita, o sea el llamado discurso extemporáneo, es prácticamente mejor fijar la mente en los puntos del discurso más bien que en los párrafos. Fíjese una sucesión de puntos que hayan de tratarse, sin preocuparse por el modo como se distribuirían en una página escrita. Considerando cada punto en su orden y sin salirse de él, se conseguirá la unidad que corresponde a un párrafo escrito. Para lograr esto en discursos extemporáneos no hay cosa mejor que la disciplina mental que se adquiere escribiendo. Quien nunca escribe podrá a veces formar buenas frases y arreglar bien el discurso, pero no logrará desarrollar sus puntos ordenadamente, de modo que cada frase proceda de la anterior o tenga con ella conexión manifiesta.

3. La perspicuidad depende no solamente de la buena elección de los términos y de la construcción propia de las frases y párrafos, sino también de la brevedad o prolijidad del estilo.

Es un error suponer que la presentación más breve posible de una idea es necesariamente la más clara. Si tal forma de presentación es realmente clara para los oyentes, es, por supuesto, preferible; pero la extremada concisión no se adapta a oyentes o lectores cuya capacidad intelectual y cultura son pequeñas. Dicen los anatomistas que la cualidad nutritiva de los alimentos no es el único requisito que deben llenar; pues se necesita cierto grado de distensión del estómago para que éste desempeñe sus funciones, por lo cual hay que dar a los caballos no sólo grano, sino paja también para que se produzca el volumen necesario. Pasa con la mente algo análogo a esto: es incapaz de digerir y asimilar lo que se

le ofrezca en forma demasiado condensada. Es preciso que la atención se detenga por cierto tiempo en el asunto; y las personas de mente no educada, si bien pueden prestar atención a lo que leen u oyen, son incapaces de sostenida meditación subsecuente.

El expediente común de emplear un estilo prolijo con el fin de acomodarse a tales mentes rara vez tiene éxito. Los que podrían comprender el sentido si la idea se expresara con brevedad, se pierden en tan tediosa expansión, y olvidan lo que se ha dicho antes de que se complete el todo. El orador debe considerar atentamente qué es lo que puede ganar y retener la atención, pues ésta se puede perder tanto por brevedad excesiva como por demasiada prolijidad.

La prolijidad es peor que la extrema brevedad. Esta puede estimular la atención y la reflexión, y conducir a un examen subsecuente del asunto; aquélla sólo cansa y desagrada. Es muy común la prolijidad en el púlpito. Los predicadores tienen a menudo que prepararse y predicar cuando sus mentes no se hallan en condición de crear. Es su deber decir algo, y la costumbre exige que por estéril que sea el asunto y desfavorable su estado mental, hablen durante cierto número de minutos por lo menos. Bajo tales circunstancias las ideas de un hombre no son claras, y en sus débiles esfuerzos por expresarlas, incurre inevitablemente en prolijidad.

Hay varios medios de evitar la extrema concisión sin incurrir en prolijidad. Uno de ellos es la repetición. En algunos casos es bueno repetir la declaración o pensamiento en las mismas palabras. Más comúnmente conviene hacerlo en formas diferentes

de expresión. Esta repetición no debe ser una mera tautología; el pensamiento debe ser presentado bajo nuevo aspecto o en nueva relación. Lo que se ha expresado en términos propios, puede ser repetido en expresiones metafóricas; el antecedente y el consecuente de un argumento, o las partes de una antítesis pueden transponerse; o presentarse en orden diferente varios puntos enumerados. Otro medio es la ilustración. Después de presentar el pensamiento con claridad podemos usar varias ilustraciones del mismo o de sus diferentes aspectos. Esto interesa al oyente y retiene su atención sobre el asunto hasta familiarizarse con él. Otro medio de ganar la expansión necesaria sin llegar a la prolijidad, es la división. El asunto presentado, por pequeño que sea, puede generalmente dividirse en varios puntos que tratados sucesivamente hacen claro el todo. En conclusión, recordemos que es posible excedernos en nuestros esfuerzos por ser perspicuos. Nada hay tan fastidioso como oír a un hombre explicar cuidadosamente lo que cada uno de los presentes entiende ya, o continuar repitiendo e ilustrando lo que ya es bastante claro.

CAPITULO III.

De la Energía del Estilo

El término energía aplicado al estilo incluye todo lo que expresamos por los términos separados: animación, fuerza y pasión. La *animación* o viveza sirve para estimular la atención; no basta que el orador diga cosas que el oyente puede comprender si presta atención; importa que lo despierte, lo anime, y haga fácil y agradable la atención, y difícil la desatención. Para esto, los principales medios son la novedad del pensamiento y el poder magnético de la enunciación; pero mucho se logrará también mediante la animación del estilo. El término *fuerza* se usa especialmente con referencia a los argumentos, mientras el término *poder* se aplica tanto a los argumentos como a los motivos. La *pasión* obra sobre los sentimientos, a menudo mediante la imaginación; y tanto la fuerza como la pasión tienen por objeto influir en la voluntad. Es claro, pues, que la propiedad característica de un estilo elocuente es la energía. En común con el estilo filosófico o didáctico necesita perspicuidad; puede poseer elegancia como el estilo poético; pero la energía, esto es, la animación, la fuerza y la pasión, es su característica.

La principal condición para un estilo enérgico es una enérgica naturaleza. Debe haber pensamiento vigoroso, sentimiento sincero o más bien apasionado,

y un propósito firme de lograr un fin determinado, para que el estilo del hombre tenga verdadera y exaltada energía. En este sentido es muy cierto que el orador nace, no se hace. Sin estas cualidades es posible dar valiosa instrucción, predicar lo que algunos llamarán hermosos sermones; pero si un hombre carece de fuerza de carácter y de un alma apasionada, jamás será elocuente. Hay, sin embargo, hombres tímidos y sensibles que cuando la práctica ya les ha inspirado confianza, y la ocasión demanda el uso de sus poderes, muestran poseer esta cualidad en grado superior a lo que se imaginaban.

La siguiente condición es tener algo que decir, y que sea algo que se juzgue de suma importancia. Es preciso que la mente esté llena de pensamientos para que sea posible la expresión enérgica. Lo que se diga ha de ser lo que el orador cree sinceramente, de cuya importancia se sienta profundamente persuadido, y de inculcar lo cual tenga ardientes deseos. El predicador tiene ventajas especiales en cuanto a la posesión de materiales productores de energía, si dispone de un conocimiento familiar, profundo y siempre renovado de la Biblia. Ningún interés temporal tiene la importancia de los eternos; y ningún otro asunto puede impartir a la mente tal vigor y autoridad como las verdades que personalmente sabemos que la Biblia enseña.

La energía de estilo debe ser considerada en relación con la elección de los términos, la construcción de frases, la concisión y el uso de figuras.

1. En cuanto a la elección de los términos, y hasta donde lo permita el asunto, debemos preferir los términos concretos a los abstractos, y los particulares

o específicos a los generales. En discusiones filosóficas o en declaraciones comprensivas hay necesidad de usar términos abstractos y generales, pero éstos son muy desfavorables a la energía del estilo. Mientras más generales sean los términos más débil será la pintura. Consideremos algunos ejemplos:

Hablando un poeta acerca de los egipcios dice: "se hundieron como plomo en las poderosas aguas." Si cambiamos un poco la expresión y decimos: "cayeron como metal, etc.," la diferencia en el efecto será sorprendente. Las palabras de Cristo: "Aprended de los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; mas os digo que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido así como uno de ellos. Y si la yerba del campo, que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros?" etc. Hagamos la substitución de algunos términos por otros más generales y observemos el efecto: "aprended de las flores, cómo aumentan gradualmente en tamaño; no hacen trabajo de ninguna clase, y sin embargo, os aseguro que ningún rey con su más espléndido ropaje está vestido como una de ellas. Si pues Dios en su providencia adorna así los productos vegetales que existen sólo por un poco de tiempo en el suelo y después son puestos en el fuego, ¿cómo no os proveerá a vosotros de vestido?"

Para impartir animación y pasión al estilo es preciso apelar a la imaginación. Sólo de objetos individuales podemos formarnos imágenes, y es mucho más fácil imaginar un objeto que pertenezca a una especie, como un lirio, que uno que pertenezzca a un género, como una flor.

Generalmente podremos escoger entre términos

genéricos y específicos. A veces convendrá emplear términos más generales que los que el asunto requiere, como cuando queremos evitar el producir una impresión demasiado viva—cuando nuestro objeto sea suavizar lo que ofende, choca o disgusta. Pero muchos por recurrir innecesariamente a esta substitución de lo general por lo específico adquieren un estilo demasiado débil.

Los *epítetos* rara vez contribuyen a la energía. Epíteto es un adjetivo añadido a un nombre, o un adverbio añadido a un verbo, que no añade nada al sentido del nombre o del verbo, sino que sólo da prominencia a algo contenido en él. En la forma en que los usan los novelistas y oradores de tercera clase, jamás hacen enérgica la expresión. Aun cuando sean verdaderamente ornamentales, no son propios más que de la poesía y de la prosa poética. Si se corta una rama de un manzano para mostrar su belleza a nuestros amigos, le dejamos sus hojas y sus flores; pero si queremos azotar a un hombre con ella, será mejor quitárselas. Sin embargo, algunos epítetos bien introducidos pueden añadir fuerza. Pueden, por ejemplo, llamar la atención a propiedades de un objeto que de lo contrario pasarían desapercibidas; y pueden también tener la fuerza de verdaderos argumentos abreviados, como cuando decimos: "debe servirnos de amonestación la *sangrienta* revolución francesa," en cuya frase el epíteto sugiere una de las razones por qué debemos ser amonestados. Generalmente, y en particular tratándose de escritores u oradores jóvenes, hay más necesidad de restricción que de estímulo en el uso de epítetos.

Los términos *onomatopéyicos* darán a veces ener-

gía a la expresión; pero en la oratoria, si se usan, no deben ser rebuscados, sino naturales.

Las frases o términos *inusitados* pueden también ser enérgicos por su contraste con las expresiones comunes, despertando interés especial, como es el caso con un visitante o extranjero. Sin embargo, si lo extraño es ridículo, el efecto no será bueno; y por lo mismo las expresiones inusitadas no deben ser ininteligibles ni grotescas.

2. Mucho depende, en cuanto a la energía, de la construcción de las oraciones.

La estructura periódica de las oraciones requiere especial atención. El término período significa una vuelta, un circuito, una revolución, y hablando en rigor un período es una oración que al final retorna al asunto con que comienza. En griego y en latín era común comenzar con un nombre en nominativo, hacer luego una larga cláusula consistente primero de adjuntos del nombre y luego de adjuntos del verbo, colocando éste al final. Tal construcción sería estrictamente un período; pero más generalmente se llama período una cláusula en la cual el sentido está de tal modo suspenso que no parece completo en parte alguna antes de la frase final. Por ejemplo: Al fin, tras mucha fatiga, por profundos caminos, y sufriendo las inclemencias del tiempo, llegamos con no poca dificultad al término de nuestro viaje. Compárese este período con la floja construcción siguiente: Llegamos al fin de nuestro camino con no poca dificultad, tras mucha fatiga, por caminos profundos y sufriendo las inclemencias del tiempo. Aquí el sentido sería completo, y la cláusula podría terminar con cualquiera de las frases.

La continuación inesperada de un período que el oyente o lector creía ya terminado, produce una desagradable sensación, semejante a la que experimentamos cuando al descender una escalera encontramos un escalón más que los que creíamos; y si tal cosa se repite se produce cierta impaciencia debida a la incertidumbre acerca de cuándo concluirá el período.

En la oratoria el estilo periódico es mucho menos necesario y apropiado que en la composición escrita. En los más de los casos puede el orador, mediante la hábil suspensión de su voz, dar a una frase un tanto floja el efecto de un período. Realmente, deben evitarse en la oratoria los períodos demasiado largos. Es preciso que el oyente pueda retener en la mente todo el período, pues no comprenderá ninguna parte de él mientras no se llegue al final; y las mentes no educadas tendrán para ello mucha dificultad si es largo el período. Un período concentra toda su fuerza en un solo golpe; pero no hay que sacrificar para esto la perspicuidad ni la naturalidad.

La disposición enfática de las frases, en virtud de la cual se da prominencia a ciertas palabras o cláusulas, contribuye también a la energía. Por supuesto que la pronunciación misma indicará el énfasis, pero conviene que el orden de las palabras sea tal que por sí mismo muestre cuáles son los términos o ideas enfáticos.

La posición de más prominencia en un período es el principio, y en segundo lugar, el fin. Si una palabra que, conforme al orden gramatical podría ponerse en cualquier lugar, se coloca al principio o al fin, atraerá la atención de un modo especial: será una de las

palabras importantes o enfáticas del período. De hecho toda palabra colocada fuera de su lugar ordinario llama la atención, y tales inversiones de orden, dando prominencia a la palabra más importante contribuyen a la energía de la frase. Compárese: "Grande es Diana de los Efesios," con "Diana de los Efesios es grande."

Algunas veces una palabra o frase enfática se coloca primero, aunque sea preciso después representarla en su propio lugar mediante un pronombre. Ejs.: "Vuestros padres ¿dónde están? y los profetas ¿viven para siempre?" Cuán débil aparecería la frase si dijéramos: "¿dónde están vuestros padres?" etc. Lo mismo sucedería con la frase: "Ser o no ser, esa es la cuestión."

Hay numerosos casos en que una inversión conveniente puede efectuarse cambiando la construcción activa en pasiva. Ejemplo: "Hay un caso aun más notable de ingratitud: uno de los doce discípulos negó a Jesucristo, y otro le traicionó." Aquí el término Jesucristo es enfático, y debiera estar primero, lo cual se logra diciendo: "Jesucristo fue negado por uno de sus doce discípulos, y traicionado por otro."

No conviene terminar un período con varias sílabas sin acento. Es mejor concluir con una palabra aguda, o cuando menos que tenga cierto énfasis. Así es mejor decir: "daré al asunto preferente atención," que decir: "daré preferente atención al asunto."

La *antítesis* contribuye con frecuencia a la energía. Ejemplo: "El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado." Otro: "por las muchas cosas estás turbada, empero una cosa es necesaria." Tales expresiones antitéticas

abundan en los proverbios de Salomón, como también en los proverbios no inspirados de todos los pueblos. ¡Cuán vigoroso el dicho citado por Quintiliano: "no vivo para comer; como para vivir." En cada uno de estos casos, cada una de las cláusulas contrapuestas arroja luz sobre la otra, de modo que sin sacrificar la claridad, las expresiones pueden abreviarse mucho y hacerse más agudas y enérgicas. Es tanto lo que contribuye la antítesis a la energía, que muchos escritores y oradores la emplean con exceso. Esto desfigura el estilo de Macaulay, tan admirable como es en otros aspectos; y no sólo es una falta contra el buen gusto, sino que nos lleva al peligro de faltar a la verdad, pues con el fin de contrastar dos cosas podemos inconscientemente exagerar la diferencia. Así Lord Bacon dice en uno de sus ensayos que "la prosperidad es la bendición del Antiguo Testamento, la adversidad la del Nuevo." Pero la verdadera diferencia en este respecto entre los dos testamentos es relativa, no absoluta; el Antiguo Testamento enseña muchas veces la bienaventuranza de la adversidad, y el Nuevo Testamento promete con frecuencia prosperidad material.

El que habla bajo la influencia de fuertes sentimientos, está expuesto a usar *construcciones quebradas*. Estará tan absorto que no observará la sintaxis, o después de comenzar de un modo la oración, un súbito impulso le hace romperla para concluir de un modo diferente. Los oradores y escritores fogosos emplean con frecuencia tales expresiones; son comunes, por ejemplo, en los escritos de Pablo. Cuando son producto verdadero de los sentimientos, tales construcciones son admisibles y enérgicas; pero no deben ser

usadas por cálculo ni aun permitirse que, aunque naturales, recurran muy a menudo.

Cosa semejante es lo que los gramáticos llaman *aposiopesis,* esto es, la omisión de parte de una frase debida a la emoción. Ejemplo: Luc. 19:42: "Ah, si tú conocieses a lo menos en este tu día lo que toca a tu paz . . ." El silencio sugiere cuánto mejor hubiera sido su destino. Luc. 22:42: "Padre, si quieres que pase esta copa de mí . . ." No llega a pedir que le sea quitada, sino que después de una pausa, añade: "empero no se haga mi voluntad, mas la tuya." Act. 23:9: "Ningún mal hallamos en este hombre; que si algún espíritu le ha hablado o ángel . . ." ¡Cuán expresivo fué este silencio de parte de un fariseo hablando en el Sanedrín ante los saduceos! Las palabras "no resistamos a Dios" fueron añadidas por algún crítico o copista que entendía mejor la gramática que la retórica.

3. La *concisión* es muy favorable a la energía. Puede darse por regla sin excepción que no violándose la propiedad ni la claridad, mientras menor sea el número de palabras más viva será la expresión. "La brevedad es el alma del ingenio," dice Shakespeare. Así como cuando se reunen los rayos del sol en el foco de un lente, que mientras más pequeño es el lugar que los recibe tanto mayor es su brillo, del mismo modo, al expresar nuestros sentimientos por la palabra, cuanto menor sea el número de términos en que se condensa la idea más enérgica será la expresión.

No hay ejemplo más notable de concisión enérgica que el famoso dicho de César: "Veni, vidi, vici"—vine, vi, vencí. La estudiada brevedad de los Lacedemonios en su manera de expresarse, nos ha dado el

término *lacónico.* Todos los hombres, doctos e indoctos, aprecian la brevedad.

Opuesta a la concisión es la tautología, el pleonasmo y la verbosidad. Quizá la tautología no sea falta muy común. El pleonasmo, o sea el uso de palabras que nada añaden al sentido, sí es bastante común, y a menudo perjudica mucho a la energía. La verbosidad, o sea, la introducción de expresiones que añaden algo, pero algo que carece de importancia real, es cosa muy frecuente y perjudicial.

Hay cierta verbosidad sonora que admiran mucho los ignorantes; pero tal admiración no significa para ellos un verdadero provecho, ni demuestra que el orador posea poder. Es común decir acerca de escritores u oradores de esta clase que tienen "perfecto dominio de la lengua," cuando sería más correcto decir que "la lengua los domina perfectamente." Siguen un encadenamiento de palabras más bien que de pensamientos, y antes que en el sentido se fijan en la sonoridad de las expresiones. Dominan el idioma tanto como el jinete al caballo que corre desenfrenadamente con él.

Al procurar ser concisos no sacrifiquemos la claridad. A veces antes de una frase tersa y aguda que no sería fácil de comprender, conviene presentar una declaración más difusa; los oyentes entenderán la expresión más larga y recordarán la más corta. En otras ocasiones una breve expresión puede ser de tal naturaleza que sugiera más de lo que dice; la inteligencia se ve empujada en cierta vía de pensamiento, o la imaginación es estimulada a completar un bosquejo. Tal ejercicio de la inteligencia y de la ima-

ginación, cuando no es demasiado difícil, resulta sumamente agradable y provechoso.

La gran mayoría de los oradores y escritores jóvenes deben tener cuidado especial de cultivar la brevedad. Para muchos es fácil la verbosidad, y ésta parece aceptable a sus oyentes; pero si bien la excesiva exuberancia en el estilo es de más promesa que la extrema esterilidad, es preciso refrenar enérgicamente nuestro lenguaje.

4. Quizá sea el principal elemento de energía en el estilo el uso de *figuras de lenguaje*. Estas son a veces consideradas como materiales del discurso más bien que como accidentes del estilo; pero generalmente se usan como medio de expresar el pensamiento, por lo cual deben tratarse como parte del estilo.

La metáfora es más favorable a la energía que la comparación. Esta es útil para la mayor claridad o elegancia, pero generalmente se evitará en discurso apasionado o enérgico. En la gran oración de Demóstenes acerca de la Corona, y en la cual habla con tanta fuerza y vehemencia, sólo hay una comparación y está presentada en dos palabras. Sin embargo, las comparaciones pueden ser muy impresivas. Ejemplo: "Sus ojos eran como llama de fuego y su voz como sonido de muchas aguas." "Los malos . . . son como el tamo que lo lanza el viento." "Porque como el relámpago que sale del Oriente y se muestra hasta el Occidente, así será la venida del Hijo del hombre."

La metáfora supone cierta semejanza o analogía, pero sin expresarla como en la comparación, por lo cual la frase resulta más condensada y tersa. Cuando una metáfora no sea fácilmente inteligible, puede combinarse con una comparación o aclararse con un término adicional. Muchas metáforas se han hecho tan familiares que carecen de fuerza especial; pero en las innumerables que jamás se gastan, y en las que la invención y combinación proporcionan, hallará el orador una fuente inagotable de expresión enérgica.

La *sinécdoque* es también favorable a la energía. Cuando se toma la parte de una cosa por el todo, o la especie por el género, la expresión resultará por lo regular más animada y sugestiva, así como, según hemos visto, los términos particulares o específicos son más enérgicos que los generales. Ejemplo: "Volverán sus espadas en azadones, y sus lanzas en hoces," frase mucho más enérgica que lo sería si sólo se dijese que convertirían sus armas de guerra en implementos de agricultura.

La *hipérbole*, o sea el decir más de lo que se quiere significar, es muy natural en quien está tan absorto en la contemplación de un objeto o asunto particular, que exagera su importancia comparativa; o en quien se halla tan intensamente excitado que le parece débil toda expresión ordinaria. Es permitida también en cualquier caso en que sabemos que no se interpretará mal el lenguaje exagerado, y deseamos producir una impresión profunda con respecto a un hecho importante. Ejemplo: "Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen cada una por sí, ni aun en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir." Tales expresiones son muy naturales para la fogosa mente oriental, y tienen gran poder sobre las masas populares. Pablo es notable por sus hipérboles. Su expresión

apasionada: "deseara yo mismo ser anatema de Cristo por causa de mis hermanos," se entiende mejor como ejemplo de lenguaje hiperbólico. La enseñanza de nuestro Señor tiene la notable peculiaridad de emplear casos extremos para mostrar un principio. "Al que te diere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra,"—modo hiperbólico de presentar el precepto de no vengarse. Expresiones semejantes son: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha;" "si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y a su madre, etc." Cómo buen maestro, nuestro Señor empleó una gran variedad de recursos para estimular la atención de sus oyentes, y obligarlos a recordar y reflexionar.

La *personificación,* esto es, el representar como vivo un objeto inanimado, y dirigirle la palabra, imparte a veces al discurso gran animación y belleza, y aun energía. Abundan ejemplos de ella en las Escrituras, en la poesía y en la oratoria. En los Proverbios se personifica la sabiduría, y con mucha frecuencia se personifica la iglesia. Debe tenerse cuidado de no abusar de esta figura.

El *apóstrofe* consiste en volverse del auditorio hacia alguna persona o cosa, de la que se ha estado hablando quizá, para dirigirle la palabra. Si es una cosa a la que nos dirigimos hay también personificación. "No es posible que un profeta muera fuera de Jerusalem. Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas, etc." Puede también dirigirse el apóstrofe a una persona real, o a una ausente o imaginaria. El apóstrofe no debe ocurrir demasiado frecuentemente, ni ser demasiado largo.

La *exclamación* es en algo semejante al apóstrofe, pero propiamente distinta. Los predicadores apasionados están expuestos a usarla con demasiada frecuencia. Algunos dicen: oh! ah! ay! con tanta frecuencia que sus exclamaciones pierden toda su significación y poder. Por otra parte, no debemos evitar la exclamación cuando sea naturalmente inspirada por el sentimiento.

La *interrogación* es un recurso frecuente para dar animación al discurso. No sólo podemos dirigir preguntas a un antagonista real o imaginario, despertando con ello el interés de los oyentes, sino que se pueden dirigir preguntas con frecuencia a los mismos oyentes. Sus mentes se sienten como obligadas a dar una respuesta. Debe tenerse cuidado de no abusar de esta figura, pues la ocurrencia constante de interrogaciones producirá una desagradable monotonía.

La *dramatización* da al discurso una vida, vigor y encanto que no pueden ser superados. Personificar un carácter y expresar sus sentimientos, introducir un contrincante y asentar sus objeciones contestándolas punto por punto, sostener un diálogo entre dos personas supuestas, producir alguna escena mediante una descripción dramática, son métodos que todos los oradores de renombre usan en mayor o menor grado, y de ello abundan ejemplos en Demóstenes, Crisóstomo, Spurgeon, etc.

En el púlpito debe conservarse la dramatización dentro de ciertos límites, rigiéndose siempre por el buen gusto y la sobriedad de sentimientos. Debe tenerse especial cuidado en la imitación de la acción y el tono para no caer en ridículo ni producir un efecto impropio.

En cuanto al asunto general de la energía del estilo, se cometen con frecuencia graves yerros. Se imaginan algunos que deben ser enérgicos en su estilo y ademán, aunque esto no convenga ni concuerde con sus sentimientos. Sólo un sentimiento fuerte puede producir expresión apasionada y enérgica. Para lograr ésta necesitamos cultivar nuestra sensibilidad y guardar la mente en contacto con el asunto que ha de tratarse hasta que se exciten las emociones correspondientes. Si no hay emoción no producirá efecto el lenguaje de la pasión, o será el efecto contrario a lo que se desea. Una de las más importantes lecciones que puede aprender el predicador es que no debe mostrar fogosidad de estilo y expresión cuando está desprovisto de fogosidad de sentimiento.

Otro error serio y muy común es el de mantener una energía uniforme durante todo el discurso. Tanto el autor como el orador deben cuidarse de la vana ambición de expresarlo todo en un estilo igualmente elaborado, brillante y enérgico, pues de esa manera se hace imposible que se note la prominencia que deben tener ciertas ideas y períodos. Iluminar las partes oscuras de un *cuadro* equivale a oscurecer las partes brillantes, pues en ambos casos se destruye el relieve y el contraste. La composición, como la pintura, tiene sus luces y sus sombras que deben ser distribuídas con semejante habilidad para que se produzca el efecto deseado.

En el lenguaje altamente apasionado es preciso que haya variedad, alteración. En todo esfuerzo físico intenso se necesita cambio frecuente de posición, de modo que entren en juego músculos diferentes, y

se alivien mutuamente. Es lo mismo en todo esfuerzo mental. Ni los oyentes ni el predicador pueden conservarse intensamente excitados por más de un breve período de tiempo; lo contrario no sería natural ni saludable.

La alteración más completa sería el paso de lo conmovedor a lo divertido. Los escritores y oradores humoristas introducen casi siempre pasajes patéticos por vía de descanso, y viceversa es igualmente aplicable el principio. Sin embargo, el predicador no podrá aliviar las mentes de los que le oyen más que con raros y delicados rasgos de humor. Puede, no obstante, descender del lenguaje apasionado al quieto y fácil; retroceder para avanzar luego más allá, y de otras maneras variar las emociones que excita en cuanto sea compatible con su designio específico.

Graves errores se cometen también con respecto a lo que constituye la energía de estilo. Hay una energía espasmódica y convulsiva, como la de Carlyle, que no debe imitarse. Hay una energía exagerada que Longino describe como "no sublime, sino rascacielos," y una energía ampulosa, inflada, que es puro bombo. Hay cierta tendencia en nuestra época a excitarse prodigiosamente por la más leve causa, a usar superlativos, epítetos exagerados e imágenes apasionadas cuando son innecesarios, y por lo tanto impropios.

CAPITULO IV.

De la Elegancia del Estilo.

La elegancia en el estilo es producto de la imaginación, sola o en combinación con la pasión, operando bajo el control del buen gusto. Todo ejercicio del gusto abarca una emoción y un juicio. La emoción excitada por la belleza o lo contrario, es involuntaria; pero el juicio de que cierto objeto, idea o expresión es hermosa o lo contrario puede ser gobernado y corregido, y la norma íntima por la cual juzgamos admite indefinido mejoramiento. Quien quiera, pues, lograr la elegancia en el estilo, debe, por una parte, cultivar la imaginación y la sensibilidad, y por la otra, procurar mediante la discreta contemplación de lo verdaderamente bello, mejorar su gusto.

La elegancia en la palabra es menos importante que la claridad y la energía, pero contribuye con mucho a lograr los fines del discurso, aun el más serio. La verdadera elegancia será, por supuesto, grandemente modificada por el asunto, la ocasión y el designio. Modificada así, no habrá ninguna justa objeción contra ella, y será digna de todo esfuerzo por lograrla.

Aristóteles dice: "Al principio el estilo retórico se formó de acuerdo con el de la poesía, y aun ahora la mayoría de la gente ignorante se siente deleitadísima por tales oradores; pero el estilo de la poesía y el

de la prosa son distintos." El objeto principal del poeta es agradar; el del orador es convencer, producir impresión, persuadir. Para el primero, la belleza es el más importante elemento del estilo; para el segundo, ésta debe estar enteramente subordinada a la perspicuidad y a la fuerza. Existe una diferencia semejante, aunque no igual, entre una historia y un romance. En discursos de día de fiesta y en las arengas populares, agradar es el fin principal, por lo cual se sigue en ellas más de cerca el estilo propio de la poesía. Pero en la oratoria, propiamente dicha, el objeto es distinto, y todo esfuerzo por deleitar y agradar tiene que subordinarse a lo que se haga por convencer y persuadir. Y esto es especialmente cierto con respecto al predicador, en quien se supone un propósito siempre práctico y serio, si no uniformemente solemne.

Es fácil comprender por qué algunos predicadores se cuidan tanto del embellecimiento de sus discursos. Tienen un concepto falso de su oficio, o son a lo menos influenciados por un motivo equivocado. No sienten la seriedad de su trabajo y la solemnidad de su posición. Deseando, quizá, sinceramente hacer bien, insisten demasiado en la necesidad de agradar al pueblo con el fin de beneficiarlos. Saben que muchos oyentes única o principalmente sólo quieren que se les divierta, y que al salir del templo sólo hablan, no de la verdad que se predicó, sino de la representación del actor, y ceden con demasiada facilidad a esta demanda aparente, y llega a ser su objeto principal, o a lo menos uno de sus anhelos, el agradar. Pero cuando el sincero deseo de hacer bien a los que los oyen absorbe de tal manera el de agradarlos, y

cuando el sentimiento de responsabilidad ante Dios se sobrepone a toda preocupación por la crítica de los hombres, el estilo del predicador tendrá sólo la modesta belleza que sabe fácilmente conservarse en su propio lugar. Y cuando se vea tentado a ceder al falso gusto de muchos, le será provechoso recordar que el deseo de agradar fácilmente conduce a resultados contraproducentes. Su cuidadosa compostura no sólo afligirá a los devotos y disgustará a los inteligentes de verdad, sino que llegará a empalagar a los mismos a quienes trataba de complacer.

Por otra parte, algunos predicadores, obrando neciamente procuran evitar todo lo bello. Hay pensamientos que naturalmente propenden a florecer en belleza; ¿por qué reprimirlos? Hay grandes conceptos que se revisten espontáneamente de majestad; pero no sólo esto, sino que muchos temas ordinarios de que continuamente tiene que estar tratando el predicador, lograrán mejor atención de parte del auditorio, si se les retoca cuidadosamente con un poco de fantasía. Merece alabanza quien así da nuevo brillo a importantes verdades que se han empañado un tanto por el uso. Pero debe tenerse cuidado de que tanto la atención del predicador como la de los oyentes, no se fije más en el bello ropaje que en la misma verdad, pues si tal ha de suceder, más vale presentar la verdad sin adorno alguno. Tal falta se evitará, no obstante, si el predicador tiene buen gusto y un propósito serio.

Los que se muestran temerosos de la elegancia, olvidan que la belleza nativa, y aun cierto ornamento del estilo, no son cosas necesariamente desfavorables a la perspicuidad. Olvidan que lo hermoso y lo útil

se ven frecuentemente unidos en la naturaleza. El estilo recargado de adorno de algunos predicadores es tan impropio, como lo sería que una persona encargada de edificar una casa para la familia construyese un cenador de jardín; pero por otra parte, una casa de familia puede, además de ser perfectamente cómoda, tener un aspecto agradable y aun cierto discreto adorno.

La verdadera energía de estilo es a menudo elegante a la vez. Frecuentemente la pasión no puede expresarse sino mediante imágenes atrevidas, las que, si bien elegidas en atención a su fuerza, pueden a la vez tener una belleza sin afectación. Un rostro pintado es abominable, pero haya tan sólo salud y animación, y sin esfuerzo alguno las mejillas tomarán un hermoso color. Así lo dispuso el Creador; ¿eres más sabio que él?

Debe añadirse que las citas en verso o prosa que se hacen sola o principalmente por su belleza, jamás pueden ser propias en la predicación. Las flores con que se adorne un discurso serio nunca han de ser artificiales. Y es sobre todo impropia la introducción de pasajes ornamentales de poetas bien conocidos por su irreligiosidad.

La elegancia de estilo depende especialmente de los *términos, el arreglo y las figuras;* y hay también mucha verdadera elegancia en la *sencillez* de estilo que por tantos conceptos es de desearse.

1. Los términos más enérgicos son frecuentemente también los más elegantes, de modo que logramos esta última excelencia al buscar la primera. Pero no es éste siempre el caso. Ciertas expresiones de gran fuerza tienen que evitarse por ser indecentes o vul-

gares. Sólo en circunstancias especialísimas debe permitirse el predicador el uso de vulgarismos. Las ideas que sean demasiado dolorosas deben expresarse en términos suavizados. Falta muy común contra la elegancia es el uso de términos demasiado grandiosos para el asunto de que se trata. No es posible dar una regla general que enseñe cuándo una expresión enérgica debe ser rechazada por inelegante, pues cada caso debe resolverse por sus propios méritos; pero difícilmente convendrá usar, por elegantes que parezcan, palabras que realmente debiliten la expresión o que de ningún modo le añadan fuerza.

2. En cuanto al *arreglo* de las palabras debemos, por supuesto, evitar las combinaciones ásperas o desagradables, a menos que sean necesarias para la energía. También es importante evitar la demasiado frecuente repetición de una palabra en un mismo período o párrafo. El gusto moderno es más exigente en este sentido que el de los antiguos. Pero tampoco debemos, por el sólo deseo de variedad, sacrificar nada que sea esencial al sentido.

La antítesis contribuirá frecuentemente a la elegancia, al mismo tiempo que a la energía; pero si se usa en exceso producirá tiesura o monotonía.

Son de suprema elegancia las frases tersas y fáciles; pero vale más la fuerza áspera que la suave debilidad. "Despedazad la gramática, con tal que rompáis los corazones." Y recordad que la constante sucesión de frases suaves y graciosas se hace inevitablemente monótona.

Las diferentes partes de un período están a veces de tal manera proporcionadas que producen cierto ritmo. El metro en la poesía no es más que una especie de ritmo; pero la recurrencia regular de los mismos movimientos es cosa demasiado elaborada para ser natural en la oratoria. La cadencia, o sea la manera de terminar un período, es mucho más importante. Como se ha dicho ya, tratando de la energía, importa no terminar con cierto número de palabras sin énfasis o sílabas sin acento.

3. La mayor parte de las figuras que dan energía al estilo le impartirán a la vez elegancia. Las que particularmente lo hacen son la comparación, la metáfora y la personificación. Una comparación o símil que tenga valor considerable como aclaración o prueba, servirá aún mucho más si es también bella, pues se le prestará atención con agrado y simpatía. Lo que no constribuya de algún modo a la claridad o la energía, jamás debe introducirse como mero ornamento, pues si esto es propio de la poesía, no lo es nunca de discurso serio y práctico.

4. Ninguna cualidad de estilo es más frecuentemente recomendada como digna de nuestros esfuerzos por lograrla, que la sencillez. Todos comprenden que es una gran excelencia. Pero cuando tratamos de analizarla, y de mostrar cómo se logra, encontramos inesperada dificultad. Lo contrario de un estilo sencillo sería uno enmarañado, o muy elaborado, o recargado de adornos. Un estilo sencillo no envuelve la idea en una multitud de cláusulas y frases que el oyente tiene que desarrollar para descubrirla, sino que la exhibe desde luego ante nuestra mente; en otras palabras, es directo y fácil de comprender. Y se dice también que es sencillo el estilo cuando no es en exceso elaborado, o en algún sentido, afectado, y que no parece ser producido a costa de gran esfuer-

zo. En una variedad particular de este uso del término, designamos con él un estilo que no tiene recargo de ornato.

Un estilo sencillo es, pues, el que desde luego hace percibir el pensamiento, el que es perspicuo, aun cuando puede haber cierta clase de perspicuidad sin verdadera sencillez. Puede aclararse una idea mediante la repetición y la ilustración; pero un estilo sencillo la hace clara desde luego, y en este respecto la simplicidad demanda la concurrencia de las dos condiciones de perspicuidad que en otro lugar hemos mencionado: el lenguaje debe ser de fácil comprensión para los oyentes, y expresar exactamente la idea. No puede decirse que el orador está "simplificando" un pensamiento con machacarlo en explicaciones prolongadas y fastidiosas. Es preciso que encuentre la expresión menos complicada, la más directa y de fácil comprensión, y que a la vez signifique lo que él quiere. Se usan frecuentemente palabras familiares, pero no siempre se escogen y relacionan de modo que el estilo sea simple.

Por otra parte, un estilo simple es el que no es laborioso o artificial, sino que fluye libremente, con naturalidad. Tal estilo, si a la vez es realmente perspicuo, revelará una cuidadosa disciplina mental, y será la expresión de ideas concebidas con claridad y pacientemente meditadas. Las inclinaciones naturales producen en esto, como en todo lo demás, peculiaridades, pero es una gran equivocación considerar la verdadera sencillez de estilo como un mero don de la naturaleza. Hay que adquirir el hábito de pensar con claridad, y un fácil dominio de todos los recursos del idioma si se desea hablar con sencillez,

y al mismo tiempo decir algo que valga la pena.

Cuando decimos que la simplicidad consiste en la ausencia de excesiva ornamentación, cuidémonos de no caer en el extremo opuesto. South satirizaba a su gran contemporáneo Jeremías Taylor extractando de sus escritos algunas muestras de recargada ornamentación, y comparándolas con el estilo llano del Apóstol Pablo. Muchos incurren en el mismo defecto en nuestros días; pero esto no significa que deba rechazarse todo adorno. Verdad es que puede decirse de muchos pensamientos que "su mejor adorno es la carencia de adorno;" pero como ya lo hemos observado, hay pensamientos que naturalmente estimulan la imaginación y ésta los reviste *motu proprio* de hermosas galas. Y hay verdades que deben llevar ciertos toques de imaginación si queremos presentarlas debidamente, como la doncella que se presenta con su sencillo vestido blanco, pero que sabe, con un simple listón hábilmente colocado, o un botón de rosa entre su pelo, dar a su presencia un modesto encanto. ¿Se le negará al sencillo traje de la verdad un adorno semejante?

Importa recordar dos cosas; una de ellas es que la peor afectación en el estilo es la afectación de simplicidad—es como la afectación de modestia en una mujer sin pudor;—y la otra es que un estilo no simple puede tener verdadera belleza y poder. La pomposidad de los grandes períodos de Milton, los esplendores de Chalmers, los relámpagos y auroras de Crisóstomo y Jeremías Taylor, deben hacernos recordar que la simplicidad no es todo. Y, sin embargo, estos hombres son a menudo simples; tienen demasiado buen gusto y sentido natural para emplear frases

hinchadas cuando hablan de cosas ordinarias.

De todo lo expuesto se deduce que la verdadera sencillez de estilo, que a la vez es inteligible, tiene movimientos fáciles y belleza natural, requiere paciente reflexión, disciplina de la imaginación y completo dominio del idioma.

PARTE IV.

La Predicación

CAPITULO I.

Los Tres Métodos de Preparación y Predicación.

I. Lectura. II. Recitación. III. Improvisación. IV. Historia de los Tres Métodos. V. La Preparación General y Especial para la Improvisación.

¿Cuál es el mejor método de preparación y predicación—la lectura, la recitación o la improvisación? Esta cuestión se presenta a cada paso, no sólo a los predicadores jóvenes, sino también a los de edad madura que no están satisfechos de haber seguido el método mejor. Es cuestión que afecta no sólo la manera de predicar, sino todo el método de preparación, y aun más, todos los procesos de pensamiento y modos de expresión. No es cosa tan esencial para la utilidad de un hombre como lo es que mantenga la verdad, que ame su trabajo y tenga dotes naturales de orador; pero sí de gran importancia para el que dedica sus mejores energías por toda la vida a predicar, y que desea hacerlo del modo más eficaz que le fuere posible.

Sólo podemos discutir qué método es *generalmente* mejor. Ninguno de los tres puede presentarse como exclusivo. Para que un proceso tan complejo como lo

es el preparar y predicar un sermón, y que comprende tan gran multitud de elementos diversos y variables, es claro que sólo se pueden dar reglas generales. Algunos hombres incapces de escribir una palabra, han hablado con gran poder. Otros que han tenido práctica especial en escribir, no pueden hablar lo que no ha sido antes escrito. Y otros pueden hablar con poder de cualquier modo. Cada uno de los métodos de predicar ha sido y es empleado por muchos con efecto admirable. Lo que importa es considerar las ventajas y desventajas de cada método en relación con nuestras circunstancias y auditorio, y escoger el que más convenga en cada caso.

I. La Lectura.

1. Escribir los sermones y leerlos, es un método que tiene importantes ventajas, tanto para la preparación como para la predicación y la utilidad del predicador en otros respectos.

(a) El escribir ayuda mucho en la preparación, haciendo que la mente se fije más fácilmente en el asunto. La acción mental se facilita mediante la acción física apropiada, y los que no escriben sienten a menudo la necesidad de moverse, andar, o asumir alguna postura forzada, o ejecutar algún acto de recurrencia regular. El acto de escribir proporciona en alto grado ese dominio del cuerpo que de tal modo contribuye al de la mente, y tiene a la vez la ventaja de poseer una relación natural más íntima con el pensamiento que ningún otro acto exterior excepto el de hablar. Todos saben cuán eficaz es el escribir para impedir que divague la mente.

(b) El escribir un sermón hace que la preparación

sea más completa. El que prepara su sermón sin escribirlo, puede y debe seguir todo el desarrollo de sus pensamientos, pero el que escribe tiene que hacerlo necesariamente.

(c) El escribir ayuda de varias maneras a lograr mayor excelencia de estilo. Por regla general, un discurso no escrito no puede igualarse con uno escrito en corrección gramatical, precisión y pulimento, cualidades del estilo muy importantes, en particular ante ciertos auditorios, en determinadas ocasiones, o cuando se tratan algunos asuntos. Si, por ejemplo, estamos discutiendo un punto doctrinal controvertido, en presencia de personas propensas a entendernos mal o torcer nuestras palabras, será de importancia especial que usemos de un lenguaje preciso e inequívoco. Ciertas personas son muy exigentes. Tanto el lenguaje como los ademanes, y aun el vestido del predicador, deben ser *comme il faut,* o de lo contrario por nada querrán oírlo. Sin que mostremos gran respeto por tales exigencias, tampoco hay que verlas con indiferencia.

(d) En la predicación del sermón, este método tiene la ventaja de hacer que el predicador pueda sentirse más tranquilo, tanto antes como durante la predicación. Teniendo su sermón escrito no tendrá que temer un mortificante fracaso, y es un gran alivio el escapar de la ansiedad que de otro modo está uno expuesto a sentir. El predicador que va a leer su sermón logrará sin dificultad conciliar el sueño el sábado por la noche. Y es una gran ventaja sentirse con plena confianza mientras se predica el sermón, y no oprimido por una nerviosa solicitud o arrebatado por irrefrenable excitación.

Aparte de lo dicho, la práctica de escribir los sermones favorece la utilidad del predicador en otros respectos:

(e) El discurso escrito puede ser usado en ocasiones subsecuentes sin necesidad de nueva preparación, cosa que a menudo economiza mucho tiempo y trabajo.

(f) Los sermones quedan listos para su publicación, si ésta se desea. Muchos predicadores verdaderamente grandes y muy útiles en su día, no han dejado más que un recuerdo efímero, mientras que algún contemporáneo de habilidad no mayor, pero que escribió sus discursos, es aun conocido y sigue siendo útil.

(g) Además, tal práctica hace que se adquiera facilidad para escribir, cosa que en la actualidad es un medio muy importante de ser útil.

2. Consideremos ahora las desventajas de este método:

(a) Es verdad que el escribir nos ayuda a pensar, pero hay peligro de que lleguemos a depender demasiado de tal ayuda. Esta práctica acostumbra al predicador a pensar sólo tan aprisa como escribe, siendo mucho más natural y conveniente que piense tan aprisa como habla.

(b) Aunque es cierto que el escribir hace al predicador estudiar el asunto más extensamente, no siempre le ayuda a hacerlo con mayor profundidad. Obligado a correr por la superficie en todas direcciones, bien puede ser que en ninguna parte ahonde debajo de ella; y si es verdad que muchos sermones se dicen sin la debida preparación, muchos también se escriben con preparación muy superficial. Muchos

se figuran que lo que se escribe y lee debe haber sido preparado cuidadosamente, pero en esto están completamente equivocados.

(c) Otra desventaja es que se gasta tanto tiempo en el mero esfuerzo mecánico de escribir, tiempo que podría emplearse con más provecho en el estudio de los pensamientos del discurso, o en la cultura general del mismo predicador. Además de esto, los pastores de iglesias grandes tienen otros muchos trabajos y atenciones en su ministerio: tienen que visitar y enseñar, estudiar y buscar continuamente nuevos materiales para argumento, ilustración y aplicación; y si quieren hacer bien todo su trabajo, difícilmente tendrán tiempo para escribir tres sermones cada semana.

(d) Este método obliga al predicador a seguir forzosamente el plan adoptado originalmente para su discurso, aunque en el proceso de la preparación note que otro plan hubiera sido mucho mejor. Tal experiencia es frecuente, especialmente cuando se comienza a escribir antes de que el plan se haya madurado bien. ¿Quién no ha descubierto alguna vez que su tercera división debiera ir primero, o que es preciso modificar la presentación del asunto? Además, si por la premura del tiempo, o por negligencia, se ha incurrido al escribir en faltas de detalle, será muy difícil corregirlas en el curso de la predicación, aunque se perciban con claridad.

(e) Este método tiene también el inconveniente de que priva al predicador del beneficio del estímulo mental que produce la presencia de la congregación. En el curso de la peroración ocurren pensamientos nuevos y felices que el predicador hábil sabrá

introducir ventajosamente en su discurso; pero si éste está escrito, tal cosa sólo puede hacerse con dificultad y escaso efecto. Y no sólo pueden ocurrir nuevos pensamientos, sino que en el calor de la predicación las ideas pueden adquirir una viveza de expresión inesperada. De esto se priva quien lee su sermón.

(f) La lectura es necesariamente de menos efecto que la improvisación para los grandes fines de la oratoria. Se hace inevitable, al leer, cierta frialdad y formulismo. No parecerá natural que quien lee trate de mostrarse muy animado o patético. Habrá monotonía de voz o forzada variedad. Los ademanes casi nunca serán naturales, pues no es natural gesticular mucho cuando se lee. El mero acto de volver las páginas rompe la continuidad del discurso, y lo hace quizá en el pasaje más apasionado, destruyendo en un momento su efecto. Recuérdese que, por otra parte, el elemento más poderoso de que se vale un verdadero orador es a menudo la expresión de su mirada. Todos la hemos sentido penetrar nuestra alma para incendiarnos en pasión o fundirnos en ternura. Pero si el orador lee su discurso, su vista tendrá que conservarse constantemente fija en su papel; sólo de vez en cuando podrá dirigir una mirada a su auditorio. El acto de leer es esencialmente distinto del de hablar. Cuando se lee bien, la lectura tiene un poder peculiar, pero no es natural substituir la lectura por la peroración, pues jamás logrará producir el mismo efecto.

(g) Debe añadirse que la lectura es más perjudicial para la voz. Quizás no noten la diferencia los que no están propensos a la laringitis; pero la verdad es

que entre las causas que se combinan para producir las enfermedades de garganta, tan frecuentes entre los oradores, debe contarse la lectura de los discursos en público, aun cuando no sea ésta la principal.

(h) No puede afirmarse que la costumbre de leer tenga por necesaria consecuencia que el orador sienta temor de hablar sin manuscrito, pues todos los que defienden la costumbre de leer insistirán en la necesidad de que el predicador se habitúe también a perorar; y hay personas que comúnmente leen, y que no obstante, cuando lo demanda la ocasión, pueden improvisar con muy buen éxito. Pero la verdad es que la propensión natural, y el resultado común de la costumbre de leer, es que el orador se haga tímido, y tenga que perder muchas ocasiones de hacer bien, y aun llegue a ponerse en ridículo por su incapacidad para predicar cuando no lleva consigo algunos sermones. Por éstas y otras razones no es de recomendarse la práctica uniforme de leer los sermones.

3. Habiendo considerado ya las ventajas y las desventajas de leer los sermones, daremos algunas sugestiones prácticas a los que adopten tal método.

Si leéis no tratéis de ocultar el hecho. Todos los esfuerzos por lograrlo serán inútiles. Si se lee en el púlpito, hágase franca y abiertamente, cuidando sólo de que el manuscrito sea fácilmente legible y esté propiamente colocado en el púlpito.

Tampoco tratéis de convertir la lectura en peroración. Las dos cosas son esencialmente diferentes: tan difícil es hablar como si se estuviese leyendo, como leer cual si se estuviera hablando. En realidad, nadie puede leer exactamente como conversa, ni debe procurar hacerlo.

Leed bien. Hay predicadores que recorren su manuscrito con monótona indiferencia. Otros caen en el extremo opuesto y quieren declamar su sermón con mucho sentimiento. Sea la lectura modesta y reposada, pero expresiva a la vez.

II. La Recitación.

1. Este método consistente en escribir los sermones y repetirlos luego de memoria. Tiene todas las ventajas del anterior en cuanto a lo completo de la preparación, la práctica que se adquiere en escribir y la conservación de los sermones para su uso subsecuente. Sin embargo, el que lo sigue no cuenta con medio alguno para impedir un fracaso completo, ni para evitar el temor del fracaso. Tiene, por otra parte, dos ventajas que no posee el método anterior: recitar nuestra propia composición es una manera de hablar, mientras que leer no lo es; recitar es hablar bajo dificultades y desventajas, pero es hablar. La otra ventaja es que la recitación cultiva la memoria, y todo verdadero desarrollo de esta facultad es valioso. Pero si la recitación es superior a la lectura, no lo es a la improvisación, porque el poder de aprender de memoria palabras es menos valioso que la capacidad de retener ideas mediante sólo las palabras que son esenciales a su expresión precisa.

2. En cuanto a las desventajas, el que recita tiene muchas de las mismas del que lee. Tiene menos oportunidad de corregir los errores que observe al tiempo de recitar, o de intercalar pensamientos que entonces le ocurran por primera vez, o para dar nueva forma y color a los pensamientos y nueva fuerza a las expresiones al calor de la predicación. La mente estará tan ocupada en el trabajo de recordar palabras que casi no puede usar más facultad que la memoria. Este método requiere también mayor tiempo para la preparación, pues no sólo hay que preparar los materiales y formar el plan del discurso y gastar muchas horas en escribirlo, sino que también habrá que dar mucho tiempo al trabajo de aprender de memoria. Tal tarea es incompatible con la meditación paciente y profunda y con el buen desempeño de otros deberes ministeriales. La ansiedad natural del que recita, por temor de olvidar su discurso, es otra seria objeción a esta práctica, como también lo es el hecho de que la declamación del que recita siempre será más o menos artificial.

Este método puede servir para discursos de colegio o extraordinarios, en los que el arte constituye un importante elemento; pero no es de recomendarse, ni siquiera practicable en el trabajo común de nuestros predicadores.

3. Algunos siguen la práctica de escribir sus sermones y predicarlos luego sin tratar de repetir literalmente lo que escribieron. Predicadores eminentes lo han hecho así con efecto admirable; pero esto no es recitar. Sin embargo, los que observan tal práctica logran, en virtud de la asociación de las palabras con las ideas, expresar sus pensamientos casi en los mismos términos de su manuscrito, aunque no hayan hecho esfuerzo alguno por aprenderlo de memoria.

III. Improvisación.

Se entiende por improvisación el acto de hablar sin preparación previa alguna; pero usamos aquí el término sólo con referencia a las palabras y no a los

pensamientos del discurso; esto es, llamamos improvisación la predicación de un sermón cuyas ideas y plan general han sido preparados cuidadosamente, dejando la elección de los términos a la inspiración del momento. Con frecuencia se llevan al púlpito notas escritas más o menos extensas del sermón con el fin de no omitir en la predicación ningún punto de interés; pero no por esto deja de ser improvisación la predicación, pues las notas sólo sirven para traer a la memoria los pensamientos, siendo improvisadas las palabras.

Ninguna persona inteligente sostiene que los predicadores deben habitualmente improvisar la substancia o materia del discurso. Verdad es que se presentan con frecuencia ocasiones en que el predicador tiene que hablar sin preparación inmediata especial, y debe estar listo para hacerlo; pero sólo el que ha tenido la costumbre de preparar sus sermones concienzudamente logrará en tales casos improvisar con provecho.

1. Consideremos las ventajas de este método:

(a) En lo que respecta a preparación, este método nos acostumbra a pensar más rápidamente y con menos dependencia de ayudas externas que si escribiéramos todo el sermón.

(b) Este método también permite al predicador que emplee su fuerza principalmente en las partes más difíciles e importantes de su sermón. Cuando disponga de tiempo limitado, caso frecuente entre los pastores, logrará poner en sus sermones más pensamientos que si gastase su tiempo en escribir de carrera lo que le ocurriera al momento. Frecuentemente hay que escoger entre la improvisación de las ideas

y la de las palabras, y si se escriben las palabras no quedará en muchas ocasiones tiempo alguno para la buena selección y ordenamiento de las ideas. Nadie negará que es preferible dedicar el tiempo a las ideas e improvisar las palabras.

(c) Este método favorece por lo general la economía de tiempo que puede dedicarse a la cultura general u otros trabajos pastorales. Quizá al principio el predicador sin experiencia necesitará más tiempo para la preparación de un sermón improvisado que de uno escrito; pero después que haya tenido alguna práctica economizará mucho tiempo.

(d) En el acto de la predicación, el que se expresa en frases improvisadas tiene inmensas ventajas. Con mayor facilidad que si leyera o recitara, podrá aprovechar las ideas que le ocurran al momento, y el efecto será mucho mejor. Quien posea, aunque sólo en grado humilde, dotes oratóricas, habrá observado que aun después de prepararse cuidadosamente, algunos de los pensamientos más nobles e inspiradores se presentarán a su mente al tiempo de predicar. Si sintiéndose profundamente impresionado con la importancia de su tema, y absorto en él logra llamar la atención de algunos buenos oyentes siquiera, y el fuego de su propia mirada vuelve a él reflejado en los ojos de los que lo escuchan, sentirá arder su alma, y en tales ocasiones no podrá menos que encontrar pensamientos más espléndidos y preciosos que los que jamás visitaron su mente en la soledad.

(e) Una ventaja aun más importante que la anterior se obtiene también por este método: toda la masa del material preparado se ilumina y se calienta, y aun se transfigura por la inspiración que propor-

ciona el acto mismo de la predicación. El lenguaje del predicador se eleva sin esfuerzo consciente hasta adaptarse a la altura y belleza de sus conceptos. Jamás podrá ser propiamente descrita tal exaltación del alma, pero el que no sepa por experiencia lo que significa, de seguro no nació para orador. Aparte, pues, del hecho de que se presentaban a la mente nuevos pensamientos, este método de predicación da lugar a esos cambios de forma y color de los pensamientos en el acto de su presentación y aumenta incalculablemente su poder.

(f) Por otra parte, el predicador puede observar, mientras pronuncia su discurso, el efecto que está produciendo en su auditorio, y cambiar deliberadamente las formas de expresión y aun la manera general de presentar su sermón, en conformidad con sus propios sentimientos y los de sus oyentes. Tal adaptación es especialmente deseable en las partes hortatorias, que son con frecuencia las más importantes del sermón. Si tanto el predicador como los oyentes han llegado a sentirse intensamente excitados, convendrá usar figuras vigorosas, y en general, el lenguaje de la pasión; no hacerlo así sería decepcionar a los oyentes. Peor aun será que, no habiendo logrado el predicador excitar los sentimientos de sus oyentes, trate de aparecer apasionado tan sólo por usar las frases que ha preparado de antemano. Nadie negará la inmensa importancia de esta consideración. ¿Qué predicador al predicar el mismo sermón a distinto auditorio no ha podido observar diferencia, a veces muy grande, en los sentimientos con que, tanto él como sus oyentes, llegaron a la exhortación final? Unas pocas frases que por sus conceptos, estilo y expresión se adapten al estado de ánimo de los oyentes, intensificarán maravillosamente el efecto del discurso; pero es imposible predecir con seguridad cuál ha de ser tal estado de ánimo. Por esto el que lee o recita su sermón, estará siempre expuesto a fracasar, mientras que el orador acostumbrado a la improvisación, fácil y naturalmente se elevará o descenderá hasta el nivel que convenga a los sentimientos del momento.

(g) Puede preguntarse también en qué sentido muestra su dependencia del Espíritu Santo y de la oración el predicador que tiene ya trazado todo su camino y está resuelto a seguirlo paso a paso. Por supuesto que debe pedirse la ayuda divina en la preparación del discurso, y si se va a leer éste, debe pedirse que nuestros sentimientos correspondan con la lectura; pero ¿cuánto más natural es tal oración y real la dependencia de la ayuda divina si el sermón no se ha echado en moldes fijos, sino que habiéndose reunido el material se ha fundido en la mente, reservándose para el momento de la predicación el último acto del proceso?

(h) Sólo en la predicación improvisada es posible hablar con perfecta naturalidad y obtener los mejores resultados. Sólo por este método serán la voz, el ademán y la mirada lo que la naturaleza dicta, y capaces de desarrollar todo su poder. El que así habla podrá fácilmente ganar las simpatías de sus oyentes, ya que éstas tienen por objeto el hombre, no la composición.

(i) Otra ventaja de este método es que siguiéndolo se adquiere la facilidad para hablar sin preparación inmediata. El predicador que no pueda hacerlo en un

caso dado, perderá muchas oportunidades de ser útil, y lo resentirá su influencia sobre el pueblo, que juzgará reprochable su incapacidad.

(j) Quizá la más importante ventaja de todas se deba a que éste es el método popular. No es tan fácil interesar a una congregación con una lectura o una recitación como con la predicación directa de la Palabra. Quizá una congregación compuesta exclusivamente de personas muy educadas prefiriera a veces la lectura o la recitación; pero nuestras congregaciones regulares en las que abunda la gente sencilla, siempre preferirán que se les hable directamente, sin preocuparse por la escrupulosa corrección de la frase.

2. Consideremos ahora las desventajas de la predicación improvisada, algunas de las cuales requieren mucha vigilancia y atención en la práctica.

(a) Quizá la más grave de todas consiste en la propensión a descuidar la preparación cuando se ha logrado cierta facilidad de pensamiento y expresión. Los hombres propenden al abuso de sus privilegios, pero no por ello hay que desechar los mismos privilegios. Si muchos improvisadores se tornan indolentes, y se fían demasiado de las sugestiones del momento, tienen a lo menos que ejercer cierta actividad mental al tiempo de predicar, mientras que el indolente que se ha acostumbrado a leer o a recitar, se conformará con repetir sermones preparados mucho tiempo antes, sin que para ello sus mentes trabajen en modo alguno ni se calienten sus corazones. Esta tendencia a descuidar la preparación es real y poderosa, pero puede y debe ser resistida.

(b) También existe la desventaja de que la mente tiene dificultad en fijarse en el trabajo de la preparación cuando no se escribe todo el discurso. Esta dificultad puede desaparecer con la práctica; y al principio se logrará vencerla haciendo notas copiosas o hablando del tema en lo privado.

(c) El improvisador no puede citar tan extensamente pasajes de la Escritura o de otros autores como el que lee sus sermones. En cambio citará sólo lo que es realmente importante y que puede recordarse fácilmente. No siempre es un bien la facilidad para citar. Los que leen sus sermones citan a menudo pasajes larguísimos que no sólo no aumentan el interés del sermón, sino que lo disminuyen. Es, por otra parte, mucho mejor generalmente citar las ideas ajenas en nuestro propio lenguaje. Cuando fuere preciso citar un pasaje largo al pie de la letra, podemos leerlo en la Biblia o el libro en que se halle, o copiarlo íntegro y leerlo en el manuscrito.

(d) El estilo de un sermón improvisado será por lo regular menos condensado y pulido que si se escribiera para su lectura o recitación. Pero esto no es necesariamente un defecto. Tal estilo puede ser el que mejor se adapte a la mejor inteligencia de las ideas por parte del auditorio, que quizá tendría dificultad para ello con la formalidad de estilo de un ensayo. Es a menudo absolutamente necesario amplificar y repetir un pensamiento bajo nuevas formas y con distintas ilustraciones cuando hablamos a un auditorio popular, y aun cuando sean educados nuestros oyentes, tal práctica no será inútil. En caso de tener que dar definiciones o citar pasajes breves en los que las mismas palabras sean de especial importancia, podemos de antemano fijar los términos precisos que hemos de emplear, ya sea escribiéndolos o

no. Sin embargo, hay que tener cuidado en no incurrir en esas repeticiones cansadas, esa pesadez de estilo y embrollo de ideas y palabras que ocurren en tantos sermones, y especialmente evitar esas "conclusiones que jamás concluyen," lo cual se logrará extremando el cuidado en la preparación y escribiendo con frecuencia para otros fines.

(e) El éxito de un sermón improvisado depende en parte de los sentimientos del predicador al tiempo de la predicación y de las circunstancias que concurran, de modo que está expuesto al más completo fracaso. Por esto, más que por ninguna otra causa jamás intentan algunos improvisar. Sin embargo, el predicador gana más que pierde por esta circunstancia. Quien no es capaz de fracasar, jamás será elocuente, pues si no se posee una naturaleza excitable, sobre la cual tengan influencia las circunstancias favorables o adversas, nada habrá capaz de exaltarlo o inspirarlo en alto grado. Un método de predicación que haga imposible el fracaso, hará también imposible un triunfo superior.

(f) Si el sermón se usa de nuevo, y no ha sido escrito totalmente, se requerirá una nueva preparación. Pero también esto es ganancia más que pérdida, pues de esta manera podrá el discurso adaptarse más fácil y exactamente a las nuevas circunstancias. Un sermón adaptado exactamente a un auditorio u ocasión será, cuando menos en muchos de sus detalles, impropio de otra alguna. Sólo el predicador que improvisa podrá fácilmente hacer los cambios necesarios, quizá pequeños, pero indispensables para el resultado práctico. Puede ser también que nuestras mismas ideas u opiniones sobre algún punto hayan cambiado,

y esto demandará una nueva preparación.

(g) Otra desventaja, y bastante seria, de este método es su propensión a impedir que el predicador adquiera la costumbre de escribir. Mientras mayor sea su facilidad de palabra, mayor será también su aversión por el trabajo lento y cansado de escribir, y llega a desarrollarse en él lo que algunos han llamado "calamofobia," o seą, horror a la pluma. Esto priva al predicador de muchos medios importantes de ser útil,—especialmente en nuestro día, la era de la imprenta—y a la vez reacciona desastrosamente sobre su poder oratórico. Tanto el principiante como el orador experimentado deben obligarse a escribir mucho y cuidadosamente. No precisamente los sermones que han de predicar, sino ensayos, composiciones, artículos o sermones que hayan predicado. De este modo sus hábitos de escribir y hablar mantendrán en equilibrio sus métodos de pensamiento y su estilo de expresión.

Cabe aquí observar que todas las desventajas de la predicación improvisada pueden obviarse por esfuerzos resueltos y juiciosos, mientras que la lectura y la recitación tienen desventajas inherentes que es imposible remediar por completo. El que tenga disposiciones oratóricas naturales, logrará vencer las dificultades de la predicación improvisada, y en esta práctica, y sólo en ella, hallará amplio campo para el ejercicio de todas sus facultades. Y no nos referimos a los pocos grandes oradores solamente, sino a todos los que tengan algún talento innato para hablar en público, inclusos los que jamás lo han desarrollado por falta de ejercicio o por seguir métodos equivocados.

IV. Breve Historia de los Tres Métodos.

No hay duda de que se hablaba en público mucho antes de que se inventase la escritura, del mismo modo que se hace esto actualmente entre los salvajes; y desde el principio algunos de estos discursos eran pensados de antemano, y aun se fijaba en cierto grado su lenguaje. Cuando se generalizó la escritura, nada más natural que la preparación se hiciese por escrito. Los grandes oradores griegos y romanos improvisaban y recitaban, y muchos de sus discursos que parecen haber sido recitaciones, fueron en realidad improvisaciones después de cierta preparación por escrito. Si alguna vez se practicó la lectura de discursos entre los griegos y los romanos, o la lectura de sermones entre los primitivos cristianos, fue cosa rara y excepcional. "Los sermones," dice Neander refiriéndose a la época de Crisóstomo y Agustín, "eran a veces, pero raramente, leídos en el manuscrito o repetidos de memoria; otras veces eran pronunciados libremente conforme a un plan preparado previamente; y otras veces eran completamente improvisados. Esto último lo sabemos incidentalmente por lo que se dice acerca de Agustín, que en ciertas ocasiones era inducido a la elección de su asunto por el pasaje que el *praelector* había escogido para su lectura, y que otras veces era impulsado por alguna impresión del momento a dar a su sermón un giro distinto del que se había propuesto originalmente. Nos informa también Crisóstomo que frecuentemente le era sugerido el asunto por algo que encontraba en camino a la iglesia o que le ocurría repentinamente durante el servicio divino."

La generalización de la práctica de leer los sermones parece haberse originado durante el reinado de Enrique VII. Dice Burnet en su Historia de la Reformación que "los que eran licenciados para predicar, viéndose frecuentemente acusados por causa de sus sermones, y porque continuamente eran presentadas al rey quejas por personas de ambos bandos, recurrieron a la costumbre general de escribir y leer sus sermones, de donde ésta se hizo común." Se acentuó aun más la práctica citada a consecuencia de las guerras civiles, especialmente por el desagrado producido por lo apasionado de la predicación de los independientes. Carlos II trató vanamente de cambiar tal costumbre, pues continuó practicándose la lectura en la Iglesia de Inglaterra. En el Continente ha sido rara esta práctica, como también entre los Romanistas de todas partes, y sólo es común entre ciertos protestantes de Inglaterra y América.

V. Preparación General y Especial para la Predicación Improvisada.

El predicador debe cuidar de su salud, no sólo por los motivos que tienen todos para ello, sino porque el trabajo de la predicación demanda un alto grado de energía nerviosa y poder físico. Más de un buen sermón fracasa porque el predicador se siente agotado físicamente antes de concluirlo, lo que lo incapacita para experimentar una emoción profunda y para hablar con poder.

Debe acostumbrarse a pensar con exactitud y rapidez, y a seguir sin interrupción el encadenamiento de las ideas sin auxilio exterior alguno. Debe poder citar la Biblia sin titubear y conservar frescos todos

sus conocimientos, a fin de poder utilizarlos en el momento oportuno y preparar sus sermones en corto tiempo cuando esto fuere necesario.

Debe prestar cuidadosa atención a su manera de expresarse tanto por escrito como en la conversación; formar el hábito de buscar los términos precisos y de formar frases gramaticales simples y fáciles a la vez. Debe evitar en la conversación familiar el uso de términos o expresiones vulgares, sin incurrir, por otra parte, en pedantería. No debe haber diferencia muy marcada entre el estilo empleado al hablar en público y el de la conversación. Para poder hablar bien algunas veces, es preciso hablar siempre bien. Quien haya formado tales hábitos puede sentirse tranquilo, pues su lenguaje jamás adolecerá de defectos graves.

El joven predicador que quiera improvisar debe comenzar a hacerlo desde luego. Si por timidez o falta de experiencia se figura que debe comenzar por leer o recitar sus sermones, pronto adquirirá una costumbre que difícilmente logrará dejar después.

Es importante que se arregle bien el sermón según el orden natural de los pensamientos para no tener dificultad ninguna en recordarlos. No se debe divagar sin rumbo sobre el asunto, sino tener puntos distintos y bien marcados, y avanzar firmemente de uno a otro. Ya sea que tenga divisiones formales o no, un discurso popular debe siempre tener puntos precisos. Si el predicador ha tenido cuidado de trazar distintamente su camino, podrá, cuando lo demande la ocasión, salirse de él sin temor de no volver a encontrarlo.

Si el predicador escribe notas al tiempo de su preparación, generalmente hará bien en no llevarlas al púlpito. Cuando tenga que tratar determinados asuntos, o hacerlo de un modo especial, quizá convenga que las lleve; pero por lo regular es mejor que se tome el tiempo suficiente para diluir bien el sermón en la mente, de modo que pueda luego fluir con libertad; o en otras palabras, determinar el camino que ha de seguir con tal claridad que pueda sin dificultad verlo todo de principio a fin. No es necesario para esto memorizar palabras, y se logrará pronto con la práctica. En algunos casos puede ser indispensable fijar en la mente aun las mismas palabras que se han de emplear, especialmente cuando se trate de definiciones, o de la transición de una idea a otra, o de algunas figuras que importa presentar con precisión y elegancia para que su efecto sea bueno. También conviene aprender de memoria los pasajes de la Escritura que han de citarse, como también toda clase de citas a fin de decirlas sin vacilación.

Ya puede verse que todo joven predicador sin experiencia puede hablar improvisadamente sin gran peligro de completo fracaso. Arregle su discurso con el mayor cuidado, medítelo de principio a fin sin hacer esfuerzos por retener las palabras, excepto en los casos mencionados arriba, pero sí esforzándose por retener los pensamientos y su sucesión. No es por demás que ensaye su sermón en su cuarto o en el campo, práctica que ha sido de gran utilidad para muchos en los comienzos de su ministerio. Pida la ayuda de Dios, y suba al púlpito sin temor: logrará recordar mucho mejor que se figura, y rápidamente aumentará la facilidad con que lo haga.

No son por demás algunas otras recomendacio-

nes: Si se os olvida lo que pensabais decir en seguida, no os detengáis, que nada hay tan mortificante como una pausa muerta, y el malestar aumenta en proporción geométrica con los segundos que pasan. Decid algo, repetid, pero no os detengáis. Si os enredáis en la construcción de un período, no volváis atrás, rompedlo. Si habéis incurrido en un error gramatical o de pronunciación, no os detengáis a corregirlo, a menos que sea serio. Se perdona una inadvertencia ocasional con tal que el estilo general sea bueno. Y si cometéis graves yerros en vuestro estilo, y si olvidáis vuestros mejores pensamientos o fracasáis completamente, esto no os matará. Otros grandes hombres también han tenido sus fracasos. Recordad al joven Roberto Hall.

La palabra en público es uno de los más nobles ejercicios de las facultades humanas, y la predicación es su forma más elevada. Si, pues, la improvisación es el mejor método de predicación, vale ciertamente la pena de esforzarse por lograr en ella la excelencia—cultivar fiel y diligentemente nuestras facultades, y no cejar jamás en nuestro propósito de hacer siempre lo mejor posible.

CAPITULO II.

De la Dicción, en Cuanto a la Voz.

I. Observaciones generales sobre la dicción. II. La Voz—sus poderes distintos. III. Mejoramiento general de la voz. IV. Uso de la voz al hablar en público.

I. Observaciones generales sobre la dicción.

No se necesita que insistamos sobre la importancia de la dicción, ya que escribimos para personas que entienden su carácter y aprecian los fines de la oratoria.

La dicción o pronunciación de un discurso no consiste tan sólo, ni aun principalmente, en la vocalización o gesticulación indispensables para ello, sino que supone que el que habla está posesionado de su asunto, en plena simpatía con él y convencido de su importancia; que no está simplemente repitiendo palabras de memoria, sino dando a luz el producto vivo de su mente. Aun la acción sólo es buena en cuanto el actor se identifica con la persona representada—pensando y sintiendo realmente lo que dice. En el orador ésta debiera ser perfecta, pues no está tratando de representar a otras personas, ni de apropiarse pensamientos ajenos o sentimientos, sino que procura o debe procurar presentarse con su propia personalidad y expresar lo que su propia mente ha producido.

¿Por qué, pues, es tan frecuente el fracaso de los

oradores en este punto? En parte, porque muchos de los pensamientos que presentan son prestados, y no han sido digeridos por la reflexión ni incorporados en la substancia de su propio pensamiento. En parte, porque con demasiada frecuencia no dicen lo que realmente sienten, sino lo que piensan que deberían sentir y tratan de sentir, aunque sin lograrlo. Más aun, porque están expresando lo que es producto de una actividad mental previa, la del tiempo de la preparación; y aunque entonces tanto el pensamiento como el sentimiento hayan sido genuinos y reales, el estado mental que los produjo no se repite más que imperfectamente. En cada uno de estos respectos puede verse que el orador está expuesto a convertirse en actor hasta cierto punto. Es cuestión de suprema importancia para todo orador, y especialmente para los predicadores, resistir la inclinación a convertirse en actor, y debe cuidarse celosamente de no decir más que lo que realmente piensa y en verdad siente.

Una oración o discurso, en el sentido estricto del término, sólo existe en el acto de hablar. Todo lo que precede es sólo la preparación para el discurso; todo lo que queda después es la relación de lo que se habló. Importa que no pensemos del discurso y la dicción como cosas separadas. Sea cual fuere nuestro método de preparación, ésta no será más que la preparación que debemos conservar viva en nuestra mente, como parte vital de ella, para presentarla luego como pensamiento vivo.

Pero así como la preparación no es una oración mientras no haya sido dicha en público, tampoco debe recibir atención separada la simple manera de

hablar. Esta debe ser el producto espontáneo de la constitución peculiar del orador influenciado por el asunto que llena en el momento su mente y su corazón. La idea de alcanzar la elocuencia por el mero estudio de la voz y la acción es esencialmente absurda. No hay quien imagine que se hará agradable en la conversación por tales medios.

Las cosas indispensables para la dicción eficaz pueden resumirse brevemente como sigue:

Tened algo que decir, y la seguridad de que vale la pena decirlo; pues ninguna cosa contribuirá tanto como esta confianza a dar dignidad, precisión, facilidad y poder a la dicción. Dése al plan un buen arreglo, no según el estilo de un ensayo, sino con el movimiento ordenado y rápido, propio de un discurso. Familiarizaos perfectamente con cuanto os propongáis decir, de modo que no sintáis ninguna inquietud, pues el temor del fracaso interrumpe lamentablemente la corriente de pensamientos y sentimientos. Repasadlo mentalmente pocos momentos antes de la hora de hablar, para que podáis sentiros seguros del terreno, y vuestros sentimientos se exciten en simpatía con el asunto; pero conviene que inmediatamente antes de hablar la mente esté libre de todo pensamiento activo, manteniéndose sólo en actitud quieta y devocional. Ved que vuestra condición física sea tan vigorosa como se pueda. Para esto procurad conservar una buena salud en lo general; dormid bien la noche antes de hablar; comed moderadamente en las horas que preceden al acto, y sólo alimentos de fácil digestión; y si podéis evitarlo, no agotéis vuestra vitalidad durante el día en conversación excitante. Es de la mayor importancia mantener en

condición sana el sistema nervioso, de modo que el sentimiento pueda rápidamente responder al pensamiento, y conservarse al mismo tiempo un completo dominio de sí.

Sobre todo, conservad vuestra personalidad. Hablad con libertad y franqueza lo que penséis y sintáis. Mejor es tener mil faltas que, por el temor de tenerlas, resultar insulso. Algunos de los más útiles predicadores, hombres elocuentes en un sentido verdadero y elevado, han tenido graves defectos. Adquirid la costumbre de corregir vuestras faltas hasta donde sea posible, pero ya sea que la voz y la acción sean buenas o malas, si tenéis algo que decir, decidlo. Y de todas maneras, evitad la afectación y aun el artificio.

II. La Voz—sus poderes distintos.

La voz es el gran instrumento del orador. Nada hay en la constitución física del hombre que tenga la importancia de la voz. No todos los oradores eminentes han tenido una figura imponente, pero todos los que han llegado a la eminencia han tenido una voz eficiente. Las faltas que tienen su origen en la constitución orgánica, como la lentitud en la pronunciación, agudeza de tono, debilidad, o articulación defectuosa, pueden a menudo ser remediadas parcialmente mediante esfuerzos juiciosos y pacientes; testigo de ello, Demóstenes. Una voz muy defectuosa en algunos aspectos, puede tener en otros gran poder, y adaptarse precisamente al carácter mental del hombre. De Burke se dice que su voz era áspera y a veces tan ronca que casi se hacía ininteligible; esto hacía que se le escuchase comúnmente con fatiga; pero en algunas ocasiones, cuando expresaba

ciertas variedades de pensamiento y sentimiento, su palabra tenía gran fuerza. Roberto Hall tenía una voz comparativamente débil, pero la hacía eficaz mediante la rapidez en la pronunciación. Son conocidos los dones de Crisóstomo, Whitfield, Spurgeon. Todo esto demuestra que si no puede uno ser orador eminente sin poseer poderes de voz extraordinarios, sí puede ser un orador de eficacia, no obstante graves defectos.

No es preciso que el orador tenga un conocimiento completo de la anatomía y fisiología de los órganos de la voz. Un conocimiento general de ellos le será útil para evitar enfermedades.

Es importante distinguir ciertas facultades de la voz en relación con su uso en público. Son las siguientes:

(1) Extensión, o sea el alcance mayor o menor de su diapasón. La diferencia entre las voces en este respecto es muy notable entre los cantores, pero no es menos real entre los oradores, y es cosa de la mayor importancia para la expresión de la inmensa variedad de sentimientos que experimentará un orador aun en el progreso de un solo discurso.

(2) Volumen. La cantidad de sonido producida es enteramente distinta de su tono, aunque frecuentemente se confunden ambas cosas en el uso popular de los calificativos alto y fuerte. Un volumen amplio, propiamente regulado, hará que la voz sea audible a mayor distancia, y la hará más imponente.

(3) Poder de penetración. La distancia a que uno puede ser oído no depende simplemente del volumen y el diapasón, ni de la articulación distinta; hay diferencia entre las voces en cuanto a su poder de pe-

netración. Semejante diferencia existe en el caso de otros muchos sonidos, naturales y artificiales. Este hecho no ha sido satisfactoriamente explicado, pero la más ligera observación bastará para mostrar su realidad.

(4) Melodía. Esta depende tanto de la dulzura como de la flexibilidad de la voz. Los sonidos deben ser dulces por sí, y la constante transición de un tono a otro, requerida por las variaciones en el sentimiento, debe hacerse con prontitud, precisión y suavidad. No puede ser melodiosa una voz que sea deficiente en cualquiera de estos respectos.

III. Mejoramiento General de la Voz.

Debemos procurar, mediante ejercicio y cuidado generales, adquirir tales hábitos, tanto en cuanto a la palabra como la acción, que hagan innecesario que demos atención a estas cosas cuando estamos actualmente empeñados en la pronunciación de un discurso.

Todo lo que mejore la salud general aprovechará a la voz, y especialmente el *ejercicio muscular,* y particularmente el que desarrolle el pecho y produzca una posición erguida. El canto cultiva la voz en casi todo respecto, y probablemente más que ningún otro ejercicio excepto el mismo de hablar. Por otras muchas razones es conveniente que el ministro pueda cantar, y *cantar* por nota; y los ministros jóvenes, y los que se preparan para el ministerio deben poner cuidado en aprender a cantar. La *lectura* en voz alta es también útil para el cultivo de la voz. Es, no obstante, cosa que fatiga más que el hablar, y debe suspenderse cuando se experimente cansancio. El manejo propio de la voz en la conversación ordinaria es de gran importancia, pues en el uso de la voz, lo mismo que en otras cosas, es imposible que el que es habitualmente descuidado, haga lo que conviene en ocasiones especiales. Téngase cuidado de que la pronunciación en la conversación sea siempre audible y agradable y al mismo tiempo fácil y natural, y no habrá que preocuparse por la pronunciación en público. Los *ejercicios vocales* pueden ser bastante útiles para ciertos fines y hasta cierto punto; pero si son excesivos o de carácter impropio, pueden dañar seriamente los órganos vocales; hay también peligro de que produzcan afectación. Después de todo, la *práctica* misma es, después de la conversación, la cosa principal; pero debe ser práctica cuidadosa, observando las faltas que se desarrollen y haciendo esfuerzos por corregirlas antes que se confirmen y hagan incurables.

Debe tenerse cuidado de no destruir la individualidad de la voz. La voz de un hombre es parte de sí mismo y de su poder; y debe conservarla sin alteraciones esenciales, mejorándola, a la vez, en lo posible.

Conviene notar algunas cosas en cuanto a los medios de mejorar los poderes particulares de la voz.

(1) Nada puede mejorar tanto su extensión como el canto. Puede ser provechoso tomar una frase corta y repetirla al aire libre en un tono sucesivamente elevado o bajo hasta llegar al límite de nuestro diapasón, pero sin que parezca que cantamos al repetirla. Al hacer tal ejercicio bueno es recordar que en tono grave es mejor hablar despacio, y rápidamente en tonos agudos.

(2) La actitud habitual y los ejercicios físicos que

tiendan a ensanchar y fortalecer los pulmones serán las cosas que contribuirán a aumentar el volumen de la voz. El montar a caballo, partir leña, y en grado notable los ejercicios gimnásticos de cierta clase producirán este efecto. Las aspiraciones largas y continuadas, cada mañana antes de almorzar o a cualquiera hora del día en que el estómago no esté lleno, obrarán sobre los pulmones, y con su práctica continuada se ganará más de lo que pudiera suponerse. La costumbre de hablar con la boca bien abierta para mayor libertad y claridad de la pronunciación, es de la mayor importancia. El canto en voz alta (pero no en tonos agudos) será útil, y el mismo ejercicio de hablar en público, si en él se tiene algún cuidado, aumentará invariablemente el volumen de la voz del orador en sus primeros años.

(3) El poder de penetración puede ser aumentado si se da al asunto la atención que requiere, haciendo ejercicios vocales y hablando. El esfuerzo ha de ser por proyectar la voz, hacerla alcanzar lejos sin elevar su tono ni aumentar la cantidad del sonido. Llamando a algún amigo situado en una colina opuesta, o fijando la mirada en una persona distante en un auditorio numeroso y procurando hacerle oírnos, desarrollaremos naturalmente este poder; pero debe tenerse mucho cuidado en no valerse para ello de un cambio de tono. Experimentos físicos de varias clases han demostrado que los tonos *puros,* esto es, los que no se mezclan con ruidos irregulares, tonos llenos, claros, sostenidos, se oyen a mayor distancia que otros: razón importante para cultivar la pureza de tono más bien que su efecto mediante la melodía.

La pureza de tono tiene que ver principalmente

con la pronunciación de sonidos vocales; pero la articulación distinta de las consonantes ayuda también mucho al poder de penetración de la voz. Nada es más común que oír sonidos, y aun sonidos fuertes, al acercarnos a un orador, antes de poder oír las palabras. Se debe esto al hecho de que el orador hincha sus vocales, pero no precisa las consonantes. Estas son, no obstante, las que determinan la palabra.

Son muy comunes grandes defectos en cuanto a la claridad de articulación, y por medios bien sencillos se puede y debe cultivar. En la conversación, en la lectura, al hablar, y especialmente al cantar (porque entonces es más difícil), debe tenerse continuo cuidado de articular cada letra según su verdadero sonido, y especialmente cada consonante.

Quien desee ser oído a gran distancia, debe hablar despacio. Habrá así un intervalo claro entre las ondas sonoras, y aunque lleguen debilitadas por la distancia, serán claras.

(4) En lo que respecta a la *melodía,* ya hemos visto que depende de la dulzura y flexibilidad de la voz. Aquélla es más que nada una cualidad natural, pero puede ser mejorada por el canto; también por la conversación si en ella se presta atención a la pureza del tono, se evita la ronquera y todo mero ruido que tenga que ver con la expresión vocal; y en general, conservando los órganos de la palabra en condición sana. Muy importante son para la melodía los sonidos vocales, pues la prolongación de ellos hace dulces los tonos, las consonantes, que para otros fines deben ser articuladas distintamente, deben suavizarse en interés de la melodía.

Se necesita flexibilidad en la voz, tanto para la ex-

presión exacta de las variaciones de sentimiento, como para la melodía. Se mejorará con la práctica, si se habla con sentimientos sinceros, y puede cultivarse mediante ejercicios que requieran transiciones rápidas de un tono a otro mucho más agudo o más grave. Probablemente el mejor ejercicio sea la lectura de diálogos, en voz alta, en que el lector representa alternativamente cierto número de interlocutores. La animación característica de esta especie de discurso, y los cambios frecuentes y rápidos de la voz que se requieren para mantener la distinción de personas y caracteres, proporcionan los auxilios más eficaces para el desarrollo de este poder. También son buenas para el mismo fin las selecciones humorísticas.

La melodía es cosa deseable, pero aunque no la posea en alto grado, puede un orador lograr que su voz sea por otras razones muy eficaz. Bueno es recordar la falta grave en que incurren algunos oradores, de cantar cuando hablan, dando a su discurso una especie de acompañamiento musical distinto de los sentimientos expresados.

IV. Uso de la voz al hablar en público.

Pueden ser de provecho las siguientes observaciones:

(1) No se principie en voz demasiado alta. Hay peligro especial de hacerlo cuando se habla al aire libre, o en un edificio grande y con el que no estamos familiarizados, o cuando nos hallamos demasiado excitados. Generalmente es muy difícil para el orador bajar el tono de voz con que ha comenzado. Puede darse cuenta de su equivocación en menos de tres

minutos, y hacer repetidos esfuerzos por corregirla, pero las más de las veces fracasará en ello; y al llegar a las partes apasionadas de su discurso, en las que haya necesidad de levantar la voz, emitirá chillidos y gritos destemplados. Todos hemos sido alguna vez testigos de esto. No es imposible cambiar el tono, y debe intentarse cuidadosamente siempre que sea necesario; pero es mucho mejor tener cuidado de no comenzar mal. Si el orador se apasiona en la primera parte de su discurso, no debe desde luego dar a su voz toda su fuerza, sino reservarla para más tarde cuando llegue al punto culminante, como se hace con los más poderosos instrumentos en un oratorio. Por cierto que muy raras veces debe esforzarse la voz hasta su más alto tono, ni dársele todo su volumen; debe haber siempre fuerza de reserva, excepto en algún momento de exaltadísima pasión.

Si bien no debemos empezar hablando en tono alto, sí es importante que el texto sea oído distintamente. Para conseguirlo, cuando el auditorio es grande, es bueno decirlo despacio, distintamente, y si es preciso, por segunda vez, proyectando la voz más bien que elevándola.

(2) No se permita que la voz decaiga en las últimas palabras de un período. Aunque debe con frecuencia bajar, volviendo así al tono general del discurso, no debe caer repentinamente, ni a tono demasiado bajo. No es poco frecuente el que las últimas palabras resulten inaudibles.

(3) Nunca se descuide el tomar aliento antes que los pulmones se hallen enteramente exhaustos; y por lo regular consérvense bien llenos. Esto se logrará generalmente sin esfuerzo en la improvisación; pero

la recitación y la lectura demandan especial atención. Monod dice: "Para lograrlo es preciso respirar con bastante frecuencia y aprovecharse de pequeñas pausas en la alocución." No debe el orador aspirar por la boca, sino por las narices, de una manera regular e invariable. Conserve la cabeza y el cuello erguidos, tanto para respirar con libertad como por otras razones, y que nada haya que oprima su garganta.

(4) Fijad la vista con frecuencia en los oyentes más lejanos, y cuidad que os oigan. Si algunas personas particulares entre los oyentes han perdido la atención, lograréis casi siempre interesarlos de nuevo dirigiéndoles discretamente la voz por algunos momentos.

(5) Que haya variedad: de tono, de fuerza, de rapidez. La monotonía destruye la elocuencia. Pero la variedad de expresión debe lograrse no como cosá aparte de las ideas del discurso, sino cuidando de que haya verdadera variedad de sentimiento, y expresando luego cada sentimiento particular del modo más natural.

Por lo demás, no hagáis caso de reglas, y pensad sólo no en vuestra voz, sino en vuestro asunto y en aquellos a quienes deseáis producir determinada impresión. Sólo que cuando alguna falta notable haya llamado la atención, nos haya sido indicada por algún amigo, haced lo posible por evitarla en lo futuro.

Nota sobre el Mal de Garganta de los Predicadores.

El uso excesivo o defectuoso de los órganos de la voz produce con frecuencia en los predicadores la laringitis, o sea inflamación de la laringe en su parte

superior. Se forman úlceras visibles sin necesidad de instrumentos, oprimiendo tan sólo la lengua con una cuchara. Sus causas son varias: (1) Debilidad general de salud, especialmente de los órganos de la nutrición. (2) El hablar mucho cuando la persona se halla bajo la influencia de emociones deprimentes. Esto hace que la garganta se contraiga naturalmente, y el esfuerzo por hablar resulte más fatigoso. (3) El hablar cuando se tiene ronquera. (4) El cantar cuando los órganos están fatigados. (5) El predicar desde plataformas demasiado elevadas, siendo necesario inclinar la cabeza para mirar a los oyentes. Esto hace que se doble y contraiga la garganta precisamente en el punto donde se produce esta enfermedad. (6) La lectura es mucho más perjudicial a estos órganos que el habla. El síntoma que demanda cuidado especial es la sensación de fatiga y debilidad en los órganos. En todo tiempo, pero principalmente cuando la salud general es débil, este síntoma indica la necesidad imperiosa de descanso. Debe dejarse de predicar y de cantar, y evitarse con cuidado los resfriados.

Los principales remedios para la laringitis son el descanso temporal y el procurar el mejoramiento general de la salud. La equitación, los viajes, y en general los ejercicios activos producirán regularmente la cura en pocas semanas. Si se forman úlceras y el médico recomienda la cauterización, debe procederse a ella sin vacilación.

CAPITULO III.

De la Acción.

El término acción se limita comúnmente a lo que Cicerón llama el *sermo corporis,* o sea, sermón del cuerpo, incluyendo la expresión del rostro, la postura y el ademán, pero sin incluir el uso de la voz.

La libertad y variedad de acción que pueden observarse en los niños cuando hablan entre sí demuestra que es perfectamente natural. Su maravilloso poder de expresión, aun aparte del lenguaje, se puede a veces apreciar en los sordo-mudos y en las personas hábiles para la pantomima. Se cuenta de una disputa que tuvieron Cicerón y Roscius, un famoso actor, acerca de quién de ellos podía expresar más elocuentemente un pensamiento, si el uno con palabras o el otro con señas. En muchos casos un gesto es mucho más expresivo que cualquier número de palabras. "Se percibirá claramente cuán cierto es que el lenguaje debe ser considerado como un estorbo al pensamiento, con todo y ser su necesario instrumento, recordando la fuerza comparativa con que las ideas simples pueden ser comunicadas mediante señas. Decir 'Vete de aquí,' es menos expresivo que señalar la puerta. Hay más energía en el acto de colocar el dedo sobre los labios que en decir, 'no hables.' Una señal hecha con la mano es mejor que un 'Ven acá.' Ninguna frase dará tan viva idea de sorpresa como

el abrir los ojos y levantar las cejas. Un encogimiento de hombros perdería mucho de su significación si se tratara de traducirlo en palabras" (Spencer). "El que en este lenguaje de señas es maestro, posee, en verdad, un poder casi mágico; y cuando el orador puede cambiarlo con la palabra, logra una intensísima vivacidad de expresión. No sólo su boca habla, sino también sus ojos, su cara, sus dedos. Los oyentes leen sus sentimientos en su cara y sus miembros aun antes de que su voz llegue a sus oídos: son a la vez espectadores y oyentes" (Dabney).

¿Cómo es que el hombre tan frecuentemente parece haber perdido este maravilloso poder que de niño poseía? En algunos casos es porque al pasar la juventud ha sido endurecido por la fiera lucha por la vida, perdiendo la vivacidad y frescura de sentimientos de la infancia. En los más de los casos es porque ya no puede como el niño olvidarse de sí mismo al hablar, y ya sea por timidez o vanidad, su actitud se hace forzada y torpe. Sólo es verdadera la acción cuando es espontánea, y por el momento, casi inconsciente. Aun el niño se siente cortado tan pronto como ve que lo observan; y, por otra parte, aun en el hombre más tímido o presumido, cuando el asunto absorbe toda su alma, y llega por el momento a olvidarse de sí mismo, la acción se hace libre y expresiva,—a lo menos en cuanto lo permiten los malos hábitos que hubiere contraído.

¿Cómo, pues, logrará el predicador en este respecto también, hacerse como niño? Debe cultivar sus sensibilidades religiosas; cuidarse más de sus temas sagrados y menos de sí mismo—subordinar completa y habitualmente la idea de su persona al pensamien-

to de salvar almas y glorificar al Redentor; debe recordar que él mismo, tal cual Dios lo hizo, es llamado a predicar el Evangelio; y que con su inalterada individualidad, desarrolladas sus facultades y corregidos sus defectos, ha de hacer la obra que se le asignó. Luego, plenamente posesionado de su asunto, levantándose sobre todo temor de los hombres, y ardiendo en celo por ser útil, hable lo que piense y sienta. Sin duda que incurrirá en equivocaciones; pero ¿qué importa? No es posible que un niño aprenda a andar sin caerse alguna vez. Pero así como el niño no seguirá cayéndose todo el tiempo, el predicador sabrá aprender las lecciones de sus yerros. No siempre se dará cuenta de éstos desde luego, preocupado como se halla con cosas superiores, pero recordará después sus faltas de acción, o no faltará algún buen amigo o un crítico severo que se las señale, lo que le hará tener más cuidado la vez próxima, y corregirse.

Algunos accionan naturalmente mucho más que otros. Hay diferencia en este sentido entre las diferentes razas, y entre individuos de la misma raza que habitan distintas regiones. Los pueblos más excitables, como los franceses, gesticulan casi constantemente; los ingleses muy poco. Los americanos son naturalmente más ardientes y excitables, y más inclinados a gesticular que los ingleses. El mismo individuo accionará más o menos de acuerdo con su condifición física y sentimientos del momento, como también según su asunto y circunstancias. Fiaos pues del impulso espontáneo. No refrenéis la naturaleza, sino cuando se presenten faltas particulares. Y jamás forcéis la naturaleza; la acción no es indispensable, y la acción forzada perjudicará. No había nada

notable en el ademán de Spurgeon, pero poseía una voz extraordinaria; pero, por otra parte, aun existe en Eisenach un pupitre de encino que Lutero rompió de un puñetazo al predicar. El apóstol Pablo parece haber tenido una manera peculiar e impresiva de extender la mano. Haced, pues, lo que para vosotros sea más natural en cada ocasión; accionad mucho o poco, de un modo o de otro, pero nunca olvidéis que no estáis empeñados en un torneo, sino en una batalla, y que lo que importa no es que observéis cuidadosamente las reglas, sino que venzáis.

Ya se ha indicado arriba que la acción incluye varias cosas distintas:

1. La expresión del rostro tiene gran poder. Con ella suplicamos, amenazamos, conciliamos; se manifiesta tristeza o gozo, entusiasmo o desaliento; de ella están todos pendientes, la observan y estudian, aun antes de que hablemos. La expresión del rostro es casi involuntaria, y poco puede hacerse por mejorarla, si no es en la corrección de defectos. Cuando un hombre está posesionado de su asunto, y subordina por completo todo pensamiento de sí mismo, su rostro asumirá espontáneamente toda expresión apropiada.

Cicerón dice: "En la peroración nada hay que tenga más efecto después de la voz como la expresión del rostro; y ésta es dominada por los ojos." El poder de expresión del ojo humano es tan grande que determina en cierto modo, la expresión de todo el rostro. Es casi imposible disimular. Se dice que los jugadores se fían más del estudio de la mirada de sus adversarios para descubrir su juego, que de ninguna otra cosa. Hasta los animales sienten su poder. El perro observa los ojos de su amo, y sabe por su ex-

presión si ha de esperar una caricia o tener un castigo. Se dice que el león no puede atacar a un hombre mientras éste lo vea fijamente. Todas las pasiones y emociones del corazón en todos sus grados y combinaciones se expresan con plenitud y poder en los ojos. Ahora bien, en ciertos respectos podemos gobernar nuestra mirada. No podremos hacerlos brillar, arder o derretirse; pero siempre podremos *mirar* a nuestros oyentes. Es difícil exagerar la importancia de esto. Aparte del poder directo que el ojo del orador tiene sobre el auditorio, es mirándolo fijamente como podrá observar la expresión de sus rostros y ponerse en contacto vivo con ellos. Ya hemos hecho observar el poder estimulante que la simpatía del auditorio ejerce sobre el orador. Quien no se sienta ayudado por ella no nació para orador. Y en adición al efecto involuntario que en el orador mismo se produce por la observación de los rostros de sus oyentes, podrá también darse cuenta del efecto que producen sus palabras, y adaptar sus pensamientos, estilo y maneras a las condiciones del momento.

Si los sentimientos del predicador son los que deben ser, su mirada al principiar será respetuosa sin timidez, independiente sin provocación ni arrogancia, y solemne sin mojigatería. En el curso de su sermón cambiará su carácter con cada variación de sentimiento.

2. Postura. Si al andar, sentarnos, ponernos de pie o montar a caballo cuidamos de mantenernos erguidos habitualmente, y de adquirir facilidad de movimientos, poco peligro habrá de asumir al hablar en público, postura que no sea natural y apropiada. Pero hay varios defectos que, por falta de tales hábitos,

o por los conceptos erróneos que algunos tienen de la oratoria, o por los sentimientos impropios que embargan el ánimo al tiempo de hablar, se observan con frecuencia en el púlpito. Conviene mencionar algunos de ellos.

Una de las faltas más comunes de los predicadores es la de reclinarse sobre el púlpito. Todo orador inexperto está propenso a sentir como que pierde el equilibrio por la misma inquietud que experimenta, y busca algo en que apoyarse. El púlpito es tan conveniente para tal propósito que no es extraño que se adquiera la costumbre a que nos referimos. Cuando un joven predicador observe que está propenso a ello, no sólo debe resistir tal inclinación mientras está en el púlpito, sino que debe procurar hablar en reuniones sociales o en la escuela dominical, sin ningún objeto delante de él. Rápidamente se formará la costumbre, buena o mala, en este respecto.

El cuerpo debe simplemente, estar derecho. En muchos es una natural expresión de deferencia para el auditorio una ligera inclinación de cabeza al empezar, pero aun ésta debe desaparecer al animarse el predicador en el curso de su sermón. Es falta grave mantenerse habitualmente inclinado, tanto porque se ve mal, como porque perjudica los órganos de la palabra, y debe ser corregido en lo posible. Tal actitud es en algunos natural o invencible. En cambio, el alzar demasiado la cabeza, como lo hacen algunos, produce la impresión de arrogancia y presunción.

Los brazos deben caer naturalmente a los lados. Cruzarlos sobre el pecho es actitud expresiva de peculiares sentimientos y rara vez debe hacerse tal cosa. El colocar las manos sobre las caderas, si es

con los dedos hacia adelante, parece indicar desafío y petulancia; y si con los dedos hacia atrás, da la idea de debilidad de espaldas. Entrelazar los dedos de las manos sobre el abdomen es actitud que causa desagrado, y cogérselas por la espalda no resulta gracioso, particularmente si se hace por debajo del saco. Meterlas en las bolsas del saco es inelegante, y meterlas en las de los pantalones es vulgar. Poner una mano sobre el pecho, u ocuparla en jugar con un dije o con los botones del saco (como lo hacía Andrés Fuller) es en mayor o menor grado impropio. Lo natural es dejar caer las manos a los lados del cuerpo con perfecta soltura, con las palmas hacia el cuerpo, hasta que se presente ocasión de mover una u otra o ambas en algún ademán, después de lo cual deben volver a su primera posición, si bien en muchos casos pueden permanecer por algunos momentos en cierta posición intermedia en comparativo reposo.

Los pies no deben estar ni demasiado retirados el uno del otro, como los de los marineros, ni en inmediato contacto. Su posición precisa será determinada por la constitución y hábitos de cada uno, y no deben darse reglas que impongan determinada postura. El orador romano generalmente se paraba con el pie izquierdo un poco hacia adelante, porque llevaba la toga en su brazo izquierdo, y el antiguo soldado avanzaba el pie izquierdo, porque su brazo izquierdo sostenía el escudo. No existen actualmente causas semejantes para echar adelante el pie izquierdo. La única sugestión que puede hacerse es que si en determinado momento está una mano ocupada activamente en hacer ademanes, parece lo más natural que el pie

del mismo lado se ponga un poco adelante. La frecuencia con que un orador cambie de postura dependerá de su temperamento o su grado de excitación en el momento; no hay para qué preocuparse por esto, a menos que se sienta uno propenso a movimientos demasiado inquietos y nerviosos, que deben evitarse.

El que se sienta inclinado a cualquiera de estas faltas, debe corregirlas resueltamente y estar siempre alerta contra ellas. La única verdadera dificultad para corregir tales faltas, comparativamente de poca monta, es que llegamos a figurarnos que no vale la pena. Para los jóvenes será tarea relativamente fácil el corregirlas, y posible aun para los de edad media. Una inquebrantable determinación, la perseverancia, y especialmente el cuidado en formar hábitos opuestos cuando no se está en el púlpito, serán coronados por el éxito. Y si tales defectos no pueden ser realmente corregidos, lo mejor será no apurarse por ello, y hacer lo mejor que se pueda.

3. El ademán, considerado aparte de la postura, denota el movimiento, ya sea de toda la persona, o de los pies, el cuerpo, la cabeza, o las manos. No es natural que el orador, si está en algún sentido animado, permanezca completamente inmóvil, y es importante que evite el ajetrearse y recorrer la plataforma de un lado a otro como una fiera en su jaula. Entre tales extremos, el orador puede cambiar de lugar con mayor o menor libertad, de acuerdo con su temperamento, las circunstancias y el gusto propio. Dar patadas puede servir en ocasiones para expresar indignación o algunos otros sentimientos vehementes, pero también puede sugerir la idea de ira impo-

tente; y de todos modos es ademán que difícilmente podrá considerarse propio del predicador. Ciertos movimientos del cuerpo, como el de balance, deben evitarse, como también el inclinarse demasiado hacia adelante. La cabeza tiene una variedad de movimientos apropiados y expresivos, pero debe evitarse toda extravagancia, como también la extrema vehemencia y la monotonía.

Los brazos y las manos deben ser considerados conjuntamente, ya que al hablar en público difícilmente puede hacerse un movimiento con la mano que no vaya acompañado naturalmente de algún movimiento del brazo. Los griegos designaban todo el arte de la elocución con el término "quironomía," o sea, el manejo de las manos. Ciertamente, las manos y los brazos son para los ademanes, de importancia suma. Quintiliano dice: "En cuanto a las manos, sin las cuales el discurso parecería mutilado y débil, difícilmente podría decirse cuantos movimientos tienen, pues que casi iguala su número al de las palabras. Si otras partes del cuerpo ayudan al orador, puede decirse que éstas hablan por sí." Pero muchos oradores no saben qué hacer con sus manos, y una dificultad semejante se observa con frecuencia en los salones y aun en la calle. En relación con esto menciona Gresley una ventaja de leer los sermones: "El que habla improvisadamente . . . tiene que hallar algún empleo para sus manos; pero si tenéis vuestro sermón escrito ante vosotros, vuestras manos estarán ocasionalmente ocupadas en volver los pliegos del manuscrito," y así el afortunado lector no se verá obligado a hacer ademanes.

Sería fastidioso el catalogar las faltas que pueden

observarse en los ademanes del brazo y las manos. Entre los más comunes puede mencionarse cierto sacudimiento de manos que llega a ser un hábito; un movimiento que puede ser propio para expresar repulsión o aborrecimiento, pero no para otra cosa, y también cierta clase de boxeo. Unos mueven el brazo de arriba abajo como brazo de bomba, y otros mueven sólo el antebrazo como alas de pingüino, en vez de mover el brazo desde el hombro. Los movimientos angulares son propios para expresar ciertos sentimientos, pero si son habituales revelan torpeza. La palma de la mano, que es su parte más expresiva, debe en lo general volverse hacia el auditorio un tanto abierta. "Pero cuántas veces vemos que el orador presenta al auditorio su mano rígida y plana como un pedazo de tabla, o de lado como un cuchillo, o ahuecada como la de un mendigo para recibir la limosna. Otras veces se nos presenta cerrada en actitud de dar puñetazos." (Rusell.) La mano cerrada, el índice en actitud de señalar, etc., son ademanes de mucho efecto cuando se les quiere dar su sentido peculiar, pero en otras ocasiones son impropios y perjudiciales. Es también falta común la de dejar caer la mano dando una palmada en la cadera, y la de dar palmadas con demasiada frecuencia, lo que pocas veces resulta apropiado. Hay predicadores también que tienen la manía de golpear continuamente la Biblia.

Tenga cuidado el orador, en todas las ocupaciones y circunstancias de su vida, de procurar que su actitud sea siempre natural y no sin gracia. Si así lo hace, no tendrá que preocuparse mucho por su postura y ademanes cuando hable en público, y po-

drá sin peligro abandonarse a los impulsos naturales. En lo general, jamás se debe reprimir un movimiento al que se sienta uno inclinado, aunque se tema que no resulte gracioso. Después de todo, la vida y el poder importan más que la gracia; y de hecho la represión causada por la timidez destruye la gracia misma. Por otra parte, jamás hagáis un ademán por mero cálculo. Debe ser el producto espontáneo del sentimiento presente, o resultará forzado y no tendrá más que una vida galvanizada. El que declama o simplemente piensa en su discurso con anticipación, y resuelve hacer aquí o allá tal o cual ademán, no conseguirá sino dañar su discurso precisamente en esos puntos. Es una necedad tratar de determinar, como quieren hacerlo algunos maestros de elocución, cuántas frases deben decirse antes de hacer el primer ademán. Lo es también el comenzar a gesticular en determinado punto con la idea de que ya es tiempo de empezar. El tiempo de empezar es cuando uno se siente impulsado a hacerlo, ni antes ni después. Verdad es que generalmente un sermón o discurso debe principiarse quietamente, por lo que no debe, por lo regular, haber ademanes al principio.

Pueden añadirse algunas reglas sencillas con respecto a la acción en general:

1. La acción debe ser sugestiva más que imitativa. Los ademanes imitativos, excepto en el caso de ciertos actos serios, son impropios de un discurso grave, que pertenecen más bien a la comedia. Al decir: "le clavó el puñal en el corazón," se hará algún movimiento vehemente con la mano, que sugiera el golpe mortal; pero un movimiento que lo imite, resultaría ridículo, cómico. Un excelente hombre predicando

una vez en una universidad, dijo: "Cerráis los ojos a las bellezas de la piedad; tapáis vuestros oídos a los llamamientos del evangelio; volvéis la espalda," etc., y diciendo estas cosas cerró los ojos, se tapó con los dedos los oídos y presentó su ancha espalda al auditorio. Aun el acto de levantar la vista al cielo, o señalarlo con el dedo, o poner la mano sobre el corazón, si bien cosas permisibles, pueden practicarse con exceso y sin oportunidad.

2. El ademán jamás debe seguir, sino comúnmente preceder ligeramente a la palabra enfática de la frase. Parece natural que el sentimiento excitado halle más pronta expresión en el movimiento instintivo que en la palabra, que es producto de la reflexión.

3. La acción no debe ser excesiva, ni en frecuencia ni en vehemencia. En ciertos asuntos, ocasiones, o estados de ánimo del orador es natural que la acción sea rara y leve. Los ademanes demasiado frecuentes, como el uso de cursiva en la escritura, y del énfasis al hablar, gradualmente debilitan su propio efecto. La vehemencia extrema produce una revulsión de sentimientos en el oyente, una inclinación precisamente a lo contrario de lo que se propone el orador.

4. Evítese la monotonía. Una sucesión invariable de gestos y ademanes repetida sin variación es falta grave y común. También lo es, aunque no tan grave, el empleo de un ademán favorito, cuando la emoción que se experimenta podría expresarse mucho mejor con algún otro. La recurrencia notablemente frecuente de una palabra, un tono o un ademán, es siempre una falta, y tan pronto como nos demos cuenta de ella, debemos aplicarnos a corregirla.

En conclusión conviene repetir que a toda costa debe haber vida, libertad, poder. No reprimáis la naturaleza, sino gobernadla; y nunca la forcéis. Procurad no un mejoramiento positivo en la acción, sino negativo —la corrección de las faltas según éstas se manifiesten. Observadlas, y de vez en cuando suplicad a algún amigo juicioso que os llame la atención a las que él haya observado en vosotros. Nadie puede en este respecto ayudar tan eficazmente como una esposa inteligente. Hablad con confianza y libertad lo que sintáis. Jamás aprenderá nadie a hacer con gracia un movimiento sin practicarlo frecuentemente y con entera libertad. La vid debe crecer antes de poder podarla. Y no olvidemos nunca que aun algunas de las faltas de un hombre en la acción y en la voz, pueden ser parte de sí mismo. Corríjanse en todo lo posible; pero mejor es que subsistan, que no que sean sucedidas por la timidez o la artificialidad.

PARTE V.

La Dirección del Culto Público

Importancia del Culto Público.

I. La Lectura Bíblica. II. Los Himnos. III. La Oración Pública. IV. Duración de los Servicios. V. Corrección de Maneras en el Púlpito. VI. Observaciones Finales.

Puede observarse en nuestras asambleas religiosas cierta propensión a descuidar el culto, y no pensar más que en la predicación. Con frecuencia oímos a excelentes hermanos hablar de los ejercicios *preliminares*. Según esto, la lectura de la Palabra de Dios, el canto de dulces himnos de alabanza, y la "oración y ruego, con hacimiento de gracias" no son de gran importancia, sino sólo el pórtico, la introducción. Las pajas indican la dirección del viento, y la misma forma que se da a los anuncios públicos es instructiva: "Servicio divino en la Iglesia de San Marcos, el día," etc. "El Rev. X predicará en la Iglesia Bautista (Presbiteriana, Metodista, etc.) el próximo domingo," etc. El anuncio de los Episcopales menciona sólo el servicio; los otros mencionan sólo la predicación, y raras veces dejan de decir quién va a predicar. Según esto, los de la Alta Iglesia poco se preocupan del sermón, que por lo regular quieren sea corto; aunque los Episcopales evangélicos dan mayor importancia a la predicación, y a menudo quisieran poder omitir algo en

el servicio. Las otras denominaciones mencionadas dan generalmente poca importancia al servicio, o sea, el culto, y algunos entre ellas, descontentos por esta falta de interés, se imaginan que el único remedio es adoptar alguna "forma de servicio," y así vemos de vez en cuando algunas escuelas dominicales o congregaciones haciendo lecturas alternadas, u ocupadas en responsos corales, etc.

Pero no es éste el remedio. Es preciso, a toda costa, mantener la libertad, espontaneidad, sencillez y espiritualidad del culto del Nuevo Testamento. Hay que resistir enérgicamente la propensión natural del corazón humano a dar demasiada importancia a lo exterior, sin el acompañamiento de verdadera espiritualidad. Mientras la causa del disgusto por los modos informales de culto sea la falta de sentimientos devocionales de parte de las congregaciones, no hay que ceder. Pero su desagrado reconoce por causa, en parte a lo menos, la frialdad, la falta de animación o de conexión, y el descuido general que tantas veces se manifiestan en nuestro culto. Debemos dar más atención a esto regularmente, tanto en lo general como con referencia a cada ocasión particular. Esto no es tan necesario para los que no tienen más que seguir una forma de servicio preparada por otros, como para el que en cada ocasión particular tiene que preparar un servicio para sí y para su congregación. Sencillo en su forma, de modo que nadie se sienta inclinado a confiar en exterioridades, pero lleno de interés, animación, piedad, dulce solemnidad, y adaptado especialmente, pero sin artificio, a la ocasión, —tal debe ser nuestro culto. Lo que no es interesante e impresivo, jamás podrá ser la expresión verdadera

de la devoción ferviente; y la expresión misma, en virtud de una ley general, reacciona sobre el sentimiento. Las prácticas externas, por mucho que apelen al sentimiento estético, jamás podrán crear la devoción; pero la expresión animada y sincera de la devoción, la fortalecerá, y esto se puede lograr sin caer en el peligro del formalismo.

Esto demuestra la importancia de hablar acerca de la parte del predicador en la dirección de los servicios públicos. Sólo brevemente podemos hacerlo aquí, aunque el asunto merece en verdad ser discutido minuciosamente y en tratado aparte.

I. La Lectura Bíblica.

1. Al hacer la selección del pasaje o pasajes de las Escrituras que hemos de leer, hay que preferir los que sean en alto grado devocionales; por ejemplo, muchos de los Salmos, pasajes de Isaías y otros profetas, de los Evangelios, las Epístolas y la Revelación. No solamente instruirán, sino que despertarán sentimientos devocionales. Su lectura debe naturalmente preceder a la oración principal, ya sea inmediatamente, o interponiendo algún himno. La clase particular de lectura devocional que se escoja y el tono general del sermón deben estar en armonía. No sería propio leer un pasaje triste y predicar luego un sermón alegre, o *viceversa*. Basta, sin embargo, que exista una armonía general; no es ni necesario ni aun conveniente hacer gran esfuerzo por hallar correspondencia exacta.

Hay muchos casos en los cuales el predicador desea leer la conexión de su texto. Si esta conexión es de tono altamente devocional, puede ser leída en el

lugar correspondiente como parte del servicio devocional. De lo contrario, debe leerse después de la oración principal, ya sea antes del segundo himno o cuando se anuncie el texto. En este último caso es bueno leer antes de la oración algún breve pasaje devocional, como por ejemplo, unos cuantos versículos de un salmo. Algunas veces se pueden leer dos pasajes diferentes en inmediata sucesión. Hay mucha libertad en todos estos detalles, y nadie debe sentirse ligado ni por rúbrica ni por costumbre. El buen gusto y una sincera devoción serán los mejores guías en la determinación de lo que conviene hacer, y sin necesidad de recurrir a procedimientos sensacionales, es posible usar una variedad interesante. A veces se logra producir un buen efecto leyendo la conexión del texto al concluir el sermón. En muchísimos casos es mucho mejor no leerla ni antes ni después, sino sólo presentar un breve resumen de la misma al principiar el discurso.

No es preciso que los pasajes escogidos principien ni terminen con el capítulo. Algunos predicadores se sienten como obligados a leer el capítulo entero por largo que sea, o no más que un capítulo por corto que sea. Ya hemos mencionado en otro lugar el hecho de que la actual división en capítulos fue hecha torpemente, pues frecuentemente se unieron materias de índole muy distinta, y se separaron las que estaban íntimamente ligadas. Haciendo punto omiso de tales divisiones, cuando así lo demande el sentido, el predicador logrará que el servicio tenga mejor efecto, y se acostumbrarán los oyentes a buscar, en su propia lectura, la verdadera conexión.

Si el pasaje que se quiere leer contiene expresiones que nos parecen indecorosas, puede cambiarse por algún otro, u omitirse en la lectura las partes en cuestión, cuando esto pueda hacerse sin llamar la atención o sin pérdida material. Por regla general deben leerse tales expresiones, y cuando tal se haga debe esto hacerse sin vacilación, ni reserva, ni turbación alguna.

2. El arte de leer bien es cosa rara. Son en mayor número los que logran sobresalir en el canto o la oratoria. Los buenos predicadores son numerosos en comparación con los buenos lectores. Los requisitos para leer bien son varios. Se necesita tener gran rapidez de comprensión para poder coger el sentido de toda la oración con una sola mirada, pues una de las faltas más comunes es la de comenzar la lectura con una expresión que resulta en desacuerdo con el final; y en verdad, el lector necesita conservar con claridad en su mente toda la conexión y leer cada frase como parte de un gran todo. Esto demuestra, además, la necesidad de familiarizarse con lo que se tiene que leer, y si esto no es posible con respecto al lenguaje del pasaje, cuando menos en cuanto a la materia de que trata. Otro requisito es la sensibilidad, de modo que no solamente se entienda lo que se lee, sino que el sentimiento armonice con el que se expresa en el pasaje que se lee. Probablemente son más comunes las faltas en este respecto que las que antes mencionamos. También debe haber gran flexibilidad de voz, de modo que se exprese pronto y exactamente toda variante en el sentimiento. Y finalmente, se requiere una práctica amplia y cuidadosa. Son, por desgracia, pocas las personas que practican mucho la lectura en el período crítico de su

vida. En la infancia el conocimiento es demasiado limitado, la voz tiene escaso poder, y los detalles de la pronunciación, etc., requieren demasiada atención, para que pueda hacerse lectura completamente satisfactoria. En la época en que principia la madurez, cuando la mente ha adquirido fuerza y rapidez de percepción, cuando las simpatías son amplias y aun delicadas, cuando la voz ha alcanzado casi todo su poder sin perder nada de su flexibilidad, es cuando debe ejercitarse, con o sin instrucción, en el noble arte de la lectura. El curso de estudios del colegio debiera terminarse con ejercicios cuidadosos de lectura. Si en las fiestas de graduación, en vez del inevitable discurso, pudiéramos oír a algunos de los graduandos leer, no con pretensiones de oratoria ni artificios dramáticos, sino de un modo sencillo, viril, genuino, sería esto un placer y de provecho para todos los interesados. Un club de lectura en un pueblo, especialmente si incluye a ambos sexos, será generalmente de más provecho que una sociedad de debates. La instrucción en la lectura es menos peligrosa que en la oratoria, porque es hasta cierto punto una cosa necesariamente artificial, y en la lectura hay menos peligro de corromper la naturaleza y caer en lastimosas afectaciones.

Para leer bien se necesita, por supuesto, tener una pronunciación correctísima, y haber adquirido una articulación distinta y fácil. Aparte de esto, está todo incluído en lo que llamamos *expresión;* y el poder de expresión, en cuanto no sea un don natural, debe ser adquirido mediante una práctica bien ordenada. Dicha práctica debe por lo regular hacerse en la lectura de lo que se conoce bien y que nos agrada. Además de la lectura que se haga por práctica, debe aprovecharse toda ocasión propicia de leer para entretenimiento y provecho de los que nos oigan—escogiendo algo tan lleno de interés que podamos olvidarnos de nosotros mismos en la expresión del sentimiento. Los predicadores propensos a emplear un tono fúnebre deben, a toda costa, leer en lo privado algunas selecciones humorísticas, a fin de mantener el equilibrio.

Entre los diferentes elementos de expresión en la lectura, debemos mencionar brevemente dos o tres. El primero es el *énfasis*. Los primeros esfuerzos que se hagan por dar el debido énfasis en la lectura, darán generalmente el resultado de una gran cantidad de falso énfasis. Aparte de la falta común de colocar el énfasis donde no se debe, hay otra muy seria, y es la de no distribuir propiamente el énfasis. Muchas personas capaces y cultas cargarán todo el peso del énfasis sobre una sola palabra de la oración o cláusula, debiendo dividirlo en diferente proporción entre dos, tres o varias palabras. Este punto merece especial atención en la práctica, y es muy útil que los amigos se hagan mutuas críticas. Después de todo, la verdadera dificultad con respecto al énfasis está en comprender el pensamiento y apreciar el sentimiento de lo que leemos, como lo demuestra el hecho de que raras veces observamos que se dé falso énfasis en una conversación franca. Puede añadirse la observación de que el libro de los Proverbios presenta numerosos ejemplos admirables para ejercitar el énfasis. Muchísimas personas leen todas las oraciones interrogativas con la expresión peculiar que se les da al concluir, cuando son preguntas que de-

mandan por respuesta un sí o un no. Así: ¿Dijo él que vendría? Pero hay otra clase de preguntas que demandan respuesta, pero no simplemente afirmativa o negativa. Por ejemplo: ¿Quién afirmó que él vendría? Y hay otras en las que no se espera respuesta alguna; como: ¿Habrá acaso alguien que venga a ayudarme? La diferencia es clara, y nunca se cometen equivocaciones, pero sí con frecuencia en la lectura. Raras veces conviene emplear gesticulaciones en la lectura, si no es algún movimiento natural de la cabeza acompañando a la expresión del rostro. El encargo que dan a menudo los maestros: "lee como si estuvieras conversando," no es en rigor correcto. Es de condenarse cierta especie de lectura oratórica, y puede ser conveniente decir, "lee como si conversaras," pero la diferencia esencial entre hablar y leer no debe ni puede hacerse desaparecer.

Es de particular importancia que se lean bien las Escrituras. El número de personas que en nuestras congregaciones dependen enteramente de la lectura pública para adquirir algún conocimiento de las Escrituras es comparativamente reducido; pero el hecho es que muchas personas no leen la Biblia por sí mismas, y sólo mediante la lectura pública es posible poner su mente en contacto con ella. Por otra parte, los que más leen la Biblia en sus casas se sienten generalmente complacidos de oírla leer en el culto público. Y en general, todas las razones que puedan aducirse para leer bien cualquier cosa se aplican preeminentemente al libro de los libros, la Palabra de Dios. La buena lectura tiene valor exegético, pues ayuda a aclarar el sentido. Hace también resaltar todo el interés y poder del pasaje que se lee. Hay pasajes que han tenido un nuevo sentido para nosotros y que nos parecen más preciosos desde que los oímos leer, quizá hace muchos años, por un buen lector.

Pero leer verdaderamente bien la Biblia es cosa difícil. El modo común de imprimir los versículos a menudo obscurece seriamente la conexión. Los nombres propios demandan atención, a fin de pronunciarlos fácil y correctamente, y no obstante, sin pedantería. Más importante aun es la falta de completa simpatía intelectual y espiritual con las Escrituras, que con tanta frecuencia impide que percibamos plenamente su sentido. Existe la propensión común de caer en la práctica de leer en tono uniforme, desprovisto de verdadera expresión, creyendo que esto indica reverencia. La Biblia no debe ser leída jamás exactamente como otros libros. Toda ella es sagrada, y al leer aun sus porciones menos devocionales debe mostrarse solemnidad; pero esta solemnidad no excluye una rica variedad de expresión, como parece que se lo figuran muchos lectores.

Las diversas partes de la Biblia se diferencian en asunto y estilo, y debe, por lo mismo haber una diferencia correspondiente en su lectura. Hay *narraciones* de diferente carácter, desde simples historias hasta las de género altamente patético y apasionado; hay porciones *didácticas* de muchas clases, como puede verse en los diferentes discursos de nuestro Señor, en los preceptos que abundan dondequiera y en los argumentos detallados y a veces apasionados de ciertas epístolas de Pablo; y hay porciones *poéticas* que comprenden las elevadas imágenes de descripción profética, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, los argumentos poéticos de Job y pre-

ceptos de los Proverbios, y una inmensa variedad de pasajes *líricos* en los Salmos y otras partes, que presentan muchas faces de sentimiento, y a menudo pasando, en el mismo breve Salmo, de las expresiones de penitencia a las de gozo y alabanza. En verdad, la Biblia, más que un libro es una biblioteca, que contiene casi todas las especies de composición, y que demanda una gran variedad de manera en su lectura.

Jamás debe uno leer un pasaje en un culto público sin conocerlo perfectamente, para lo cual generalmente será preciso que se le dé una repasada algunos momentos antes del servicio.

3. Era anteriormente práctica común, y aun lo es, por fortuna, en algunas partes, hacer observaciones explicativas y de otro carácter en conexión con la lectura. Estas no deben ser tan numerosas ni extensas que usurpen la atención que se debe al pasaje mismo. Deben tener por fin explicarlo, despertar el interés de la congregación en él, indicar ocasionalmente algunas de sus aplicaciones prácticas, y especialmente lograr que excite sentimientos devocionales. Si el pasaje se ha estudiado cuidadosamente, y si el predicador se ha esforzado por adquirir habilidad en este respecto podrá hacer observaciones breves, vivas y devotas a la vez, que hagan esta parte del culto público mucho más interesante y provechosa que lo que es de ordinario. Las observaciones hechas al acaso, sin estudio ni habilidad, no serán más que interrupciones en la lectura y una rémora en su movimiento.

II. Himnos.

1. Es extraño que algunos ministros den tan poca

atención a la selección propia de los himnos. Seguramente no toman en cuenta el bendito poder que hay en el canto sagrado, ni el hecho de que los himnos impropios o sosos no sólo no hacen bien alguno, sino que causan enfriamiento y malestar. Algunos piden los himnos al acaso, sin cuidar que se adapten al tono general del servicio. Otros procuran que todos los himnos se refieran precisamente al asunto que se discute en el sermón, olvidando que los himnos no tienen por fin la instrucción, sino el expresar y avivar el sentimiento devocional.

Para tener buen éxito en la selección y la lectura de los himnos, es preciso que se entienda la naturaleza de la poesía lírica y se simpatice con su espíritu—esto en cuanto a la que es propia para el canto. Para algunos esto no ofrece dificultad, pero a todos aprovechará el hacer un estudio especial de los principales poetas líricos. Esto no sólo desarrollará y afinará el gusto general por la poesía, sino también en particular por la lírica, que aparte de su importancia para nuestro objeto, es una de las formas más altas y potentes de la poesía.

El estudio devoto de los Salmos, si bien se hace con fines más elevados, nos dará también un conocimiento mejor del espíritu de la poesía bíblica. Existen, por otra parte, en rica abundancia, himnos cristianos de diferentes siglos y países, que no sólo ayudarán al desarrollo de la piedad personal, sino que a la vez mejorarán nuestra apreciación crítica de la lírica sagrada, y nos capacitarán para hacer una sabia selección. De éstos los más valiosos son los himnos latinos patrísticos y medioevales, los alemanes y los ingleses. Los primeros se hallan a menudo des-

figurados por doctrina más o menos errónea, y muchos de ellos son dirigidos a la Virgen María o a los santos; pero aun éstos tienen mucho de gran valor, mientras que otros, y entre ellos algunos de los más delicados, están enteramente libres de materia censurable, y llenos de la más noble y devota inspiración. Los himnos alemanes comenzaron a ser compuestos en un período primitivo, y son ahora más numerosos que los ingleses; muchos de ellos no han sido superados en su movimiento rítmico y su dulzura devocional. Pocos himnos ingleses había antes del tiempo del doctor Watts, a principios del siglo diez y ocho; pero al gran número compuesto por él, y a los que después escribió Carlos Wesley, se han ido añadiendo muchísimos más que constituyen ya un acervo considerable. Todos los himnarios modernos, y especialmente los que han publicado los congregacionales y los bautistas, contienen gran riqueza de preciosos y bellos himnos, aunque también aparecen con ellos algunos de mérito muy inferior. (Los mejores himnos que tenemos en Español son sin duda los que escribió el Sr. T. M. Westrup, y los del Sr. Juan B. Cabrera. En su mayor parte son traducciones del Inglés, pero hay entre ellos un buen número de composiciones originales de verdadero mérito. N. del T.)

El ministro debe, a toda costa, familiarizarse perfectamente con su himnario, a fin de poder en todo caso hacer una selección pronta y juiciosa, y para poder citar oportunamente en sus sermones algunas estrofas, ya que esto contribuye al éxito de la predicación mucho más que citas de ninguna otra clase excepto bíblicas. Pueden pasarse horas muy agradables de vez en cuando discutiendo con algunos amigos sobre el contenido del himnario, comparando himnos favoritos, leyendo algunos, adquiriendo con esto mejor conocimient crítico y al mismo tiempo deleite y provecho espiritual. Es también importante examinar otras colecciones diferentes de la nuestra, buscar la forma original de los himnos de los autores antiguos cuyas composiciones han sido alteradas, y otros himnos que han sido omitidos en las obras modernas. Hay colecciones de mérito inferior que contienen piezas populares que los críticos no podrán menos que rechazar, pero que tienen tal poder sobre el pueblo que demandan nuestra consideración y examen, que a menudo es de provecho. Resulta interesante también el clasificar los principales autores de himnos según el número y excelencia de los que nos han dejado. Las circunstancias relacionadas con la producción original de un himno son a veces interesantes, y algunas veces producirá muy buen efecto el mencionarlas, si no cuando va a cantarse dicho himno, sí al citarlo en el curso de un sermón.

Las cualidades de un buen himno pueden expresarse brevemente como sigue: (1) Correcto en los sentimientos que expresa. Su doctrina general debe ser sana, cosa que no es del todo verdad con respecto a algunos himnos y coros populares, y sus sentimientos particulares deben ser todos justos. (2) Devocional en su espíritu. Algunos son puramente didácticos, y carecen de calor y movimiento. Muchos himnos sobre la aflicción, el cielo, etc., presentan sentimientos morbosos o simplemente imaginarios, y carecen de verdadero sentimiento devocional. (3) Poéticos en sus

figuras y dicción. Muchos himnos no son más que prosa métrica, sin un solo toque de verdadera imaginación, y emplean a veces palabras extrañas al mismo genio de la poesía. Un canto que no es verdaderamente poético, carece de un elemento vital de poder. Aun cuando cantamos frases sin metro, es preciso que sean siempre poéticas en sentimiento y en el lenguaje de la imaginación y la pasión. (4) Rítmico, esto es, correcto en cuanto a su metro, vivo y variado en su movimiento, pero no áspero o cojo, sino verdaderamente melodioso. (5) Simétrico, de modo que los versos muestren un progreso regular en el pensamiento, y formen un todo completo y armonioso. En un himno completamente bueno no sería posible omitir ninguna estrofa sin destruir el sentido. Hay, sin embargo, muchos himnos útiles y aun deliciosos en los que no es éste el caso, y cuando las exigencias del servicio demandan la omisión de alguna o algunas estrofas, debe tenerse sumo cuidado de que la omisión no destruya la coherencia y armonía del himno.

Conviene que el primer himno no se refiera al asunto específico del sermón, sino que más bien sea un himno de adoración. Especialmente cuando el sermón se dirige a los inconversos, resulta inadecuado principiar el solemne culto de Dios con una mera exhortación rimada a los impenitentes. Por supuesto que este primer himno, lo mismo que todas las demás partes del servicio, debe estar en armonía general con todo lo que ha de seguir. El himno que preceda inmediatamente al sermón debe ser naturalmente preparatorio. El último himno aplicará el sermón, o expresará los sentimientos que el asunto que se ha discutido debe excitar, o será una conclusión

general del servicio Debe recordarse en todo tiempo que es de mucho menor importancia el que el himno se adapte al asunto específico del sermón, que el que sea verdaderamente bueno, eminentemente agradable, impresivo y ferviente. Lo mismo que en cuanto a los textos, es poco prudente evitar los himnos familiares, puesto que han llegado a serlo porque son excepcionalmente buenos.

2. ¿Para qué leer los himnos, si es que se van a cantar? Conviene hacerlo no sólo porque muchos de los presentes, (especialmente en algunos lugares) no tienen himnarios, sino también porque la previa lectura despierta la simpatía de la mente con el sentimiento, del cual podemos así participar mejor cuando lo cantamos. Por la misma razón pedimos a veces que se repita el canto de algún himno. Se sigue que la lectura debe ser animada y sentida. Si un hombre no puede o no quiere leer más que de un modo pesado, lánguido y monótono, mejor será que no intente tal lectura. Es verdad que el modo exagerado y oratórico de leer himnos es de reprobarse, pues que no debe haber esfuerzo, sino sólo la expresión natural del sentimiento; pero si el himno es bueno, digno de ser leído y cantado, y si el hombre lo sabe bien, por conocerlo ya o por haberlo leído cuidadosamente con anterioridad, no será natural que lo lea sino con animación y fervor. Casi imposible sería para un hombre verdaderamente devoto, leer de un modo impasible y quieto las palabras:

"¡Cuán dulce el nombre de Jesús
Es para el hombre fiel!"

Realmente, las personas cultas están más expuestas a reprimir las expresiones de sentimiento que a exagerarlas.

Por razones semejantes jamás debe descuidarse el ritmo de los himnos. El sonsonete que muchas personas ignorantes emplean en la lectura de versos, lo mismo que la inflexión monótona de la voz al fin de cada línea, que frecuentemente se observa entre personas educadas, son ciertamente un mal; pero tratar de leer versos como si fueran prosa es ir al otro extremo. El sentido es predominante; pero si se descuida el ritmo, se perdería parte de la belleza y expresión del himno, y no podrá menos que causar desagrado la notable ausencia de lo que naturalmente se espera y demanda. Debemos, particularmente observar la pausa rítmica al fin de cada línea; no cortando la voz, ni atenuándola o bajándola, a menos que el sentido lo demande; pero aun cuando el sentido esté incompleto al final de la línea, debemos hacer una ligera pausa, mediante la suspensión de la voz, en atención a la exigencia del ritmo. En todas las líneas de extensión considerable hay una pausa igualmente importante hacia la mitad de la línea, contribuyendo con mucho al efecto rítmico su variada posición. Los que no hayan estudiado la censura clásica, pueden, sin preocuparse de tecnicismos, aprender a percibir fácilmente la posición de esta pausa, leyendo en lo privado muchas líneas con este fin, exagerando al principio el movimiento rítmico, aun haciendo sonsonete. Algunas veces hay dos pausas de esta clase, una hacia el principio y otra hacia el final de la línea. Estas pausas rítmicas son a menudo descuidadas, pero uno que tenga buen oído para

la música las observará inconscientemente. Pueden ser dominadas con relativa facilidad.

No poco provecho resultará del estudio de la métrica, y particularmente de los metros comunes en los himnos. Generalmente el oído será buen guía, pero a veces fallará. Pocos son los que pueden leer versos sin incurrir en faltas frecuentes, a menos que se hayan fijado en su estructura métrica. No es difícil la tarea de aprender los diferentes metros de los himnos; y clasificarlos en las diferentes variedades de versos iámbicos, trocaicos, (con combinaciones de los dos), anapésticos y dactílicos, será para algunos agradable distracción no carente de provecho. En la lectura de los versos anapésticos, muchos de los cuales son en extremo hermosos, es en la que se observan faltas con mayor frecuencia.

La habilidad de un predicador para leer himnos aumentará considerablemente si con alguna frecuencia acostumbra leer en voz alta trozos de poesía secular, y esto mismo le ayudará a corregir la propensión a ser gemebundo o monótono en la lectura.

3. Con referencia a la música de los himnos, parece conveniente hacer aquí tan sólo una observación. Es incuestionable la superioridad del canto congregacional, pero no obstante, parece necesario tener un coro, cuya función propia es dirigir el canto de la congregación, pero propende a monopolizarlo. Ahora bien, el predicador es el mediador idóneo entre el coro y la congregación. Si es amante de la música, y especialmente si puede cantar bien por la nota, puede conservar las simpatías del coro, e inducirlos mediante súplicas, no públicas sino privadas, a cantar de preferencia tonadas familiares; y luego, mediante

exhortaciones públicas ocasionales, o privadas, hacer que la congregación tome parte en el canto. En conferencias amigables con el director del canto, puede conseguirse una mejor adaptación de las tonadas a los himnos, cosa que a menudo se necesita procurar.

III. Oración Pública.

Las oraciones son la parte más importante del culto público. El que dirige una gran congregación en la oración, el que intenta expresar lo que siente o deberían sentir, delante de Dios—su adoración, confesión y suplicación—asume una grave responsabilidad. Estamos acordes en reconocer que es cosa solemnísima hablar en nombre de Dios al pueblo; pero ¿acaso lo es menos el hablar a Dios en nombre del pueblo? Para el desempeño de este deber conviene ciertamente hacer toda la preparación posible. Sin embargo, aunque son pocos los que en la actualidad ponen en duda la conveniencia de la preparación, tanto general como específica, para el trabajo de la predicación, es de temerse que la gran mayoría descuidan aún lamentablemente la preparación para dirigir la oración pública.

La preparación *general* para dirigir al pueblo en la oración pública consiste principalmente en las siguientes cosas; (1) Ferviente piedad. Esta incluye el hábito de orar en secreto y en los servicios sociales. Si es cierto que "el único medio de aprender a predicar es predicar," más enfáticamente lo es que el único modo de aprender a orar es orar. Y si bien algunos toleran la predicación por mera práctica, no habrá quien no condene la oración por práctica. Es

evidente, pues, que nadie podrá por lo regular orar bien en público si no ora mucho y devotamente en lo privado. En relación con esto, no es por demás observar que en todo esfuerzo que se haga por orar, bajo cualesquiera circunstancias, debe uno procurar sinceramente *darse cabal cuenta de lo que está haciendo.* (2) Familiaridad con las Escrituras, que no solamente nos proporcionan tópicos para nuestras oraciones, sino también el lenguaje más apropiado y sensible en que expresarlas. El ministro debe estar continuamente atesorando en la memoria las expresiones más directamente devocionales que se encuentran en todas partes de la Biblia, y especialmente en los Salmos y Profetas, los Evangelios, las Epístolas y la Revelación. Quizá yerran algunos al hacer consistir sus oraciones de una sucesión casi no interrumpida de citas bíblicas; pero esto no es común, y los más de nosotros necesitamos muchísimo, en nuestras oraciones, una infusión mayor y más variada de lenguaje bíblico. (3) El estudio de ejemplos instructivos de oración. Se hallan en la Biblia, aparte de sus numerosas expresiones devocionales aisladas, varios ejemplos notables de oraciones conectadas y completas, y muchísimos ejemplos en los que se nos da la sustancia, aunque no la forma, de la oración. Estos deben ser estudiados cuidadosamente para obtener instrucción tanto en la materia como en la forma de la oración. Algunas de las antiguas liturgias son también instructivas. Si bien debemos oponernos resueltamente a la imposición de toda forma de oración, puede aprenderse mucho en el estudio de formas preparadas con el mayor cuidado, y en los más de los casos, por hombres hábiles y devotos en

alto grado. Algunas obras más modernas que contienen colecciones de oraciones, y las que se registran en los periódicos merecen también ser examinadas ocasionalmente. En tal estudio debe siempre tenerse sumo cuidado de no perder el espíritu devocional en el afán de la crítica.

La preparación *especial* que debe hacerse para la oración en ocasión determinada, puede apreciarse mejor considerando la oración pública en cuanto a su *materia,* su *arreglo,* su *lenguaje* y su *expresión.*

1. En cuanto a la *materia,* las oraciones pueden ser muy generales y comprensivas, o muy específicas según las circunstancias. La oración sencilla, pero maravillosamente comprensiva que nuestro Señor dió de modelo en su Sermón del Monte, y que después repitió en una forma muy abreviada, la oración comúnmente llamada el Padre Nuestro, es un ejemplo de la primera clase, mientras que la que se halla en el cap. 17 de Juan pertenece a la segunda. En ambas clases observamos a menudo frecuentes errores. Algunas oraciones son tan generales que lo incluyen casi todo, y por lo mismo carecen de objeto. Jamás debe ser indefinida ni vaga la oración, sino tener ciertos puntos bien definidos; y éstos, siempre que se pueda, deben determinarse con anticipación. Otras personas descienden a detalles tan minuciosos que cuadran bien con el carácter de una oración propia de toda una asamblea, y a veces resultan aun indecorosos.

Muchos hay que omiten por completo, en la oración pública, los grandes asuntos de oración que no se relacionan directamente con sus propias necesidades inmediatas; o bien sólo hacen mención de ellos

en unas cuantas frases convencionales al concluir su oración. Sin embargo, en el Padre Nuestro estos temas ocupan la mitad de la oración, y la primera mitad. Con frecuencia deben hacerse peticiones en favor de las misiones, tanto domésticas como extranjeras, por el aumento de obreros, por las escuelas dominicales y otros objetos semejantes, insistiendo a veces en alguno de ellos, y otras veces en otro.

Con frecuencia y razón se ha dicho que al orar, no debemos tratar de instruir a Dios. Sin embargo, esta idea no debe ser llevada demasiado lejos. Nuestro Señor, en la oración de Juan 17, dice lo que ha estado haciendo, y explica cómo se obtiene la vida eterna. Es propio pues, a veces, referir algún suceso, o hacer declaraciones, con tal que sean ocasión de acción de gracias o petición. Por otra parte, no debe emplearse la oración como medio de exhortar al pueblo, como a menudo se hace, casi inconscientemente. Tampoco debe contener expresiones de mero cumplimiento. El orar por otro ministro presente, en términos lisonjeros, es cosa demasiado frecuente, y en alto grado impropio. Roberto Hall incurría con frecuencia en la equivocación de orar por los personajes distinguidos que se hallaban presentes. Reprobables son también expresiones como: "esta numerosa e inteligente congregación." Puede, ciertamente, orarse por clases particulares de personas, y a veces por individuos; pero sin cumplidos. Las alusiones a cuestiones políticas u otras que estén ocasionando conflictos en la comunidad, sólo pueden justificarse por circunstancias peculiares y el modo de hacerlo.

Debe tenerse especial cuidado de dar a la oración pública la necesaria variedad, tanto en cuanto a

los asuntos como al orden que en ella se siga. Muchos predicadores oran uniformemente por los mismos objetos, y cuando aparte de esto siguen un orden fijo, y emplean muchas frases estereotipadas, sus oraciones llegan a ser tan formales como las litúrgicas, sin la ventaja de haber sido eminentemente bien preparadas. Mucho nos ayudará a conseguir la deseada variedad el preguntarnos de antemano qué peticiones sugeriría la ocasión o el asunto del sermón, o el pasaje de la Escritura que ha de leerse, ó el himno que se canta. De los asuntos que necesariamente tienen que introducirse con frecuencia, pueden unos presentarse en detalle unas veces, y otros en otras. Por éstos y otros medios puede lograrse la variedad, sin que esto sea el objeto principal, ni procurar que la oración sea una pieza perfectamente pulida.

Todo intento de catalogar o clasificar los materiales de la oración estaría aquí fuera de lugar.

2. El *arreglo* de la oración no debe ser formal, pero siempre debe haber verdadero orden. No es necesario, aun cuando fuera deseable, descender hasta los detalles, pero los puntos principales deben no sólo escogerse, sino también ordenarse en la mente con anticipación. Todos los argumentos que hemos presentado en favor del arreglo en la predicación son aplicables, más o menos, al orden en la oración.

El orden que generalmente se considera más apropiado, es el siguiente: (1) Invocación, adoración, acción de gracias. (2) Confesión y demanda de perdón. (3) Dedicación renovada y petición de ayuda. (4) Intercesión por objetos generales o especiales. Principiando con el pensamiento del carácter y misericordia de Dios, somos naturalmente llevados a pensar

en nuestros propios pecados, lo cual produce el orden indicado. Pero la adoración puede también, naturalmente, ser seguida por la petición de que Dios sea conocido y adorado en toda la tierra (véase el Padre Nuestro), y después puede introducirse la referencia a nosotros, ya sea en acción de gracias o suplicación. Las primeras palabras, después de dirigirnos a Dios, pueden también ser una confesión de pecado o una demanda de misericordia. Por otra parte, algo peculiar en la ocasión, o el conocimiento de que hay algo que de un modo especial pesa en el corazón de los adoradores, puede hacernos dejar del todo el orden usual o la usual selección de los asuntos. Debemos evitar los dos extremos, el de vagar de acá para allá, sin orden alguno en nuestro pensamiento, y el de someternos invariablemente a un orden tieso, formal, invariable. Dentro de estos límites puede uno dejarse guiar por el buen juicio y gusto, por el sentimiento y por la ocasión.

3. El *lenguaje* de la oración debe ser gramatical, por supuesto, y libre de toda clase de vulgarismos y frases raras. Debe ser perfectamente sencillo—no bajo y rudo, pero tampoco docto ni inflado. Evitemos el lenguaje afiligranado y pulido, que tanto ofende al buen gusto y es tan desagradable al sentimiento devoto, pero no debemos evitar, si nos sentimos profundamente afectados, el lenguaje natural de emoción, que propende a ser figurado y a veces en alto grado. Cuando tal lenguaje es natural, no ofenderá como cuando es sólo producto del artificio. Uno de los más pobres cumplidos que pueden hacerse a un hombre es decir que su oración fue "elocuente." Si algo ha de decirse con respecto a la oración, es de

preferirse que se hable de ella como sincera, ferviente, solemne, conmovedora.

Casi todos los que dirigen al pueblo en la oración pública, llegan a tener frases favoritas, ya sea que las hayan imitado originalmente, o que se hayan hecho habituales en ellas. Está bien que las oraciones de otros nos sugieran tópicos o sentimientos que antes no habíamos introducido, pero tomar frases ajenas para nuestras oraciones es práctica de muy mal gusto, y debemos hacer lo posible por evitar hasta el hacerlo inconscientemente. Oímos, sin embargo, en todas partes frases favoritas que sin duda han sido adoptadas por imitación. El uso de tales frases parece indicar que la mente está ocupada con sólo lo exterior de la oración y no embargada por sentimientos devotos. Aun cuando estas expresiones no hayan sido tomadas de otros, sino que han llegado a ser habituales, su demasiada y frecuente recurrencia es mucho más censurable en la oración que en la predicación.

Muchos repiten a cada paso ciertas exclamaciones como ¡ah! oh! ¡oh Señor! te pedimos, te rogamos, etc. Debe corregirse esta costumbre. El lenguaje familiar, como el usado por los místicos en las expresiones "Jesús mío," "mi dulce Dueño," etc., debe evitarse. Las frases que se usen al dirigirse a Dios deben ser escogidas con referencia a la conexión. Así nuestro Señor dijo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas," etc. Es un acto de soberanía. "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" es la manera natural, más bien que decir: "el Todopoderoso (o el Omnisciente, o el misericordioso Dios) ¿no ha de hacer justicia?"

Al emplear el lenguaje de las Escrituras, como ya se ha recomendado, importa que se cite correctamente.

4. La *expresión* de la oración "debe ser más suave, más igual... menos vehemente, más sumisa. Todos sus tonos deben respirar ternura y suplicación... Difícil es decir qué es más impropio de este sagrado ejercicio, si el hablar de una manera apresurada y superficial, como si se leyera algo que cansa y no interesa, o de un modo violento y declamatorio, como si estuviéramos dirigiendo una reprensión al Creador, o con enunciación precipitada y confusa."

La enunciación debe ser en todo caso distinta—no ruidosa, pero sí perfectamente audible en todo el salón. Es muy desagradable, y por desgracia común, el no poder oir. En cuanto a los tonos precisos que deben emplearse, basta que cada uno se dé cuenta de lo que está haciendo, y que hable en conformidad con sus sentimientos, a menos que comprenda que está incurriendo en ciertas faltas. Algunos propenden al uso de un tono lúgubre, que nada tiene que ver con el lenguaje natural del arrepentimiento y el amor, y que en ocasiones resulta ridículo. Por supuesto que el tono debe siempre ser solemne y reverente, más bien que familiar, pero para esto no es necesario que sea gemebundo.

Debemos también evitar el hacer contorciones o gestos, y asumir posiciones impropias que siempre serán observadas por algunos.

IV. Duración de los Servicios.

La duración propia de un servicio dependerá en gran parte de las circunstancias. Hace dos siglos no era cosa rara, tanto en la Iglesia de Inglaterra como entre los Disidentes, el ocupar de tres a seis horas. En la actualidad y en muchos lugares se muestra gran impaciencia cuando son largos los servicios, y a tal impaciencia no debemos ni ceder ni mostrarnos indiferentes. En el campo, donde la gente tiene que caminar distancias considerables, y no se tiene más que un servicio en el día, puede éste ser mucho más largo que en la ciudad. Cuando una ocasión particular demande más tiempo del ordinario, y el interés esté asegurado, puede el servicio prolongarse. En general, si bien hay que tener en cuenta la costumbre de cada lugar y las preferencias de la congregación, no debemos permitir que éstas nos esclavicen. Debe haber libertad y cierta variedad, de modo que se contrarreste la tendencia constante a gravitar hacia el formalismo. Muchas personas consideran la costumbre como una especie de ley común, más obligatoria que una forma autoritativa de culto. El ministro puede protestar en contra de esto de un modo práctico, mediante las variaciones ocasionales que juzgue apropiadas, teniendo cuidado de no producir disgusto por hacer cambios abruptos o singulares. Poca vida libre, espontánea, puede haber donde se está sujeto a formas invariables, ya sea que hayan sido impuestas por la ley o la costumbre; pero el introducir innovaciones simplemente por amor a la novedad, es cosa peor que inútil.

Con respecto a la extensión de un sermón, bueno

será que el pastor entienda que en algunas ocasiones puede hacerlo muy corto, y en otras prolongarlo considerablemente. Hay asuntos que pueden hacerse muy interesantes e instructivos en un sermón de veinte minutos, pero para ocupar treinta o cuarenta minutos sería necesario introducir materia extraña, que sólo vendría a disminuir el efecto general, o hacer difuso el estilo, restándole con ello poder. Mucho predicadores han pensado en asuntos o textos de esta clase precisamente, y los han abandonado o echado a perder de las maneras indicadas. ¿Por qué no predicar de vez en cuando sermones muy cortos, de veinte o quince minutos? Haciéndolo así, y si las circunstancias lo demandan, otros servicios pueden prolongarse más de lo ordinario sin que tengamos que dar para ello explicaciones, sino sólo teniendo cuidado de que se sostenga el interés en ellos. Hay, por otra parte, asuntos que demandan imperiosamente un tratamiento más extenso, y que no se pueden dividir ventajosamente; y el predicador, especialmente cuando esté en su iglesia, debe sentirse en libertad de ocupar toda una hora, y en raros casos aun más, con tal que esté seguro de que el sermón tendrá tal variedad de puntos distintos y un movimiento tan interesante desde el principio hasta el fin, y tan sostenida energía en la predicación, que la gente no podrá menos de sentirse interesada en alto grado. Dentro de estos límites, la duración media de un sermón en las ciudades debe ser, probablemente, de treinta a cuarenta y cinco minutos, según que el asunto sea presentado en forma condensada y concentrada, o más digresiva y variada. Es claro que mucho depende del modo de presentar el asunto. Un sermón largo puede parecer

corto, y uno corto puede ser fastidiosamente breve, como la escena de Píramo y Tisbe.

Con frecuencia se hacen demasiado largas las oraciones. La gente no puede menos que cansarse. Mejor sería tener mayor número de oraciones durante el servicio, y que todas fueran cortas. Puede haber en lo general tres oraciones, pero variando en extensión según las circunstancias. La invocación, que abre el servicio, después del motete del coro o el himno voluntario por la congregación, es generalmente corta, pero puede en ocasiones prolongarse. La oración principal, que es seguida por el sermón, tiende a hacerse demasiado larga. La última oración, después del sermón, será muy variable en extensión. Si el predicador, o la persona que sea invitada a dirigirla, se siente hondamente emocionada, y si el servicio no se ha prolongado demasiado, esta oración puede ser considerablemente larga. De lo contrario, debe ser corta, y a veces muy corta. Aun cuando el sermón haya producido notable impresión, el carácter particular de esa impresión y del asunto deben determinar si la oración siguiente ha de ser larga o corta. A veces conviene que el sermón sea seguido de un himno, y terminar en seguida con la bendición. O, sin himno alguno, pronunciar la bendición inmediatamente. En cualquier caso, la bendición, que no es más que una corta oración, puede ser precedida de unas cuantas frases de oración de acuerdo con el asunto que se ha presentado.

En general, como ya se ha dado a entender, las diferentes partes del servicio, la lectura bíblica, el canto, la oración y la predicación, deben variar en extensión de acuerdo con las circunstancias, prolon-

gando una parte cuando se acorte la otra, sin tratar de parecer sensacional, pero sí dando al servicio la variedad que resultará de dejarnos guiar por los sentimientos naturales sin restricción.

V. Corrección de Maneras en el Púlpito.

Muchísimo daño suele resultar de la falta de corrección en cosas al parecer triviales que se hacen en el púlpito. Si el predicador, particularmente si es joven, es visto arreglándose el pelo o la corbata en el púlpito, algunas personas se sentirán desde luego prevenidas contra su sermón. Si se presenta desaliñado, o su traje es vistoso, el efecto será semejante. Si se le ve u oye masticando chicle, o aun tomando un vaso de agua mientras otro ora después de su sermón; o buscando himnos mientras otro ora antes de él, no hay que maravillarse de que la gente se sienta disgustada. Dos ministros no deben conversar durante el canto, a menos que haya motivo especial. Mirar en derredor descuidadamente antes de principiar el servicio, denuncia una mente poco ocupada de cosas sagradas. Por otra parte, no hay que mostrar una exagerada solemnidad de actitud; y la práctica de arrodillarse al entrar al púlpito es de corrección dudosa. Debe el predicador, ciertamente, orar antes de principiar el desempeño de sus solemnes deberes, pero ¿no será mejor que haga sus oraciones en lo privado y no en público?

Jamás debe el predicador demostrar irritación por la falta de atención o aun por mal comportamiento de parte del auditorio. Cuando es verdaderamente necesario reprender, y aun reprender con dureza, importa que pueda verse claramente que no es por

resentimiento personal, sino por motivos mucho más elevados. En la gran mayoría de los casos es mejor no hacer reprensiones públicas. Muchas veces ofenden, y el bien que con ellas se pudiera hacer puede lograrse generalmente por otros medios. Una palabra bondadosa, pero firme, dicha en lo privado, es comúnmente mejor. Pocos predicadores han tenido que lamentar alguna vez el haber callado cuando se sentían deseosos de reprender públicamente; pero muchos han tenido que lamentar el haber hablado.

El predicador no debe jamás mostrar presunción ni afectación en sus maneras. Es mejor, por lo regular, decir "yo" que emplear el plural de majestad, "nosotros." Puede haber más egoísmo en el uso de éste que en el de aquél. Para evitar la demasiado frecuente repetición de la primera persona del singular, puede el predicador asociarse a menudo con sus oyentes, y entonces decir "nosotros."

Lo mismo en el púlpito que en cualquiera otra parte, después de una gran excitación ocurre por lo regular, una correspondiente reacción; pero muchas personas no pueden entender cómo el hombre que durante el sermón mostraba tanta solemnidad, ahora parece frívolo. Los que posean una naturaleza excitable deben evitar la exhibición de los efectos de tal reacción. Por más que sea una necedad la crítica que algunos hagan de pequeñeces, debemos procurar, aun en lo que carece de importancia, no ofrecerles ocasión de señalar faltas.

VI. Observaciones Finales.

Después de toda nuestra preparación, tanto general como especial, para la dirección del culto público y para la predicación, tenemos que depender, para el logro de verdadero éxito, del Espíritu de Dios. El que predica el Evangelio, fiado en la bendición de Dios, nunca predica en vano. El sermón preparado para los inconversos puede hacer mucho bien a los creyentes, y *viceversa*. Quizá después de mucho tiempo tengamos noticia del bien que resultó de un sermón que al tiempo de predicarlo parecía no haber tenido efecto alguno; y puede ser que sólo en la eternidad vayamos a saberlo. Y aun el más miserable fracaso, el esfuerzo que pareció enteramente inútil, puede ser un bien para el mismo predicador, y así, de modo indirecto, para todos los que lo oigan después. Aunque imperfectamente, esto nos hace comprender cómo la Palabra de Dios siempre hace bien, y es prosperada en aquello para lo cual fue enviada.

Tampoco debemos olvidar la fuerza que el carácter y la vida añaden al discurso. Lo que un predicador *es*, tiene mucho que ver para determinar el efecto de lo que *dice*. Un proverbio medioeval dice, "Cujus vita fulgor, ejus verba tonitrua." Si la vida de uno es relámpago, sus palabras serán truenos.

———o———

INDICE

INTRODUCCION

Biografía de Juan A. Broadus 3
1. Importancia de la predicación y dificultad de predicar bien 21
2. Naturaleza de la elocuencia 22
3. Requisitos para la predicación efectiva 22
4. Peligros de los estudios retóricos 23

PARTE I

MATERIALES DE LA PREDICACION

CAPITULO I

El Texto.—Su Elección

1. Sentido del término 25
2. Ventajas de tener un texto 26
3. Reglas para la elección del texto 27

CAPITULO II

El Texto.—Su Interpretación

1. Obligación de interpretar con cuidado y exactitud 31
2. Causas principales de error en la interpretación de textos 31
3. Ejemplos de textos mal aplicados 41
4. Breves reglas para interpretar 46

CAPITULO III

Asuntos.—Su Clasificación

1. Asuntos doctrinales 52
2. Asuntos morales 57
3. Asuntos históricos 60
4. Asuntos experimentales 62
5. Sermones ocasionales 63

CAPITULO IV.

Materiales Generales del Sermón.—Originalidad, Copia y Plagio.

1. Materiales que se poseen de antemano 68
2. Materiales recogidos al tiempo de la preparación 72
3. Materiales originales 73
4. Materiales prestados y plagio 79

CAPITULO V

Materiales Especiales.—Explanación

1. Explanación de textos, incluyendo exégesis, narración y descripción 86
2. Explanación de asuntos, incluyendo definición, división, ejemplificación y comparación 92

CAPITULO VI

Argumento

Importancia del argumento en la predicación 97
1. Preliminares del argumento—La carga de la prueba, etc. 100
2. Variedades principales de argumentos 107
A. Argumento a priori 108
B. De testimonio 111
C. Inducción 116

D. Argumentos de analogía 119
E. Deducción de verdad ya establecida 123
F. Ciertas formas de argumento 124
3. Refutación 126
4. Orden de los argumentos 133
5. Sugestiones generales con respecto al argumento 136

CAPITULO VII

Ilustración

1. Varios usos de ilustración 138
2. Fuentes de ilustración 142
(1) La observación 142
(2) La invención pura 144
(3) La ciencia 144
(4) La historia 145
(5) La literatura y el arte 147
(6) Las Escrituras 148
3. Precauciones en el empleo de ilustraciones 149

CAPITULO VIII

La Aplicación

1. Importancia de la aplicación 151
2. La persuasión y tres clases de motivos 152
3. Excitando las pasiones 156

PARTE II

EL ARREGLO DEL SERMON

CAPITULO I

La importancia del arreglo 158

CAPITULO II

Las Varias Partes de un Sermón

1. La Introducción 166
2. El Plan y las Divisiones 172
3. La Conclusión 181

CAPITULO III

Diferentes Especies de Sermones

1. Sermones de Asunto 187
2. Sermones de Texto 189
3. Sermones Expositivos 193

PARTE III

EL ESTILO

CAPITULO I

Observaciones Generales con Respecto al Estilo

1. Naturaleza e importancia del estilo 202
2. Medios para mejorar el estilo 204
(1) El estudio del lenguaje 205
(2) El estudio de la literatura 206
(3) Práctica en escribir y hablar 208

CAPITULO II

De la Perspicuidad del Estilo

Importancia de la perspicuidad 212
1. La perspicuidad, su dependencia de los términos 214
2. La perspicuidad, su dependencia de la construcción de frases y períodos 216

3. La perspicuidad, su dependencia de la brevedad y prolijidad 219

CAPITULO III

De la Energía del Estilo

La naturaleza de la energía y requisitos 222
1. La energía de los términos 223
2. La energía en la estructura 226
3. La concisión 230
4. La energía en el uso de figuras de lenguaje 232

CAPITULO IV

De la Elegancia en el Estilo

Elegancia en diferentes clases de composición 238
1. Elegancia en el uso de términos 241
2. Elegancia en el uso de palabras 242
3. Elegancia en el uso de figuras 243
4. Elegancia en un estilo sencillo 243

PARTE IV

LA PREDICACION

CAPITULO I

Los Tres Métodos de Preparación y Predicación

1. La Lectura 248
2. Recitación 254
3. Improvisación 255
4. Breve historia de los tres métodos 264
5. Preparación general y especial para la predicación improvisada 265

CAPITULO II

De la Dicción, en Cuanto a la Voz

1. Observaciones generales sobre la dicción 269
2. La voz—sus poderes distintivos 272
3. Mejoramiento general de la voz 274
4. Uso de la voz al hablar en público 278
Nota sobre el mal de garganta de los predicadores 280

CAPITULO III

De la Acción

La acción como manifestación de los pensamientos 282
1. La expresión del rostro en la acción 285
2. La postura 286
3. El ademán 289
Reglas acerca de la acción 292

PARTE V

LA DIRECCION DEL CULTO PUBLICO

Importancia del Culto Público

1. La lectura bíblica 297
2. Himnos 304
3. Oración pública 312
4. Duración de los servicios 320
5. Corrección de maneras en el púlpito 323
6. Observaciones finales 324

ACERCA DE LA OBRA

Tratado sobre la Predicación es una obra clásica de homilética que puede usarse como libro de texto en seminarios teológicos. También, sirve a cualquier pastor u orador como libro de estudio y consulta con consejos que le ayudan a ser un predicador eficaz. Se divide en cinco partes: Materiales de la Predicación, El Arreglo del Sermón, El Estudio, La Predicación y La Dirección del Culto Público.

La biblioteca de ningún predicador está completa sin este tomo.

LIBROS AFINES

El sermón eficaz, J. D. Crane
La preparación de sermones bíblicos, A. W. Blackwood
Quinientas ilustraciones, A. Lerín
501 ilustraciones nuevas, A. Robleto
Manual para ministros, L. Estrada C.
El predicador, A. Treviño
Predicación expositiva, D. M. White
Homilética práctica, T. Hawkins
Bosquejos bíblicos, tomos I, II y III, D. Campderrós
Mensajes para los siervos de Dios, W. W. Wiersbe

Casa Bautista de Publicaciones
42034